BIBLIOTECA







# MEDSTAR I
# MÉDICOS DE GUERRA

MICHAEL REAVES & STEVE PERRY

La guerra civil entre la República y los separatistas se recrudece en la galaxia, pero en ningún lugar se lucha con más fiereza que en el mundo pantanoso de Drongar, donde una asediada unidad médica libra su propia e interminable guerra.

Un médico que disimula su desesperación con sarcasmos…

Otro que mira de frente a la muerte y al sufrimiento, desahogando sus emociones tocando música…

Una enfermera que pone el corazón en su trabajo, mientras pone los ojos en otro de ellos…

Una padawan Jedi sin su Maestra, desplazada hasta allí en una misión humanitaria…

Éstos son los principales miembros de una pequeña unidad médica que sirve en el mundo de Drongar, donde se libra una batalla por la explotación de una valiosa planta nativa. Allí, cerca del frente, una interminable procesión de aeroambulancias transporta heridos y moribundos de todas las especies conocidas, si bien la mayoría son soldados clon.

Mientras los médicos trabajan desesperadamente para salvar vidas, hay quien piensa obtener un beneficio de esa guerra, ya sea traficando en el mercado negro o manipulando los mismos acontecimientos de la guerra. Pero, al final, todos deberán afrontar una prueba personal, y sólo los de corazón compasivo y espíritu fuerte sobrevivirán para volver a luchar al día siguiente…




**Medstar I**

# Médicos de Guerra

Michael Reaves y Steve Perry



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *MedStar I: Battle Surgeons*

Autores: Michael Reaves y Steve Perry

Traducción: Virginia de la Cruz Nevado

Arte de portada: Dave Seeley

Publicación del original: junio 2004

20 años antes de la batalla de Yavin

Publicación del original: fecha de la publicación original

Edición original: ronstad (para epublibre)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.3

07.10.15

Base LSW v2.21

# Declaración

**Hace mucho, mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…**

Para mi hijo Dashiell.
«No me hables de probabilidades».

MICHAEL REAVES

Para Dianne, y para Cyrus,
el chico nuevo en la ciudad.

STEVE PERRY

UQMR-7.

Las llanuras de Jasserack en Tanlassa, cerca del mar de Kondrus.

Planeta Drongar.

Año 2 después de Geonosis.

# 1

La sangre manó como un géiser, pareciendo casi negra en la luz del campo antiséptico. Salpicó caliente la mano enguantada de Jos, que maldijo entre dientes.

—He tenido una idea. ¿Le importaría a alguien, sin nada mejor que hacer, poner un campo de presión en esta hemorragia?

—El generador de presión se ha vuelto a estropear, doc.

Jos Vandar, médico de guerra de la República, apartó la mirada del ensangrentado campo de operaciones que era el pecho abierto del soldado clon, y la clavó en Tolk, su enfermera ayudante.

—No podía ser de otra manera —dijo—. ¿Qué pasa? ¿El androide mecánico está de vacaciones? ¿Cómo voy a parchear a estos tarados zamparranchos sin un equipo médico que funcione?

Tolk le Trene, una lorrdiana que podía adivinar de qué humor estaba con la misma facilidad con que un ser inteligente podía leer un gráfico, no dijo nada, pero su aire contrito lo decía todo: «Oye, que no lo he averiado yo».

Jos luchó por controlar su genio.

—Muy bien. Pon aquí un torniquete. Todavía quedan coagulantes, ¿no?

Pero ella ya se había adelantado, bloqueando la arteria abierta con una pinza de acero y limpiando la zona con una hemoesponja. Los soldados de esta unidad habían estado demasiado cerca de una granada que hizo explosión, sembrando de metralla el pecho de aquel hombre. La reciente batalla del bosque de popárboles había sido cruenta. Seguramente, antes de que cayera la noche, los camilleros traerían más heridos que se añadirían a los que ya había.

—¿Soy yo o aquí hace muchísimo calor?

Una de las enfermeras secó el sudor de la frente de Jos para que no le entrara en los ojos.

—El sistema de refrigeración ha vuelto a estropearse —le dijo.

Jos no respondió. En un planeta civilizado se habría rociado la cara con neutralizador de sudor antes de lavarse, pero eso, como casi todo lo demás, incluidos los calmantes, escaseaba en Drongar. La temperatura exterior equivalía a la del cuerpo humano, incluso a esas horas cercanas a la medianoche. Y el día siguiente prometía ser más caliente que un h'nemthe en celo. El aire sería más húmedo. Y olería peor. El planeta resultaba de lo más desagradable hasta en su mejor momento. En tiempo de guerra era todavía peor. Jos se preguntó, no por primera vez, cuál sería el alto funcionario de la República que decidió arruinarle la vida enviándolo a un planeta que parecía ser moho, humedad y vegetación de hongos hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Hay algo que no esté estropeado? —preguntó en general a todos los presentes.

—Todo menos tu boca, parece —dijo Zan en tono jocoso, sin apartar la mirada del soldado al que operaba.

Jos empleó unas pinzas planas para extraer del pulmón izquierdo del paciente un pedazo de metal del tamaño de su pulgar. Tiró la esquirla a una bacina, donde resonó.

—Pon un tapón de cola ahí.

La enfermera colocó con manos expertas el parche disolvente en el pulmón malherido. El tapón, creado de tejido clon y cierto tipo de adhesivo extraído del mejillón talusiano, selló inmediatamente el corte. Al menos aún tenían muchos de ésos, se dijo Jos; si no, tendrían que empezar a utilizar grapas o sutura, como solían hacer los androides médicos, y entonces la cosa sí que sería divertida y ocuparía mucho tiempo.

Examinó al paciente, vio otro pedazo de metralla bajo los brillantes focos y lo extrajo con cuidado, moviéndolo cuidadosamente de un lado a otro. Estaba a poquísima distancia de la aorta.

—Hay suficiente metralla en este tío para construir dos androides de combate —murmuró—. Y todavía sobraría para las piezas de recambio. —Tiró la esquirla al recipiente metálico, que resonó de nuevo—. No sé ni por qué se molestan en ponerles armadura.

—Desde luego —dijo Zan—. No protege ni de los perdigones de una pistola de juguete.

Jos depositó en la bacina dos fragmentos más de la granada y se enderezó, sintiendo cómo los músculos de los riñones protestaban por la postura en la que llevaba todo el día.

—Pásale el escáner —dijo.

Tolk cogió un bioescáner de mano y lo deslizó sobre el clon.

—Está limpio —dijo ella—. Creo que le has extirpado todos.

—Lo sabremos si hace un ruidito metálico al andar.

Un auxiliar comenzó a empujar la camilla hacia los dos androides médicos FX-7 encargados de cerrar a los pacientes.

—Siguiente —dijo Jos desganado. La mascarilla que llevaba ocultó su bostezo, y antes de que cerrara la boca ya tenía delante a otro soldado tumbado boca arriba.

—Herida sangrante en el pecho —dijo Tolk—. Quizá necesite un pulmón nuevo.

—Qué suerte, los tenemos de oferta —Jos realizó la primera incisión con el escalpelo láser. En muchos sentidos, operar soldados clon (o, como solía llamarlos el personal del Uquemer-7, trabajar con la «cadena de montaje») era más fácil que cortar y coser individuos. Al compartir todos el mismo genoma, sus órganos eran literalmente intercambiables, y no había necesidad de preocuparse por el síndrome de rechazo.

Miró de reojo a los otros cuatro médicos orgánicos que trabajaban en la abarrotada sala de operaciones. Zan Yant, un cirujano zabrak situado a dos mesas de distancia, tarareaba bajito una melodía clásica mientras operaba. Jos sabía que Zan preferiría estar ahora mismo en el cubículo que compartía con él, tocando la quetarra, afinándola para que ofreciera las tristes notas de alguna gaita nativa de Zabrak. A Jos le parecía que la

música que le gustaba a Zan sonaba como dos dragones krayt apareándose, pero para un zabrak, así como para otras muchas especies de la galaxia, era un sonido alegre y enriquecedor. Zan tenía el alma y las manos de músico, pero también era un cirujano decente, porque, en estos días, la República tenía más necesidad de médicos que de músicos. Desde luego, en ese planeta se necesitaban.

Los otros seis cirujanos que había en el quirófano eran androides, pero tendrían que haber sido diez. Dos de los cuatro que faltaban estaban siendo reparados, y se habían solicitado otros dos, aunque todavía no habían llegado. De vez en cuando, Jos reanudaba el inútil ritual de rellenar otro formulario de pedido 22K97(MD), que desaparecía inmediatamente en un torbellino de burocracia y sistemas archivadores computerizados.

Enseguida decidió que el sargento (lo que quedaba de su armadura tenía las marcas verdes que denotaban su rango) sí necesitaba un trasplante de pulmón. Tolk trajo de los tanques de nutrientes un órgano recién clonado, mientras Jos comenzaba la neumonectomía. Menos de una hora después lo había extirpado, y en la cavidad pleural del sargento se alojaba el nuevo pulmón, criado a partir de células madre cultivadas junto a docenas de otros órganos idénticos que se mantenían en estasis criogénico para emergencias como aquélla. Se llevó al paciente a sutura, y Jos se estiró, sintiendo cómo le crujían las articulaciones y las vértebras se recolocaban en su sitio.

—Ése es el último —dijo él—. Por ahora.

—No te pongas muy cómodo —dijo Leemoth, un cirujano duro especialista en especies anfibias y semiacuáticas. Le miró, apartando la vista de su paciente, un observador otolla gungan procedente de Naboo cuya cavidad bucal había sufrido daños el día anterior por la descarga de una pistola sónica—. Nos comunican del frente que en cosa de tres horas, o menos, tendremos aquí dos aeroambulancias más.

—Lo suficiente para tomarse algo y enviar otro patético ruego de traslado —dijo Jos mientras caminaba hacia la cámara de desinfección y se quitaba los guantes.

Hacía tiempo que había aprendido a ocuparse de las cosas según pasaban, y a no preocuparse por problemas futuros mientras no tuviera que hacerlo. Era el equivalente mental a emitir un diagnóstico, le había dicho Klo Merit, el médico equani que también hacía las veces de émpata residente. Merit parpadeó con sus enormes ojos marrones, de una profundidad extrañamente tranquilizadora, y dijo que la actitud de Jos era saludable… hasta cierto punto.

—Hay un momento en el que la defensa se convierte en negación —le había dicho Merit—. Ese momento es distinto para cada uno. Buena parte de la higiene mental consiste en saber cuándo se deja de ser sincero con uno mismo.

Salió de aquella ensoñación momentánea al darse cuenta de que Zan le hablaba.

—¿Perdona?

—Digo que éste presenta daños en el hígado. Acabaré en unos minutos.

—¿Quieres ayuda?

Zan sonrió.

—¿Qué crees que soy? ¿Un interno de primero en el Hospital de Coruscant? No pasa nada. Una vez cosido el primero, los demás son iguales.

Y siguió tarareando en voz baja mientras trabajaba en las entrañas del soldado.

Jos asintió. Era cierto. Los soldados Fett eran todos idénticos, lo que significaba que, además de no tener que preocuparse por el síndrome de rechazo, no tenían que hacerlo por dónde o cómo iban las cañerías. Suele haber una considerable diferencia de estructura y funcionamiento fisiológico de los órganos incluso dentro de individuos de la misma especie. Por ejemplo, todos los corazones humanos funcionan de la misma forma, pero sus válvulas pueden variar en tamaño, o la conexión de la aorta ser más alta en uno que en otro… Había millones de diferencias entre cada anatomía. Principal motivo por el que la cirugía, incluso en la mejor de las condiciones, nunca es segura al cien por cien.

Pero con los clones era distinto o, mejor dicho, no lo era. Todos se habían destilado de la misma fuente genética: un cazarrecompensas humano llamado Jango Fett. Y todos eran más idénticos que los gemelos monocigóticos. «Estudia uno, opera uno, enseña cómo se hace» era el mantra en Coruscant durante el período de formación de Jos. Los instructores solían bromear con que, una vez conocida la disposición de los órganos, se podía operar a un clon con los ojos vendados. Y era casi cierto. Normalmente, a Jos no le tocaba operar a los soldados de primera línea, pero con dos de los androides quirúrgicos averiados, la otra opción era dejar que el herido muriera en la sala de las unidades móviles. Y, clones o no, no podía permitir que pasara. Se había hecho médico para salvar vidas, no para juzgar quién podía vivir y quién no.

Las luces parpadearon violentamente. Todos se quedaron inmóviles por un momento.

—Será posible —dijo Jos—. ¿Y ahora qué?

En la distancia se oyeron unas explosiones. Podría tratarse de un trueno, pensó Jos nervioso. Esperaba de todo corazón que fuera un trueno. Todos los días llovía muchísimo, y casi todas las noches. Eran enormes tormentas tropicales que llegaban con el aullido del viento y el resplandor de los rayos, arrastrando a su paso árboles, edificios y seres vivos. En ocasiones, los generadores de escudos dejaban de funcionar, y entonces lo único que quedaba para proteger al campamento eran los guardias. Más de unos cuantos soldados se habían quedado fritos en el sitio, ennegrecidos como el carbón en un abrir y cerrar de ojos por el potente voltaje. En cierta ocasión, tras una virulenta tormenta, Jos vio un par de botas vacías con el duro plastoide echando humo, situadas a cinco cuerpos de distancia de la forma ennegrecida del soldado que había sido su portador. Todo lo que merecía la pena salvar en el campamento llevaba aislantes hundidos en el cenagoso suelo, pero a veces ni eso era suficiente.

Pese a estar sumido en esos pensamientos, era consciente del tamborileo de la lluvia que volvía a caer sobre el tejado de la sala de operaciones.

Jos Vondar se había criado en una pequeña granja de Corellia, en una zona cálida donde el clima era agradable casi todo el año, donde la temperatura era suave hasta en la estación de las lluvias. A la edad de veinte años, partió hacia Coruscant, capital planetaria de la República, una ciudad planeta donde el clima estaba cuidadosamente calibrado y

orquestado. Siempre se sabía cuándo llovería, cuánto y durante cuánto tiempo. Nada en su vida hasta aquel momento le había preparado para las tormentas apocalípticas y la fecundidad casi vil de las formas de vida nativas de Drongar. Se decía que había sitios en el Gran Pantano Jasserak en los que, si cometías la imprudencia de tumbarte y dormir, los hongos podían cubrirte con una segunda piel antes de que despertaras. Jos no sabía si eso era cierto, pero no era difícil de creer.

—¡Vaya! —dijo Zan.

—¿Qué?

—Tengo un pedazo de metralla obstruyendo la arteria coronaria. Si la saco, esto se pondrá muy feo.

—Creí que habías dicho que tenías a este firmado, sellado y enviado —Jos hizo un gesto a la enfermera de apoyo de Zan, que abrió un paquete de guantes para que metiera las manos en ellos. Movió los dedos para ajustárselos y se colocó junto a su amigo—. Quita, cabeza hueca, deja trabajar a un médico de verdad.

Zan miró a su alrededor.

—¿Un médico de verdad? ¿Dónde? ¿Conoces uno?

Jos observó al paciente, las entrañas iluminadas por los focos y el campo de esterilidad. Bajó las manos hasta meterlas en el campo, sintiendo el ligero cosquilleo que siempre acompañaba al gesto. Zan señaló con las pinzas el pedazo de metal rasgado causante del problema. En efecto, estaba incrustado en un vaso sanguíneo, bloqueándolo. Jos negó con la cabeza.

—¿Por qué nunca nos enseñaron estas cosas en la facultad?

—Cuando llegues a jefe de cirugía del hospital universitario de Coruscant, asegúrate de que la siguiente generación de inocentes aspirantes a cirujano tenga una educación mejor. Serás el viejo doc Vondar, contando batallitas de las Grandiosas Guerras Clon y lo fácil que lo tienen los jóvenes hoy en día.

—Recordaré eso cuando te traigan como caso clínico, Zan.

—¿A mí? Sí, yo bailaré en tu funeral, escoria corelliana. Puede que hasta toque alguna bonita pieza seloniana, alguna de las Variaciones de Vissëncant.

—Por favor —dijo Jos mientras apartaba tejido con cautela para ver mejor—. Al menos podrías tocar algo que merezca la pena oír. Algo de saltobrinco o de isótopo pesado.

Zan negó tristemente con la cabeza.

—Un gungan sordo tiene mejor gusto que tú.

—Sé lo que me gusta.

—Sí, vale, a mí lo que me gusta es mantener a estos tíos con vida, así que deja de ponerte en ridículo en público y ayúdame a reanimar este hígado.

—Sí, será lo mejor —Jos cogió unas pinzas y una esponja—. Parece que la única oportunidad de volver a la lucha que tendrá éste es contigo de cirujano —sonrió a su amigo tras la mascarilla.

Trabajando codo con codo, consiguieron extraer la metralla de la arteria. Cuando terminaron, Jos miró a su alrededor con un suspiro de alivio.

—Bueno, chicos, esto ha sido un récord perfecto. No hemos perdido ni un solo paciente. Yo invito a una ronda en la cantina.

Los otros sonrieron cansados…, inmovilizándose de pronto, escuchando. Otro sonido se oía por encima del repiqueteo de la lluvia en el tejado de espuma moldeada, uno que conocían muy bien: el creciente zumbido de las aeroambulancias acercándose.

La pausa había terminado, como casi siempre, antes de empezar.

# 2

El descenso de la órbita al planeta era más veloz de lo normal debido a la gran cantidad de esporas, le explicaba el piloto.

—Se pegan a toas partes —dijo, en un Básico con mucho acento.

Era un kubaz de color gris verdoso y cabeza puntiaguda, miembro de esa especie de morro largo a la que sus enemigos llamaban «espías comebichos». En su calidad de padawan y curandera, Barriss Offee había aprendido muy pronto a no juzgar a una especie por su aspecto, pero sabía que la galaxia estaba llena de mentalidades menos abiertas que la suya.

—Sobre to a los ventilaores —continuó diciendo—. Se comen los mejoes filtros en una hora y a veces en menos, y hay que cambiarlos pa cá vuelo. Si no lo haces, la enfermedad de las esporas se te mete en la nave y luego en ti. Y eso no es ná agradable, créame; toses sangre y te cueces en tu propia salsa.

Barriss parpadeó al escuchar aquella definición tan gráfica. Miró por el ventanal más cercano del pequeño transbordador. Las esporas sólo eran visibles como manchas rojas, verdes y de otros colores que flotaban en el aire, que de vez en cuando colisionaban con la nave, aplastándose contra el transpariacero, pero sus restos desaparecían antes de que tuviera tiempo de fijarse. Intentó sentirlas con la Fuerza, pero, por supuesto, no obtuvo la clásica respuesta de un ser vivo, sólo una impresión caótica de movimiento, una mutabilidad furiosa.

—Las esporas éstas son adepto… ¿cómo se dice…?

—Adaptogénicas —dijo ella.

—Sí, eso, eso. Cada vez que los mecánicos y los médicos consiguen un tratamiento nuevo, las esporas van y cambian, ¿me entiende? Y entonces los tratamientos ya no rulan. Lo raro es que no dan problemas en el suelo, sólo cuando subes por encima de los árboles, ¿me entiende?

Barriss asintió. Aquello no sonaba muy agradable. De hecho, había muy pocas cosas agradables en aquel planeta, por muy básica que fuera la información que tenía sobre él. Según la rápida reunión informativa que había tenido en el Templo en Coruscant, las fuerzas de la República y las de los Separatistas estaban más o menos equilibradas en Drongar. La guerra en aquel lugar se limitaba a encuentros terrestres. Apenas había enfrentamientos en el aire, por el problema de las esporas. Pero, en algunos aspectos, las cosas eran todavía mucho peores en el suelo. Entre los problemas que encontraban ambos bandos estaban los monzones con sus devastadoras tormentas eléctricas, las elevadas temperaturas y una humedad que superaba el 90 por ciento. Por si eso fuera poco, el nivel de oxígeno en la atmósfera era más alto del que se encontraba en otros planetas habitados por humanos y humanoides, lo cual provocaba mareos e hiperoxigenación en las formas de vida exógenas, y oxidaba los androides de combate de los Separatistas. Resultaba difícil de creer, pensó Barriss, pero hasta la increíblemente resistente aleación de duracero con la que se fabricaban los androides podía oxidarse si las condiciones eran lo

bastante extremas. El alto contenido en oxigeno también limitaba los combates, en su mayor parte, a armas de fuego de poco calibre. Pistolas sónicas, pequeños láser, lanzacartuchos, y cosas así, por el alto riesgo de incendio que implicaban la artillería pesada láser y la de rayos de partículas.

Lo que mantenía a ambos bandos luchando por el control de aquel cenagal pestilente de planeta era la bota, una planta a medio camino entre el moho y el hongo, que hasta la fecha no se había encontrado en ningún otro lugar de la galaxia. Crecía abundantemente en aquel planeta perdido, y todos los intentos de trasladarla a otros entornos habían fracasado. La planta era muy valiosa para ambos bandos, porque, al igual que las esporas y demás flora y fauna de Drongar, la bota tenía efectos adaptogénicos. Muchas especies podían beneficiarse de ella. Los humanos la podían emplear como potente antibiótico, los neimoidianos como analgésico narcótico, los hutt como una clase de alucinógeno casi tan potente como la especia brilloestimulante, y muchas otras especies la encontraban útil para diversas funciones. Además, apenas tenía efectos secundarios, lo que la convertía en una sustancia realmente milagrosa.

Una vez procesado, el producto podía transportarse fácilmente por hipercongelado. El único inconveniente era que, una vez recogido, debía procesarse de inmediato o degeneraba en una masa viscosa inservible. Y, para colmo, la planta era extremadamente delicada. Si se producía una explosión demasiado cerca, el trauma le producía la muerte, y se quemaba como el combustible de una nave al inflamarse, al margen de la humedad del entorno. Y dado que la bota era el motivo por el que ambos bandos estaban allí, también era otro factor que limitaba los enfrentamientos: luchar en un campo de bota sería absurdo, ya que acabaría quemándose, muriendo o pudriéndose antes de ser recogida.

La bota también era una de las razones principales por las que Barriss se había trasladado hasta allí. Si bien su prioridad era auxiliar a los médicos y cirujanos que velaban por los soldados de la República, empleando su talento de curandera, también debía supervisar el trabajo de los recolectores y asegurarse de que la bota se empaquetaba y enviaba de forma adecuada a los puertos de la República. Las operaciones de recogida se habían combinado con los procedimientos de ahorro de Uquemer a la hora de acelerar los envíos. Ni ella ni sus superiores veían ningún problema en ello. Cualquier ventaja que la República pudiera obtener sobre la Confederación era apreciada y deseada. Los Jedi no sentían ningún cariño por el malvado Conde Dooku, que, dos años estándar atrás, había causado la muerte de muchos de ellos en Geonosis.

Barriss tenía razones para sospechar que había, además, otra razón para estar allí: la misión era, parcial o totalmente, su examen. Su Maestra Jedi, Luminara Unduli, no le había confirmado ese dato, pero no todos los padawan eran avisados de que se les iba a examinar. La naturaleza de la prueba, y si el padawan debía conocerla previamente o no, quedaba a la entera discreción del Maestro Jedi.

En cierta ocasión, seis meses antes, había preguntado a la Maestra Unduli cuándo empezarían sus exámenes para ser Jedi. Su mentora sonrió al oír la pregunta.

—En cualquier momento. En todo momento. En ningún momento.

Bien. Si su estancia en aquel planeta era su prueba de fuego, probablemente reconocería la tarea que determinaría si tenía o no lo que había que tener para ser un Jedi antes de que fuera demasiado…

El vehículo se inclinó de repente en un giro brusco, y la inercia clavó a Barriss al asiento. Era evidente que el campo de gravedad interno de la nave había sido desactivado.

—Perdón —dijo el piloto—. Hay una panda de separatistas en este sector, y de vez en cuando les da por atacarnos pa ver si nos derriban. El procedimiento estándar es realizar maniobras de evasión en el descenso. ¡Kanushka!

La exclamación de sorpresa en el idioma nativo del kubaz llamó la atención de Barriss.

—¿Qué pasa?

—Hay una buena batalla a estribor. Hay unidades mecánicas y soldados en plena farra, ¿lo ve? Voy a pasarme por encima; estamos bastante altos, no nos alcanzarán con armas de mano. Agárrese.

El piloto describió una curva cerrada a la izquierda, y Barriss contempló la escena que transcurría en el suelo. Se encontraban, calculó ella, a unos mil metros de altura, y el aire estaba razonablemente despejado. Estaban debajo del principal estrato de esporas, y no había ni nubes ni niebla que impidieran la visibilidad.

Como padawan Jedi, la guerra no le era ajena. Y estaba entrenada para el combate singular con sable láser desde su tierna infancia, por lo que su visión podía ser más crítica que la de la mayoría.

Las unidades de soldados se movían por un campo de plantas cortas y rechonchas, con el sol a sus espaldas; una buena táctica de avance en el enfrentamiento con oponentes biológicos, pero de poca utilidad cuando el enemigo eran androides de combate cuyos fotorreceptores podían ajustarse fácilmente a la luz. Debían de ser unos doscientos soldados, y gozaban de una ligera ventaja numérica sobre los androides, que eran unos setenta u ochenta, según calculó Barriss. Desde aquella altura resultaba aparente la formación de ataque en media luna de la tropa de la República, destinada a rodear a los androides y obtener superioridad en el intercambio de disparos.

Por lo que podía advertir, los androides de combate pertenecían en su mayoría a la serie Baktoid B1. También había varios súper androides de combate B2, que consistían básicamente en añadir una cobertura blindada y más armamento al modelo estándar. Se habían dividido en grupos de cuatro, y se estaban separando para contrarrestar la táctica envolvente, concentrando todo el fuego en la misma sección de soldados.

Ella sabía que eran formaciones típicas de batalla en campo abierto, como sabía que el resultado lo decidiría el bando que hiciera más disparos precisos a la mayor velocidad posible. Casi podía oír la voz de su Maestra resonando en su memoria: «No importa lo rápida que seas si fallas el blanco. Quien acierte más veces será quien obtenga la victoria…».

Los rayos láser asaeteaban a uno y otro bando, que ahora se encontraban a apenas unas decenas de metros de distancia. El vapor emanaba de los disparos perdidos que paraban en la vegetación, encendiendo pequeñas hogueras aquí y allá. Los soldados caían, chamuscados y humeantes, y los androides de combate se detenían de repente, soltando chispas por las quemaduras relucientes de sus chasis de metal blanco, puntos por donde los había perforado los disparos láser.

Reinaba un silencio sepulcral, ya que ningún ruido llegaba a aquella altura, mientras el piloto aminoraba para que ella pudiera obtener una visión más prolongada.

Parecía que las fuerzas de la República ganarían ese encuentro. Los dos bandos perdían combatientes al mismo ritmo y, en esos casos, la victoria está del bando más numeroso, aunque fuera una victoria cara. Una unidad que perdía a ocho de diez soldados sólo era ganadora en un sentido técnico.

—No podemos quedarnos mucho más —dijo el piloto—. Los filtros se pondrán rojos en unos quince minutos, y todavía faltan cinco para llegar a Uquemer-7. Me gusta contar con un margen de error.

La nave aceleró, y dejaron atrás la batalla.

Barriss pensó en lo que había contemplado mientras la nave volaba a toda velocidad sobre vegetaciones de llanura y pantanos vaporosos y asfixiantes. No sabía lo que le depararía el resto de la misión, pero estaba claro que no sería aburrido.

* * *

Jos estaba robando unos momentos preciosos de sueño en el cubículo que compartía con Zan cuando oyó que la nave se acercaba.

Al principio, medio dormido, pensó que se trataba de otra aeroambulancia con más heridos, pero luego se dio cuenta de que aquel ruido tenía un tono distinto.

*Será el nuevo médico*, pensó. *Nadie en su sano juicio tomaría tierra en Drongar a menos que se lo ordenaran.*

Se abrió camino por el campo osmótico que cubría la entrada del cubículo. Lo habían instalado para que el aire circulara libremente sin dejar entrar a los insectos de doble ala y ocho patas apodados *picotones* que zumbaban constantemente por la unidad. Tenía entendido que los nuevos modelos de tienda venían con una cobertura entrópica que extraía energía de las moléculas del aire cuando éstas traspasaban la barrera selectiva, lo cual reducía la temperatura interior en unos diez grados. Había solicitado una provisión de ellas y, con suerte, llegarían uno o dos días antes de que acabara la guerra.

Contempló cómo el transportador bajaba hacia la pista, pestañeando por la intensa luz de Drongar Prime. Vio a Zan, a Tolk y a algún otro saliendo a su vez de la SO. Pasaban una temporada de relativa tranquilidad en Uquemer-7, lo cual significaba que los pacientes no tenían que esperar para ser operados o recibir tratamiento, y que los cirujanos no tenían que salvarlos en una carrera a vida o muerte contra reloj. Estaban disfrutando del respiro mientras durase.

Un par de técnicos bothanos se acercaron rápidamente a la nave y pulverizaron el exterior con desinfectante de esporas. Jos sabía que ese lote concreto de desinfectante les duraría un mes más; justo lo que necesitaban las dichosas esporas que atacaban las junturas de las naves para desarrollar una inmunidad a la sustancia. Entonces habría que alterar varios precursores químicos y variar las configuraciones moleculares lo suficiente como para generar un nuevo tipo de tratamiento que volviera a ser efectivo… por un tiempo. Un baile constante entre los mecanismos controlados de la ciencia y el ciego oportunismo de la naturaleza. Jos se preguntó, y no por primera vez, qué posibilidades tendrían las esporas de mutar en un agente patógeno más virulento que pudiera destrozar un par de pulmones en cuestión de segundos, y no de horas.

Entonces se abrió la puerta de la nave, y con ella la boca de Jos, por la sorpresa.

El nuevo médico era mujer. Y además Jedi.

El sencillo atuendo oscuro de la Orden era inconfundible, así como el hecho de que la silueta que envolvía era femenina. Había oído que el último fichaje del equipo era una mirialana, lo cual era casi como decir humana, un miembro de su misma especie, cuyos antepasados se habían dispersado en distintas diásporas por la galaxia, colonizando planetas como Corellia, Alderaan, Kalarba y cientos más. Los humanos eran ubicuos de un brazo a otro de la espiral galáctica, así que no era ninguna sorpresa ver llegar a otro, fuese hombre o mujer.

Pero ver a una Jedi, allí en Drongar… eso sí que era para sorprenderse.

Jos, como casi todos los seres lo bastante inteligentes como para acceder a la HoloRed, había visto las últimas imágenes grabadas de los Jedi en la batalla de Geonosis. Y las había visto antes de que los deberes de la Orden la dispersaran por la galaxia. Pero, aun así, uno de ellos había sido asignado allí, a Uquemer-7, una unidad médica militar venida a menos en un planeta tan alejado de las rutas espaciales conocidas que casi ningún cartógrafo galáctico habría conseguido acertar su ubicación con un margen de error de un pársec.

Se preguntó qué hacía allí.

El coronel D'Arc Vaetes, el comandante humano de la unidad, recibió calurosamente a la Jedi mientras desembarcaba.

—Bienvenida a Uquemer-7, Jedi Barriss Offee —dijo él—. Creo que hablo por todos al decir que espero que su estancia…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Vaetes se detuvo al oír un ruido procedente del aire denso y húmedo. Un sonido que todos los habitantes de Uquemer-7 conocían bien.

—¡Llegan aeroambulancias! —gritó Tanisuldees, un soldado raso dresseliano. Era el ayudante de campo de Filba, el hutt responsable del aprovisionamiento. Señaló hacia el Norte.

Jos alzó la vista. Sí, se acercaban, desde luego. Cinco puntos negros recortados contra el cielo, que, a esa hora del día, eran de un apagado tono verde grisáceo, como las algas que recubrían la superficie del Mar de Kondrus. Cada aeroambulancia podía transportar

unos seis hombres heridos, clones y otros posibles combatientes. Eso significaba que había al menos treinta heridos, puede que uno o dos más.

Al tomar conciencia de la situación, cada uno comenzó a moverse con un objetivo claro, preparándose para lo que se avecinaba. Zan y Tolk se dirigieron corriendo a la SO. Jos iba a seguirles, pero en lugar de eso dio media vuelta y se acercó rápidamente hacia la Jedi, que parecía algo confundida.

Vaetes cogió la mano a la mujer y señaló a Jos.

—Jedi Offee, éste es el capitán Jos Vondar, mi cirujano jefe. Él la informará de todo y la preparará para lo que se avecina —el coronel suspiró—. Desgraciadamente, es algo a lo que ya estamos acostumbrados todos. Y lo más triste es que usted también se acostumbrará a ello, y más rápido de lo que cree.

Jos no estaba seguro de cuál era el protocolo adecuado a seguir para saludar a una Jedi, pero no le parecía momento para preocuparse por eso.

—Esperemos que la Fuerza esté contigo, Jedi Offee —dijo él, alzando la voz para que se le oyera a pesar del creciente ruido de los retropropulsores—. Porque va a ser un día largo y va a hacer mucho calor.

Se encaminó hacia el área abierta en el centro del campamento, donde ya se anunciaban los diagnósticos provisionales mientras se bajaba a los heridos de las aeroambulancias.

Barriss Offee apretó el paso para mantener el ritmo de Jos, que esperaba de todo corazón que ella estuviera preparada para lo que fuera. *Es una Jedi*, se dijo, *seguramente tendrá lo que hace falta.*

Así lo esperaba, por el bien de la mujer, y por el de las tropas.

# 3

El almirante Tarnese Bleyd tenía atenuada la luz de espectro completo de su despacho, ya que, al ser sakiyano, podía ver mejor en los infrarrojos que la mayoría de los seres, y prefería no soportar la intensa luminosidad que necesitaban muchas de las especies de la galaxia para poder ver. Casi todos los seres se consideraban iluminados en mayor o menor medida, pero para quienes podían ver las cosas como realmente eran, el resto de la población galáctica iba a tientas por la vida. Por desgracia, los que podían ver solían estar disminuidos por la ceguera de las masas.

Bleyd frunció el ceño. Sabía que era uno de los mejores almirantes de toda la República: inteligente, hábil y competente. De haberse dado las circunstancias propicias, podría haber ascendido sin problemas a la cima de la cadena de mando del ejército en poco tiempo. Ser, como mínimo, comandante de flota, puede que hasta Sumo Comandante del Sector de Prioridad; pero, en lugar de eso, sus superiores habían considerado oportuno relegarlo a esa roca perdida, olvidada por el Hacedor, en medio de ninguna parte, para presidir la administración de un MedStar de segunda, una fragata médica que cubría a las unidades de Uquemer cargadas de clones parcheados y recolectaba una planta autóctona.

Temió por la estabilidad de un sistema capaz de tomar decisiones tan mal tomadas.

Bleyd se levantó y se acercó al enorme ventanal de transpariacero. Drongar ocupaba un cuarto del firmamento que tenía «bajo» él. El planeta parecía vil y pestilente incluso desde esa órbita elevada. Sabía que, desde la superficie, el cielo tenía un tono parduzco y enfermizo debido a las nubes de esporas que flotaban constantemente por la atmósfera superior y a la vegetación desenfrenada y casi virulenta que lo cubría todo.

Se estremeció y se frotó los brazos. Su piel era del color y la textura del bronce oscuro y pulido, lo cual no significaba que no sintiera el frío de vez en cuando. Aunque la temperatura estuviera graduada a unos cómodos treinta y ocho grados.

Las únicas partes del planeta que le recordaban remotamente a las sabanas de su planeta natal, con sus vastas selvas y zonas húmedas casi continentales, eran los escasos parches aislados en los que crecía la bota. Ni siquiera podía verlos estando en órbita. Los campos más grandes se hallaban en Tanlassa, el mayor de los dos continentes del hemisferio Sur. El frente jasserak, única zona de conflicto activo que tenía de momento el planeta, estaba en la costa Oeste de Tanlassa.

Bleyd se alejó del puerto e hizo un gesto. Una representación holográfica apareció ante él, mostrando una imagen translúcida del planeta en rotación. Datos alfanuméricos caían en cascada a ambos lados de la imagen del globo. El almirante estudió las estadísticas. Se las sabía casi todas de memoria, pero a menudo se sentía obligado a repasarlas. De alguna forma, le era reconfortante conocer todo lo referente al planeta que le haría rico.

Según el equipo explorador de Nikto que había descubierto el sistema unos dos siglos antes, Drongar era un mundo relativamente joven con un radio de 6259 kilómetros y una

gravedad estándar de 1,2. Tenía dos lunas pequeñas; poco más que asteroides capturados, la verdad. En el sistema había tres planetas más, gigantes gaseosos que orbitaban en las zonas exteriores, lo cual protegía a Drongar de impactos de meteoros y cometas. Drongar Prime era aproximadamente del tamaño de Coruscant Prime, pero mucho más cálida, lo cual explicaba la localización climática, casi tropical, en que se encontraba Drongar. Pero la falta de una luna que compensara su elipse implicaba que, en varios cientos de millones de años, Drongar sería una «bola de nieve» tan fría o más que Hoth.

Bleyd hizo otro gesto y el holo se desvaneció. Pensó en Saki, su planeta natal. Sí, también era tropical, con grandes extensiones de selva y pantanos, pero no era como Drongar. Ni siquiera Neimoidia y Saki juntos rivalizaban con Drongar en fetidez y ruido.

Saki también tenía bosques, sabanas, lagos…, pero, al contrario que Drongar, tenía un eje estable, anclado por la gravedad de una única luna enorme. Por tanto, los cambios de estación en Saki eran suaves, el aire era dulce y la caza era abundante. Saki Prime era una vieja estrella de espectro virado al rojo. Desde la superficie del planeta parecía una joya de arrebatado color escarlata colgando en el azul del cielo.

Bleyd había oído decir alguna vez que los sakiyanos eran demasiado insulares, que tendían a quedarse en su planeta en lugar de aventurarse por la galaxia a jugar con los mayores. Él nunca respondía a semejantes acusaciones. Estaba seguro de que si la mayoría de los seres que afirmaban esas cosas pudiera pasar un día en Saki, entenderían por qué sus pobladores eran tan reacios a marcharse.

Sí, él se había ido, pero sólo porque las circunstancias le obligaron a buscar fortuna en otros mundos. Su padre de clan, Tarnese Lyanne, había invertido mucho en operaciones de mercado negro y contrabando, demasiado. Situ *el Hutt*, un vigo de Sol Negro, había traicionado a Lyanne, arruinando al clan Tarnese y obligando a Bleyd a buscar trabajo en el ejército de la República.

Pero algún día regresaría. Eso jamás lo dudó. Y regresaría por la puerta grande.

Los sakiyanos eran una raza orgullosa de depredadores. Los antepasados de Bleyd eran legendarios cazadores. Su *monthrael* era ser tan leyenda como ellos.

Bleyd se dejó de ensoñaciones. En ese momento no podía permitirse tal desconcentración. Debía tomar una decisión, una decisión que podría determinar el resto de su vida.

Pero lo cierto es que sólo había una opción. Si la República no podía o no quería reconocer sus habilidades, peor para la República, no para él. Después de todo, siempre había sabido que sólo dependía de él poder salir de esa guerra siendo más sabio, y más rico.

Mucho más rico.

Si reunía los créditos suficientes, Bleyd podría reclamar las posesiones del clan. Ya era tarde para llevar a cabo su pospuesta venganza contra Shiltu. El viejo corrupto había muerto diez años antes por hemorragia celular masiva, una especie de embolia corporal completa que había acabado con la vida del hutt de un modo mucho menos doloroso y prolongado de lo que le habría gustado a Bleyd.

Pero resultaba bueno no tener esa tentación. Sabía que la venganza era un lujo caro y peligroso. Retirarse de la guerra como un hombre rico sería la mejor venganza contra un estamento militar demasiado imbécil para darse cuenta de lo valioso que era él.

Si Filba seguía portándose…

Bleyd no era ajeno a la enorme ironía que suponía tener que confiar en otro hutt para volver a tratar con Sol Negro. Era arriesgado, muy arriesgado. Aliarse con Sol Negro era como apostar con un wookiee: a veces conviene dejarse ganar por él, aunque sepas que está haciendo trampas. Pero había demasiado en juego para cortar. Podría convertirse en un potentado con los créditos que esperaba ganar, quizás hasta podría entrar en política. Cerró los ojos mientras se lo imaginaba. El acaudalado senador de Saki con su propia cúpula palaciega en Coruscant, influyendo en las vidas de billones de seres con sus órdenes… Podría acostumbrarse fácilmente a ese tipo de vida.

Sí, era arriesgado. Ir a lo grande siempre lo era. Pero él había cazado tigres de cola de cuchilla en las Fosas de Polvo de Yur, había luchado con lyniks que habían probado su sangre y, por tanto, conocían por anticipado sus movimientos, hasta había capturado en cierta ocasión un nexu, una de las bestias más feroces de toda la galaxia.

Era más que capaz de superar hasta a una bestia de muchas cabezas como Sol Negro.

Su androide secretario apareció en la puerta.

—Almirante, me pidió que le recordara la hora.

Bleyd miró con desprecio al androide, disgustado por verse apartado de sus sueños de gloria.

—Sí, sí. Vale, ya me lo has recordado. Sigue con tus asuntos.

El androide, una unidad de protocolo estándar, se alejó rápidamente. Sabía que no le convenía rezagarse cuando Bleyd le decía que se marchara.

El almirante contempló su escritorio y la montaña de papeles y datapad que reposaban allí, y puso manos a la obra. Más le valía tener la mente despejada, alejada de cuestiones triviales, para concentrarse en sus planes. Tenía que conseguir que todo fuera como la seda. En ese momento había demasiado en juego como para cometer errores. Bleyd pensó en los miles de millones de créditos que sacaría del plan del hutt.

Esos miles de millones le servirían de pasaporte a un ático en una de las monadas del prestigioso cinturón ecuatorial de Coruscant, además de sirvientes que atendieran a cada uno de sus caprichos. Allí tenía los medios para conseguirlo; sólo debía ser lo bastante valiente para aprovechar la oportunidad.

* * *

Den Dhur entró bamboleándose en la cantina.

No era un movimiento pronunciado, pero era un sullustano que llegaba al pecho a la mayoría de los clientes del lugar y sólo pesaba la mitad que ellos. Era comprensible que las conversaciones no se interrumpieran por él, y que nadie notara su presencia. Tampoco le quitaba el sueño.

Lo que sí le costaba soportar eran las luces y el ruido. Había globos fluorescentes en cada mesa, y una unidad cuadrofónica cerca de la puerta que emitía un sonido demasiado alto, retumbante y sincopado que algunos daban por llamar música en esos días. *Pero qué sorpresa*, se dijo. *Una cantina ruidosa. ¿Quién iba a suponerlo?* Pero que el hecho no fuera algo extraordinario no lo hacía menos desagradable.

Además del estruendo procedente de los altavoces estaban los parroquianos. Casi todos eran militares y hablaban a gritos, lo que sólo aumentaba la cacofonía. Como todos los sullustanos, que habían evolucionado a partir de una vida subterránea, Den tenía los ojos relativamente grandes y unos oídos muy sensibles comparados con los del resto de los seres. Llevaba unas gafas reductoras polarizadas y unos amortiguadores sónicos, pero, aun así, acabaría con un galopante dolor de cabeza si se quedaba allí demasiado tiempo. Pero era periodista, y en sitios como aquél era donde uno podía enterarse de las noticias más interesantes. Siempre que uno pudiera escuchar algo en aquel antro…

Se dirigió hacia la barra, subiendo por la rampa diseñada para especies de menor estatura o carentes de piernas, consiguiendo así ponerse a la altura del barman, al que indicó que se acercara.

El camarero, un flemático ortolano, se aproximó. Miró a Den sin hablar, al menos sin decir nada que Den pudiera oír. La mayoría de los ortolanos hablaban en frecuencias demasiado elevadas o demasiado bajas. Ni siquiera los oídos del sullustano, tan sensibles, eran tan agudos como los oídos de pelusilla azul que lucía el ortolano. Den estaba seguro de que el grueso alienígena de morro largo llevaba amortiguadores sónicos como él, puede que hasta mejores que los suyos.

Afortunadamente, los amortiguadores realizaban un bloqueo selectivo. O eso o el ortolano era muy bueno leyendo los labios, porque cuando Den dijo: «reventador bantha», el barman se puso a verter líquidos en un vaso, mezclando una sustancia arremolinada de color naranja azulado. Den se dio cuenta de que era un profesional. En cuestión de momentos, el ortolano acercaba la bebida a Den.

—Te lo anoto —dijo el barman con una voz grave y profunda.

Den asintió. Dio un trago largo y lento. Ahh…

La primera bebida del día era la mejor. Después de unas cuantas, ya no se saborean.

Dio los tragos suficientes como para apagar la luz ambiente, y echó un vistazo a su alrededor. Lo primero que hacía un buen reportero al llegar a un nuevo planeta era irse a los garitos de mala muerte. En las cantinas se encontraba más información que en cualquier otro sitio. Ésta no era gran cosa, apenas una maltrecha construcción de espuma moldeada en medio de un pantano —casi todo el planeta parecía selva o pantano, según pudo apreciar desde la nave—, montada para servir a las tropas clon, a los soldados y al personal de apoyo. Este último compuesto en su mayoría por médicos, dado que estaba en un Uquemer.

Un rayo parpadeó en el exterior, dejando en sus ojos un efímero resplandor azulado. El trueno resonó casi al momento, dañándole en los oídos hasta con los amortiguadores. Si el clima allí se asemejaba al de los planetas que Den conocía, el estruendo que

atravesaba el cielo significaba lluvia inminente. Observó cómo la mayoría de los ocupantes de la cantina cambiaban de sitio. Vaya. Hay goteras. Los parroquianos sin duda estaban familiarizados con los sitios por donde se filtraría el agua. Vio cómo se abrían claros entre la gente, que se movió de un lado a otro de forma casi inconsciente. Va a llover, no te quedes ahí, que te vas a empapar. Exceptuando, claro está, las especies acuáticas, en cuyo caso, los puntos húmedos eran muy disputados. Lo que uno no quiere, otro lo desea…

Se oyó otro trueno, un sonido fácilmente distinguible del de la artillería, sobre todo cuando se lleva tanto tiempo como Den entrando y saliendo de las zonas de guerra. En el momentáneo y estruendoso silencio que vino después, las primeras gotas de la tormenta anunciaron su llegada en el tejado de espuma moldeada. El cielo se abrió en cuestión de segundos, y el tamborileo de la lluvia se convirtió en un repiqueteo constante.

Y tal y como había supuesto, las goteras empezaron a chorrear.

El agua encharcó gran parte del suelo sin dar a nadie al caer. De vez en cuando, algún novato se veía sorprendido y tenía que soportar las risas de sus camaradas por haberse empapado. Al final de la barra, una ishi tib mecánica se quitó el mono que llevaba y se meneó bajo una corriente constante, moviendo las antenas y chasqueando el pico al ritmo de la música.

Den negó con la cabeza. Menuda vida. Arrastrarse por una cantina en otro agujero perdido, todo por servir a la necesidad de saber del público.

Sintió una bofetada de calor cuando el viento húmedo se arremolinó a su alrededor, mientras el sello de la puerta se abría. Den supo quién había entrado sin tener que volverse. Lo adivinó por el olor a hutt mojado que se extendió de repente por toda la estancia.

El hutt se meneó, ignorando las miradas de asco y las exclamaciones de la gente a la que salpicaba, y se arrastró hacia la barra. Se detuvo junto a Den.

El sullustano apuró su bebida y se tomó un momento para calmarse antes de mirar al hutt.

—Filba —dijo—. ¿Qué te cuentas?

El hutt no parecía sorprendido de verlo allí. Sin duda le habían notificado la llegada del periodista. Apenas se dignó mirar a Den.

—Dhur. Qué raro que no andes por ahí inventándote mentiras sobre gente honrada y trabajadora.

Den sonrió.

—También me las puedo inventar en una cantina cómoda y seca. Bueno, relativamente seca.

*Gente honrada y trabajadora, hay que fastidiarse*, pensó. Si Filba se veía alguna vez mínimamente cerca de un trabajo honrado, el enorme gastrópodo acabaría marchitándose y muriendo como sus antepasados remotos cuando los cubrían de sal.

El barman se acercó.

—Dopa boga noga —gruñó Filba en lengua hutt, alzando dos dedos.

El barman asintió y sirvió dos tazas de algo amarillo y burbujeante que colocó frente al hutt. Filba se las bebió de un trago, sin apenas respirar entre una y otra.

—Ya veo que no eres de los que saborean la bebida —dijo Den.

Filba giró un enorme ojo bilioso en su dirección.

—La cerveza hutt hay que beberla rápido —explicó—. Si no, corroe la jarra.

Den asintió con expresión sabia. El barman le rellenó el vaso, y el periodista lo alzó.

—Por la guerra y los impuestos —dijo, y bebió.

—Koochoo —murmuró Filba.

Den no conocía lo bastante bien la lengua hutt para reconocer la palabra, pero por el tono de Filba sonaba a insulto. Por supuesto, casi todo lo que decía Filba sonaba a insulto. El sullustano se encogió de hombros. O Filba seguía teniendo un problema con él o sólo se estaba desahogando. En cualquier caso, eso a Den le preocupaba más bien poco. La experiencia le decía que había muy pocos problemas en la galaxia que no pudieran curarse, o al menos verse con la perspectiva adecuada, con una buena dosis de alcohol o de sus muchos equivalentes.

La lluvia se detuvo tan rápido como se había desatado. Den contempló los charcos del suelo, sabiendo que en aquel ambiente tan húmedo tardarían días en evaporarse. Y antes de que lo hicieran, ya habría vuelto a llover. Preguntó a un bothano que estaba apoyado en la barra, a unos pocos metros.

—¿Por qué no le ponéis un campo al techo de este sitio, para que al menos esté seco?

El bothano le miró.

—Mira, si puedes conseguir uno de la Central o encontrar alguno por aquí que no utilice nadie, yo lo pongo encantado. Y no me sugieras que lo arregle al modo tradicional, se hace constantemente. En cuanto conseguimos parchear un agujero, las esporas abren otro a bocados.

Den se encogió otra vez de hombros, con la sensación de que lo haría a menudo en Drongar, y volvió a concentrarse en la bebida. Pero antes de poder dedicarle la atención que se merecía, vio a unos metros un grupo sentado en una mesa. Eran cuatro: dos machos y dos hembras. Uno de los machos era un zabrak, los demás eran humanos. Den puso una mueca de desagrado. Pese a que intentaba ser tolerante y abierto de mente, debía admitir que no le agradaban mucho los humanos. Tendían a ser más ruidosos que las demás especies, y siempre había un humano enredado cuando se desataba una pelea en un sitio así. Recordaba una ocasión, en Rudrig, en la que…

Pestañeó.

Una de las hembras humanas llevaba el atuendo propio de un Jedi.

No cabía duda. El hábito oscuro con capucha, el sable láser colgando del cinto y, sobre todo, algo tan indefinible como innegable en su forma de comportarse: todas esas cosas la identificaban, como si tuviera un holoneón sobre la cabeza, con la palabra «Jedi». La Orden había estado muy presente en las holonoticias de los últimos días, pensó Den. Sintió cómo se le aceleraba el pulso mientras pensaba en las posibles

implicaciones de su presencia en Drongar. Quizá tuviera algo que ver con la bota. O con algo más secreto, más clandestino…

No podía ahogar su curiosidad de periodista. Den cogió la bebida y se acercó a la mesa.

Después de todo, el público se merecía saber.

# 4

Jos no reconoció al sullustano pero tampoco era de extrañar. Aunque Uquemer-7 no era precisamente un espaciopuerto de Coruscant, tenía cierta cantidad de tráfico. Casi todos los recién llegados eran observadores u oficiales de paso, y, por supuesto, había un desfile interminable de clones. Pero de vez en cuando se veía algún civil: supervisores de aprovisionamiento o material, recolectores de bota y algunos trabajadores contratados. Incluso había oído rumores de que la base podría estar incluida en un tour de HoloRed Ocio. Gran parte de las tareas de la base eran realizadas por androides, pero ninguno duraba mucho en Drongar. Los WED Treadwells tenían constantes roturas en sus numerosas y delicadas piezas, y la humedad y el elevado nivel de oxígeno hacía que los androides médicos —los MDs, los 2-1Bs y los FXs— necesitaran un mantenimiento constante. Hacía meses que Jos tenía pedidos pendientes de recibir de Cybot, Medtech y otras fábricas, pero no esperaba ninguna alegría a corto plazo.

Por eso, cuando el sullustano se acercó con su bebida en la mano y la expresión amigable, los cuatro hicieron sitio para otra silla. Él se presentó, añadiendo que era reportero de Onda Galáctica, una agencia menor de holonoticias.

—Me han pedido varias veces que me una a HoloRed —dijo, cogiendo un puñado de patasetas del cuenco que había en el centro de la mesa—, pero son demasiado generalistas, demasiado populares para mí. A mí me gusta tocar temas más radicales.

—¿No estás de acuerdo con la política de la República en lo referente a Dooku y sus Separatistas? —preguntó Barriss Offee.

Los enormes ojos de Dhur contemplaron a la Jedi unos segundos mientras daba un trago.

—Es bastante inusual ver a una Jedi por aquí —dijo él.

—Todavía no soy Jedi. Mientras no termine mi formación, seguiré siendo una padawan —dijo Barriss—. Y no has respondido a mi pregunta.

—Tienes razón, no lo he hecho —Dhur miró fijamente a la Jedi a los ojos—. Digamos que desapruebo algunos de los métodos de Dooku.

El silencio que vino a continuación amenazó con convertirse en tensión. Zan añadió rápidamente:

—Acabamos de ofrecer a nuestra nueva curandera el paseo de los cinco decicréditos. ¿Te quieres venir?

Dhur apuró su bebida.

—No me lo perdería por nada.

* * *

*Cinco decicréditos por este paseo es un robo*, pensó Jos mientras los cuatro caminaban por la base. Tampoco había mucho que ver. Varias construcciones de espuma moldeada,

la mayor de las cuales contenía salas de pre y postoperatorio, además de la Sala de Operaciones. Luego estaban los barracones de los oficiales, en su mayoría cubículos pequeños, la cantina, el comedor, la pista de aterrizaje, los aseos y las duchas. Y todo ello en un pequeño valle a la sombra de excrecencias elevadas semejantes a árboles, cubiertas casi por completo con algo parecido al musgo de los pantanos de Naboo.

La tormenta había escampado tan rápidamente como había empezado. Jos rompió a sudar al cabo de diez pasos. El aire era denso y pesado, sin la más mínima brisa. Contempló a Barriss Offee, preguntándose cómo podía aguantar aquel bochorno con el pesado hábito. Ni siquiera parecía sudar. Se preguntó cómo sería la chica sin aquella túnica…

—Allí es donde hacemos el diagnóstico, donde descienden las aeroambulancias —le dijo Zan, señalando hacia el Oeste—. Tenemos una pista distinta para los transbordadores. Allí es donde aterrizasteis vosotros dos, cerca de los barracones de los recolectores —señaló al Sur—. El frente está a unos setenta kilómetros. Los vientos hacen que las aeroambulancias se aproximen desde el Este.

Jos se dio cuenta de que Tolk le miraba: ella le había pillado contemplando a la Jedi. Le devolvió la mirada y ella sonrió, burlona. Él le devolvió la sonrisa, algo avergonzado. Era inútil querer ocultar a Tolk lo que pensaba. Era una lorrdiana y podía leer el lenguaje corporal de cualquiera como si fuera un holo gigante. Era casi telepatía.

Jos se encogió de hombros. *Sólo es curiosidad*, pensó, y vio que la enfermera arqueaba una ceja como diciendo: «Ya, ya…».

Sintió una oleada de leve vergüenza al volver a mirar a Barriss. Al ser una Jedi, o que se entrenaba para serlo, igual las conexiones con la Fuerza le habían avisado de que él se había fijado en ella.

Jos había quedado muy impresionado viendo a la Jedi en acción en la SO. Sus manos trabajaban rápidamente y con seguridad, manejando escalpelos láser y mini campos de presión, cauterizando arterias y hasta ayudando a trasplantar un riñón. Si había utilizado los poderes de curación que se rumoreaba le concedía la Fuerza, Jos no lo había visto, pero lo cierto era que él también había estado muy ocupado.

No sabía gran cosa de la Fuerza, ni siquiera cómo buscarla, ya que ese conocimiento se suponía reservado a los Jedi. Por supuesto, era consciente del potencial existente en la conexión entre cuerpo y mente, pero su talento no estaba orientado en esa dirección. Era cirujano: sabía cortar y empalmar las entrañas de una docena de especies, incluida la propia. Ése era su talento, su don, y era muy bueno en ello. Tan bueno que a veces casi se aburría con las reparaciones de fontanería rutinaria que debía hacer casi siempre con los clones. No solía perder ninguno en la mesa de operaciones, y no solía sentirlo demasiado cuando eso ocurría por una infección, alguna contusión oculta u otra sorpresa desagradable. Los médicos solían volverse insensibles hasta en las guerras libradas por individuos. Y uno se volvía todavía más insensible cuando el siguiente paciente que se ponía en sus manos era exactamente igual al anterior.

*La verdad es que a veces hasta se confunden entre sí…*

Eso le había molestado al principio. Ahora estaba acostumbrado. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que los clones no eran realmente individuos en el estricto sentido del término. Su pensamiento estaba tan estandarizado como su somatotipo, para que fueran más eficaces en el combate. Nadie había oído hablar de un soldado presa del pánico ante el fuego o abandonando a sus camaradas en el frente. Esas cosas simplemente no pasaban, gracias a unos sutiles ajustes de comportamiento programados a gran escala en la amígdala y otros centros emocionales del cerebro. Jos no estaba seguro, ya que no había tenido la posibilidad de realizar pruebas al respecto, pero sospechaba que también les habían ajustado los niveles de serotonina y dopamina, haciéndolos más temerarios y agresivos. Lo importante era que un clon era prácticamente igual que otro, y no solo en su aspecto.

Tampoco es que fueran unidades intercambiables de una mente colmena. Jos había visto signos de individualidad, pero sólo en áreas que no interferían en su capacidad de combate o en su lealtad a la República. Eran verdaderos soldados universales, genéticamente manipulados para luchar sin miedo a la muerte o pena ante la muerte de sus compañeros. Y eso los convertía en guerreros más eficientes, desde luego, pero también impedía que se los considerara seres orgánicos únicos. En ocasiones había oído a alguien referirse a ellos como «androides de carne»… un término que no le gustaba mucho, pero muy apropiado como descripción.

—¿… Verdad, Jos?

Jos pestañeó, dándose cuenta de que Zan le había preguntado algo, pero no tenía ni idea de lo que era. Miró a Zan, Barriss y Dhur. Estaban en una pequeña elevación cubierta por esa pálida sustancia rosada que era el césped en Drongar. Se había alzado una ligera brisa, pero apenas conseguía paliar los efectos del calor. La túnica de la Jedi se agitó. Se abrió por un momento y Jos pudo ver que el cuerpo que había bajo ella no estaba nada mal…, pero nada mal.

—Oye, compañero —dijo Zan sonriendo—. ¿Por qué no sales del hiperespacio y vuelves un rato con nosotros?

—Disculpa —subió la colina rápidamente para ponerse a su lado, junto a Dhur y Barriss—. ¿Cuál era la pregunta?

—Me preguntaba si esa tormenta no sería el inicio de la temporada de monzones —dijo Dhur.

—No hay un inicio —dijo Jos—. Porque nunca acaba. Todo el planeta es así menos en los polos.

Jos pensó que Dhur no podía abrir más los ojos, pero aquella última frase le demostró lo contrario.

—¿Me estás diciendo que esto es así siempre?

—Sí —dijo Zan.

—La verdad es que hace un día estupendo —dijo Tolk mientras se acercaba al grupo—. De momento, sólo ha habido una tormenta.

Al Este resonó un trueno lejano. Se giraron y pudieron ver una nueva tormenta gris oscuro fraguándose en el horizonte.

Jos miró a Tolk.

—Ya deberías saber que no hay que decir esas cosas…

* * *

La segunda tormenta arreció a medianoche, aunque los cielos permanecieron nublados. Drongar no tenía una gran luna, por lo que a Barriss, parada junto a una de las puertas de los barracones de oficiales, le sorprendió ver chozas y suelo iluminados por una pálida luz que alternaba entre tonos verdosos, perla y turquesa, como si las nubes fueran noctilucentes.

—Son las esporas —le dijo Zan. Ella no se sobresaltó. Gracias a la Fuerza había sentido su cercanía antes de poder verlo—. Algunas vetas brillan en la oscuridad —prosiguió él—. Las nubes les sirven de telón de fondo. Seguro que creías que la lluvia las barrería del aire.

Ella asintió. Las bandas de cambiante luz que giraban por encima de sus cabezas eran más impresionantes que muchos arcos iris y auroras que había visto en planetas bastante más hospitalarios.

Resultaba agradable saber que hasta en Drongar podía encontrarse algo de belleza.

—Lo cierto es que es mucho más bello que el cielo nocturno —dijo Zan—. Estamos tan alejados del Núcleo que no se ven muchas estrellas. Y la espiral ni siquiera se ve desde este hemisferio. —Él sonrió—. Ni siquiera tenemos una luna llena bajo la que pasear cogidos de la mano.

Casi por reflejo, ella tanteó ligeramente el aura de Zan mediante la Fuerza, pero no halló en él nada que no fueran intenciones amistosas. Barriss le devolvió la sonrisa.

—¿Tenías luna en…?

—Talus. No, teníamos algo mucho más espectacular. Tralus, nuestro planeta hermano.

—Ah. Los Planetas Dobles del Sistema Corelliano. Dos planetas orbitando el uno alrededor del otro mientras giran alrededor del sol.

Zan asintió impresionado.

—Conoces nuestra cartografía galáctica.

—Sería un desastre de Jedi si no la conociera.

Él miró a Barriss un momento. Ella podía oír los sonidos nocturnos que los rodeaban: el zumbido de las polillas carroñeras, el silbido de un androide al realizar sus tareas y, a lo lejos, alguna descarga ocasional de armamento energético y el chasquido agudo de los lanzacartuchos. Barriss podría haber pensado que imaginaba esos sonidos, pero podía sentir claramente las reverberaciones de la muerte y la destrucción a través de la Fuerza.

—¿Y quién eras antes de entrar en la Orden? —preguntó Zan.

Ella dudó antes de contestar.

—Nadie. Me llevaron al Templo de pequeña.

—¿Nunca has intentado contactar con tus padres, encontrar tu planeta natal…?

Barriss apartó la mirada.

—Nací en un crucero en el espacio profundo. Se desconoce la identidad de mis padres. Y para mí no hay otro planeta natal que Coruscant.

—Disculpa, padawan Offee —dijo Zan suavemente—. No pretendía ser indiscreto.

Ella se volvió y le sonrió.

—Soy yo quien debe disculparse. No hay excusa para la mala educación. Como dice el Maestro Yoda: «Si con rabia respondes, avergonzado quedas».

—¿Es tu instructor?

—Yo no soy su padawan; mi Maestra es Luminara Unduli. El Maestro Yoda es uno de los miembros más respetados del Consejo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Ha sido el mentor de casi todos los Jedi que componen actualmente la Orden. Uno de sus estudiantes, para su gran decepción, dejó la Orden y se pasó al Lado Oscuro de la Fuerza.

—Yo no tengo hijos —dijo Zan—, pero espero que eso cambie cuando consiga salir de este pedrusco encharcado. Supongo que perder así a un alumno debe de ser casi tan malo como perder un hijo.

Ella asintió.

—Espero que algún día, cuando esta guerra toque a su fin, él pueda volver a formar alumnos. Tiene mucho que ofrecer.

—Y tú también, padawan Offee —Zan bostezó y se volvió hacia la puerta—. Voy a intentar dormir un poco mientras pueda. Tú deberías hacer lo mismo; si tenemos suerte, puede que mañana no sea mucho peor que hoy.

Desapareció en el interior. Barriss se demoró un poco más, pensando.

Ella había evitado las preguntas sobre su camino cambiando el tema de conversación. *¿Por qué?*, se preguntó. No lo sabía. No tenía nada que ver con su misión, y no se avergonzaba de sus orígenes. Quizá fuera por la novedad, por volver a estar en un mundo diferente.

Alzó la mirada y contempló las esporas luminosas. Había especies y culturas que creían que las almas viajaban por las estrellas, saltando eternamente de un cuerpo celeste a otro. Y aquellas vetas luminosas del firmamento casi podían ser tomadas por algo así.

Entonces se dio cuenta de que otro conjunto de esporas se abría paso entre las nubes: una banda carmesí. Se entretejió con otros colores más sutiles, agrandándose a buen ritmo. *Sería el color dominante cuando llegara el alba*, pensó.

Barriss dio media vuelta y entró en los barracones antes de ver otras vetas ahogándose ante la encarnada.

# 5

Barriss Offee estaba sentada en el comedor, desayunando magdalenas de trigada, sirope de poparbol y tiras secas de alga, cuando percibió una perturbación en la Fuerza. Era una energía de combate inminente, algo que ella había aprendido a reconocer. Se detuvo un momento e intentó concentrarse en una sola dirección.

—¿Pasa algo? —dijo Jos, que tomaba a sorbitos una taza de parichka en la mesa de al lado.

Ella se giró para mirarle.

—Dijiste que estábamos a cierta distancia de nuestro frente, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Porque se está produciendo algún tipo de enfrentamiento no muy lejos de aquí.

El cirujano miró su crono.

—Ah. Igual es el partido de teräs käsi. ¿Quieres echar un vistazo?

Las lluvias nocturnas se habían llevado parte del polen cáustico y las esporas flotantes, pero el aire de la tarde seguía teniendo un toque ácido y pútrido que ella percibió a medida que Jos la guiaba fuera del recinto. A unos cientos de metros de allí, en un pequeño anfiteatro natural creado por la erosión en la roca, había unas veinte o veinticinco personas. Soldados en su mayor parte, aunque Barriss también vio unos cuantos humanoides de diversas clases. Estaban sentados o de pie en el basto semicírculo formado por las rocas, contemplando ansiosos el espectáculo que iba a tener lugar. Se oyeron unos cuantos gritos de júbilo, pero por lo general la multitud guardaba silencio.

En el suelo del anfiteatro había una plataforma grande de espuma nebulizada, con dos humanos sobre ella. Los hombres estaban desnudos hasta la cintura y vestían taparrabos y mocasines de piel. Ambos parecían estar en buena forma, aunque no eran especialmente grandes o gruesos. Uno era bajo, de pelo oscuro y moreno, con fuertes músculos en pecho y hombros. El otro era alto y esbelto, casi rubio, con varias cicatrices en los brazos. Las cicatrices no parecían rituales; si seguían algún patrón, Barriss no podía distinguirlo. Pero su forma las delataba como marcas de cuchillo.

Barriss sintió otra oleada de la Fuerza y se dio cuenta de dónde procedía la perturbación.

—Son instructores de combate cuerpo a cuerpo —dijo Jos mientras se acercaban—. El de menor estatura se llama Usu Cley, es de Uquemer-5, que está noventa kilómetros al sur de aquí. Cley fue campeón de la Novena Flota en la categoría de masa media por dos años consecutivos. Le he visto luchar un par de veces: es muy bueno. El otro es nuevo. Sustituye al instructor de nuestra unidad, que la semana pasada voló por los aires por un androide suicida. Todavía no le he visto actuar. ¿Te gusta el juego, Jedi Offee? No empezarán hasta dentro de unos minutos. Podrías sacarte unos créditos. Las apuestas están dos contra uno a favor de Cley.

La Fuerza volvió a revolverse en su interior, devolviéndole una definida sensación de amenaza, y sin duda procedía del luchador rubio.

—¿Cómo se llama el nuevo?

Jos frunció el ceño, intentando hacer memoria.

—Pow… Fow… algo…

—¿Phow Ji?

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿Has apostado algo?

—Diez créditos por Cley.

Barriss sonrió. Jos se quedó desconcertado.

—¿Qué pasa?

Se detuvieron en una de las elevaciones desde las que se veía la zona de entrenamiento. Los dos luchadores se acercaron al centro de la tarima. El árbitro, un gotal, se puso entre ellos y les dio instrucciones. No tardó mucho. Parecía valer casi todo, menos matarse.

—Hace un par de años hubo un torneo de teräs käsi en Bunduki, que, como sabes, es donde nació esta disciplina —dijo Barriss—. En la final, un Caballero Jedi, Joclad Danva, se enfrentó al campeón local.

—¿Un Jedi? ¿Contra un nativo? Eso no parece muy justo.

—Danva tenía el singular talento de poder desvincularse de la Fuerza en ocasiones. Nunca utilizó la Fuerza en los enfrentamientos. Sólo sus habilidades personales, que eran considerables. Era un virtuoso de los sables láser gemelos, uno de los pocos seres que ha llegado a dominar la técnica Jar'Kai. He visto holos suyos; era un luchador excepcional. Estaba a la altura de casi cualquier otro Jedi.

—¿Y…?

—Y cayó derrotado en el combate de Bunduki.

Jos arqueó una ceja y apartó la vista de la chica, dirigiéndola hacia los hombres de pecho descubierto que había sobre la plataforma. El árbitro se apartó, y los luchadores asumieron las posiciones de ataque.

—No —dijo él.

—Sí. El Maestro Danva fue vencido por el campeón local de teräs käsi, Phow Ji. Vuestro nuevo instructor de combate.

Jos suspiró.

—Entiendo. Bueno, sólo son créditos. Y tampoco es que haya mucho que comprar por aquí…

Ante sus ojos, los dos luchadores se rodearon el uno al otro, observándose. Cley se mantuvo en todo momento ofreciendo el lado izquierdo a su oponente, con las piernas separadas en una pose de jinete de bantha, la mano izquierda elevada, la mano derecha baja, los puños relajados.

Ji se mantuvo en ángulo con Cley, con el pie derecho por delante, los brazos extendidos, las manos abiertas. Parecía vulnerable, pero Barriss sabía que la invitación era falsa. Estaban a un paso y medio de distancia, y Barriss identificó esa distancia como la de la lucha con arma blanca, justo fuera del alcance de un cuchillo corto.

Siguieron rodeándose. Cley estaba demasiado alerta como para caer en una trampa tan obvia. Se parecía más a un partido de jetz que a un combate, el delicado equilibrio entre ellos se mantenía mientras uno se movía ligeramente y el otro respondía con un movimiento igualmente sutil.

Los asistentes murmuraban, sabiendo que estaba pasando algo, pero sin saber muy bien qué.

Entonces, Cley avanzó. Se lanzó hacia delante, impulsado por sus potentes piernas, y era muy rápido. Inició una serie de puñetazos dobles, a derecha e izquierda, por arriba y por abajo, suficientes para dar por terminada la pelea, de haber alcanzado su objetivo.

Ji no retrocedió, sino que se abalanzó hacia delante para recibir el ataque. Su propio puñetazo atravesó la línea central y rechazó por un pelo el puñetazo alto de Cley, lo justo para que fallara. Entonces, el puño de Ji se encontró con Cley a la altura de la nariz, pero no se conformó con eso. Continuó avanzando, puso la pierna derecha detrás del pie más avanzado de Cley, le cogió por la garganta con una uve formada por sus dedos pulgar e índice, y le levantó para dejarle caer en la tarima con fuerza suficiente como para imprimir momentáneamente la silueta de Cley en la resistente espuma. Luego se agachó y clavó el codo en el plexo solar a Cley, que se quedó sin aliento.

Ji se levantó, le dio la espalda al hombre derribado y se alejó. Cley yacía boca arriba, intentando recuperar el aliento, incapaz de levantarse.

Y así concluyó la pelea. La escena completa había durado quizás unos tres segundos desde el inicio del ataque.

—¡Por el Gran Hacedor! —dijo Jos—. ¿Qué ha hecho?

—Parece que costarte diez créditos, capitán Vondar —dijo Barriss.

* * *

Jos observó cómo el médico del combate reconocía a Cley y llegaba a la conclusión de que no estaba tan malherido como para necesitar algo más que primeros auxilios. Nunca había visto nada así. Un luchador tan experimentado como Cley tumbado con tanta rapidez y facilidad. Phow Ji era realmente bueno. Por supuesto, Jos había recibido el entrenamiento básico requerido a todo el personal del ejército, y se sabía un par de trucos, pero no eran nada al lado de lo que acababa de presenciar. Todavía no estaba seguro de lo que había visto. Los dos hombres buscaban posicionarse y, de pronto, Phow Ji se alejaba tranquilamente mientras Usu Cley yacía de espaldas intentando recordar cómo se respiraba.

¿Cómo se sentiría uno sabiendo que podía protegerse de ese modo si las circunstancias lo requerían?

¿Sabiendo que podías vencer a un Jedi en combate cuerpo a cuerpo?

Le costaba hasta imaginárselo. Por supuesto, ni los movimientos más rápidos de la galaxia podían bloquear un rayo de partículas láser o el proyectil de un lanzacartuchos. Aunque tenía entendido que los Jedi eran capaces, teóricamente mediante la Fuerza, de

anticipar esos ataques antes de que se produjeran, y, por tanto, bloquearlos y evitarlos, ya que podían ver el futuro inmediato. No sabía si creérselo, pero había una cosa segura: a partir de ahora apostaría sus créditos al nuevo.

Barriss se envaró a su lado, y Jos alzó la mirada para ver acercarse el temible Phow Ji, secándose el rostro con una toalla.

De cerca, los rasgos del hombre eran marcados y precisos: sus labios parecían conformar una expresión semejante a una burla. Era un hombre que sabía lo peligroso que era, y que no le importaba que los demás lo supieran.

—Eres una Jedi —dijo a Barriss.

No era una pregunta. Su voz era firme, tranquila, pero llena de confianza. Ignoró a Jos como si no estuviera allí. Jos decidió que le iba bien que fuera así.

—Sí —dijo ella.

—Pero tu formación no está completa.

—Soy Barriss Offee, padawan.

Ji sonrió.

—¿Sigues creyendo en la Fuerza?

Barriss alzó una ceja.

—¿Tú no?

—La Fuerza es un cuento inventado por los Jedi para asustar a los que quieran enfrentarse a ellos. Los Jedi no sobresalen como luchadores. Yo apenas me esforcé para derribar a uno hace poco.

—Joclad Danva no empleó la Fuerza al enfrentarse a ti.

—Eso dijo él —Ji se encogió de hombros, secándose el sudor de la cara con la toalla—. Qué calor hace hoy. Tú también estás sudando, Jedi. Toma…

Le tiró la toalla.

Barriss alzó la mano como para cogerla. La toalla se detuvo en pleno aire. Se quedó colgando allí por unos dos segundos. Jos parpadeó. ¿Pero qué…?

La toalla cayó y aterrizó a los pies de Barriss. Ella no había dejado de mirar a Ji en ningún momento.

—La Fuerza es real —dijo ella tranquilamente.

Ji se rió y negó con la cabeza.

—He visto truquitos mucho mejores por parte de los magos de las caravanas ambulantes, padawan —se dio la vuelta y se alejó.

Jos miró la toalla y luego a Barriss.

—¿A qué ha venido eso?

—Un error de juicio —dijo Barriss—. He permitido que esto me molestara —ella negó con la cabeza—. Me queda tanto camino por recorrer…

Ella se dio la vuelta y caminó de vuelta hacia el recinto. Jos la contempló un rato mientras se alejaba, recogió la toalla y la miró con curiosidad. Era un trapo de corriente sintotela absorbente, de los que no suelen flotar en el aire como colgados de un gancho invisible. Estaba húmedo por el sudor del teräs käsi, pero no era nada del otro mundo.

Acababa de presenciar su primera demostración de la Fuerza.

En lo que a espectáculos se refería, no era como esquivar rayos láser, hacerse invisible o disparar rayos por los ojos, que era lo que había oído que podían hacer los Jedi. Pero había sido bastante impresionante, de todas formas.

Se preguntó qué otras cosas sabría hacer Barriss.

Cuando la vio por primera vez, parada en la elevación del terreno que había fuera de la base, con el viento arremolinando su hábito, sintió una poderosa atracción, o eso había creído sentir. En Barriss había una fuerza interior y una paz que apelaba con fuerza al curandero que él también era en su interior. Pero esa misma tranquilidad la hacía también remota e inaccesible, más un simulacro de mujer que una real. Había hombres que se sentían atraídos por esa apariencia de distanciamiento, pero Jos no era de ésos.

Además, estaba el poder que ella tenía. Aunque había oído hablar de la Fuerza toda la vida, se dio cuenta de que jamás había creído que pudiera existir algo así. Como otros muchos en su profesión, el cirujano jefe Jos Vondar era un hombre pragmático: creía en todo lo que fuera real, cuantificable y mensurable. Y lo que acababa de ver le había puesto los pelos de punta.

Un crujido repentino en las cercanías le sobresaltó y le hizo girarse en redondo. El campo de fuerza que marcaba el perímetro del campamento no estaba lejos, y algo lo había rozado, recibiendo un castigo. La descarga no era lo bastante fuerte para matar, pero sí lo bastante desagradable para todo lo que fuera más pequeño que un ronto de Tatooine.

Jos emprendió el camino de vuelta a los barracones. No es que hubiera algo en la selva lo suficientemente grande como para preocuparse; seguramente fue una babosona. Era la forma de vida terrestre más grande que habían encontrado hasta entonces: una especie de babosa de cinco metros de largo y medio metro de grosor que se arrastraba en zigzag por el suelo. Sus tentáculos podían lanzar descargas eléctricas lo bastante fuertes como para derribar a un hombre, pero que no eran letales. Toda la fauna terrestre que habían visto hasta el momento, incluso los seres grandes como la babosona, era invertebrada. En teoría había criaturas acuáticas mucho más grandes y variadas en los océanos de Drongar, pero él nunca había visto una, y prefería que la cosa continuara así.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en Barriss, y suspiró. Era absurdo preguntarse si le gustaba la chica o no. Aunque fuera así, y aunque la Orden condenara las relaciones de ese tipo, algo que no sabía ni en un sentido ni en el otro, la relación seguía siendo algo imposible. Los Jedi no eran los únicos con tradiciones.

Cualquier posible cavilación posterior sobre el tema quedó interrumpida por el característico gemido de las aeroambulancias acercándose. Casi alegre por la distracción, regresó a la base a paso ligero.

# 6

Esta tanda era de las malas. Eran cuatro aeroambulancias llenas, lo que significaba dieciséis soldados heridos. Tres habían muerto por el camino, y uno estaba demasiado mal como para intentar su reanimación: una de las enfermeras le administró la eutanasia mientras Jos, Zan, Barriss y otros tres cirujanos ponían manos a la obra.

Uno de los clones estaba cubierto de quemaduras de tercer grado. Tuvieron que cortarle la armadura para desnudarlo. Se había cocido literalmente por un proyectallamas. Por suerte, uno de los tres tanques de bacta que aún funcionaban estaba desocupado, y se pudo sumergir al soldado en un baño nutritivo.

El estado de los demás iba del crítico al pronóstico reservado, y fueron tratados en el orden correspondiente. Jos se puso los guantes mientras Tolk le informaba sobre el primer caso.

—Hemorragia descontrolada, múltiples heridas de dardo, contusión en la cabeza…

Jos miró el crono. Llevaban diez minutos en la «hora dorada», la ventana temporal crítica para que un soldado pudiera sobrevivir a una herida recibida en combate. No había tiempo que perder.

—Vale. Vamos a estabilizarle. Ha perdido mucha sangre y tiene dentro metal para un cinturón de asteroides. Ponle ahí un drenaje…

Barriss observó a Jos trabajando durante un minuto, admirando su talento y sus decisiones rápidas. Luego se abrió a la Fuerza para que la guiara hacia donde más se necesitaran sus servicios. Sintió que sus pies la llevaban a la mesa de Zan, donde el zabrak trabajaba con otro soldado, ayudado por un FX-7.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella.

—Échale un vistazo —respondió él.

Ella se acercó más. El cuerpo desnudo yacía sobre la mesa de operaciones, entubado y con vías sensoras y de goteo. No parecía estar herido, pero tenía la piel de moteado color púrpura, como si tuviera un hematoma gigante.

—Le han alcanzado con un campo disruptor —dijo Zan—. El bioscan indica que le han freído el sistema nervioso. Pensé que podríamos hacer algo, pero ya no tiene remedio. Sus funciones autónomas están estables, pero no durará mucho. Y en caso de que pudiéramos devolverle la consciencia, sólo sería un trozo de carne.

—¿Qué se puede hacer?

Negó con la cabeza.

—Nada. Cosechar sus órganos, utilizarlos para parchear al próximo que necesite un riñón o un corazón —hizo un gesto al androide, pero Barriss le detuvo.

—Déjame intentar antes una cosa —dijo ella. Zan parpadeó sorprendido, pero dio un paso atrás, indicándole que el paciente era todo suyo.

Ella se aproximó, esperando que no se notara su nerviosismo. Traspasó el campo con las manos y puso ambas manos en el pecho del soldado clon.

Entonces cerró los ojos y se abrió a la Fuerza.

Tenía la impresión de que la Fuerza había estado siempre con ella, desde sus primeros recuerdos de infancia. Uno de esos recuerdos era especialmente intenso, y por alguna razón, siempre acudía a su mente cuando estaba a punto de invocar el poder. No debía de tener más de tres o cuatro años, y jugaba a la pelota en una de las antesalas del Templo. Se le había escapado, rodando a través de una arcada que no había cruzado nunca. Barriss siguió a la pelota, y de repente se encontró en una de las gigantescas salas principales. En las alturas se alzaba el techo en cúpula, y los enormes pilares se elevaban del suelo de mosaico. Su pelota seguía rodando por el suelo, pero Barriss, boquiabierta ante el tamaño y la magnificencia de lo que la rodeaba, no fue a cogerla.

En lugar de eso, hizo que regresara a ella.

No sabía que era capaz de eso. Simplemente la llamó, y la bola se detuvo, dudó un momento y rodó obediente hacia atrás.

Cuando se agachó para recuperarla, sintió a alguien detrás de ella. Se giró y vio al Maestro Yoda parado en la antesala. El anciano sonrió y asintió, evidentemente impresionado con lo que acababa de ver.

Eso fue todo. No recordaba nada después de eso, ni si el Maestro Yoda había seguido su camino y ella había seguido jugando, ni si había hablado con ella, o si pasó algo totalmente diferente. Podría parecer que semejante encuentro con uno de los Jedi más legendarios que existían debía haberse grabado en su cerebro con mucha más precisión que lo de estar jugando con una pelota. Pero así era. Incluso recordaba de qué color era la pelota: azul.

Y ese recuerdo acudió a su mente en ese momento, como solía hacerlo en ocasiones, a veces de forma fugaz, otras con gran detalle, casi todas las veces que se preparaba para invocar a la Fuerza.

Barriss sintió que las palmas de sus manos se hacían más cálidas sobre el vientre del soldado. No tenía que visualizar el proceso: sabía que la energía curativa manaba desde ella hasta él. No, no desde ella. A través de ella. Ella sólo era el recipiente, el conducto a través del cual actuaba la Fuerza.

Y un tiempo desconocido después, que, en lo que a ella respectaba podía ser tanto un minuto como una hora, abrió los ojos y alzó las manos.

—Vaya —murmuró Zan tras ella.

Estaba observando el monitor de signos vitales. Vio que el soldado se estabilizaba. Y la decoloración desaparecía de su piel, que comenzaba a adquirir un buen color.

—Seguro que fuiste la mejor de tu clase. ¿Cómo has hecho eso? —preguntó Zan sin apartar la vista del monitor.

—No he sido yo —respondió Barriss—. En muchas ocasiones, la Fuerza puede sanar heridas.

—Pues ha funcionado con él —Zan señaló al monitor—. El patrón de sus ondas cerebrales ha vuelto a la normalidad, y casi todas las contusiones secundarias parecen haber desaparecido. Es impresionante, padawan.

El FX-7 sacó la camilla. Cuando Zan terminó de cambiarse de guantes, ya tenía otro cuerpo delante.

—Quédate por aquí —dijo a Barriss—. Hay muchos más en camino.

* * *

Sentado en un taburete de la barra, con el pie izquierdo apoyado en un peldaño, Zan ajustó los mecanismos de su quetarra, afinando las cuerdas. El instrumento tenía ocho hebras de distintos grosores y texturas, por lo que había tres más que los dedos que Zan tenía en las manos. La primera vez que vio a su amigo tocando, Jos se quedó impresionado. Los dedos del zabrak subían y bajaban por el mástil, danzando ágilmente, y de vez en cuando, él se agachaba y apoyaba la barbilla en el instrumento para tensar las cuerdas. La quetarra era una caja hueca, decorada y veteada de pleekmadera, pulida en un tono mate, con varios agujeros y una silueta que recordaba a un ocho. De la caja salía una tabla plana, y las cuerdas se tensaban con ocho tornillos en un cabezal tallado.

El desfile de cuerpos arrasados por el combate se interrumpió al cabo de cinco horas de la llegada de las últimas aeroambulancias. Una tormenta eléctrica se había desatado durante la última hora, una tormenta fuerte de verdad, con rayos que cayeron muy cerca del campamento. Por supuesto, todo el área gozaba de protección electrostática, pero costaba tenerlo presente cuando el trueno ruge con tal fuerza que hace tambalearse los edificios, las repentinas llamaradas de luz blanca se filtran por la ventana dejando fantasmas morados en la visión, y el punzante olor a ozono llena el aire, superponiéndose incluso a la peste de la carne chamuscada en combate.

Pero la tormenta se fue tal y como vino, y todos acabaron en la cantina por tácito acuerdo. Jos entró unos minutos después, y le sorprendió el relativo silencio que encontró allí, hasta que vio a Zan.

La expectación podía olerse en el aire casi con más intensidad que el ozono durante la tormenta. La gente bebía, inhalaba vapores o mascaba granispecias, mientras observaba cómo Zan afinaba la quetarra. Nadie reparó siquiera en el acallado cuadrovoz que solía ofrecer música enlatada. Habían bajado las luces a un nivel suave y luminoso. Se oyeron varios sonidos armónicos mientras Zan ajustaba las cuerdas, modificando la tensión hasta que las notas desafinadas se afinaron de la forma correcta. Una vez satisfecho, se sentó un poco más recto en la butaca, se acomodó el instrumento sobre la pierna izquierda y saludó al público con una inclinación de cabeza.

—Voy a intentar interpretar dos obras cortas. La primera es el preludio de Borra Chambo a su gran obra, *Disolución por autointención*. La segunda es la fuga *Insensata* de Tikkal Remb Mah.

Zan empezó a rasgar las cuerdas, y la música que manó del contacto entre sus dedos y las fibras llenó la cantina con una melodía hechizadora y un contrapunto grave que arrastró al humano bajo su influjo, aunque Jos no tenía reparos en afirmar que detestaba la música clásica.

Era indudable que Zan era un músico experto. Debería haber estado en algún escenario teatral o en algún planeta tranquilo y civilizado, ante seres que apreciaran su arte, y que sus talentosas manos se dedicaran a crear arte con el cuerno de Kloo y la omnicaja en lugar de blandir vibroescalpelos y flexipinzas.

*La guerra*, pensó Jos. *¿Para qué sirve?* Desde luego, no para las artes. Se preguntó cuántos talentos como Zan habría dispersos en batallas por la galaxia. Se obligó a no pensar en cosas tan deprimentes para limitarse a escuchar la música. Ya había poca belleza en aquel mundo, se recordó. Más le valía disfrutarla mientras durara.

A su alrededor, la gente guardaba silencio, atrapada en la red musical que tejía Zan. Nadie hablaba. Nadie movía cacharros ni hacía ruido con los vasos. Todo era silencio, exceptuando el lejano rumor del trueno y el sonido de la quetarra de Zan.

Jos miró a su alrededor y vio a Klo Merit. El equani era fácil de localizar: le sacaba más de una cabeza a casi todos los bípedos de la sala. El pelo gris claro y los bigotes también ayudaban. Jos se alegró de ver allí al cuidador del Uquemer. Los equanis eran seres profundamente empáticos, capaces de comprender y psicoanalizar a casi cualquier otra especie inteligente, y Merit era de los pocos que quedaban después de que una llamarada solar arrasara su planeta natal. Jos sabía que Merit cargaba, en muchos sentidos, con el peso emocional de todo el campamento. Pero en ese momento parecía arrebatado por el hechizo que Zan estaba tejiendo, igual que todos los demás, *Bien*, pensó Jos. Recordó una cita de Bahm Gilyad que había formulado las reglas y responsabilidades de su profesión cinco mil años antes, durante el Conflicto del Hiperespacio Stark: «Los enfermos y los heridos siempre tendrán un curandero que sane sus heridas, ¿pero a quién acudirá el curandero?». Mientras Zan tocaba, a Jos le parecía más fácil no pensar en la guerra, en lo cansado que estaba, en cuántos trozos de metralla había extirpado o en la cantidad de órganos perforados que había sustituido en las últimas horas. La música lo transportaba a lo más profundo de su propio ser, elevándolo a las alturas, regenerándolo como si hubiera descansado una semana entera. Se dio cuenta de que, en gran medida, lo que su amigo estaba haciendo por los médicos y enfermeros de Uquemer-7 era lo que la Jedi había hecho con los soldados clon heridos: curarlos.

El tiempo pareció detenerse.

Zan acabó llegando al final de la última composición. La última nota definida se alejó vibrando, y el silencio fue casi absoluto. Entonces, los parroquianos de la cantina empezaron a silbar y aplaudir o a golpear las mesas con las jarras vacías. Zan sonrió, se levantó e hizo una reverencia.

Den Dhur estaba junto a Jos, que no se había dado cuenta de la llegada del periodista.

—Tu compañero es bueno —le dijo Dhur—. Podría moverse por el circuito clásico, ganar una buena cantidad de créditos.

Jos asintió.

—Probablemente —dijo—. De no ser por este pequeño problema llamado guerra interestelar.

—Ah, sí, eso —Dhur hizo una pausa—. Déjame invitarte a algo, doc.

—No, no, yo invito.

Se acercaron a la barra. Dhur hizo un gesto al barman, que se acercó moviéndose pesadamente.

—Dos Frescas de Coruscant —mientras esperaban a que les sirvieran, Dhur dijo—: ¿Qué sabes de Filba?

Jos se encogió de hombros.

—Es el sargento de suministros. Procesa lo requisado, canjea los pedidos de arriba, ese tipo de cosas. Huele como si usara agua de letrina para perfumarse. Aparte de eso, poca cosa, la verdad. ¿Quién sabe algo de los hutt? ¿Y a ti qué más te da?

—Instinto de periodista. Los hutt suelen generar noticias a su alrededor. Además, Filba y yo nos conocemos de antes. Sin ánimo de ser especiófobo, ya sabes lo que dice el refrán: «¿Cuándo miente un hutt? Cada vez…».

—«… que abre la boca» —terminó Jos—. Sí, ya lo había oído. Pero dicen lo mismo de los neimoidianos.

—Y de los ryn, y de los bothanos, y de los toydarianos. Ésta es una galaxia muy complicada, o al menos eso dicen —el reportero sonrió a Jos, que le devolvió la sonrisa.

Pese a que el hombre parecía alguien cáustico e irascible en la primera impresión, tenía algo que hacía que cayera bien.

El barman les sirvió sus bebidas. Dhur puso un crédito sobre la barra.

—Siento tener que ser yo quien te lo comunique, pero me parece que dicen lo mismo de los humanos.

Jos apuró su bebida.

—Estoy profundamente sorprendido y ofendido. En nombre de todos los humanos de la galaxia, me tomaré otra —hizo un gesto al barman y añadió—: Filba puede ser un grano en los glúteos, pero parece hacer bien su trabajo. O quizá debería decir «sus trabajos». Parece ser que tiene metida la fangosa nariz en prácticamente todo. Incluso se encarga de los envíos de bota.

Dhur estaba a punto de dar un trago a su segunda bebida. Se detuvo y alzó una ceja en lugar de alzar la jarra.

—¿Perdón?

—Es lo que me han dicho. Bleyd le ha dado control total sobre el procesado, la recolección y los envíos de bota.

—Qué fuerte —Dhur pareció ponerse nervioso de repente—. Oye, ¿has oído el rumor de Epoh Trebor y su visita guiada a la HoloRed? Dicen que Drongar está en la lista.

—Sí, ya me emocionaré en otro momento —Jos nunca había sido muy partidario de la popular estrella de la HoloRed, pero sabía que estaba en minoría, a juzgar por las cifras de audiencia de Epoh. Y seguía teniendo curiosidad por el interés que había manifestado Dhur por Filba, pero antes de que pudiera decir nada más, el sullustano apuró su bebida.

—Nos vemos, doc. Gracias por la invitación.

—Pero si has pagado tú —le recordó Jos.

—Ah, sí, es verdad —dijo Dhur—. Bueno, tú pagas la próxima ronda —y se dirigió hacia la puerta con toda la rapidez que le permitían sus regordetas piernas.

Jos miró a su alrededor, preguntándose si Filba habría entrado mientras hablaban. No le vio, y el hutt era fácil de divisar entre una multitud.

Frunció el ceño. Era obvio que algo había llamado poderosamente la atención de Dhur, y que ese algo tenía que ver con Filba. La base esperaba tener unas pocas horas de paz y tranquilidad antes de la llegada de los siguientes heridos, a menos que hubiera una evacuación de emergencia de las líneas del frente, una posibilidad que siempre cabía. Jos pretendía aprovechar el tiempo para dormir un poco. El sueño era algo más preciado en ese planeta que la bota. Pensó en pasarse por la tienda de suministros para ver qué tal le iba a Filba Pero primero se acabaría la bebida.

# 7

El espía llevaba más de dos meses estándar en aquella miserable y húmeda bola de barro y ya estaba más que terriblemente harto de ella. Dos meses desde que los agentes de las altas esferas del ejército de la República habían ordenado su traslado a aquel Uquemer. Dos meses pasando calor bajo un sol implacable, asediado por todo tipo de plagas aladas… ¡y por esas esporas! Esas irritantes esporas que lo atascaban todo constantemente. Había días en los que tenía que llevar mascarilla filtradora, o corría el riesgo de perecer asfixiado antes de poder recorrer la base de punta a punta.

El espía echaba de menos su hogar con desesperación enervante. La calidez del clima, la brisa del océano, los sutiles aromas que desprendían los helechos… Desechó el arrebato nostálgico con un gruñido y una sacudida de cabeza. No tenía sentido recrearse en el pasado. Tenía un trabajo que hacer, y por fin empezaban a dar fruto las semillas que se habían plantado más de un año antes.

Aunque seguía sin tener muy clara la naturaleza exacta de las maquinaciones que respaldaban ese plan del Conde Dooku, lo cierto es que eso no importaba. De hecho, era casi mejor ignorarlas, para que, en caso de que lo capturaran, ni las drogas ni los hipnoescáneres pudieran sacarle la verdad.

Pero tampoco era muy probable que lo descubrieran. Su nueva identidad estaba documentada de forma impresionante, y la posición que tenía dentro de la cadena de mando era lo bastante elevada como para poder evaluar casi cualquier información que entrara. La Confederación había preparado bien el terreno. El espía miró el crono de pared y se sentó ante el imponente escritorio. En él estaba instalado un monitor que mostraba varias vistas de los edificios de Uquemer, el muelle de las naves de transporte y los hangares de procesamiento de bota. La verdad es que tampoco había mucho más. Todo junto no merecía ni malgastar un torpedo de protones, exceptuando una cosa: la bota.

Las diferentes escenas del monitor mostraban que todo transcurría con normalidad. Algo que cambiaría pronto; en pocos minutos, de hecho.

Pulsó un botón y detuvo el monitor en la vista de «espaciopuerto» (un término demasiado grandioso para esa losa de ferrocemento de diez metros cuadrados), donde estaba a punto de despegar un transbordador con una carga de bota procesada. El espía contempló cómo se elevaba silenciosamente la nave sobre las invisibles ondas repulsoras. Se alzó rápidamente, ganando velocidad para atravesar con rapidez el principal estrato de esporas y así minimizar el daño. Alcanzó en un momento la altura de mil metros, convirtiéndose en un punto lejano, casi invisible. Entonces, el puntito estalló en un resplandor blanco cegador, siendo por un instante más brillante que Drongar Prime.

Segundos después, el estruendo de la explosión retumbó por toda la base, como una onda atronadora.

El espía no sintió ningún regocijo ante ese acto. Había muerto gente, pero había sido necesario. Tenía que agarrarse a ese argumento. Todo eso era parte de una meta distante pero crucial. Debía tenerlo en mente.

* * *

Den Dhur pensaba sin cesar. Pronto sería hora de regresar a su cubículo y sacar la pequeña pero potente unidad de comunicación comprada en el mercado negro para su trabajo. Le había costado una pila de créditos, pero había merecido la pena. Estaba camuflada como módulo de entretenimiento portátil y era capaz de enviar por el hiperespacio paquetes de mensajes holocodificados en un ancho de banda que apenas era detectable por las estaciones de la República o la Confederación.

El problema era que no parecía haber mucho sobre lo que informar. Aunque no era del dominio público que la lucha en Drongar se libraba por los campos de bota, tampoco era algo sorprendente. El problema de Den era que no tenía ninguna noticia que dar.

Pero ese problema no duró mucho.

Den atravesaba el recinto cuando vio que su sombra se tornó negra como el carbón durante una fracción de segundo. Se dio la vuelta y alzó la vista con cuidado, entrecerrando los párpados para maximizar el factor de polarización de sus gafas reductoras. Incluso con la luz ambiente reducida, el punto de luz en las alturas era intensamente blanco, más cegador que el sol del planeta. Por un segundo de horror, pensó que alguna estrella cercana se había convertido en nova. Eso sí que sería una gran noticia, si no fuera porque entonces él no estaría allí para darla.

Oyó a sus espaldas gritos, alaridos de pánico y alarma. Había alguien a su lado, mirando hacia arriba. Tolk, la enfermera lorrdiana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Parece que ha explotado la nave de transporte de bota.

El sonido de la explosión llegó hasta ellos como queriendo confirmar el comentario, haciendo vibrar los huesos de quienes tenían esqueleto. Den sintió que los dientes le castañeteaban en respuesta a las ondas de baja frecuencia.

Un soldado clon que pasaba por allí, un teniente, a juzgar por sus galones azules, silbó sorprendido.

—Vaya. Su campo ha debido de alcanzar el punto crítico. Alguna rotura en el ensamblaje superconductor.

—Imposible —dijo un ingeniero ishi tib. Den le reconoció: era el mismo que bailaba en la cantina cuando llovía, en su primer día en el planeta—. Mi equipo lo ha repasado esta mañana con detenimiento. Hemos comprobado tres veces todos los cierres herméticos. Las burbujas de vacío estaban tensas. Ni un neutrino lubricado podría haberse metido entre las placas.

El soldado se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿Cuánta gente había a bordo?

—Dos mozos de carga —dijo un humano al que Den no reconoció—. Y el piloto.

El soldado negó con la cabeza y se alejó.

—Una auténtica lástima.

*Ya puedes llamarla sí*. Den miró a su alrededor. El recinto abierto estaba lleno de curiosos que miraban al cielo como si no hubiera nada más a lo que mirar.

—¿Y los restos? —preguntó nerviosa una enfermera caamasiana.

—¿Los restos? —El ingeniero soltó una risilla—. Los únicos restos que quedarán de eso serán rayos gamma. —Señaló hacia el cielo con un amplio gesto—. No se preocupe, hay un campo de energía cubriendo toda la base, ¿recuerda?

Cada uno empezó a aportar su opinión sobre lo que habría causado la destrucción del transporte. Den se alejó cavilando.

Una cosa estaba clara: Filba sacaría algún provecho de aquello, si no lo había hecho ya. Den se mordió los labios, pensativo, y varió su rumbo.

* * *

Den se acercó con cierta rapidez al edificio de Operaciones, que albergaba los suministros y la estación de comunicación. Aunque sólo llevaba unos días en Drongar, hacía mucho tiempo que conocía a Filba. Sus caminos se habían cruzado por vez primera en el lluvioso planeta de Jabiim, durante una de las últimas resistencias del ejército de la República. Den informaba de aquella batalla y Filba era oficial de suministros, además de estar metido en el mercado negro de armas. El hutt, al igual que muchos otros de su especie, estaba dispuesto a utilizar la espalda de cualquiera para enfundar su vibrocuchilla, y casi hizo matar a Den en un intento de ganarse el favor del rebelde Alto Stratus.

Los pliegues branquiales de Den se tensaron al recordarlo. Filba era un oportunista avaricioso que soñaba con convertirse en un señor del crimen, como su héroe, Jabba. Quizás incluso en ser un vigo de Sol Negro, a juzgar por los comentarios espurreados que hacía al tomarse unas copas de más. En opinión de Den, el hutt no tenía muchas posibilidades de convertirse en un pez gordo de los bajos fondos. Los hutt eran parientes lejanos de los peces, pero Filba estaba más que necesitado de agallas. Pese a sus fanfarronadas, Filba era el primero en esconderse bajo la mesa cuando se gritaba: «¡Disparos!». *Y dado su tamaño, suele ser el único que cabe debajo de ella,* pensó Den con una risilla.

La función principal de Filba era la de oficial de intendencia. Como tal, estaba encargado de ordenar e inventariar todo el suministro médico, los medicamentos, las municiones, el material, los artículos cibernéticos, los androides, los sensores y el equipo de comunicaciones, las piezas de recambio de las naves, la alimentación y las sustancias químicas de última generación que pudieran inventar los científicos de la República para acabar con las esporas. Y ésas eran sólo las tareas de las que Den estaba al tanto. El hutt también controlaba la estación de holocomunicaciones, el envío y la recepción de pedidos

y mensajes, normalmente entre el almirante Bleyd y el coronel Vaetes, y, en ocasiones, las instrucciones de combate que enviaba el almirante de la flota a los comandantes de las tropas clon. Todas esas funciones parecían más que suficientes para que las realizaran seis seres, pero el hutt parecía insistir también en ocuparse del seguimiento de la cosecha y los envíos de bota. Den se preguntó cuándo encontraría Filba tiempo para dormir.

*Si conozco a Filba*, pensó el periodista, *y, que el hacedor me valga, lo conozco, su interés por la bota es algo más que laboral.*

El despacho de Filba era como se esperaba el reportero. Limpio y organizado, pero atiborrado hasta el techo de estanterías, receptáculos y armarios, que a su vez estaban repletos de todo tipo de cosas, conteniendo en su mayoría soportes para el almacenamiento de datos. Den vio parrillas de holocubos, monitores planos, plastiláminas y demás… Le dolía la cabeza con sólo ver toda esa información.

El hutt estaba ante un holoproyector, conversando con alguien en el campo receptor. Eso fue todo lo que vio Den antes de que un soldado se pusiera ante él, enarbolando el rifle láser.

—Nombre y motivo de su visita —le dijo.

Este clon era un no combatiente, seguramente destinado a la seguridad de Filba. Llevaba la armadura blanca y reluciente.

—Si no tienes un buen motivo para estar aquí, te costará la cabeza.

—Den Dhur. Periodista de Onda Galáctica. Sólo quería saber que opina Filba de…

La enorme masa del hutt se asomó por detrás del guardia clon.

—No pasa nada —dijo. El guardia asintió y se echó a un lado. Filba miró al sullustano desde arriba, alzándose en toda su enorme estatura, al menos enorme para Den. Detrás de él, Den pudo ver que el holoproyector con el que Filba había estado hablando permanecía apagado.

—¿Qué quieres? —gruñó Filba.

—No intentes intimidarme, cara de babosa, o te vas a enterar de lo que es bueno —Den ya había sacado su dispositivo de grabación, dispuesto a registrar las palabras de Filba. Se lo clavó al hutt en la tripa para dar más énfasis a lo que decía, pero en cuanto lo apartó se arrepintió de haberlo hecho, ya que estaba recubierto de babas.

Filba dio un salto hacia atrás de medio metro. Parecía muy nervioso, en el supuesto de que Den no se equivocara al interpretar la expresión de la enorme cara de sapo del hutt. Den arrugó la nariz, al darse cuenta de que las secreciones corporales del hutt empezaban a oler agrio.

—Acabo de hablar con el almirante Bleyd —dijo Filba—. O más bien, escuchaba mientras él hablaba. Ha hablado muy alto y durante mucho tiempo.

—Déjame adivinar. No le alegra la explosión de la nave.

—A mí tampoco —Filba se estrujó las manos. Sus dedos parecían gusanoesponjas amarillas de Kamino—. Se han perdido más de setenta kilos de bota.

—Además de tres vidas —le recordó Den—. ¿Cómo llaman a eso? Ah, sí. «Daños colaterales».

Su tono sarcástico hizo que Filba le mirara con recelo. El hutt se enderezó y se apartó de su lado dejando por el suelo un ancho reguero de brillantes babas. A Den le encantó que corriera el aire entre los dos. El intenso olor a miedo que desprendía el gastrópodo le provocaba náuseas.

—En las guerras muere gente, periodista, ¿qué quieres?

El tono de Filba era frío. Era evidente que no le gustaba que el sullustano lo pillara en un momento bajo.

—Sólo un comentario —le dijo Den en tono reconciliador. No tenía sentido enfadarlo aún más. Filba podía ser un cobarde, pero su jurisdicción sobre la estación de envío y recepción, además de gran parte de la información vital de Uquemer lo convertía en un individuo sumamente poderoso e influyente. Un mal enemigo al que no se debe dar la espalda—. Algo oficial sobre el desastre que pueda incluir en la noticia.

—¿Noticia? —los enormes ojos amarillos se entrecerraron con recelo—. ¿Qué noticia?

—Como es lógico, mencionaré esto en mi próxima conexión. Soy corresponsal de guerra. Forma parte de mi trabajo —Den se dio cuenta de que aquello sonaba defensivo. Cerró la boca.

—No puedo consentirlo —dijo Filba con apremio—. Podría dañar la moral.

Den le observó de hito en hito.

—¿La moral de quién? ¿De las tropas? A ellos les da igual. Córtales los dos brazos y te matarán a patadas. Y por si te refieres al personal de la base, todo el que no esté en coma o dentro de un tanque de bacta sabe lo que ha pasado. Lo cierto es que ha llamado un poco la atención.

—Esta conversación ha terminado —dijo Filba, arrastrándose sobre su rastro de baba—. No vas a dar ninguna noticia sobre este incidente —hizo un gesto de rechazo con la mano, y Den sintió un tirón desde atrás. El guardia clon le había cogido del cuello de la camisa y le sacaba fuera de la estancia, con los pies colgando.

Una vez fuera, el guardia dejó a Den en el suelo, sin emplear la fuerza, pero tampoco con suavidad.

—Y no vuelvas a aparecer sin anunciarte —dijo a Den—. Órdenes de Filba.

Den temblaba de rabia.

—Dile a Filba —dijo— que puede coger sus órdenes y metérselas por… —le describió gráficamente el modo en el que el hutt podía utilizar su salida cloacal como archivador. El guardia clon no prestó atención. Se limitó a volver dentro.

Den dio media vuelta y se encaminó hacia su cubículo, perfectamente consciente de que lo observaban varios soldados clon y unos pocos oficiales de varias especies. Algunos sonreían.

*No vas a dar ninguna noticia sobre este incidente.*

—Ya, ya —murmuró Den—. Eso lo veremos.

# 8

La explosión había sacado a Jos de la cantina, junto a casi todos los demás clientes. Tenía la visión algo borrosa porque sus dos bebidas se habían multiplicado de alguna forma hasta convertirse en cuatro, pero la desintegración del transporte contribuyó drásticamente a despejarlo.

Vio a Zan con otro de los cirujanos, un twi'leko llamado Kardash Josen, y se unió a ellos; como todos los demás en la base, especulaban sobre las causas del desastre. La teoría más habitual era que las esporas se habían convertido en algo que podía provocar alguna clase de reacción catastrófica en los motores de reacción. Lo cual no era una idea agradable…

Mientras hablaban, Jos se fijó en Den Dhur, que avanzaba a zancadas por el recinto hacia su despacho, con las agallas temblando de indignación y rabia. Intrigado, Jos se acercó para interceptarlo. El periodista murmuraba algo para sus adentros, y probablemente habría pasado de largo de no haberle bloqueado Jos el camino.

—¿Algún problema? ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó, sintiendo una repentina oleada de afecto por aquel tipo. Después de todo, le había introducido en el mundo de las Frescas de Coruscant.

—A un lado, Vondar. Voy a enseñarle con quién está tratando…

—Un momento, un momento —dijo Jos, poniéndose frente a Dhur con las manos en alto hasta que el sullustano se detuvo—. ¿A quién le vas a enseñar?

—¡A ese rencoroso coágulo de flemas ambulante! ¡A esa escoria marina pretenciosa y condescendiente! A ese…

—Ah —dijo Jos—. Tengo la impresión de que no te llevas muy bien con nuestro estimado intendente.

—Cuando acabe con él tendrá que servir en el lado oscuro de Raxus Prime, o algún otro sitio peor, si consigo pensar en uno —las agallas de Dhur vibraban tan rápido que Jos casi podía sentir la brisa.

—Mira —le dijo—. Yo soy aquí el médico jefe, y tú eres nuestro invitado. Si tienes un problema con Filba o con cualquiera…

—Es Filba quien tiene el problema, doc. Lo que pasa es que todavía no lo sabe —Dhur esquivó a Jos, metiéndose en su cubículo—. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Jos observó cómo se iba, algo perplejo. Era obvio que Filba no era el ser más agradable del mundo, pero Jos jamás le había visto despertar en nadie una reacción tan hostil. Lo más que conseguía producir Filba era irritación. Se preguntó si no tendría algo que ver la preocupación que había notado en Dhur cuando estaba en la cantina.

Decidió pedir al hutt su versión del asunto. Normalmente solía dejar que los implicados resolvieran por su cuenta sus asuntos; como médico, no había tardado en ver que, a menudo, la mejor manera de curar era mantenerse al margen y dejar que la naturaleza, o la Fuerza o lo que sea que determinara esas cosas, hiciera su trabajo. Pero,

como le había dicho a Dhur, una de sus obligaciones era ayudar a Vaetes a mantener la paz.

Dio media vuelta para dirigirse hacia el santuario del hutt, cuando vio a la curandera Jedi saliendo de su barracón. Cambió de rumbo.

—No parece que vaya a ser un buen día, ¿verdad? —le preguntó, acercándose a ella.

Ella le miró desde su capucha, y él se asombró al verla tan pálida.

—Padawan Offee, espero que no te moleste que te lo diga, pero parece como si acabaras de ver un fantasma o te hubieras convertido en uno. Necesitas un poco de cordrazina…

—Estoy bien —dijo ella—. Es sólo una reacción momentánea —sonrió con tristeza—. Tu coronel tenía razón. Uno se acostumbra a esto con mucha rapidez. Demasiada.

El asombro de Jos debió de plasmarse en su rostro, porque Barriss añadió:

—He… sentido la destrucción. A través de la Fuerza. No la agonía de sus muertes, eso fue casi instantáneo, sino la repercusión en la Fuerza, la reacción a lo que motivó esta atrocidad. Eso sí que ha sido… intenso.

—¿Atrocidad? ¿Estás diciendo que lo que le ha pasado a la nave no ha sido un accidente?

Ella le miró fijamente a los ojos. Aunque estaba pálida, su mirada era luminosa e intensa.

—Sí, capitán Vondar, eso es exactamente lo que digo. No ha sido una avería provocada por las esporas o un error del sistema de pilotaje, ni nada de eso. Ha sido sabotaje. Ha sido un asesinato.

* * *

El almirante Bleyd recibió las noticias mientras tomaba su sauna diaria. Se las comunicó su androide secretario porque ninguno de los seres orgánicos que iban a bordo del MedStar podía entrar en la cámara llena de vapor. Bleyd tenía la temperatura tan alta que calcinaría la piel de casi todos los miembros del personal. Él, sin embargo, estaba de lo más a gusto.

Leyó el plastifino y arrugó la delgada lámina. Cuando abrió la mano, la memoria molecular de la lámina le devolvió su forma original sin dejar una arruga. Aquello hizo poco por mejorar el humor del almirante.

Ya vestido y de regreso en su despacho, anduvo iracundo de un lado a otro. ¿Quién era responsable de aquello? Ni por un microsegundo lo consideró un accidente. Era sabotaje, subversión y sin duda el principio de una campaña encubierta para provocar una desmoralización generalizada. ¿Sería cosa de los Separatistas? Aunque el frente popular difundía por la HoloRed que esa guerra buscaba impedir que el loco de Dooku siguiera propagando la anarquía por la galaxia, lo cierto es que todo se reducía a cuestiones comerciales y capitalistas, como casi todas las guerras, incluidas las «santas». La Confederación y la República no habían enviado ejércitos y naves por toda la galaxia

buscando servir a los elevados ideales y los derechos de todos los seres. Todo era cuestión de dinero. Tanto si lo sabían como si no, los separatistas y los republicanos que estaban en Drongar luchaban por la bota y por las riquezas potenciales que conllevaba. Por tanto, no tenía mucho sentido que un separatista saboteara un envío de la única mercancía valiosa que el planeta podía ofrecer.

Pero había otros jugadores en la partida; jugadores capacitados que movían piezas incluso más transparentes que un holomonstruo de dejarik.

Jugadores como Sol Negro.

Bleyd se maldijo a sí mismo por tonto. Igual había permitido que su codicia y su impaciencia por conseguir riqueza y estatus lo arrastraran a una alianza precipitada. Su plan había sido sencillo, parecía que demasiado sencillo. Filba, al cargo de los pedidos, había estado sisando aquí y allá unos cuantos kilos de planta procesada. Dadas sus cualidades adaptogénicas, en algunas partes de la galaxia la bota estaba incluso más solicitada que la especia. De hecho, su valor potencial era tal, que su utilización como medicamento en Drongar estaba estrictamente prohibida, lo cual no dejaba de ser una ironía.

Pero, dada su vida extremadamente corta tras ser cortada, resultaba muy difícil transportar bota, incluso a hipervelocidades. Ahí era donde Filba se había superado a sí mismo. El hutt había descubierto una forma de enviar el contrabando por la galaxia sin ninguna pérdida de calidad. A Bleyd se le escapaba cómo había llegado a obtener ese conocimiento. Filba era muchas cosas, pero definitivamente no era científico, por lo que esa idea no podía haber salido del maquinador cerebro del hutt. Probablemente habría encontrado la idea en la HoloRed, o habría sobornado a alguien para que le proporcionara la información. Lo importante era que, por lo que sabían, el proceso aún no había sido descubierto ni por los Separatistas ni por la República.

El proceso de marchitación de la bota se detenía si se empotraba en bloques de carbonita.

Conservada de este modo, podía enviarse a cualquier parte, si se conseguía burlar el bloqueo de ambos bandos. Y ahí entraba Sol Negro. Filba tenía contactos con la organización criminal interestelar, y había llegado a un beneficioso acuerdo con ellos: a cambio de un porcentaje, Sol Negro les proporcionaría un carguero YT-1300F, con el hipermotor trucado, que podía colarse entre controles de la República y confederados, transportando bota en carbonita a los rincones más alejados de la galaxia.

Pero era obvio que Sol Negro ya no se conformaba con una parte de los beneficios ilegales que estaban obteniendo. Querían llevarse también sus beneficios. Bleyd supuso que esa calamidad era como una salva de aviso. Era obvio que pronto contactarían con Filba y con él para…

Bleyd se detuvo al darse cuenta de algo. ¿No estaría Filba engañándole a él? No era ningún secreto que el hutt quería convertirse en vigo. Y qué mejor forma de congraciarse con el cártel del crimen que allanarle el camino a Sol Negro para que se beneficiara de una rentable operación de contrabando.

Bleyd asintió. Sí. Debía tener en cuenta esa posibilidad.

Se acercó al puerto de observación y observó el planeta. El frente terminator se acercaba a la península donde se había instalado el UQMR-7. El grueso transpariacero le devolvía su reflejo, superpuesto a la imagen del planeta. *Una imagen adecuada*, pensó. *Porque si Filba me ha traicionado, no habrá lugar ni en este planeta ni en ningún otro en el que pueda esconderse…*

# 9

No todos los problemas médicos de las tropas eran traumáticos. Había una sección del Uquemer que alojaba a pacientes con enfermedades o infecciones no relacionadas con la batalla, pero lo bastante graves como para requerir observación. Alergias, fiebres ideopáticas y una notable cantidad de enfermedades respiratorias, lo cual no resultaba sorprendente con el aire lleno de esporas, de polen y de otros agentes todavía desconocidos. Cada planeta tenía sus propios problemas médicos: bacterias, virus y, en este caso, esporas. El estado de la medicina galáctica era tan avanzado que podía curarse a casi todos los pacientes de casi todos los planetas, o al menos ser mantenidos con vida casi siempre, pero no todas las veces. Y en ocasiones, los efectos secundarios del tratamiento podían ser tan malos como la cura.

Barriss Offee estuvo de acuerdo en hacer una guardia en el pabellón porque su uso de la Fuerza era especialmente adecuado para este tipo de tratamiento médico. La Fuerza no podía cerrar una herida abierta, o al menos ella no tenía ese tipo de control, pero podía ayudar al debilitado sistema inmunitario de una persona enferma a superar los ataques de agentes patógenos.

Mientras trabajaba, la padawan tenía otras cosas en la cabeza. La explosión de la nave no había sido ningún accidente; lo sabía con toda certeza. ¿Estaría el sabotaje relacionado de alguna manera con la parte de su misión relacionada con la bota? No había una razón lógica para suponerlo, pero ella sentía que era así. ¿Era una inspiración de la Fuerza? ¿O simple intuición, cuando no pura coincidencia?

De momento, sus contactos con el personal de Drongar no habían despertado ninguna corriente oscura en la Fuerza. Los médicos, cirujanos, enfermeros y el personal de apoyo parecían ser, en mayor o menor medida, lo que aparentaban. Sí, todos ocultaban algo, tensiones disimuladas o pasiones reprimidas, pero nada que sugiriera espionaje o robo.

Evidentemente, aún no había conocido a todo el mundo y había especies a las que aún no podía leer, en aquel punto de su formación Jedi. Como los hutt, por ejemplo. La mente de un hutt podía ser muy resbaladiza: cuando llegaba al centro de alguno se sentía como intentando coger una bola de transpariacero pringada en lubricante de motor. Los que mejor se le daban eran los suyos. Tanto que, en los últimos años, muchas veces se había sentido desesperadamente provinciana.

Un androide médico FX-7 le entregó el gráfico del paciente de la Cama Verde. Como todos los clones eran exactamente iguales, llevaban en la muñeca una etiqueta identificativa del Uquemer. El personal también había puesto pequeñas pegatinas de colores en las camas, por lo que, según le habían explicado, las enfermeras y los médicos solían referirse a ellos como la Cama Roja, la Cama Azul, la Cama Morada, etcétera.

El hombre de la Cama Verde tenía una EOD, Enfermedad de Origen Desconocido, que hacía que sus vasos sanguíneos se dilataran de repente, como si sumiera en un profundo trauma. Aún no se había identificado el agente causante. Por tanto, el tratamiento consistía en mantener la presión sanguínea tan baja que si intentaba

levantarse, o incorporarse de forma brusca, se desvanecía por falta de riego sanguíneo en el cerebro. El especialista local en xenobiótica, una humana llamada Mal Ree Ohr, lo llamaba síncope ortostático hipotenso de origen ideopático, lo que podía traducirse como «alguien que se desmaya siempre que intenta levantarse o incorporarse con rapidez sin que sepamos por qué». Los médicos daban mucha importancia a ese tipo de etiquetas, como si dar nombre a una dolencia pudiera curarla. Los curanderos Jedi intentaban ir mucho más lejos a la hora de tratar a un enfermo.

*Veamos cómo funciona aquí,* pensó ella.

Se acercó a la cama. El soldado, cuya designación según el gráfico era CT-914, parecía estar bien mientras se mantuviera tumbado. Acababan de administrarle un histamínico que tenía como efecto secundario la reducción de la presión sanguínea. Si no podían curar la enfermedad, aliviarían sus síntomas lo mejor que pudieran.

—Hola. Soy la Jedi Offee. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Me encuentro bien —dijo él sin añadir nada más.

—Incorpórate un poco, por favor.

Así lo hizo. Dos segundos después, puso los ojos en blanco y volvió a caer en la cama, inconsciente.

*Un aplauso para la nueva medicación.*

El soldado se recuperó al cabo de unos segundos. Abrió los ojos.

—Dime lo que acaba de ocurrir —le dijo Barriss.

—Me incorporé y me desvanecí. Otra vez.

Ella no llevaba mucho tiempo en aquel planeta, pero había aprendido que los soldados clon tendían a ser un tanto literales y taciturnos en su proceso comunicativo. Cuando se les preguntaba algo, respondían con precisión, pero no solían ofrecer más información de la necesaria.

—¿Cuánto tiempo has estado inconsciente?

—Trece segundos.

La seguridad en su voz dejó a Barriss boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay un crono en la pared detrás de ti.

Barriss miró por encima del hombro. Allí estaba. Sintiéndose un poco tonta, dijo:

—Soy curandera Jedi, CT-914. Tengo ciertas habilidades que podrían serte útiles. Y, con tu permiso, voy a intentar ayudarte.

Una sonrisilla se dibujó en la cara del soldado.

—¿Acaso tengo otra opción, Jedi Offee?

Eso le hizo sonreír a ella también. Una broma. La primera que le oía un clon. Aunque tampoco solía conversar con ellos.

Ella respiró hondo, expulsando de los pulmones todo el aire que pudo, y procuró relajarse, dejando que volvieran a llenarse. Repitió el proceso. *Respiración en oleadas*, le había dicho su mentora. Siempre funcionaba: sintió cómo se relajaba, pasando a un estado mental cada vez más receptivo a la Fuerza. Un lugar tranquilo y despejado, libre

de recuerdos y expectativas de futuro, donde dejaba de ser la padawan Barriss Offee para ser un canal de la Fuerza viva.

Estaba allí para ella, como siempre. La utilizó para tantear su entorno y se introdujo en el campo de energía del soldado, buscando lo que estaba mal en él.

Ah. Ahí estaba. Una perturbación en su red neuronal, centrada en el hipotálamo. No parecía haber ninguna causa patógena. No percibió formas de vida microscópicas salvo las que tenían que estar allí, pero el cerebro de aquel hombre había sido dañado de alguna manera. Podía «ver» una formación maligna de color rojo brillante, y tranquilizó la lesión empleando la Fuerza, «acariciándola» con ondas de éter hasta que el resplandor se desvaneció.

Entonces se retiró. Regresar siempre le resultaba algo desorientador. Se concentró y abrió los ojos. CT-914 la estaba mirando.

—Incorpórate, por favor —dijo ella.

El paciente lo hizo. Al cabo de unos segundos, seguía consciente.

—A ver si puedes ponerte de pie.

Él sacó las piernas por el borde de la cama de duraespuma, puso los pies en el suelo y se levantó.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella.

—Sí. Me siento bien —él se agachó con las piernas estiradas, puso las manos en el suelo, se alzó sobre los talones y abrió los brazos—. Ni mareado ni desorientado ni nada —comentó.

—Vale. Por favor, vuelve a la cama. En breve vendrá alguien a reconocerte. Podrás salir de aquí si no vuelves a ponerte mal.

Él volvió a la cama.

—Gracias, Jedi Offee. Me encantará regresar a mi unidad y a mi misión.

—De nada.

Mientras Barriss se volvía para acercarse al siguiente paciente, se fijó en el crono de la pared. Lo que vio le sorprendió. Había pasado poco más de una hora desde que había empezado a hablar con CT-914. Había estado una hora de pie, inmersa en la Fuerza, pero apenas habían sido segundos para ella.

Esas cosas seguían sorprendiéndole.

La Cama Añil era la siguiente…

* * *

La llamada llegó incluso antes de lo que Bleyd esperaba. De hecho, llegó en persona.

El representante de Sol Negro estaba sentado al otro lado del escritorio, y su actitud demostraba algo más que seguridad en sí mismo: era repugnantemente petulante. ¿Y por qué no iba a serlo? Era un criminal de carrera, el delegado de uno de los mayores sindicatos de criminales de la galaxia. Y, además, Mathal, como se hacía llamar, era

enorme y musculoso, con una pistola láser atada a la pierna derecha y una vibrocuchilla enfundada en la cadera izquierda. Y tiene pinta de saber utilizarlos, pensó Bleyd. Bien.

Mathal acababa de comunicarle la oferta de Sol Negro. Más bien un ultimátum. No querían más bota.

Lo querían todo.

—Podemos conseguir un gran precio para toda la que pueda entregarnos —dijo.

Bleyd habría enarcado una ceja de tenerla. Pero se limitó a sonreír y asentir mientras pensaba que ese humano era tonto. ¿De verdad creía que no había salvaguardas en el planeta? Había algunas cosas que resultaban demasiado arriesgadas hasta para el comandante de las unidades médicas de la República, y sangrar la valiosa cosecha más de lo que Filba y él ya lo hacían acabaría notándose.

A Mathal y a sus jefes les daba igual. Eran codiciosos y lo querían todo, y si eso dejaba a Bleyd convertido en una columnita de humo que salía de un cráter, pues se sentía.

—El trato es que usted aumente la producción y los envíos. Nosotros situamos una nave grande fuera del alcance de los sensores. Tenemos una Damoriana Nueve Mil que podría transportar medio planeta; olvídese de esa basura de YT-13000-f que han estado empleando. Suben la mercancía, llenan las bodegas, le pagamos y a correr. Todo el mundo se forra, todo el mundo contento.

A Bleyd le dieron ganas de reírse. *Sí, ya. Y mi cara saldrá en todas las holoemisiones de criminales más buscados de aquí a Coruscant mientras vosotros quedáis en el anonimato. Menudo trato.*

Aunque Sol Negro le dejase vivir después de la transacción, y no pensaba apostarse el *yuthrael* a eso, aunque consiguiese amasar una fortuna, no bastaría para compensar una vida en constante huida. Siempre mirando por encima del hombro para ver si le seguían los oficiales de la República. Sin poder relajarse, sin volver a contemplar una noche de luna en Saki. No, gracias. Bleyd sabía que la única forma de ser un delincuente de éxito era cometiendo un delito del que nadie se enterara. No hacía falta que fuera perfecto, sólo uno que no pudiera llevar a nadie hasta la puerta. Si comprabas un láser sin registrar, lo usabas una noche oscura contra alguien al que no te uniera conexión evidente alguna, y huías a toda prisa, era bastante probable que jamás te relacionaran con el asesinato. Pero si secuestrabas un carguero que transporta mercancía ilegal de gran valor como la bota, más te valía empezar a acostumbrarte a la comida que daban en prisión.

Pero dijo Mathal:

—Vale. Quizá tarde un poco en organizarlo.

El hombre sonrió, mostrando su maltrecha dentadura.

—Podemos traer una nave aquí en, digamos, medio mes local. Eso debería bastar, ¿no cree?

Bleyd sonrió a su vez. *Observa mis colmillos, humano.*

—Pues sí, eso debería bastar.

*Por supuesto, da igual lo que yo diga, porque eso no llegará a pasar nunca, y tú no vas a decir nada a tus jefes.*

—Entonces supongo que esto es todo —dijo Mathal—. Menos lo de su, esto…, ayudante. ¿Sigue la babosa metida en esto?

—Filba es un empleado leal y fiable —dijo Bleyd, formulando sin problemas aquella mentira. La verdad era que se fiaba muy poco de Filba porque sabía que podía traicionarle en cualquier momento, sin dudarlo.

—Excelente. Volveré con mi vigo y pondremos en marcha la operación.

*Vuelves a equivocarte, amigo mío,* pensó Bleyd. *La «operación» en la que te arrancaré las vísceras empieza ahora mismo.*

—Sí, sí. Ah, otra cosa —añadió en voz alta—. Tengo una partida pequeña pero extraordinaria metida en carbonita, un producto de alta gradación. Me gustaría enviársela a su vigo en señal de buena voluntad.

—Alta gradación, ¿eh? ¿Cuánto?

—No mucho —Bleyd se encogió de hombros, como quitándole importancia—. Cinco kilos o así.

—Excelente —dijo el humano—. Mi vigo estará satisfecho.

—Y yo me alegro de oírlo —Bleyd se puso en pie—. Tuve que ocultarlo, claro. ¿Le importaría acompañarme? Está en el hangar de cuarentena.

Mathal vaciló un momento.

—¿Cuarentena? ¿Como lo de las enfermedades contagiosas?

—No, no, nada de eso. Todo lo que procede del planeta debe esterilizarse, irradiarse, como medida de seguridad. Como ya sabrá, Drongar es un enorme sumidero de patógenos exóticos. El hangar está limpio, y yo mantengo el paso restringido para que nadie encuentre cosas que no quiero que encuentren…, como lo que tengo para ti.

Mathal asintió.

—Muy inteligente. Quizá quiera considerar la posibilidad de trabajar para Sol Negro cuando acabe esta guerra, almirante. A alguien como usted le iría muy bien allí.

—Es demasiado amable —Bleyd le indicó que fuera delante—. ¿Le parece si vamos a recoger el regalo del vigo?

—Estoy en tus manos —dijo Mathal.

Esta vez, Bleyd tuvo que esforzarse por contener la sonrisa.

* * *

Den Dhur hizo un gesto al barman para atraer su atención y señaló las jarras vacías sobre la mesa, alzando dos dedos. El camarero, que esta vez no era el taciturno ortolano, asintió.

Den volvió a mirar al ser que tenía frente a sí, un rechoncho mecánico ugnaught, especialista en equipos médicos y llamado Roran Zuzz, que era más ancho que largo.

—Fascinante —dijo Den—. Cuéntame más.

Zuzz apuró lo que quedaba del repugnante brebaje que empleaba para alterar su química cerebral y dejó el vaso en la mesa. El olor, perteneciente a alguna clase de intoxicante derivado del carboxilo, recordaba a Den a un reptador mell que llevara una semana muerto, y no se consideró afortunado por conocer semejante referencia. La etiqueta de la botella, que el androide había dejado sobre la mesa, decía: «CERVEZA ROJA TYRUSIANA», y la letra pequeña decía: «PORQUE EL AMARILLO NO QUEDA BIEN EN EL ESPACIO». ¿Qué significará eso?, se preguntó Den.

—Pos mira, yo te digo que este curro es de los más chungos que hay en el servicio, t'apuesto lo que quieras.

Tenía un Básico bastante simple. Los ugnaughts no solían molestarse en aprender el idioma común de la galaxia a menos que se vieran obligados a ello, pero Den había oído y entendido cosas mucho peores.

—Los médicos están venga a chillar tol rato: «Arregla eso, arregla lo otro», ¡como si a mí me salieran las piezas de recambio por el trasero! Los repuestos no abundan en este planeta, ¿sabes? Médicos… —murmuró, contemplando fijamente los restos de su bebida.

El androide camarero se acercó y puso una ronda nueva en la mesa. Silbó algo, y Den le hizo señas con impaciencia para que se marchara.

—Sí, sí, anótalo en la cuenta.

El androide silbó a modo de afirmación y se alejó rodando.

—Tú trabajas con Filba, ¿no?

El técnico cogió la nueva jarra y se tragó un tercio de un trago.

—Joé, qué rico está esto. ¿Qué iba iciendo?

—Decías que trabajas con Filba.

Zuzz negó con la cabeza.

—Los hutt son peores que los humanos. De lo más quisquillosos y puntillosos que hay, ¿me entiendes?

Den asintió.

—Sí, te entiendo perfectamente. Visto uno, vistos todos.

El ugnaught le miró con un ojo legañoso. *Cuidado, Den. No está lo bastante bebido como para que empieces a hablar como si fuerais amigos de toda la vida.*

Zuzz eructó.

—O sea, estoy intentando resetear todo el sistema de biosensores para Recuperación de todas y cada una de las máquinas, y al hutt no se le puede meter prisa para que consiga un calibrador decente.

—No me lo puedo creer —dijo Den—. Menuda escoria.

—Ya te digo, tío —miró a su alrededor, y luego se echó hacia delante—. Entre tú y yo… —dijo en voz baja y escurridiza—. El hutt se trae algo entre manos. Creo que los créditos fueron a parar al bolsillo de Filba, ¿me entiendes lo que te quiero decir?

—¿Ah, sí?

—Pues sí. He estado vigilándole. Está sacando la hierba de algún sitio, ¿me sigues?

—Sí, claro, tío —dijo Den.

Sonrió. Filba iba a lamentar profundamente haberse cruzado en el camino de Den Dhur. Podía escanear eso e ingresarlo en el banco.

# 10

Solían provocarlo las cositas, los pequeños detalles. Esta vez fue una humana del laboratorio técnico riéndose en la mesa de al lado por algo que había dicho su acompañante. No fue una carcajada estridente, sino un sonido feliz, el de alguien que ha conseguido olvidar, por un precioso momento, la macabra realidad del Uquemer. De pronto, Jos se acordó de una niña de su colegio, la primera a la que había hecho reír. Sí, lo había conseguido dando saltitos de un lado a otro, fingiendo ser un seloniano que se ha quemado un pie, pero es que entonces tenían siete años.

Se quedó mirando la comida en la bandeja de metal dividida en varios compartimentos que tenía ante sí. Pese a saber que debía comer para no perder las fuerzas, le costaba despertar el apetito. Sí, la comida estaba bien. El revuelto de huevos de murcielalcón en polvo tenía una textura algo grimosa, pero los filetes de shroom no estaban mal, por ser un producto local. Aun así, no era una de las comidas más memorables de su vida.

Jos suspiró. De no ser por aquella guerra, estaría en casa, montando una clínica con su padre o quizá con alguno de sus tíos o tías, ya que en su familia había muchos médicos, además de varios cirujanos. Y, tras un difícil día en la sala de operaciones, volvería a su impresionante apartamento en la exclusiva zona de Playa Dorada en Coronet. Su esposa iría a recibirlo a la puerta; una compañera alegre, divertida y atractiva con la que compartiría su vida y su amor. Y puede que hasta niños…

La comida de la mesa perdió todo su encanto. Lo que quería hacer con aquellos valiosos minutos de tiempo libre era volver a su cubículo, reptar hasta el catre, echarse la fina manta de sintotejido por encima de la cabeza y dormir una semana seguida. Un mes. Lo que tardara aquella maldita guerra en acabar de una vez, para que él pudiese volver a casa.

Sí, era cirujano, y sí, no se podía cortar sin ver sangre, pero tener que estar hundido en ella hasta el tobillo. Cada día. Eso sí que era difícil.

Daba igual que casi todos los soldados fueran clones, todos sacados del mismo molde y programados para no temer a la guerra. Aunque no fueran individuos del todo, seguían sufriendo y muriendo, y los que no morían debían ser recompuestos por sus colegas y por él como fuera posible, haciendo milagros, cambiando un órgano por otro y parcheando heridas para que pudieran volver a sufrir. Y quizás hasta morir.

Había días en los que odiaba el talento que tenía en manos y nervios que le hacía posible cortar, plastipegar y curar. Igual si hubiera recibido alguna otra clase de formación, como genómica o biorrobótica, no se vería ahora en ese apestoso planeta. Por supuesto, prefería estar en un Uquemer, lejos del frente, que en el meollo. Después de todo, su programación genética no incluía la inmunidad al miedo. Pero lo que le gustaría era no estar allí de ninguna manera.

Jos pensó en Barriss Offee, en la atracción que había sentido al principio por ella. Menos mal que se había quedado en eso, se dijo, ya que ella estaba vedada. Pero el hecho

de que ella no estuviera a su alcance no aliviaba mucho su soledad. Quería tener una compañera, alguien con quien mantener una intimidad, alguien a quien mimar. Pero para eso debería esperar a volver a su sistema natal.

Contempló melancólico el fondo de su té tanque, como si pudiera obtener alguna respuesta de los fragmentos de raíz que flotaban en el líquido turbio.

—Si sigues mirándolo tan fijamente, se evaporará.

Alzó los ojos y vio a Tolk ante él, con ropa de civil. La luz entraba por la puerta del comedor, detrás de ella, dibujando de forma parcial su silueta, pero no tanto como para que él no pudiera distinguir sus rasgos. Su mente se quedó en blanco excepto por un pensamiento:

¡Madre de ibbot! ¡Es preciosa!

No es que no se hubiera dado cuenta de que su enfermera jefe era humana y bastante atractiva; era obvio para cualquiera con ojos. Pero el mismo problema de la padawan podía aplicarse a Tolk: estaba vedada. Los vondars y los kersos, los clanes de su padre y su madre, eran enster de toda la vida; una filiación sociopolítica de larga tradición en la que también se había educado Jos. Gran parte del sistema de creencias enster se basaba en que no podía celebrarse matrimonio alguno, mucho menos consumarlo, con habitantes de sistemas planetarios ajenos al propio. Los fanáticos más extremos lo restringían aún más, negándose hasta a establecer cualquier filiación interplanetaria. Sin excepciones.

Sí, un joven podía salir del planeta, y sí, incluso el más conservador de los ensteritas podía hacer la vista gorda ante un hijo o una hija que estableciera alguna… alianza temporal con un «ekster», o «extranjero», pero una vez se volvía a casa, se debía dejar atrás los impulsos salvajes. No se llevaba a un ekster a casa para presentárselo a los padres. Sencillamente, no se hacía. A no ser que quisieras renunciar a tu clan y ser rechazado y repudiado por el resto de tu vida. Sin mencionar la vergüenza y el desprecio que recaerían sobre tu familia.

Todo eso le pasó por la cabeza a la velocidad de la luz. Esperó que no se le hubiera notado nada, dada la implacable habilidad lorrdiana para leer las expresiones y el lenguaje corporal. Tolk no era émpata, como Klo Merit, pero podía advertir y descodificar las más ínfimas pistas corporales sobre el estado de ánimo de casi cualquier especie.

—Tolk —dijo él—. Siéntate. Tómate un té. De hecho, quédate con el mío.

Tolk se sentó, le cogió la taza, dio un sorbito y le miró de cerca.

—¿Quién ha muerto?

—Aproximadamente la mitad de las tropas del ejército de la República, o eso parece últimamente.

—Mantenemos con vida al ochenta y siete por ciento de los que pasan por nuestra base.

Él se encogió de hombros. Ella dio otro trago al té.

—Vale, el trece por ciento sigue siendo demasiado. Pero podría ser peor.

Ella olía bien. Con un olor ligeramente intenso, pero fresco a la vez. No se había dado cuenta. Por supuesto, el fulgor de los ultravioleta de la sala de operaciones y los campos de esterilización solapados tendían a suprimir los olores, lo cual era bueno en general, teniendo en cuenta los gases que se escapaban cuando un vibroescalpelo atravesaba cavidades corporales.

—¿Qué es tan terrible, Jos?

Por un momento sintió la tentación de decírselo. *¿Qué es tan terrible? Que me siento solo, estoy lejos de casa y harto de tanta muerte. Estoy sentado junto a una mujer preciosa que me gustaría conocer mejor, pero mucho mejor; pero eso no tendría ningún futuro, y no soy de los que buscan una relación rápida, aunque en este preciso momento se me antoja una idea estupenda.*

No le costó ningún esfuerzo imaginársela en su cama, con el pelo extendido sobre la almohada…, pero se dio cuenta enseguida de que ése no era el mejor camino a seguir. Así que, en lugar de decir la verdad, dijo:

—Es sólo que estoy cansado. Tengo los biorritmos disparados. Necesito unas vacaciones.

—Como todos.

Pero ella le miró, y por un segundo él supo que ella sabía con exactitud lo que se le había pasado por la cabeza.

Con exactitud.

* * *

Jos y Zan observaron la nave de suministros descender sobre las invisibles ondas repulsoras.

—Será mejor que hayan traído los biomarcadores —dijo Zan—. Los pedí hace medio año estándar. Un sarlacc de Tatooine mueve más deprisa las cosas por su sistema.

Jos se secó la frente y asintió, esperando a que bajara la rampa. Había pedido varias cosas que la base necesitaba desesperadamente. Tanques y fluido bacta, módulos de bioescáner, coagulina, neuroprenolina, cistato provotínico y otros medicamentos de primera necesidad… La lista era casi interminable. Pero una de las cosas más importantes del inventario eran más androides. Los pedidos eran sobre todo de FX-7s y 2-1Bs, pero también había solicitado un par de auxiliares de administración. Dos de los cuatro CZ-3s que había solicitado al principio habían sucumbido ante el óxido y el exceso de trabajo, y los otros empezaban a presentar fallos excéntricos de funcionamiento. Sospechaba que debido a las esporas.

La rampa bajó. Filba, por supuesto, ya estaba allí, inspeccionando el inventario y comprobando meticulosamente que se dejaba constancia de cada tira de sintocarne y de cada carrete de hilocromo. Los dos cirujanos, junto con varias enfermeras y ayudantes, observaron pasar los contenedores de plastiduro, intentando leer las listas de contenido fotoplantillado.

—¡Sí! Por fin me han traído los biomarcadores —dijo Zan con un silbido de satisfacción. Luego, su mandíbula tatuada se abrió de par en par—. ¿Cómo que sólo una caja? ¡No me va a durar ni un mes! Qué típico…

Jos también se mostró decepcionado al ver pasar el último contenedor rodando.

—¿Y dónde están los androides que pedí? —miró a Zan—. ¿Has visto salir algún androide? ¿O algo que se parezca a un androide?

Zan miró por encima del hombro de su amigo. Antes de que Jos pudiera darse la vuelta, escuchó una voz que decía:

—A mí me han dicho que me parezco a uno, señor —las palabras se articularon de forma precisa, con aquel tono hueco ligeramente mecánico que sólo podía proceder de un vocoder. Se dio la vuelta y vio a un androide en la rampa—. Claro que igual quien lo dijo sólo pretendía ser amable.

Jos miró al androide. Se parecía a uno de los modelos de protocolo que había por toda la galaxia. Si lo era, lo habían reformado un par de veces: el cableado no era del modelo estándar, si no recordaba mal. El acople de recarga también era distinto. La armadura de peltre tenía bastantes abolladuras. Jos miró de nuevo a Zan.

—Pido un modelo de oficina —dijo—. El que fuera, hasta un modelo CZ viejo. Y me mandan un androide de protocolo.

—Te vendrá bien en las elegantes cenas de Estado y las cumbres diplomáticas a las que te obligan a ir continuamente —dijo el zabrak muy serio.

—Sí, claro. No sé cómo he podido sobrevivir aquí sin mi propio androide adjunto.

El androide murmuró algo a sus espaldas que le sonó a «La suerte de los tontos, diría yo».

Jos y Zan se volvieron para mirarlo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Jos.

El androide volvió de su ensimismamiento, y aunque su rostro era una máscara metálica inexpresiva, Jos sintió que algo (¿miedo?, ¿resentimiento?, ¿ambas cosas?) asomó a su cara por un instante. Cuando el androide volvió a hablar, la voz carecía de sentimiento, incluso todavía más que en la mayoría de los modelos 3PO.

—Sólo he dicho que estoy al tanto de la situación aquí. En Drongar. Creo que me encontrará más que competente para asistirle, señor. He recibido una intensa programación médica que incluye acceso a los archivos de la base de datos del Sector Gen…

—¿Qué clasificación ID tienes? —le interrumpió Jos.

—I-5YQ, señor.

Zan frunció el ceño.

—Nunca había oído una clasificación 5YQ.

El androide miró a Zan y dudó un momento antes de responder. Y de nuevo, aunque las rígidas facciones no cambiaron, Jos sintió que la presencia de Zan ponía nervioso al androide de alguna forma. Pero cuando el I-5YQ respondió, lo hizo educadamente.

—Soy una alteración de la serie 3PO, señor, con ciertos cambios en las unidades del módulo cognitivo. El diseño ha tomado prestadas ciertas características del viejo modelo de servodroides Orbot. La producción fue interrumpida por Cybot Galáctica al poco de nacer debido a cuestiones legales. —El androide hizo una breve pausa—. Me llaman I-Cinco.

Los dos cirujanos se miraron. Jos se encogió de hombros y le dijo al androide:

—Vale, I-Cinco, vas a tener una tarea doble: almacenamiento de datos y secretariado, además de ayudarme en la SO. ¿Crees que podrás con eso?

I-Cinco no respondió enseguida, y Jos volvió a sentir, por una fracción de segundo, que el androide quería responder como se merecía a su sarcasmo. Pero I-Cinco se limitó a decir:

—Sí, señor —y les siguió mientras Jos y Zan se disponían a atravesar el recinto.

*Qué raro*, pensó Jos. *El calor debe de estar afectándome mucho si ahora me da por pensar que los androides son contestones…*

# 11

El hombre de Sol Negro no podía creérselo.

—Será una broma, ¿no? Está agotando mi paciencia.

Bleyd dijo:

—Para nada —había desarmado a Mathal a punta de láser, y el hombre estaba a punto de tener un infarto de pura incredulidad.

—¡Está loco! —el tono de Mathal era agresivo, pero sus ojos miraban nerviosos a uno y otro lado, y Bleyd casi podía oler el miedo en el sudor del hombre.

—En su posición yo también pensaría eso. Pero me temo que no es tan sencillo. Ahora escúcheme bien. La escotilla está bloqueada. El código que la abre está aquí, en el bolsillo de mi cinto. Si quiere salir de esta nave con vida, tendrá que quitármelo. En alguna parte de esta cubierta hay a la vista un cuchillo grande con el que podría armarse para defenderse.

Mathal se quedó helado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me impide partirle el cuello ahora mismo?

—Podría intentarlo, aunque no tuviera un láser, pero no te lo aconsejo. Soy más fuerte que tú y mi herencia genética es algo más… feroz. Tus probabilidades de victoria son excesivamente escasas. Ni siquiera teniendo tú el cuchillo y estando yo desarmado tendrías unas posibilidades que superaran el cincuenta por ciento.

—Cuando vuelva con mi vigo y le cuente esto, utilizará tu cráneo de jarra.

—Es posible —dijo Bleyd—. Pero para eso tendrás que pasar por encima de mi cadáver. Te doy dos minutos antes de ir a por ti. La próxima vez que nos veamos, morirá uno de los dos. —Flexionó los dedos, sintiendo que los tendones se movían como cables engrasados—. Será mejor que corras.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección al corredor ascendente.

Bleyd concedió al humano el crédito de saber reconocer una verdadera amenaza cuando la oía. Dejo los faroles y echó a correr, muy deprisa. Diez segundos después había tomado la curva del corredor y desaparecido de su vista.

Bleyd le concedió el resto del tiempo anunciado, disfrutando del ligero y persistente olor amargo del sudor del hombre, y empezó a moverse por el pasillo en dirección contraria a la que había tomado Mathal. El arma estaba más cerca por ese lado, y había varios lugares donde poder esconderse a observar y esperar. Podía permitir al hombre que cogiese el cuchillo, lo cual sería de justicia al ser los músculos y ligamentos de un sakiyano mecánicamente superiores a los de un humano, haciendo que Bleyd fuese al menos el doble de poderoso que un hombre fuerte, además de mucho más rápido.

Si estuviera cazando para comer, tendría en casa una compañera y cachorros que alimentar, y entonces sacaría un láser para matar al hombre sin dudarlo un segundo. Después lo habría despellejado, se lo habría echado al hombro y vuelto a casa. La supervivencia requería eficiencia, y a la presa que se come no se le da ninguna oportunidad, ni te arriesgas cuando tienes una familia a la que alimentar. Si tú mueres,

también morirán ellos, y tanto el *monthrael* como el *yuthrael* —el honor personal y el del linaje— quedarían mancillados para siempre.

Pero, ah, en la caza por deporte, en la que nadie depende de ti…, bueno, eso era completamente distinto. ¿Dónde está el reto cuando uno es más fuerte, más ágil y mejor armado que la presa? Cualquier esbirro sin cerebro y bien armado puede matar. La presa de un verdadero cazador debe tener alguna oportunidad de ganar. Si cometes el error de cazar a un depredador, eso debe costarte algo, aunque el precio sea tu vida; es la especia que da sabor al juego.

Mathal podía ser sólo un chico de los recados, pero Bleyd sabía que los agentes de Sol Negro suelen empezar su carrera a un nivel básico. Algún tiempo atrás, antes de ser reclutado por Sol Negro, Mathal debió de ser un matón de alquiler que cobraba por su capacidad de ofrecer violencia y hasta muerte. Bleyd sabía que no era un herbívoro. Era un depredador.

No estaba ni de lejos a la altura de Bleyd, claro. Bleyd era un cazador de primera. Había cazado shistavenes en Urena III armado con sólo una lanza. Había acabado con un rancor con sólo un arco de resorte y tres dardos. Había rastreado y matado nohgris con cuchillas cuya hoja cortante no era más larga que su dedo medio.

No recordaba la última vez que había cometido un error potencialmente fatal durante una cacería por deporte. Claro que sólo se necesitaba uno…

Llegó hasta el cuchillo minutos antes de que Mathal pudiera recorrer el perímetro del lugar. Había tres lugares que le proporcionaban una buena posición. Uno estaba al nivel de cubierta, a tres pasos de distancia, en un rincón en sombras. El segundo estaba detrás de la enorme resistencia refrigeradora que había al otro lado del pasillo, a unos doce pasos de distancia. El tercer escondite estaba dentro de un conducto de ventilación situado casi encima del paradero del arma y, pese a estar a dos cuerpos de distancia, era en caída recta.

No tenía ninguna duda sobre dónde se escondería. Sus antepasados, al igual que los de los humanos, provenían de los árboles y de terrenos elevados.

Bleyd se preparó, se encogió y saltó hacia arriba. Se agarró al borde del conducto de ventilación, hizo girar la rejilla con una mano mientras se aferraba con la otra al borde y se metió en el conducto con los pies por delante. Rotó sobre sí mismo, puso la rejilla en su sitio, se sostuvo boca abajo en el estrecho conducto empleando la fuerza de sus brazos y empezó a respirar con lentitud y regularidad, reduciendo los latidos de su corazón al ritmo de caza. Un cazador en tensión no puede moverse deprisa.

No tuvo que esperar mucho. Dos minutos, tres… y llegó el humano, dando pisotones y haciendo vibrar la cubierta tanto que podría oírle hasta un anciano sordo.

Mathal se acercó al cuchillo. Miró a su alrededor, temeroso, y cogió el cuchillo. Bleyd le oyó suspirar aliviado, y vio cómo se ensanchaba su sonrisa.

El cuchillo era una buena arma, una de las favoritas de Bleyd. Tenía el mango grueso, una hoja larga como el antebrazo de un hombre y casi tan ancha como su muñeca. Estaba hecho de limpio flexiacero quirúrgico forjado y plegado a mano, con una guarda de

flexibronce y un asa de rugoso hueso para que no se escapara al tener la mano sudorosa o ensangrentada. Después de todo, sería poco deportivo proporcionar a tu presa un arma mala. Y su investigación le indicaba que Mathal era un experto luchador con cuchillo. Bleyd sabía que necesitaría habilidad y fuerza para vencerle. La suerte no era un factor.

Respiró hondo, pivotó, apartó la rejilla y se arrojó de cabeza sobre el hombre. Lanzó el grito ancestral de su linaje:

—¡Taaarrnneeeessseeee…!

Mathal alzó la mirada con el terror pintado en su rostro. Levantó el cuchillo demasiado tarde. Bleyd lo desvió y buscó la garganta del hombre.

Y entonces se tocaron…

* * *

El espía tenía menos problemas con este tipo de cosas. Después de todo, cualquiera podía hacer explotar algo y matar a un objetivo. Aunque era cierto que se requería cierta habilidad para cometer esos actos sin ser atrapado, y el espía tenía más habilidades en ese sentido de lo que podría suponer cualquiera del lugar, el auténtico reto de su proyecto radicaba en otras cuestiones. El laberíntico funcionamiento de la burocracia militar podía ser lento, pero resultaba perfecto para conseguir los resultados deseados si se manipulaba adecuadamente. Tal y como había aprendido desde su infancia, todo es posible si se cuenta con los instrumentos adecuados. Para socavar una organización militar o un Gobierno cien mil veces más potente se necesitaba mucha sutileza. Siempre se piensa que sólo puede hacerse con ejércitos y naves del tamaño de saurópodos gigantes, enormes bestias que se tambalean ruidosamente al moverse, aplastando todo lo que se pone en su camino, a menudo sin darse cuenta. Una sola persona no puede aspirar a detener o incluso hacer girar a una bestia semejante por sí sola, por muy hábil o físicamente entrenada que esté. De ahí nacía el viejo adagio: «Cuando un ronto tropieza, no hay que ponerse bajo él para interrumpir su caída».

No, la forma de desviar a algo tan grande en la dirección deseada es convenciendo al monstruo de que el cambio de rumbo es idea suya.

Algo que, en teoría, es sencillo. Se planta la idea en el lugar y el momento adecuados y se espera a que germine. En la práctica es algo más difícil, un complejo juego de inteligencia.

La reciente destrucción del transporte había causado preocupación y no poca paranoia. Pero la amenaza seguía siendo demasiado nebulosa para desviar al monstruo de su camino y poder vencerlo. También iba bien algo de misterio, pero los líderes militares no suelen alterarse mucho por lo que no se ve. Vivían y morían según hechos reales, o por lo que se les podía hacer creer que eran hechos.

La amenaza debía hacerse más real. Lo que Vaetes y sus hombres necesitaban ver en ese momento era un enemigo de verdad. Y en la base existía alguien que encajaba a la perfección en ese papel. Era una pena que tuviera que sufrir, pero así eran las cosas.

# 12

Zan estaba sentado en el taburete plegable sin respaldo que prefería para tocar la quetarra, afinando el instrumento. Cuando no tocaba, la guardaba en una funda de fibra tejida bastante ligera, pero lo bastante resistente como para soportar que saltaran encima de ella. Tras tomarse unas copas, Zan lo había demostrado una noche sin cortarse un pelo. Jos estaba seguro de que ver a un zabrak talusiano saltando sobre una funda de instrumento como un saltahojas geonosiano gigante y descerebrado, con los cuernos craneales a punto de clavarse en el techo, era una visión por la que muchos habrían pagado buenos créditos.

Jos estaba echado en su catre, leyendo en su flatescáner la última actualización del *Diario quirúrgico galáctico*. Un cortatórax de alcurnia había publicado un artículo sobre laminotomía microquirúrgica en lesiones de columna recibidas en combate, y Jos no pudo evitar reírse a carcajada limpia. «Utilice el escopio de pemetro para buscar las repercusiones en el sistema nervioso». O «es vital la aplicación de campos esténicos e inducciones de fase homeostática».

¿Escopios de pemetro? ¿Campos esténicos? ¿Inductores de fase homeostática? Sí, claro. Las probabilidades de encontrar todo aquello y en el mismo sitio, fuera de un centro médico de primera clase con un equipamiento quirúrgico de veinte millones de créditos, eran las mismas que se tenían de poder alcanzar la velocidad de la luz batiendo los brazos. Era obvio que ese tío nunca había estado en el frente. *Me encantaría ver lo que hacía el supermédico éste con un vibroescalpelo, un coagulante y un paciente con la aorta agujereada…*

Zan terminó de afinar la quetarra y tocó un acorde.

Después empezó a rasgar suavemente las cuerdas, con más fuerza luego. Pese a que se lo decía a veces para pincharle, a Jos no le importaba oír a Zan tocar.

La pieza que tocaba Zan era rápida, tenía buen ritmo y, tras unos segundos, Jos dejó de leer y se puso a escuchar. ¿Era eso saltobrinco? ¿De verdad estaba Zan tocando algo escrito en los últimos cien años? Uno nunca dejaba de sorprenderse.

Jos no dijo nada. Daba igual lo que dijera porque cuando Zan se ponía, conseguía eclipsar cualquier otra distracción. En cierta ocasión, hacía unos seis meses, un recolector gungan bastante torpe a quien no deberían permitirle manejar cualquier arma más peligrosa que un palillo, consiguió activar una de las bombas de pulso que llevaba en su saltador. El desgraciado anfibio se convirtió a sí mismo, a su vehículo y a buena parte del paisaje local en un cráter humeante. Se hallaba a unos trescientos metros del cubículo de Jos cuando saltó por los aires, pero, incluso a esa distancia, el estallido bastó para tirar vasos, hacer temblar los muebles y descolocar unos cuantos cuadros de las paredes del refugio. Zan, que en ese momento tocaba algún concierto de algo, no falló ni una nota. Cuando terminó miró a su alrededor, sorprendido ante aquel caos.

—Si no te gusta la música, no tienes más que decírmelo —dijo a Jos.

Por otro lado, Jos no quería interrumpir la música, que había pasado del ritmo alegre del saltobrinco al bajo pausado y la melodía del isótopo pesado. Era impresionante lo que su amigo podía lograr con un instrumento sólo de cuerda, sugiriendo los sonidos de una omnicaja, de una electroarpa, y todos los instrumentos que componían un sexteto…

Al cabo de un minuto más o menos Zan se detuvo.

Intentando no parecer demasiado interesado, Jos le dijo:

—Eso era interesante. Eh, ¿qué era?

Zan sonrió.

—¿Eso? *Étude para un amanecer,* la Decimosexta Variación Vissëncant. Me alegra ver que por fin te has convertido en un amante de la música clásica, mi querido amigo de oído de plomo.

Jos se lo quedó mirando.

—¿No te contó tu mamá que si mentías te crecerían los cuernos?

—Admito que lo he acelerado un poco. Y he cambiado los tiempos en un par de sitios, y acelerado la parte del bajo, pero, en esencia…, bueno, juzga por ti mismo.

Comenzó a tocar de nuevo sin mirar al mástil, sino a Jos, y con una leve sonrisa en los labios.

Jos escuchó. Sí, desde luego era la misma pieza musical, pero con un tono y una intención totalmente diferentes. Definitivamente clásicos.

—¿Cómo lo consigues? Lo que en principio es bueno, un segundo después es música para turboascensores.

Zan se rió.

—Eres patético. Una babosa espacial es menos sorda que tú.

Algo en la forma que le miraba Zan le indicó que todavía quedaba algo más.

—Vale —dijo Jos—. Dispara la segunda ronda.

Zan se rió a mandíbula batiente esta vez.

—Si supieras algo más allá de tu escalpelo, sabrías que sólo hay quince Variaciones Vissëncant. Lo que he tocado es *Medianoche fría* de Dukin re Lemte, una fusión de saltobrinco e isótopo pesado que acaba de salir en la HoloRed. Me la bajé hace un par de días. La ralentizas, le añades un contrapunto y no está tan mal. Es obvio que re Lemte recibió algo de formación clásica antes de tener una carrera en el mercado de masas. Pero a ti qué te voy a contar.

—Vas a lamentar esto —dijo Jos—. Mi venganza será terrible. Quizá no sea rápida ni especialmente inspirada, pero definitivamente terrible.

Zan soltó una risilla y comenzó a tocar de nuevo.

—No será mucho peor que tus gustos musicales.

* * *

Sola en su cubículo, tras lavarse y refrescarse en la ducha sónica, Barriss Offee se sentó desnuda en el suelo. Tenía las piernas cruzadas, con los tobillos sobre los muslos, y la

espalda recta en la postura que llamaban de Reposo. Sus manos descansaban sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba a ningún punto en concreto. Respiraba lentamente, inspirando por el agujero derecho de la nariz hasta el fondo del estómago, y exhalando por el izquierdo.

La meditación flotante era para ella uno de los ejercicios Jedi más difíciles. Había días en los que era como el mercurio en un plato de transpariacero: se sentaba, respiraba y simplemente estaba allí. La gravedad desaparecía, y ella se elevaba como un globo, flotando ingrávida a un cuerpo de distancia del suelo. Pero en otros momentos su mente se negaba a despejarse, y ya podía invertir todo su tiempo o esfuerzo en concentrarse, que su trasero seguía firmemente pegado al suelo.

Hoy era uno de esos días. Los pensamientos se perseguían por los pasillos de su mente como pájaros-mariposa tyrusianos, silbando como locos. Barriss sabía que si la Maestra Unduli pudiera verla en ese momento, estaría negando con la cabeza. Pensar en su Maestra abrió una compuerta de sentimientos encontrados. Cuando estaba en Coruscant, Barriss se consideraba a sí misma una padawan normal, algo mejor que algunos, algo peor que otros. No era brillante, pero tampoco era especialmente estúpida. Su Maestra le había dicho que eso era parte de las limitaciones que Barriss se había autoimpuesto. Era una lección que recordaba bien. La había aprendido tras un combate mano a mano en uno de los centros de entrenamiento, seguido de una práctica de sable láser que la dejó casi incapacitada para mover los brazos. Se asomaron a un balcón de altos muros, a doscientos pisos del nivel del suelo, bajo la corriente constante de tráfico saliendo y entrando de la cercana estación de enlace sideral. El balcón estaba blindado, pero la Maestra Unduli había desactivado los campos para que los sonidos, el olor a combustible quemado, los vientos canalizados por los enormes edificios y el brillo de los anuncios ambulantes supusieran un ataque multisensorial. Todo ello sumado al olor de su propio sudor y al cansancio extremo que se apoderó de ella hicieron que se sintiera abrumada.

—Siéntate —le dijo su Maestra—. Haz tu Meditación Elevatoria hasta una altura desde la que puedas ver por encima del muro una pequeña pastelería que hay al otro lado. Ten en cuenta que, para este ejercicio, lo más importante es que me digas cuántos bollos se ven en el escaparate.

Barriss lo intentó, pero, evidentemente, el suelo del balcón no dejó que se despegara de él.

—¿Algún problema, padawan? —dijo su Maestra al cabo de un rato.

—Sí, Maestra. Lo intento, pero…

—Al decir «lo intento» te limitas a ti misma. Y los Jedi no se limitan por gusto.

Barriss asintió dócilmente.

—Sí, Maestra.

—Necesito saber cuántos bollos hay en el escaparate de la pastelería. Es de vital importancia. Continúa. Volveré más tarde.

Y, tras decir eso, la Maestra Unduli se fue.

Pero, obviamente, la presión era demasiada. Barriss no consiguió levitar ni a un dedo del suelo. Seguía intentándolo, con el trasero y los muslos anquilosados en el frío ferrocemento, cuando la Maestra Unduli regresó por fin, horas después.

—He fracasado, Maestra.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—No he conseguido levitar.

Su Maestra sonrió.

—¿Pero cuál ha sido la lección, padawan?

Barriss la miró confundida.

—¿Qué?

—Uno puede fracasar en una tarea, pero, aun así, aprender una lección, Barriss. La primera vez que me senté en este balcón e intenté la Meditación Elevatoria lo único que conseguí fue quedarme dolorida. Un Jedi no se limita por voluntad propia, pero los límites están ahí, y debes encontrarlos y aprender a tratar con ellos. ¿Has oído alguna vez la anécdota del viejo que cruzó el río?

—No lo recuerdo.

—En la orilla de un ancho río de este planeta, mucho antes de que fuera como es hoy, había un viejo sentado cerca del agua, meditando. Un hombre más joven se acercó y vio al anciano. «¿Qué haces?», le preguntó. «Desarrollo mi habilidad para caminar sobre el agua, para poder cruzar el río», dijo el viejo. «Ah, ¿y qué tal va?», preguntó el hombre. «Bastante bien. Llevo en ello unos cuarenta años, y creo que lo habré conseguido en otros cinco o diez», respondió el anciano. «Ah», dijo el más joven. «Pues te deseo buena suerte». Se inclinó y siguió andando hasta llegar a un bote amarrado no muy lejos de allí, se montó y se alejó remando a través del río.

La Maestra Unduli la miró.

—¿Comprendes el significado de esta historia?

Barriss lo pensó un momento.

—Si lo importante era cruzar el río, entonces el joven era más sabio que el anciano.

—Exactamente. ¿Por qué pasarse décadas aprendiendo a caminar sobre el agua cuando se tiene un bote amarrado cerca? —La Jedi hizo una pausa—. ¿Qué era lo más importante de este ejercicio que te he puesto?

—Ver cuántos bollos había en el escaparate.

—Exactamente.

Barriss se sintió increíblemente tonta al entender de repente lo que le quería decir su Maestra.

La Maestra Unduli sonrió.

—Veo que por fin lo has entendido.

—Sólo tenía que levantarme y mirar por encima de la pared —dijo Barriss—. Lo importante no era cómo obtuviera esa información. Sólo obtenerla.

La Maestra Unduli asintió.

—Todavía hay esperanza para ti, mi joven padawan…

Barriss sonrió al recordar aquello. Entonces respiró hondo, soltó el aire y dejó la mente en blanco. Un segundo después ascendió por encima del suelo y flotó, ingrávida y libre, en el aire…

# 13

Jos debía admitir que el formasiento era cómodo. Ergonómicamente hablando, cumplía exactamente con su función: relajarle en cierto modo, pero sin provocarle sueño. Había oído que el asiento estaba equipado con biosensores que monitorizaban el ritmo del corazón, el pulso, las ondas beta y zeta y todo lo demás, y que enviaba la información a Merit para que éste pudiera ayudar mejor a quienes se sentaban allí. Jos lo dudaba. No es que no pudiera hacerse, sino que no creía que Merit necesitase algo así. El cuidador equani siempre parecía tener la palabra adecuada, la pregunta correcta y saber cuál era el momento oportuno para callar.

Como ahora.

Jos se quedó mirando fijamente al suelo. Alzó la mirada y volvió a encontrarse con los ojos de Merit. Eran grandes para el rostro cubierto de vello, de color gris. El color de los ojos de los equanis solía ir a juego con el de su pelo, según había leído Jos en una de las numerosas medicrónicas que había tenido que estudiar cuando era residente. Y ahora los tenía fijos sobre él.

—Explora por un momento tus sentimientos por Tolk —dijo con suavidad.

Jos se recostó y el formasiento fluyó obedientemente, como el mercurio templado, adoptando una nueva configuración para acomodarle. *Claro*, pensó Jos. *Tiene que poder adaptarse a cualquier especie. Probablemente hasta a los hutt.* Suprimió un escalofrío ante esa idea. *Espero que alguien limpie esto después de cada consulta…*

—Jos —dijo Merit. Su voz era tranquila y carente de insistencia, pero de alguna forma penetró en los pensamientos del cirujano como un rayo de partículas—. No lo intentas de verdad —continuó el cuidador.

—Tienes razón. Lo siento.

—Este tiempo es tuyo —dijo Merit—. Se te concede una hora a la semana para que te desahogues, o «rumiar lo que guardes en el estómago», como reza una colorida expresión toydariana. La forma en que aproveches esa hora es cosa tuya. Puedes hablar conmigo, en cuyo caso, quizá pueda ayudarte a solucionar algo, o puedes sentarte aquí y disfrutar de los muebles.

Jos sonrió.

—Vale, Klo. Creo que tendré que hablar lo quiera o no.

El cuidador sonrió.

—Ayudarse a uno mismo es más difícil que ayudar a los demás —hizo una pausa y le apremió suavemente—. ¿Respecto a Tolk…?

Jos suspiró.

—Es como si de repente me hubiera dado cuenta de que existe. Hasta ayer no era más que otro par de manos en la mesa. Muy eficiente, no me malinterpretes, es una enfermera excelente, pero sólo eso. Fuera de la sala de operaciones era alguien con quien tomar algo, alguien con quien quejarse de este podrido planeta…

—¿Y ahora?

—Ahora es… más. Pero no puede ser.

Merit no dijo nada, pero su expresión le indicaba que siguiera hablando. Así que Jos le explicó brevemente las creencias de su familia y de su clan, y que no podía cometer el desacato de casarse con una esker.

—Se trata de las creencias de tu familia —dijo Merit—. Pero ¿son también tus creencias?

Jos abrió la boca y volvió a cerrarla. Hacía un sincero esfuerzo por encontrar la respuesta a esa pregunta, pero su mente no lo conseguía. Se encontró pensando de nuevo en el formasiento. *Me pregunto cuánto costará uno de estos…*

Tras otros infructuosos diez minutos, Merit miró el crono y dijo:

—Habrá que dejarlo aquí.

Jos se sintió aliviado, y luego irritado consigo mismo por sentirse aliviado.

—Creo que no soy muy introspectivo —dijo a Merit desde la puerta—. Mi familia y mi clan son muy tradicionales, pero poco comunicativos. Lo que mi padre entiende por un momento revelador es cuando olvida echar el pestillo en el baño.

—Lo único que necesitas saber de ti mismo está en tu interior —respondió el cuidador—. Quizá debas buscar más profundamente y con más interés, pero está ahí.

—Quizá la padawan pueda ayudarme —musitó Jos—. Los Jedi saben leer mentes o algo así, ¿no?

—No lo sé. La especie equani es, era, por naturaleza, bastante resistente a los poderes de los Jedi. Pero creo que tú necesitas encontrar tus propias respuestas en lugar de buscarlas en otros.

* * *

El zumbido de múltiples repulsores procedente de las aeroambulancias entrantes se filtró en el sueño de Barriss, y la sirena que resonó casi inmediatamente después implicaba que todo el mundo que la oyera debía acudir de inmediato a la SO.

Se vistió a toda prisa y se dirigió a la zona de diagnóstico. Sólo estaba a veinte metros de su cubículo, pero la humedad era tan alta que se sintió como si atravesara una piscina de aceite de fleek recalentado.

Cuando llegó al edificio, se detuvo, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Había treinta y cinco o cuarenta soldados heridos en camillas, en parihuelas o en el mismo suelo, atendidos por médicos, enfermeras, androides, técnicos…, por cualquiera que pudiera ayudar. Casi todos los soldados estaban ensangrentados, y muchos sufrían quemaduras con dolorosas ampollas rojas y chamuscadas llagas negras. Algunos habían perdido un brazo o una pierna.

Algunos padecían todos esos males y más.

Y seguían llegando heridos. Apenas podía oír por encima de los gritos y los lamentos de los heridos el estruendo de los campos repulsores de las aeroambulancias. Barriss tragó saliva y sintió náuseas. Hasta los médicos podían llegar a verse superados por una

carnicería semejante. Nada de lo que había visto hasta el momento en sus experiencias de guerra se asemejaba mínimamente a eso.

Tolk diagnosticaba de forma rápida y categórica. Barriss la observó un instante. Para cualquiera que no perteneciera al mundo médico o al campo de batalla, su diagnóstico podía resultar extremadamente cruel, pero sabía que era la forma más eficaz de salvar a la mayoría de los pacientes.

—Éste no sobrevivirá —dijo Tolk, levantándose del lado de un sargento que había perdido las piernas por encima de las rodillas. Tenía la piel de color blanco pálido y de los muñones rojos y desgarrados manaba lentamente la última sangre que le quedaba. Detrás de Tolk iba un androide que colocó una ritmo-pegatina en el hombro del clon moribundo. Una gran X roja que brillaba rítmicamente.

Tolk se acercó rápidamente al siguiente paciente y lo reconoció brevemente.

—Heridas de metralla en estómago e ingles. Cirugía, categoría tres.

El androide puso una pegatina en el hombro del soldado. El número tres empezó a latir.

Barriss se agachó para reconocer al soldado que tenía más cerca, un teniente. Estaba despierto y alerta. Su única lesión parecía ser la pérdida del brazo izquierdo, que ahora era un muñón desgarrado justo por encima del hombro. Un torniquete había conseguido evitar que se desangrara.

—Estoy bien —dijo con los dientes apretados—. Ocúpese de mis hombres.

—No puede esperar —dijo Barriss a Tolk—. Cinco.

Tolk le hizo un gesto al androide, que colocó en el hombro sano del teniente una ritmo-pegatina con el número 5.

Cuando había menos médicos que pacientes, había que priorizar a los heridos según sus posibilidades de supervivencia y el tiempo necesario para mantenerlos con vida. Los números de categoría del Uquemer iban del 1 al 6. La categoría X se reservaba para las heridas que parecían mortales o cuyo tratamiento requería demasiado tiempo. El sistema de clasificación era más complejo de lo que parecía. Debían tenerse en cuenta el tipo de herida, las posibilidades de supervivencia y la necesidad de un tratamiento inmediato. Una arteria cortada podía desangrarse en un minuto, y sólo se necesitaba aplicar una grapa o un punto de sutura para salvar al paciente, por lo que era preferible tratarlo antes, mientras que un hombre con la pierna cercenada pero cauterizada por un rayo láser podía posponerse hasta que se trataran las heridas más preocupantes. La padawan sabía que para tomar esas decisiones había que basarse tanto en la intuición como en la ciencia.

Un 6 significaba que un paciente se salvaría si recibía tratamiento, pero indicaba que el tratamiento requeriría de mucho tiempo y esfuerzo, y no había garantías de supervivencia. Pero el 6 también podía significar que la herida no tenía por qué ser letal si no se trataba inmediatamente. En cualquier caso, un 6 significaba que debería esperar. Un 5 significaba que las posibilidades de supervivencia eran más altas y que el tratamiento requeriría menos tiempo, y así progresivamente. El responsable de

diagnóstico tenía que emplear la experiencia para tomar decisiones, y, por tanto, estar familiarizado con el tratamiento del tipo de lesiones con los que se encontraban.

Un androide se acercó a Barriss.

—Estoy aquí para ayudarte, padawan —dijo. En una mano tenía un montón de ritmo-pegatinas.

Barriss asintió, se acercó a la siguiente camilla e intentó disimular su sobresalto: ante sus ojos había un soldado con los cuatro miembros amputados, y nada más que tejido rojo y supurante en el lugar donde antes estaba su cara. En Coruscant, o en Corellia, o en cualquiera de los otros cientos de planetas civilizados, la tecnología podría ponerle miembros cibernéticos y reconstruir su cara. Acabaría siendo un extraño híbrido entre máquina y hombre, pero al menos estaría vivo y relativamente funcional. Pero aquí, en Drongar, no tenían medios ni remotamente capaces para ese tipo de cosas. Se mordió el labio y se volvió hacia el androide que le habían asignado.

—Categoría X —le dijo.

El androide le puso la pegatina y la miró.

—Una purga mediante el fuego —dijo.

A Barriss le pareció un comentario extraño para un androide, pero no tenía tiempo para pararse a pensar en eso. Los heridos llegaban a tal velocidad que debía seguir moviéndose o la arrollarían.

Intentó bloquear, dentro de lo posible, su conexión con la Fuerza. Una experiencia extrasensorial de tanto sufrimiento y tan cerca entrañaba un grave riesgo de sobrecarga sináptica. Pero pese a distanciarse, seguía sintiendo el dolor, el miedo, el terror latiendo y rasgándole la mente. Tragó saliva y siguió adelante. Había algunos soldados a los que sabía que podría curar con sus artes Jedi, pero tardaría demasiado. Ni siquiera la Fuerza podía mitigar las frías y brutales ecuaciones del diagnóstico.

Delante de ella, Tolk seguía avanzando por entre el laberinto de muertos y moribundos, seguida por su androide, designando quién viviría y quién, casi con toda seguridad, moriría. El hecho de que fueran clones, todos idénticos en apariencia, no disminuía en absoluto el horror de la tragedia. De hecho, de alguna forma, lo aumentaba. Al menos eso le sucedía a Barriss. Ver el mismo cuerpo herido y dañado de mil modos distintos daba a toda la escena una apariencia surrealista, como si no tuviera ni principio ni final, en un bucle perpetuo de dolor y muerte.

Sabía que debía centrarse, utilizar sabiamente los recursos con los que contaba.

Tolk se acercó al siguiente paciente, resbaló con un charco de sangre, pero recuperó el equilibrio. Se inclinó hacia Barriss, que examinaba a otro soldado herido. La Jedi negó con la cabeza.

El androide colocó otra X, con su resplandor carmesí encendiéndose y apagándose como el flujo de vidas que les rodeaba.

* * *

Estaban muriendo como *picotones* contra un campo de fuerza, y nada de lo que hacía Jos parecía significar algo. Una arteria reparada se mantenía sin derrames, pero el paciente estaba demasiado sumido en el trauma como para salvarse, por mucho que se le aumentara la presión sanguínea. Otro paciente, sin marcas, sonreía para morirse un segundo después. Un escáner mostró que un trozo de metal más fino que una aguja le había perforado el rabillo del ojo, llegándole hasta el cerebro.

A pesar de los campos de presión del suelo, los que trabajaban en la SO se encontraban a menudo hundidos hasta los tobillos en sangre, orina, heces, y fluidos medulares y linfáticos. Los acondicionadores y deshumidificadores seguían sin funcionar, y la peste, combinada con el saturado calor, se superponía al olor de los antisépticos y los astringentes. Los cirujanos cortaban, diseccionaban y transplantaban con la práctica de la experiencia, ayudados por las enfermeras y los pocos androides que quedaban, y, aun así, los pacientes no sobrevivían. Las órdenes, tanto a gritos como en susurros, volaban por el aire maloliente:

—… necesito veinte cúbicos de coagulina, ya…

—… rotad los tanques de bacta, nadie puede estar más de diez minutos…

—… mantén ese campo en funcionamiento, aunque debas hacerlo a mano…

Al cabo de dos horas, Jos había perdido a cinco de cinco. Ninguno había sobrevivido. Empezaba a alucinar por el cansancio, y tenía que emplear todas sus fuerzas sólo para evitar que le temblaran las manos.

—¡Pon presión ahí ahora mismo!

Trabajaba como un poseso, poniendo en práctica todo su talento, cada cosa que había aprendido en su guerra cotidiana contra la Muerte desde el día en el que había llegado a aquella ciénaga, y la Muerte se reía de él a cada paso, arrebatándole las vidas que se escapaban de entre las manos del personal médico con una facilidad insultante e irritante. La ley de la media aritmética decía que ese tipo de cosas podían ocurrir, que podía haber días malos contra los que no se podía hacer nada. Pero, aun así, Jos luchaba a brazo partido contra el oscuro enemigo de la vida, luchando por todo lo que valía la pena.

El sexto murió en la mesa y no pudo ser resucitado.

El tiempo se difuminó. Sólo veía un largo y oscuro túnel en el que sólo había pacientes y más pacientes. Pasó del cansancio a la extenuación más absoluta, pero los heridos seguían llegando, clavando en él miradas suplicantes bajo las luces cortantes e implacables.

Su vida era de color rojo y blanco. Había nacido allí, haciendo eso; llevaba toda su vida allí, haciendo eso; y se moriría allí, haciendo eso…

Y en ese momento, cuando Jos cerraba al último paciente, un implante doble de pulmón y de hígado que probablemente también acabaría muerto, Tolk le tocó en el brazo.

—Ya está, Jos. Era el último.

Al principio no entendió lo que le decía. No tenía sentido. ¿Cómo podía terminar algo interminable? Parpadeó, como si acabara de regresar a la luz desde una profunda oscuridad. Lentamente, empezaron a tomar forma los ojos de ella sobre la mascarilla.

—¿Eh?

—Que ya está. Podemos descansar.

¿Descansar? ¿Qué era eso?

Se alejó tambaleándose de la mesa. Tolk se acercó para ayudarle.

—Cuidado —murmuró él—. Alguien acaba de subir la gravedad.

Se quitó los guantes con manos torpes y los tiró a la basura. Falló. Pensó en ir a recogerlos, pero la idea de agacharse le resultaba insoportable. Igual no podía volver a levantarse.

Miró a su alrededor. Los demás estaban terminando o acababan de terminar, y también parecían al borde de la extenuación; todos mostraban la misma expresión que el rostro en serie que tenían todos los que habían pasado por su bisturí.

—¿Ha ido muy mal?

—Sí.

Él vio restos de humedad en la mascarilla de Tolk, a donde habían ido a parar las lágrimas.

—¿Hemos salvado a alguno?

—A unos pocos.

Intentó caminar y tropezó. Ella le cogió del brazo para estabilizarlo.

—No quiero saber los porcentajes, ¿verdad?

—No. No quieres.

Jos se sintió todavía más pesado.

—Me siento como si acabara de pelear diez *rounds* seguidos en el estadio de Geonosis.

Quería, necesitaba, tomarse una copa, pero eso también requería un esfuerzo demasiado grande. En lo único que podía pensar era en encontrar un lugar plano sobre el que poder derrumbarse. No, ni siquiera tenía que ser plano. Un montón de rocas valdría…

Miró al otro lado de las mesas hacia Zan. Su amigo se las arregló para levantar una mano a modo de medio saludo. Jos se lo devolvió y se dirigió hacia la puerta.

Una vez fuera, escuchó el ruido de más aeroambulancias que se acercaban.

Jos se echó a reír. Y durante un largo y escalofriante rato, no pudo dejar de hacerlo.

# 14

—¿Queréis ver algo interesante? —preguntó Dhur.

Jos, Zan Tolk y Barriss estaban en la cantina, todos salvo la Jedi tomaban alguna bebida alcohólica. Habían pasado cuatro días desde aquella riada infernal de heridos. En aquellos días, el término «interesante» tenía truco para Jos, pero mientras no tuviera que ver con abrir soldados heridos, decidió que le prestaría atención.

—Toma asiento —dijo Jos.

Hizo una señal al barman, que asintió y comenzó a mezclar. Por aquel entonces ya sabía quién era Dhur y qué le gustaba tomar.

Dhur se sentó y sacó un pequeño dispositivo de su bolsillo, una esfera de plastoide y metal con los filos redondeados, más o menos del tamaño del puño de un niño. Lo alzó.

Jos frunció el ceño.

—No puedo decir que esté maravillado —dijo—. Espera… —dio otro trago, puso la copa en la mesa y volvió a mirar el dispositivo con los ojos entrecerrados—. No —dijo—. Sigue sin maravillarme.

—Parece una bola de especia —dijo Zan—. Eso sí que sería interesante.

Jos alzó la jarra para mostrar su acuerdo con eso.

—Es una cámara androide —dijo Barriss—. De tipo militar, parece.

—Primer premio para la Jedi —dijo Dhur—. Lo conseguí de un recolector, que se lo encontró por el campo tras una reciente retirada de los separatistas. Al parecer quedó destrozado por la batalla, a excepción de las funciones pasivas. No se podía mover, no tenía armamento online… y tenía estropeado hasta el intercomunicador.

—Bueno, sigue sin parecerme una noticia de primera plana —dijo Jos—. Hay piezas de androides destrozados por todas partes.

—Creo que esta mañana me partí un diente con uno de mis bollos de trigada —añadió Zan.

El camarero llegó con la bebida de Dhur.

—Ponlo en la cuenta de Vondar —dijo Dhur. Miró a Jos—. Te devolveré el dinero si crees que no merece la pena.

Jos le hizo un gesto al androide, que registró la transacción y se alejó. Tampoco tenía otra cosa en la que gastarse la paga en aquel lugar.

—Voy a intentar adivinar —dijo Zan—. Creo que lo interesante no es la esfera en sí.

—No se te escapa nada, ¿verdad? Mirad —Dhur la puso sobre la mesa y la activó.

La holoimagen brotó de la esfera, con una imagen a escala 1:6. Se veían árboles de hojas enormes, muchos androides quemados o hechos pedazos, y unos pocos soldados clon aquí y allá. Todo estaba inclinado en un ángulo bajo y extraño, como si se hubiera grabado a pocos centímetros del suelo.

—No es la primera vez que veo soldados muertos —dijo Jos—. He visto muchos. Ni siquiera tengo que adentrarme en la selva para verlos, tenemos servicio a domicilio que nos los trae hasta la puerta.

—Cállate, Jos —dijo Tolk con frialdad en la voz.

Al cabo de un momento se vio a tres humanos avanzando entre las máquinas y los cuerpos derribados. Llevaban monos de color negro y morado y botas de asalto, y unos lanzacartuchos colgados del hombro.

—Son mercenarios salissianos —dijo Barriss—. Ya había oído que Dooku tenía aquí unos cuantos trabajando para él.

—Sí —dijo Dhur—. Algunos son mecánicos, otros llevan las cosechadoras… No hay muchos androides programados para recoger el producto local, que al fin y al cabo es la razón por la que estamos todos aquí, en este fétido estercolero de planeta. Unos pocos son miembros de tropas especiales, de reconocimiento y así, capaces de ir a sitios y de hacer aquello que los androides no hacen bien. Hay cosas para las que sólo puede emplearse un humanoide. Y los salissianos harían cualquier cosa que pueda rentarles unos créditos. Son mala gente, les da igual mirarte que dispararte —y, mirando a Jos, añadió—: Probablemente prefieren dispararte a mirarte.

Jos sonrió indulgente y miró a Zan.

—Qué monos son así, tan pequeñitos, ¿verdad?

Los tres mercenarios estaban rapiñando, recogiendo armas y herramientas del lugar de la batalla y comprobando cuerpo por cuerpo. No había sonido, y la imagen se diluía de vez en cuando, rompiéndose en bloques digitales para volver a sintonizarse de nuevo.

—El androide estaba en las últimas reservas de energía —dijo Dhur—. La cámara se apagó pocos minutos después de capturar esto. Fue una suerte que estuviera apuntando al sitio correcto.

De repente, los tres salissianos se quedaron de piedra. Tiraron las armas y levantaron las manos, retrocediendo para apartarse de los láseres que habían tirado.

—Parece que alguien ha pillado a los mercenarios con la guardia baja —dijo Tolk.

Un segundo después, un hombre entró en cuadro, apuntando al trío con un rifle láser.

Jos miró al humano. El extraño ángulo dificultaba el reconocimiento, pero le resultaba familiar. Ladeó la cabeza, estudiando el holo desde una perspectiva distinta. Claro… se trataba de…

—Phow Ji —dijo Barriss. Su voz sonó suave.

Ante sus miradas, Ji sonrió y tiró el arma al suelo, que fue a parar a un silencioso charco de barro.

Tolk, Jos y Zan reaccionaron con sorpresa. Barriss no.

—¿Pero qué está haciendo? —dijo Zan.

Tolk miraba atentamente el holo.

—Sabe lo que está haciendo —dijo.

Jos no dijo nada. Que él supiera, ni Zan ni Tolk habían visto al profesor de combate en acción, aunque el talento de Tolk para leer el lenguaje corporal ya debía de haberle indicado que no era alguien a quien tomarse a la ligera. Jos miró a Barriss. Ella negó con la cabeza, pero Jos estaba seguro de que tanto ella como Tolk sabían lo que iba a ocurrir, porque él mismo estaba seguro de saberlo.

Y Zan estaba a punto de averiguarlo…

El holo parpadeó de nuevo mientras Ji avanzaba y los tres salissianos se abalanzaban sobre él.

Un momento después, los tres mercenarios yacían en el suelo, y Jos no habría sido capaz de decir lo que había ocurrido.

Igual ya había bebido bastante por aquella noche.

—Vamos a ver la repetición de eso —dijo Dhur, tocando un botón de la esfera.

Todos se acercaron y observaron cuidadosamente mientras la escena volvía a desarrollarse a un cuarto de la velocidad.

Pero incluso ralentizado, era imposible ver exactamente lo que Phow Ji hacía, aunque Jos sabía lo suficiente de anatomía como para reconocer el daño que había infligido a los tres mercenarios caídos. Uno tenía la laringe rota, otro el cuello partido y el tercero había recibido tal codazo en la sien que probablemente sufría rotura craneal. Los tres corrían el riesgo de morir si no recibían tratamiento, pero no vio personal médico separatista en el claro de la selva.

Phow Ji se acercó a los tres uno por uno, se agachó y cogió algo. La imagen se detuvo al agacharse junto al último.

—No sé lo que hizo al final —dijo Dhur—. Pero creo que llevaba algún tipo de trofeo. Los soldados separatistas emplean implantes sub-Q para identificarse, así que sería algún trozo de tela o… algo así.

Jos miró a su alrededor y supo que todo el mundo pensaba lo mismo. Ese «algo así» podría ser un galón o cualquier tipo de adorno, pero también podría ser un dedo o una oreja.

—El androide debió de quedarse sin batería en ese momento, porque eso es todo —Dhur miró a Jos—. ¿Se merece la invitación a una copa, doc?

—Se merece la invitación a varias —respondió Jos tranquilamente—. Todas las necesarias para olvidarlo.

—Mató a esos tres mercenarios —dijo Zan con rabia en la voz—. Con sus propias manos. ¡Podría enfrentarse a un consejo de guerra e ir a la cárcel por ello!

—No lo creo —dijo Dhur—. Eran mercenarios, que es como decir escoria galáctica, estaban en un campo de batalla y eran tres contra uno. A excepción de esta grabación, no hay testigos, y ¿quién se fiaría de un androide cámara enemigo? Todo el mundo sabe lo fácil que es falsear este tipo de cosas. Quizá lo hayan dejado allí con un propósito intencionado.

—Es un asesino a sangre fría —dijo Zan. Su voz sonaba ronca.

—En las guerras muere gente, capitán —dijo Dhur—. Si Ji les hubiera derribado a balazos nadie se habría impresionado lo más mínimo. ¿Soldados enemigos, en un campo de batalla, saqueando los cuerpos de nuestros muertos? Aunque los haya matado con sus propias manos, sé de muchos oficiales de la República que dirían: «¡Que le den un ascenso!» y le darían una medalla.

Zan apuró su copa y puso con cuidado el vaso sobre la mesa.

—Odio esta guerra —dijo—. Odio todo lo que tiene que ver con ella. ¿Qué clase de gente somos si vemos cosas de ese tipo y no montamos en cólera? ¿Qué dice eso de nosotros?

Nadie halló una respuesta para eso.

Zan se levantó lentamente porque había bebido lo suficiente como para sentirse inestable. Resultaba muy difícil de adivinar, pero Jos le conocía y lo notó enseguida.

—Me voy a la cama —dijo el zabrak—. No me despertéis hasta que acabe la guerra.

Cuando se hubo alejado, Dhur dio un trago a su copa.

—Aquí hay un notición, aunque dudo que pase la censura. Los ciudadanos que están en sus casas podrían encontrarlo… perturbador. —Hizo una pausa—. Tu amigo es demasiado sensible para estar aquí. Es artista. No se le dan bien las guerras.

—¿Y a quién sí? —preguntó Jos.

Dhur señaló a la imagen congelada del holoproyector.

—A algunos. ¿Dónde si no podrías golpear legalmente a alguien hasta matarlo y que además te paguen por ello?

* * *

De regreso a su dormitorio, Barriss pensó en la grabación que había visto. Era de noche, hacía bochorno, y los *picotones* y las polillas carroñeras revoloteaban alrededor de los faroles, proyectando sombras gigantescas y fantasmales. Una tormenta tardía retumbó en la distancia, sus rayos iluminando la oscuridad. La lluvia sería bienvenida si llegaba hasta allí, porque serviría para refrescar el aire pegajoso y asfixiante, y el tamborileo de las gotas sobre el tejado de espuma moldeada de su cubículo sería reconfortante. Lo cierto es que le hacía falta consuelo, algo que en Drongar escaseaba. Los planetas tropicales podían ser muy bellos, y los humanos eran tropicales por dentro, o al menos criaturas temperamentales, pero ella prefería planetas más fríos. Un paseo por la nieve era, para ella, mucho más reconstituyente que uno a pleno sol.

Su parte Jedi se había sentido impresionada por la eficacia de Phow Ji como luchador. Sus movimientos eran fluidos y potentes. Podía ser un enemigo realmente formidable contra un oponente que no contara con la ayuda de la Fuerza.

Pero la parte de su ser que yacía bajo su formación Jedi se sentía asqueada por la violencia del acto. Había sido un asesinato, porque era obvio que los tres mercenarios no habían tenido mucha posibilidad de vencer a Ji. Incluso siendo tres hombres armados contra uno desarmado, las posibilidades estaban decantadas a su favor. Y, por supuesto, él lo sabía.

¿Cuántos trofeos tendría colgando de la pared? No es que quisiera saberlo, pero una parte de su ser sentía curiosidad. Una vez, en el Templo, había oído a Mace Windu contar a un grupo de estudiantes que matar era fácil. Bastaba una estocada de sable láser. Pero vivir sabiendo que habías matado a alguien podía cambiarte para siempre. El Maestro Jedi tenía razón. Ella se sentía cambiada. Matar no era algo que se hacía a la ligera, no si

se tenía compasión o un mínimo de decencia moral o código ético. A veces, un Jedi se veía obligado a iniciar un ataque que acabaría con el contrincante derribado, pero para proteger a un inocente o protegerse a sí mismo, en pro de la justicia y de la supervivencia. Pero el que fuera necesario no implicaba que no vieras rostros en tus sueños, ni que escucharas en el silencio de la noche los gritos de dolor de los caídos. ¿Cómo podía una persona con algo de humanidad cazar deliberadamente a unas víctimas y matarlas con sus propias manos, paro luego llevarse trofeos y poder recordar aquello?

¿Pero es que acaso podía olvidarlo?

La Fuerza te permitía ser un gran luchador, pero también mitigaba los impulsos violentos. Cuando sabías de lo que eras capaz con un sable láser, cuando te dabas cuenta de lo letal que eras, te calmabas. El poder hacer algo no significaba que debieras hacerlo…

Ella negó con la cabeza. Phow Ji era un asesino, un ser que buscaba y disfrutaba la violencia, y daba igual si lo hacía por desafío personal o por placer. Era enfermizo. Si conseguía llegar a la mente de ese hombre, conducir a la Fuerza hasta su psique, igual podría curarle de su enfermedad.

O contagiarse.

Ella volvió a negar con la cabeza, esta vez para rechazar sus propios pensamientos. La presión constante de aquel lugar, la intensidad del trabajo, el no poder descansar de verdad… Todo eso le estaba pasando factura. Definitivamente, un Jedi preocupado porque la Fuerza no puede protegerlo contra un matón entrenado necesita descansar. Tenía que meterse en la cama y dormir… Lo necesitaba.

El trueno resonó en la distancia con más intensidad. Bien. Puede que la lluvia se llevara esos oscuros pensamientos, junto con las esporas y la podredumbre del aire…

# 15

Deshacerse del cuerpo a bordo del MedStar debía haber sido sencillo. Una pequeña sangría con una vibrocuchilla industrial, una excursión a la estación vertedera con una bolsa impermeable algo cargada, y *¡hatoo!* Mathal, el humano muerto, pasaría a ser basura, indistinguible del resto de los desperdicios que se recogían de los contenedores y se lanzaban al espacio. Pero Bleyd sabía que no le convenía que un agente de Sol Negro desapareciera en circunstancias misteriosas, sobre todo cuando se podía seguir su rastro hasta la nave de Bleyd. Sospecharían de él automáticamente, esta vez con razón, y lo que menos deseaba era atraer miradas suspicaces de Sol Negro.

El problema era que no contaba con ningún pelota de confianza que pudiera ayudarlo. Los soldados debían lealtad a la República, y no a su persona. Los módulos cognitivos de los androides podían ser sondeados y retener impresiones residuales hasta después de una reprogramación intensiva de sus bancos de datos. Parte del personal de la nave podía ser sobornable, pero no había forma de saber si seguirían siendo leales después del pago.

Lo que significaba que todo lo que debía hacer tendría que hacerlo él mismo.

Por suerte, había meditado sus actos con tiempo y con detalle. Sólo le quedaba llevar a cabo el plan. Conllevaba algún riesgo, pero Bleyd pensaba que podía hacerse, si se prestaba la suficiente atención a cada elemento.

Lo primero que hizo el almirante fue curarse, porque Mathal había sido lo suficientemente hábil como para herirlo con el cuchillo. Bleyd sabía que era algo que podía pasar. Sólo un tonto podía creer que existía alguna posibilidad de librarse de un corte al enfrentarse a alguien con un cuchillo. En su caso, el daño no era grave: dos cortes largos y superficiales en el antebrazo derecho. La presión de su pulgar durante unos minutos en el nervio adecuado detuvo momentáneamente la sangre, y un poco de sintocarne hizo el resto.

Una vez atendidas sus heridas, Bleyd introdujo el cadáver de Mathal en una de las cámaras de carbocongelación de la sección de cuarentena y selló el cuerpo en un bloque de carbonita rectangular lo bastante grande como para no dar pistas de su contenido. Luego imprimió un holosello para el bloque, indicando que contenía un conjunto de conversores enzimáticos de cosecha defectuosos. El procedimiento normal era sellar para su transporte componentes catalíticos que pudieran ser volátiles y activos. Luego, con la ayuda de un generador antigravedad, lo trasladó por el ascensor de servicio al contenedor de basura del hangar de carga de popa.

En teoría, podía haber enviado al agente muerto a un almacén químico para que lo almacenaran. Por una mensualidad miserable, el bloque de carbón densamente entrelazado y los átomos de Tibanna conteniendo los restos de Mathal se quedarían allí para siempre, sin ser molestados o inspeccionados.

Pero el cuerpo en sí carecía de importancia. Lo difícil sería convencer al escéptico Sol Negro de que su agente humano había salido de la nave de Bleyd en su propio transporte, y que luego había sido destruido por fuerzas que nada tenían que ver con Bleyd.

Esa parte sí que sería complicada, porque todo el mundo en la nave conocía de vista al almirante Bleyd, o, de no contar con la bendición de ese sentido, lo conocía de olfato, gusto, tacto u oído. Bleyd tendría que disfrazarse para poder continuar con su plan.

Había meditado mucho ese aspecto, llegando a la conclusión de que era preferible un camuflaje sencillo a uno más elaborado.

Regresó a su dormitorio, metió en una maleta pequeña una túnica larga y blanca con capucha, y un velo osmótico que ocultaría completamente sus rasgos. El hábito era exactamente igual que los que llevaban los miembros de la casta meditativa, que se hacían llamar Los Silenciosos. Era frecuente encontrar unos cuantos Silenciosos a bordo de las naves médicas grandes, ya que la misión universal de la Orden era ayudar a enfermos y heridos. Nunca hablaban, ni siquiera entre ellos. Comían en privado y llevaban las capuchas puestas en público, ocultando en todo momento su identidad. Unos días antes, Bleyd había puesto subrepticiamente microtransmisores en su comida. Eran dispositivos mínimos, del tamaño de un grano de arena, que le permitían seguir los desplazamientos de los pocos Silenciosos que había a bordo, al menos durante un tiempo. No se encontraría con ninguno de ellos por casualidad, y nadie podría percibir quién se ocultaba bajo la túnica.

El aseo situado junto a la biblioteca estaba vacío, y era de los pocos no sometidos a la vigilancia de las cámaras. En el servicio entró el almirante Bleyd, y salió un miembro sin nombre ni rostro de la secta de los Silenciosos.

Ninguno de los seres que se cruzó por el hangar de estribor hizo mucho más que saludarle con una inclinación de cabeza o con una sonrisa, y él, por supuesto, no dijo nada. Caminaba con una ligera cojera, consciente de que era más alto que la mayoría de los Silenciosos que había visto en la nave.

Los Silenciosos carecían de los códigos y las tarjetas de las puertas de seguridad cerradas, pero el almirante Bleyd sí. De esa parte tendría que ocuparse luego: todas las grabaciones de seguridad tendrían que alterarse o borrarse para no dejar nada que pudiera ser encontrado ni en la más cuidadosa de las búsquedas. Aunque no habría tal búsqueda porque no existía motivo para ello, alguien podría recordar a un Silencioso atravesando una de esas puertas, pero era poco probable que alguien preguntara alguna vez por ello. Y, de ocurrir, no habría forma de relacionar la figura encapuchada con Bleyd. Estaba cubierto.

Sonrió al pensar en aquello mientras caminaba sin prisa hacia su tarea. Porque estaba cubierto, ¿verdad? El velo osmótico dejaba entrar el aire libremente y le ofrecía una visión total, pero nadie podía verle a él. Era una sensación agradable. Se encontró disfrutando con la novedad de ser anónimo.

Mathal había recibido indicaciones de estacionar su pequeño girador KDY en el rincón más oscuro y menos frecuentado de la cubierta de subvuelo, donde la luz se había apagado momentos antes, cortesía de un pequeño temporizador que, no por coincidencia, había quedado vaporizado por la llamarada eléctrica que apagó la lámpara. La nave tenía permiso del comandante para despegar en cualquier momento.

Bleyd sonrió de nuevo al acercarse al transporte. Sí, todo estaba pensado. La clave para una caza fructífera era la preparación adecuada. Si conocías tu destino antes de dar el primer paso, podías ahorrarte muchas incomodidades.

Una vez dentro de la nave, informó a los controladores de que deseaba marcharse, y le dieron permiso inmediato. Guió la nave por entre las puertas dobles de presión, hacia la rampa de lanzamiento, esperó la luz verde y salió al espacio.

Ahora llegaba la parte difícil.

Tenía que calcular bien el tiempo para poder salirse con la suya. Se lanzó en picado por debajo de la quilla multicubierta de la fragata médica y se dirigió hacia la popa, lo suficientemente cerca del casco como para no ser detectado por los sensores. Pasó a toda velocidad junto a unas pocas ventanas abiertas y sonrió. Cualquiera que estuviera mirando al exterior se habría llevado un susto considerable al verlo pasar tan cerca. Pero eso, en teoría, era bueno. Si a alguien le daba por hacer preguntas, cosa poco probable, habría testigos de lo temerario que había sido el piloto de Sol Negro.

*Sí, yo le vi. ¡Maldito loco, pasó tan cerca que estuvo a punto de romper el ventanal de babor!*

Mientras se dirigía al contenedor de desperdicios de popa, Bleyd empezó a sellar la túnica. Bajo ella llevaba un mono de evacuación de emergencia, además de sellos en guantes y botas, una capucha de flexicris y una cobertura para la cara. El tanque de aire de emergencia tenía cinco minutos de oxígeno, y los monos de evacuación de emergencia estaban pensados para funcionar dentro de una nave durante una pérdida repentina de oxígeno, lo justo para poder llegar a una sección presurizada o a un traje completo de evacuación. Pero cinco minutos eran más que suficientes, siempre que todo saliera según lo previsto.

Ya tenía delante la escotilla de desperdicios. Bleyd accionó el control remoto y la escotilla se dilató. Un segundo control remoto activó la unidad antigravitatoria del bloque de carbonita y la expulsó fuera de la escotilla.

Con mano experta, porque era un buen piloto, Bleyd llevó el girador a una velocidad equivalente a la del pedazo de carbonita que flotaba lentamente, y empleó un brazo mecánico para cogerlo y tirar de él hacia su nave. Inmovilizó el brazo.

Respiró hondo. Esta parte no sería agradable, pero no podía demorarla. Selló el traje de evacuación, activó el flujo de aire y abrió la nave. Luego salió de la cabina, se colocó en dirección a la escotilla abierta del vertedero y se propulsó hacia ella.

Teniendo en cuenta que la posición orbital del MedStar lo situaba en ese momento sobre la cara no iluminada de Drongar, hacía mucho frío, un frío intenso y cortante que traspasó su ropa y su mono en mil agujas de nitrógeno congelado. Ignoró la baja temperatura y se negó a aceptar la parálisis que amenazaba con filtrarse en su sistema. En su interior bullía la energía y la fuerza de mil generaciones de cazadores; una armadura tejida con el ADN de sus antepasados. Su resolución era muchísimo más fría que el vacío por el que estaba flotando.

Su objetivo estaba a poquísima distancia, y consiguió asirse a la escotilla. Empezó a caer en cuanto estuvo en el campo de gravedad de la nave, pero eso ya se lo esperaba, y aterrizó de pie, bien equilibrado. Un manotazo a la manivela de la escotilla, y ésta se contrajo y se cerró. La temperatura de la cámara, incluso estando despresurizada, era notablemente más cálida que la del crudo vacío del exterior.

Activó el ciclo de presurización y se acercó al ventanal para mirar la nave de Mathal, mientras activaba el control remoto. El motor iónico del girador se encendió, y la pequeña nave, con su carga de carbonita firmemente agarrada, se dirigió silenciosa hacia el espacio.

Bleyd se quedó mirando un momento. Tenía la ruta programada, así que ya no le quedaba mucho más que hacer por el momento.

Quitó el sello del traje de evacuación y se aproximó al cierre interior de la puerta. En cuestión de minutos, una nave no identificada violaría el espacio orbital de los separatistas, al otro lado del planeta. La nave no respondería ni se desviaría de su ruta. Se le harían advertencias y, finalmente, las baterías separatistas abrirían fuego, haciendo pedazos la nave.

Y Mathal, representante de Sol Negro, también quedaría vaporizado, y nadie sabría nunca que ya estaba muerto antes de que eso ocurriera, porque la explosión termonuclear que destruiría el girador no dejaría restos suficientes del bloque de carbonita ni para llenar la oreja de un *picotón*. Pero sí dejaría los suficientes residuos moleculares como para establecer que un cuerpo humano, posiblemente humanoide, se había vaporizado junto con la nave.

Nadie se sorprendería mucho. Las reglas de la guerra prohibían que un bando atacase a la fragata médica orbital del otro bando, pero no había nada que le prohibiera defenderse de una invasión.

Tras quitarse la túnica y el mono para cambiarse y ponerse un uniforme limpio, que había dejado previamente allí, Bleyd se puso manos a la obra. No era un maestro en fugas, pero sí lo bastante hábil en el arte del disfraz como para salir airoso de todo aquello. Cuando apareciesen los de Sol Negro, cosa que acabarían haciendo, y cuando le preguntasen qué había sido de Mathal, cosa que acabarían preguntando, seguro que podría superar la prueba del escáner de la verdad si articulaba correctamente su respuesta.

*¿Mathal? Se marchó en su nave, pero irrumpió en el espacio separatista por alguna razón. Lo derribaron. Fue lamentable, pero, después de todo, estamos en zona de guerra, y Mathal no debía de tener los permisos adecuados…*

Todo lo cual era técnicamente cierto.

Habría registros en los sistemas de la nave que lo demostrarían. Registros de los controladores, de los sensores, puede que hasta un testigo ocular o tres que vieron pasar la nave, obviamente pilotada por un idiota, dado lo cerca del casco que había pasado…

Y nada que indicara otra cosa.

Por supuesto, era una tregua temporal. Tarde o temprano, Sol Negro querría reimponer sus exigencias, pero Bleyd ya tendría otro plan para entonces. Igual utilizaba a

Filba para ganar más tiempo. En cualquier caso, seguiría traficando con bota y amasando su fortuna…

# 16

Barriss jamás habría buscado una confrontación con Phow Ji. Los Jedi se entrenaban para negociar conflictos, no para buscarlos en caso de no existir razón de fuerza mayor. Lo que había visto de las acciones de Ji en el campo de batalla era, en su opinión, censurable, pero la misión que le habían encomendado no era de seguridad militar. Su trabajo no consistía en reclamar una compensación por la muerte de mercenarios.

Pero a la mañana siguiente, cuando se adentró en la relativamente fresca luz del amanecer para realizar sus estiramientos matutinos, el luchador bunduki apareció y se la quedó mirando.

—Hoy has madrugado, ¿eh, Jedi? —Su voz siempre parecía tener un tono burlón. Ella ni se molestó en responder al comentario obvio, y se limitó a seguir con sus ejercicios—. No pareces estar en mala forma —comentó él—. Me congratula ver que no utilizas tu «magia» para todo.

En lo que respectaba a Barriss, seguía sin haber motivo alguno para iniciar una conversación. Estaba sentada en el suelo húmedo, con las piernas completamente abiertas. Primero se agachó sobre una rodilla, presionando la mejilla contra el muslo, y luego hizo lo mismo hacia el otro lado, sintiendo cómo los tendones y los músculos interiores se calentaban por el esfuerzo.

—No sabía que los Jedi hacían votos de silencio —dijo. Su voz era cortante, y en ella subyacía un filo acerado.

Ella se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—No los hacemos —dijo ella, flexionándose para poner las palmas de las manos en el suelo con las piernas estiradas—. Hablamos cuando tenemos algo que decir, no para escuchar nuestra propia voz.

—Estás enfadada. Tenía entendido que los Jedi mantenían sus emociones bajo control —Ji sonrió—. ¿Ha sido por algo que he dicho?

Su tono era burlón.

Barriss se incorporó, se apartó de la cara un mechón de pelo sudado y se giró para mirarle de frente.

—No. Es por algo que has hecho. Asesinaste a tres mercenarios.

Si eso sorprendió a Ji, su rostro no lo demostró. Le dedicó una sonrisa breve y débil.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Alguien encontró un androide cámara estropeado. Está todo grabado.

—¿En serio? Me encantaría verlo.

Ella percibió el interés en su comentario. Y no necesitaba emplear la Fuerza para verlo.

—¿No te bastó con llevarte un trofeo?

Ji hizo un gesto que probablemente pretendía restarse importancia.

—Bueno, sólo veo las cosas desde mi punto de vista. Una holograbación de otros ángulos me sería útil a la hora de criticar mis propios movimientos. Además, tengo una pared llena de trofeos. ¿Pero un holo? Eso sí que sería una novedad.

Barriss negó con la cabeza.

—Te da exactamente igual, ¿verdad?

—¿El qué?

Él la tentaba, y ella lo sabía. *Sé siempre consciente de la Fuerza viva*, fue el consejo de Qui-Gon Jinn. Era pequeña cuando el Maestro murió en la batalla de Naboo, pero seguía recordando aquello. Una de las primeras nociones de sabiduría Jedi que se le había ofrecido. *Estás por encima de esto*, se dijo. Pero no pudo evitar responderle.

—El haber golpeado a tres seres hasta la muerte.

Él pareció sorprenderse.

—¿Es así como lo ves?

—¿Hay otra forma de verlo?

Ji sonrió y abrió las manos con gesto inocente.

—Yo estaba desarmado, y me enfrentaba a tres hombres, en un campo de batalla en plena guerra, mi querida padawan. Sólo empleé las habilidades por las que me pagan. Soy un soldado. No se considera asesinato matar al enemigo.

Barriss dejó sus estiramientos. Se puso en pie, cruzó los brazos sobre el pecho y miró al maestro bunduki.

—Eres un luchador experto, y tus manos y pies pueden ser tan letales como una vibrocuchilla o un bastón aturdidor —le dijo—. Esos hombres estaban tan indefensos ante ti como si hubieras disparado un láser contra ellos. Fingir cualquier otra cosa sería menospreciarme.

—¿Me estás llamando mentiroso, Jedi?

Esta vez, el tono de peligro en su voz era inconfundible. Eso es exactamente lo que quiere que hagas. Ignóralo. Vete.

Ella le miró fijamente.

—Sí.

Él sonrió de nuevo, cruel, triunfante.

—Semejante acusación se presupone acompañada de la voluntad de reafirmarla. ¿Qué te parecería medir la eficacia de tu Fuerza mística contra mis habilidades?

Con suma dificultad, Barriss mantuvo su ira bajo control y la boca cerrada. Conjuró en el ojo de su mente la imagen de la Maestra Unduli con gesto de desaprobación. Le ayudó, un poco. En cuanto abrió la boca supo adónde le llevaría eso; sabía que no era el camino correcto. Pero ahí estaba…

De repente, él se echó a reír.

—Justo lo que pensaba. Vencí a uno de vuestros Caballeros Jedi en combate cuerpo a cuerpo y ahora no sería justo por mi parte meterme con una pequeña padawan, ¿no? Disfruta de tus ejercicios, Jedi.

Se giró con gesto de desprecio y empezó a alejarse.

Barriss no pudo evitarlo. Alzó la mano, se concentró, y cerró el puño.

Cuando Ji dio otro paso, el tiempo pareció ir más despacio para Barriss. El pie izquierdo de Ji avanzó, y mientras se acercaba al derecho, su bota se giró hacia dentro, sólo unos pocos grados… lo justo como para darse contra el talón de la bota delantera.

Tropezó.

Un hombre de menos habilidad podría haber caído de bruces contra el suelo mojado. Y pese a saber que eso no estaba bien, Barriss hubiera disfrutado con aquella visión.

Pero mientras caía, Ji se colocó en posición fetal, con un brazo flexionado y la mano ligeramente hacia dentro, para que su movimiento pareciera una acción deliberada. Cayó, rodó sobre el brazo, el hombro y la espalda, se levantó y girando un poco describió un movimiento gimnástico impecable que le dejó de pie en el suelo frente a ella.

—Cuidado —dijo Barriss—. El suelo está resbaladizo por el rocío.

Él se quedó allí un momento, con cara de desprecio. La sensación de amenaza flotó en el aire pesadamente, arremolinándose alrededor de la Fuerza como un oscuro torbellino. Pero pese a estar tremendamente enfadado, Ji mantuvo el control.

Dio media vuelta.

Una vez se fue, Barriss negó con la cabeza al pensar en lo que había hecho. ¿Pero en qué pensaba? No se podía utilizar la Fuerza para cosas tan infantiles y triviales. Estaba mal hacer algo tan pueril, aunque fuera contra un ser malvado como Phow Ji. Y sí, aquello podría haber sido una demostración adecuada, pensada para enseñar, para mostrar que la Fuerza tenía validez, pero sabía que no lo hizo por eso. Había sido una respuesta personal, motivada por la rabia, y ella sabía desde el principio lo que hacía. Un gran poder debía manejarse con mucho cuidado, y poner la zancadilla a un personaje repugnante sólo porque se lo merecía no era justificación suficiente. Era como cazar un chinche ígneo con un turboláser. Su Maestra se habría mostrado profundamente disgustada.

Jamás llegaría a ser una Jedi si seguía comportándose de esa manera.

Barriss suspiró y regresó a sus estiramientos. Su camino ya era bastante difícil de por sí. ¿Por qué se empeñaba en tirar piedras sobre su propio tejado?

# 17

Den Dhur había visto muchas cosas extrañas en sus años de misiones interestelares. Pero por mucho que rebuscase en la memoria, jamás había visto a un androide sentado solo en una cantina.

Cuando entró, huyendo del pastoso calor del mediodía, tardó un rato en acostumbrarse a la luz, incluso llevando las gafas reductoras. A medida que su visión se despejaba, vio que la cantina estaba prácticamente desierta. Leemoth, el especialista anfibio duro, se sentaba en un rincón, abrazado a una jarra de fromish. En la barra había dos sargentos clon sentados y en una de las mesas cercanas estaba el nuevo androide de protocolo, I-Cinco.

He ahí algo que no se ve todos los días, pensó Den. Para empezar, los androides apenas se sentaban. Casi todos los modelos antropomórficos podían adoptar esa postura, pero dado que nunca se cansaban, no tenían razón para hacerlo. Pero I-Cinco estaba allí sentado, quizá algo rígido. Sus fotorreceptores estaban fijos en la mesa de plastiforma. Aunque no había expresión alguna en el rostro metálico, Den pudo percibir un definido sentimiento de melancolía en el androide.

Sin pensarlo, cogió una silla y se sentó frente a I-Cinco, alzando hacia el barman de la cantina un dedo ya entrenado.

—No se ven muchos androides por aquí —dijo a su acompañante.

—Con estos precios, no es sorprendente.

Den alzó las cejas. Aquello sí que era poco frecuente. Un androide con sentido del humor. El camarero llevó al sullustano su bebida, un whisky johriano. Den le dio un sorbo, contemplando a I-Cinco con interés.

—Tengo entendido que estuviste ayudando a la padawan Offee en la SO.

—Así es. Fue… toda una experiencia.

Den dio otro trago.

—Si me permites, te diré que eres un androide bastante inusual. ¿Cómo acabaste asignado aquí?

Al principio pareció que el androide no iba a responder.

—«Son los vientos del espacio y del tiempo los que me mecen, como en un eterno giro planetesimal entre soles».

Ahora Den sí que se quedó sorprendido.

—Kai Konnik —dijo él—. *Playa de estrellas*. Ganador del Premio Galaxis a la mejor novela del año pasado, si no me…

—De hace dos años —le corrigió I-Cinco.

Den se lo quedó mirando.

—Tus conocimientos de literatura son impresionantes para ser un androide.

—La verdad es que no. Mis bancos de memoria incluyen más de doscientas mil novelas, holoobras de teatro, poemas y…

—No hablaba de memoria —dijo Den—. Casi todos los androides de protocolo tienen memoria de sobra para almacenar esa información. Y casi todos los androides, al pedirles una cita de una obra en particular, podrían acceder a ella tan fácilmente como tú. Pero —prosiguió, echándose hacia delante— nunca había conocido a un androide que pudiera emplear ese material metafóricamente. Que es precisamente lo que tú acabas de hacer.

El silencio reinó por otro momento. Entonces, el androide emitió algo que sonó bastante parecido a un suspiro humano.

—Hay momentos en los que me gustaría ser una forma de vida basada en el carbono —dijo—. El concepto de intoxicación me resulta atractivo.

—Tiene sus ventajas —asintió Den mientras daba otro sorbo—. ¿Me vas a decir qué haces aquí?

De nuevo, I-Cinco pareció poco dispuesto a dialogar. Luego dijo:

—Nostalgia.

Den esperó. Había acudido a la cantina para ver si podía sacar más basura sobre Filba, pero aquello era mucho más interesante. Si I-Cinco no hubiera sido un androide, Den le habría atiborrado a bebidas para soltarle la lengua. No obstante, parecía que no sería necesario. Era obvio que el androide quería desahogarse con alguien.

—Yo solía pasar mucho tiempo en sitios muy parecidos a éste —continuó I-Cinco—. Sitios como la Taberna de la Piedra Verde o la Posada de Rocío, en el sector Zi-Kree en…

—Coruscant —Den terminó la frase—. Las conozco bien. Una mala zona; la llaman el Pasillo Escarlata. —Terminó la bebida y pidió otra con un gesto—. Allí encontré muchas buenas pistas para noticias. —Miró en silencio a I-Cinco un momento—. Pero los garitos de mala muerte no suelen aceptar androides, creo que se debe a una antigua superstición. Me sorprende que tu amo consiguiera hacerte entrar con él.

—Lorn Pavan no era mi amo —dijo el androide—. Era mi amigo.

Los músculos en la frente de Den comenzaban a dolerle del esfuerzo.

—¿Tu amigo?

—Éramos «socios». Comerciábamos con información de los bajos fondos, corríamos apuestas de sabacc, movíamos los datos ocasionales que nos llegaban del servicio secreto… esas cosas. No era exactamente el tipo de vida emocionante que uno ve en los holodramas, pero tenía sus momentos.

—Curioso —comentó Den. Al ver que el androide no seguía, dijo—: Bueno, ya te habrás dado cuenta de que estás bastante lejos de la gran ciudad. ¿Por qué te…?

Se interrumpió, al darse cuenta de que la atención de I-Cinco se centraba bruscamente en un grupo de cirujanos que hizo su entrada en la cantina. Entre ellos se hallaba Zan Yant, que llevaba su quetarra. Den supuso que habría música más tarde, cuando la cantina se llenara un poco más, como era habitual. No le parecía mal. Le gustaban casi todas las opciones musicales de Yant, aunque las composiciones del planeta natal del talusiano le parecían dos gatos del desierto dentro de un saco.

Sin embargo, el androide parecía… nervioso. *Juraría que a veces muestra expresiones en esa placa de metal que tiene por cara*, pensó Den. El concepto era sorprendente, pero no tanto como la idea de un androide con los sentimientos necesarios para generar esas expresiones.

A Den le sirvieron su segunda bebida, y la alzó pensativo.

—¿Y qué te motivó a hacer las maletas y abandonar una existencia tan plena?

—No tengo ni idea. A Lorn y a mí nos perseguía… —pareció estar escogiendo cuidadosamente sus palabras—… un asesino.

—Un zabrak —dijo Den por decir algo.

Esa vez observó con atención el rostro del androide. Sus fotorreceptores no se dilataron, pero sí resplandecieron, lo que de alguna forma también comunicaba sorpresa. Eso es, pensó. Los ojos son los órganos más expresivos del rostro humanoide. Se puede leer todo un mundo de significados en el menor de sus movimientos. De alguna manera, I-Cinco obtiene los mismos resultados regulando la intensidad y el ángulo de esos sensores ópticos suyos.

Estaba tan concentrado en intentar descubrir por qué le resultaba tan expresivo el androide que casi se perdió la respuesta de I-Cinco.

—¿Me meto yo a husmear sin permiso en tus bancos de datos?

—Lo siento. Instinto periodístico. Obviamente, ha habido algo que te ha perturbado al ver entrar a Yant, y como supongo que no eres un melófobo…

—Enhorabuena. El asesino era un zabrak iridoniano. Bastante letal. Un maestro en artes marciales con talento suficiente para dejar a Phow Ji a la altura de un jawa borracho. Y tenía… otras habilidades también.

Den asintió.

—Entiendo. Yant es de Talus, por si te sirve.

I-Cinco no respondió a eso.

—El asesino nos robó algo muy valioso y huyó de Coruscant. Lorn y yo estábamos a punto de ir tras él y entonces… Lo siguiente que supe fue que estaba sirviendo en un carguero de contrabando de especias.

—¿Alguna teoría?

—Creo que Lorn me desactivó para alejarme del peligro. Para entonces, el asunto se había convertido en algo muy personal para él, ¿sabes? Alguien a quien apreciaba de veras se había sacrificado para salvarnos y…

—Esa historia tiene muy buena pinta —dijo Den—. Ojalá hubiera estado por allí para informar de ella.

—Confía en mí. Es mejor que no estuvieras. El asesino era… —I-Cinco dudó un momento, y negó con la cabeza… Lo cual era otro perturbador gesto humano.

—¿Sol Negro?

—Peor. Mucho peor. Además —dijo con suavidad—, ¿qué es una historia sin un final?

—Toda historia tiene un final.

—Ésta no. No para mí. No sé qué fue de Lorn. Sospecho que murió, pero no tengo forma de saberlo con seguridad. He intentado averiguarlo, pero todo esto ocurrió hace más de una década, y las vías de investigación son limitadas para un androide, incluso para uno que sabe cómo *hackear* cortafuegos y otras defensas informáticas. Todo el asunto parece haber sido silenciado por alguien de gran poder.

—Ahora es cuando realmente captas mi interés —dijo Den—. No hay nada como una buena historia de conspiraciones, aunque tienden a ser mejores cuando no hay una guerra en marcha. Veré lo que puedo averiguar.

—Si excavas demasiado, quizá seas tú el que acabes enterrado —dijo el androide, sombrío—. No tengo ni idea de cómo escapé, ya que me borraron la memoria. Lo único que sé es que yo estaba en el espaciopuerto de Coruscant y de repente me encontré viajando por todos los sistemas del Núcleo, ayudando a la gente a saciar su apetito de brilloestimulantes.

»Pero eso es subjetivo, claro. Según mi crono interior, estuve desactivado unas doce semanas estándar. Por lo que pude averiguar después, fui parte de algún tipo de trueque. Estuve en la Incursión Kessel hará unos seis años. Entonces, las naves de los contrabandistas fueron saqueadas por una patrulla solar del sistema en el que estábamos. A mí me confiscaron y me subastaron, adjudicándome a un marino mercante. Desconozco el porqué. Aún hay muchas lagunas en mis bancos de datos. Varios años, de hecho.

»Cuando la guerra comenzó a propagarse, la República confiscó todos los androides que pudo para que no cayesen en manos de los separatistas. Yo servía de androide doméstico en casa de una familia de Naboo cuando llegó la orden. Mi programación fue aumentada con formación médica, y ahora estoy aquí sentado en este… pintoresco… establecimiento, contándote la historia de mi vida —hizo una pausa—. Ojalá pudiera emborracharme.

—Quizá tengas suerte de no poderlo hacerlo. Si has sido tan sincero con todos los que te has encontrado —dijo Den— es una suerte que no te hayan reprogramado. Casi nadie tiene paciencia con un androide autocompasivo.

—Y que lo digas. Tranquilo, he mantenido mi brillante inteligencia y mi efervescente personalidad en secreto hasta ahora. Pero la verdad es que me he sentido algo solo.

—¿Y por qué me has contado todo esto? ¿Acaso mi cara invita a la conversación?

—Estoy harto de esta farsa —respondió I-Cinco—. Harto de jugar al autómata dócil con los humanos y los de su calaña, sobre todo tras ver los brutales resultados de la incapacidad o de la falta de deseo de coexistencia de los seres orgánicos. Cuanto más veo de esta carnicería, más convencido estoy de que un androide de mantenimiento CZ-3 podría dirigir la República con más acierto.

Den no pudo evitar sonreír.

—Eso se llama sedición, ¿sabes?

—¿Quién, yo? —los fotorreceptores del androide proyectaron inocencia—. Pero si sólo soy un humilde androide creado para servir —suspiró de nuevo—. Quizá necesite recargar mi inhibidor de sufrimiento.

—O quizá sólo necesites emborracharte.

—Sí, eso también.

—Pero para poder conseguirlo tendrías que ser orgánico.

I-Cinco tembló de verdad.

—Nada más lejos de mi intención —se puso en pie—. Disculpa. Tengo obligaciones que cumplir. Casi todas tienen que ver con cambiar mudas y administrar nebulizadores hipodérmicos. Tareas todas ellas satisfactorias para alguien de mis capacidades, como imaginarás. Quizás ocupe el noventa y cinco por ciento de mi módulo cognitivo, que no dedico a mis responsabilidades, en resolver la teoría de Chun de la Infinidad Reductiva. O en componer una opereta.

Den contempló a I-Cinco saliendo de la cantina. Un momento después, Zan Yant empezaba a tocar una lenta y sentida melodía. Parecía el acompañamiento perfecto al ánimo divertido de Den.

¿Un androide al que su propietario había concedido estatus de igualdad? Den había oído cosas de ese tipo, pero siempre habían resultado ser ficticias. Que un androide se emancipara, aunque fuera de modo informal, era verdaderamente revolucionario. Se preguntó por qué no le asombraba más la idea.

Pero sí le parecía una buena razón para tomarse otra copa.

# 18

Normalmente, cuando tenía un momento para intentar quitarse la costra de sudor añejo, esporas y roña que Drongar proveía de forma tan generosa. Jos utilizaba la ducha sónica, más rápida y eficaz que el baño químico o el agua. Entrabas, dabas con el pie en el interruptor, y la suciedad se arrancaba por vibraciones: sin más. Al menos la base contaba la mayor parte del tiempo con ese nivel mínimo de tecnología en funcionamiento.

Pero aquel día permaneció parado bajo el pulso palpitante de un grifo, y el agua, encauzada y filtrada de un profundo lago, estaba fría. Lo bastante como para provocarle escalofríos, como para que respirar le costase más de lo normal.

Aun así, el agua no estaba tan fría como para congelarle los pensamientos. Y el problema de Tolk. Tolk, que evidentemente se había dado cuenta de su interés por ella. Y que al parecer había decidido divertirse un rato a su costa.

El agua le caía en la cabeza, soltando hilillos helados por sus ojos y sus orejas, pero no estaba tan fría como para apartar de su memoria lo que había pasado aquella mañana por tener pensamientos demasiado calientes…

Había entrado en el vestuario para quitarse el traje de operar porque le había empapado un drenaje que estalló en mitad de una punción. La sala era para ambos sexos, pero había un indicador de «OCUPADO» a la entrada para que nadie se llevara sorpresas. Jos puso la palma sobre el botón de apertura y entró bruscamente, tras comprobar que el cartel de «OCUPADO» estaba apagado.

Y allí estaba Tolk, a medio cambiar de su traje de faena. Lo cual equivalía a decir que no estaba vestida del todo. O, planteándolo de otro modo, casi desnuda. Del todo. De forma gloriosa…

Al ser cirujano, Jos había visto mucha carne en su carrera, de varones, de hembras y de otros. Era parte de su trabajo, y punto. No se tenían pensamientos obscenos con alguien a quien se le estaba transplantando el hígado. Pero era muy distinto entrar en una habitación y ver casi desnuda a tu bella y recién valorada ayudante.

Ni siquiera eso habría sido tan terrible (de acuerdo, no era malo, era simplemente una situación embarazosa), ya que, tras quedarse mirando boquiabierto y paralizado todo un segundo, puede que incluso dos o tres, se dio la vuelta con la cara roja y exclamó:

—Vaya, lo siento.

Pero lo que le retuvo mirando aquel segundo extra fue la expresión de Tolk. Eso, junto al resto.

Ella le sonrió. Con una sonrisa lenta y lánguida, inconfundible.

—Hola, Jos. ¿He olvidado encender el indicador? Qué descuido por mi parte.

Jos consiguió salir y cerrar la puerta, con la visión de Tolk casi desnuda grabada en su memoria… Estaba seguro que para siempre. Pero esa sonrisa… fue la gota que colmó el vaso. Y, como pensó más tarde, al menos doce veces durante aquel día, mientras trabajaba junto a ella, la pregunta era: ¿De verdad había olvidado Tolk encender el indicador?

Y el agua, por muy fría que estuviera, no conseguía llevarse esa pregunta.

—¡Llevas ahí toda la noche, Jos! ¿Tan sucio estás?

Ésa sí que era una buena pregunta.

* * *

Sentado en una mesa del comedor, Den Dhur se sentía un comensal feliz. No era por lo que estaba a punto de ingerir. Estaba saboreando la fría e inminente venganza porque pronto, muy pronto, podría dar con la escotilla en las narices a Filba, ese asqueroso hutt. Acababa de recoger otra piedra para el mausoleo del hutt gracias a un cabo descontento, y muy pronto enterraría a Filba como los perros de combate entierran los huesos viejos.

El pensamiento le hizo sonreír. No se juega con la prensa, no, señor, y menos cuando se está más podrido que las muelas de un rancor. Casi todo el mundo tiene algo que ocultar, algo que nadie querría ver en los titulares del noticiero de la noche, pero cuando se es un ladrón, la cosa se pone todavía peor. Mucho peor.

Y él había encontrado ese algo.

Iban a despellejar a Filba y lo colgarían a secarse al sol, y ya era hora. Den se rió para sus adentros y hundió feliz los cubiertos en la comida que tenía delante. La venganza era la mejor especia para la cena.

Por supuesto, esa cena y su forma de prepararla eran cosas a las que uno debe acostumbrarse cuando se viaja a planetas raros. Una de las primeras cosas que Den descubrió como periodista novato era que pasaría mucha hambre y sed en sus saltos interplanetarios, cubriendo noticias bélicas, si no aprendía a comer y beber de la flora y fauna local. El espacio a bordo de un transporte de tropas interestelar era algo muy cotizado, y no solía desperdiciarse transportando comida exótica. Había oído que los soldados clon estaban condicionados para vivir con sencillez, pero, aun así, dada la diversidad de especies que había en los ejércitos y armadas de la República, no podían almacenar las cosas preferidas de cada uno. Sobre todo porque quienes obtenían trato preferente eran los oficiales.

Los soldados de campo recibían RRs (Ranchos Rasos) que consistían en una papilla reconstituyente de nutrientes esenciales para cada especie. Solían tener un color que variaba entre el pustulento y el pútrido, y tenían una textura y sabor que iba de bota vieja de plastoide a algo que podría provocarle náuseas a un neimoidiano. Teniendo esto en cuenta, lo primero que solían hacer los cocineros militares cuando llegaban a un planeta nuevo era designar buscadores a los que mandaban a buscar cualquier cosa que pareciera comestible. Den había estado en planetas en los que no había mucho producto local, y una dieta constante de RRs generaba un montón de soldados famélicos. Él mismo había perdido algo de peso en aquellas misiones.

Afortunadamente, una de las pocas cosas positivas que podía decirse de Drongar era que estaba repleto de cosas que se podían atrapar, coger, agarrar o recolectar, y aunque no era de lo mejor que había probado en su vida, podía decirse que el comedor del Uquemer

no era del todo malo. Den había pedido un plato de la gamba terrestre local, una criatura del tamaño de una mano que, una vez cocida con hierbas y especias, sabía sorprendentemente igual al murcielalcón, aunque más picante. Venía con una planta de raíz naranja hecha puré de consistencia suave y sabor ligeramente reminiscente a la canela. Todo ello regado con la cerveza del lugar. Sí, había comido cosas mucho peores. Mientras no se inventara un aparato que pudiera confeccionar comida a partir de elementos básicos, como hacían los aventureros de las holoseries de futuro-ficción, la comida militar seguiría siendo algo arriesgado.

Además, ni siquiera un RR le habría sabido mal, sintiéndose como se sentía. Cinismos al margen, lo que necesita un periodista para sentir que se ha ganado el sueldo es una buena noticia, por insignificante que sea…

Alzó la mirada y vio a Zan Yant saliendo de la fila con una bandeja. Den llamó al zabrak y le indicó que se acercara.

—Oye, ¿eso es anguila fleek? —dijo al ver el plato del otro—. No la he visto en el menú.

—No. Es babosona, una especie de gusano gigante de Drongar, regado con zumo de bayas del bosque y rociado de chinches ígneos salteados.

—Ah. Suena… sabroso.

—Bueno, no es el Manarai de Coruscant —dijo el cirujano—, pero desde luego es mejor que el RR.

Dhur miró a Zan Yant interrogante.

—¿Tú has comido en el Manarai?

—Yo no nací en esta bola de barro, amigo Dhur. Uno de mis profesores era catedrático de la facultad de música de la Universidad de Coruscant. Le visité unas cuantas veces.

—Aun así, me parece un lugar demasiado caro para un estudiante.

—Mi familia… es bastante pudiente —dijo Yant, cortando un buen pedazo de gusano y metiéndoselo en la boca—. Mmm. Este cocinero charbodiano sabe lo que hace. ¿Quieres un poco?

—No, gracias, con lo mío voy servido —Den contempló con curiosidad al cirujano.

Un médico rico, músico experto… no era la clase de persona que uno espera encontrar en lo más profundo de la galaxia. ¿Cómo es que él o su familia no habían podido hacer que quedara exento del servicio militar? Todo el mundo sabe que la riqueza y el poder conllevan privilegios. ¿Sería posible que Yant fuera voluntario? En ese caso, el respeto que Den sentía por él aumentaría considerablemente.

Antes de que pudiera adentrarse en el tema, Yant le preguntó:

—¿Y qué tal va tu cruzada por mantener informada a la opinión pública?

—Bien —Den sonrió—. Y a punto de mejorar.

—¿Ah, sí? ¿Tienes una noticia?

—Pues sí, así es. No puedo hablar de ello todavía, no quiero espantar al kreel, ya sabes, pero lo cierto es que estoy encantado. Creo que supondrá una agitación considerable en algunos sectores.

—Supongo que eso es bueno. —Yant tomó otro enorme bocado de gusano, lo masticó, lo tragó y sonrió—. No está nada mal. —Hizo una pausa—. ¿Te importa que te haga una pregunta?

—Soy todo oídos.

—El resto del personal y yo estamos condenados a estar aquí. Si fuera por nosotros no tardaríamos ni una docena de pársecs en huir de Drongar en cualquier dirección. Pero tú eres civil. No tienes por qué estar aquí. Podrías estar informando desde un planeta civilizado, gozando de cierta comodidad y seguridad. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué elegiste esta profesión?

No se esperaba nada así. Hacía años que nadie le hacía esa pregunta concreta. Había respuestas comodín, por supuesto; hasta los periodistas las tenían. La aventura, la posibilidad de estar en el lugar de la acción, el deseo de servir al público. Quizás alguien se lo creería. Él lo creyó, mucho tiempo antes.

¿Y ahora?

De repente, sin querer, Den se encontró diciendo la verdad.

—Las guerras generan historias increíbles, doc. Y lo que verdaderamente importa son las cosas importantes como la vida, la muerte, el honor, el amor… Es la noticia en crudo, la veta madre, el crisol. Ves a la gente sumida en este tipo de combate, intentando salir, intentando sacarse unos a otros, y entonces se ve de qué está hecha de verdad.

»Mira, cuando se entrevista a un politicucho tras hacer una declaración pública, él te soltará una telaraña de palabrería como si fuera una oruga tejedora: todo lo que dirá relucirá y brillará, pero no tendrá verdadera sustancia. Sí, trabaja para mantener su puesto, puede que hasta trabaje por el bien público y todo, cosas más raras se han visto, pero no se ve sometido a ninguna presión real, y tiene tiempo para elaborar sus mentiras y hacer que suenen bien.

»Pero cuando coges a un comandante al que acaban de destrozarle la unidad, sin posibilidad de rescate y con el enemigo lanzando un ataque implacable, ten por seguro que te dirá lo que piensa, y que no tendrá en cuenta las consecuencias. La guerra es un mal asunto, amigo mío, malo, doloroso y cruel, pero quita las máscaras y descubre la verdad desnuda, y eso es lo único que importa.

Zan asintió, mascando pensativo otro trozo de su cena.

—Pero ves tanta muerte… Por no mencionar que tú también podrías acabar muerto.

Den se encogió de hombros.

—En una epidemia de fiebre roja se ven montones de cadáveres. Y siempre puede atropellarte algún niñato que saca su deslizador a la ciudad por primera vez. Cuando te toca, vas… al margen de lo que creas o donde te encuentres, ¿no te parece?

Zan se rió.

—Sí, independientemente de dónde te encuentres, siempre te encuentras siendo el primero de la cola.

Den rió también, y por unos minutos ambos guardaron silencio, disfrutando de su comida. El sullustano apuró su cerveza, eructó y se recostó en el respaldo.

—Voy a contarte algo —dijo—. Hace mucho tiempo me mandaron a cubrir una pequeña insurrección en un planeta de mala muerte en medio de la Dorsal Gordiana. Estaba dando una vuelta por la base de salida, una estación prefabricada donde las tropas que volvían a casa esperaban para ser recogidas… Dicha estación estaba alejada del frente, a un día de camino a lomos de un bantha, y era más segura que el regazo, o la bolsa o lo que sea, de una madre.

»Entablé conversación con un joven humano. Era alto, yo no le llegaba a la altura del pecho, aunque era muy joven. Al parecer mintió sobre su edad para alistarse en el ejército, por lo que no debía de tener más de dieciséis años estándar, y por la gracia del Creador, había conseguido sobrevivir sin un rasguño en mitad de una acción muy cruenta. El setenta por ciento de su unidad acabó chamuscado como la carbonita, pero él aún respiraba y estaba a punto de volver a casa. Era un niño. Un niño que ahora sabía lo que era la guerra.

»Y yo estaba allí con mi cámara de pulgar, grabando al chaval, registrando el típico testimonio de «cómo se siente uno al volver a casa» para los holovidentes. Y, de repente, alguien disparó una carabina de pulsos, agitándola de un lado a otro como una manguera a presión, alcanzando a los soldados a diestro y siniestro. Era uno de los insurrectos, camuflado, realizando un ataque suicida.

»Los de seguridad se acercaron corriendo a él, pero no se dieron la prisa suficiente. El francotirador vino caminando hacia nosotros, me vio, y yo me di cuenta de que me veía, y de que no me quedaba ni un holodiario. Todo el mundo me gritaba ¡Corre! ¿Estaban de broma? Estaba tan aterrorizado que no podía ni respirar, mucho menos correr.

»Pero entonces, el chaval, que ni siquiera estaba armado, se puso delante de mí sin dudarlo. Uno de los disparos, el que iba a mi cabeza, fue a parar a su estómago, y cayó al suelo. La carabina del francotirador se vació en ese momento, los de seguridad se echaron sobre él y ahí acabó todo.

»Yo me agaché junto a aquel pobre chico humano y me di cuenta de que no sobreviviría. Así que le pregunté: «¿Por qué has hecho eso?». Y el chico me dijo: «Porque eres muy pequeño».

Yant dejó de masticar y miró a Den de hito en hito.

—Creo que sabía que yo era un adulto, lo sabía de forma intelectual —continuó Den—, pero en ese momento, cuando el peligro se cernía sobre mí, él identificó la baja estatura con la juventud. Se puso delante de mí porque eso es lo que hacen los humanos… proteger a los pequeños. Le di las gracias antes de morir —Den hizo una pausa—. ¿Sabes lo que me dijo?

Yant negó con la cabeza.

—Me dijo: «No pasa nada. ¿Le dirás a mi madre que la quiero?».

Los dos se quedaron callados un rato. Yant se pasó una mano por los cuernos y suspiró.

—Qué triste.

—Hay más —Den se miró las manos y vio que las tenía entrelazadas. Las separó, sintiendo un crujido en los nudillos.

—¿El francotirador? También era humano. Tenía catorce años. No conseguí hablar con él antes de que muriera, pero uno de los de seguridad sí. Por lo visto, sus últimas palabras fueron: «Dile a mi madre que la quiero». Hermanos de muerte, niños que se despidieron de sus madres.

Yant volvió a negar con la cabeza.

—Ése es el tipo de historias que se oyen en el frente, amigo mío. Es el tipo de cosas que la gente tiene que saber. —Den se encogió de hombros—. No es que actúe contra la guerra, pero así al menos saben que esto no es una fiesta. No cuando hay niños matándose entre sí, y madres con el corazón roto por ello.

De alguna manera, la aniquilación potencial de Filba ya no le parecía tan luminosa y vibrante como cuando se había sentado a comer.

—Lo siento —dijo Yant.

—Sí —dijo Den—. Todos lo sentimos, ¿no?

# 19

A veces, últimamente no muy a menudo, Jos se sentía como si pudiera devolver la vida a un paciente moribundo. Como si pudiera mantener con vida a alguien en estado grave, impidiendo que la Muerte se lo llevara.

Por supuesto, siempre ayudaba que el procedimiento quirúrgico saliera bien. Pero había ocasiones, incluso cuando la operación era técnicamente correcta, en que algo salía mal y el paciente expiraba, por mucho que él se esforzase y deseara otra cosa.

Era lo que le estaba pasando con el soldado clon que tenía en la mesa de operaciones. La operación había sido relativamente sencilla hasta ese punto: una esquirla de metralla le había perforado el pericardio, provocando una hemorragia en el saco pericárdico, con un bloqueo cardíaco asociado. Se le había limpiado la sangre y reparado la herida, y eso debería haber bastado; pero el soldado dejó de respirar, el corazón reparado dejó de latir y todos los esfuerzos por reanimarlo habían fracasado. Si Jos hubiera sido un hombre religioso, habría dicho que la esencia del hombre lo había abandonado.

Pero ése era el último paciente, y ya había conseguido mantener con vida a otros cinco, incluido uno con heridas múltiples en tres sistemas de órganos que requirieron trasplante: un pulmón con perforaciones múltiples, un bazo agujereado y un riñón gravemente dañado.

¿Por qué había sobrevivido éste y muerto aquél? Era algo completamente inesperado, completamente inexplicable y completamente frustrante.

Sabía que la medicina no era una ciencia exacta, y que los pacientes solían confundir las cosas. Se podría pensar que clones genéticamente idénticos reaccionarían físicamente del mismo modo al dolor, pero, desde luego, no parecía haber sido así con aquellos dos.

Cuando Jos era estudiante en la facultad de medicina, solía frecuentar un restaurante bamasiano que hacía furor entre sus compañeros. La comida era barata pero buena, y las raciones generosas. El sitio estaba a poca distancia del alojamiento de los estudiantes, y abría día y noche; era perfecto para un estudiante. La cocina bamasiana era variada, picante y requería acostumbrarse a ella, pero a Jos le gustaba. Al final de cada comida, el postre tradicional de obsequio era una pequeña rosquilla dulce del tamaño de una pulsera. El dulce contenía un holoproyector proteínico que sólo funcionaba una vez. Cuando se rompía la rosquilla, el proyector reflejaba una porción de sabiduría bamasiana que brillaba en el aire durante unos segundos antes de que se deshicieran los circuitos orgánicos. Los aforismos divertían a los estudiantes de medicina, que solían acudir a comer en grupo para aprovechar los descuentos familiares. Lo que hacían era romper las rosquillas todos a la vez, e intentar leer los proverbios antes de que se desvanecieran. Algunos eran de auténtica risa: «Evita los callejones oscuros en barrios de mala muerte». O «Ser rico y miserable es mejor que ser sólo miserable». O «Cuidado con los políticos que sonríen…».

Una tarde en que Jos estaba exhausto, tras una larga serie de exámenes y complicados procedimientos que había resuelto de forma torpe, y que se sentía sobrepasado por cosas

que nunca había pensado llegar a ver, que nunca pensó que formarían parte de su formación, quebró su rosquilla dulce y recibió un mensaje que parecía haber sido confeccionado específicamente para él:

«Minimiza tus expectativas para no sufrir decepciones».

En ese momento le pareció un consejo extrañamente sabio, pese a ser una obviedad. Si no esperaba nada, no le disgustaría que no pasara nada. Intentó integrarlo en su vida, y se dio cuenta de que le ayudaba. A veces lo olvidaba, claro. A veces albergaba la esperanza de poder salvarlos a todos. Era un buen cirujano, y según las circunstancias podía ser hasta un gran cirujano, y jamás pensaba que perdería a un paciente con posibilidades mínimas de supervivencia. Y cuando ocurría, siempre era un trauma. Y siempre era una decepción.

Le costaba admitirlo, incluso ante sí mismo, pero había momentos en los que incluso se sorprendía a sí mismo sintiendo rencor por el interminable desfile de soldados heridos y moribundos. Había momentos, cuando traían a un twi'leko con el lekku colgando, o a un devaroniano con uno de sus hígados agujereados, en los que una pequeña parte de él acariciaba la posibilidad de hacer algo distinto. Porque en aquel punto realmente se sentía como si pudiera construir un rascacielos sólo con el tonelaje de metralla que había extraído de los soldados clon. Por no mencionar que podría pintarlo de rojo de arriba abajo con su sangre.

Jos suspiró mientras se encaminaba al vestuario. Era una pena no tener ahora a mano una rosquilla bamasiana que le consolara…

* * *

Barriss iba camino del pabellón médico cuando se cruzó con un soldado que se hallaba a la entrada de la principal sala de operaciones. No parecía hacer nada concreto, sólo mirar una pared en blanco.

Todos parecían iguales a ojos inexpertos, pero no era así para alguien conectado a la Fuerza. Ella conocía a aquel hombre. Había sido su paciente.

Se detuvo.

—CT-914 —dijo ella.

Él la miró.

—¿Sí?

Ella sintió la pregunta que bullía en la mente de él y sonrió.

—Quizá seáis todos iguales, pero no sois la misma persona. Vuestras experiencias os definen tanto como vuestro conocimiento. La Fuerza sabe reconocer esas cosas.

Él asintió. Ella le miró fijamente.

—No tienes problemas con la presión sanguínea —dijo, y no era una pregunta. Sabía que era así.

—No, me encuentro bien… físicamente.

—¿Entonces qué haces aquí?

Ella sintió más que vio la presencia de Jos Vondar saliendo de la SO, detrás de ella, antes de verla, y fue consciente de que él escuchaba la conversación.

—Ayudé a trasladar a otro soldado aquí ayer. CT-915.

—Ah, ¿y qué tal está?

—No lo sé, sigue en quirófano.

Jos se acercó.

—¿Nueve-uno-cinco? Eh… me temo que no ha sobrevivido.

La emanación de dolor procedente de CT-914 arrasó a Barriss con fuerza repentina. Pero al mirar su rostro, apenas se podían apreciar sus profundos sentimientos.

—Mala suerte. Era… —dudó apenas un segundo o dos— un buen soldado. La pérdida de alguien tan bien entrenado es… una lástima.

Barriss se dio cuenta de que, incluso sin el uso de la Fuerza, Jos también percibía algo en el tono o el lenguaje corporal de CT-914, a pesar de la sutilidad de ambos.

—¿Le conocías?

—Fue decantado justo después de mí. Entrenamos juntos, nos enviaron aquí juntos, éramos parte de la misma cohorte —CT-914 dudó de nuevo—. Él… yo pensaba en él como mi hermano.

Jos frunció el ceño.

—Todos sois hermanos, de alguna forma.

—Cierto —el soldado clon se enderezó—. Gracias por sus esfuerzos por salvarlo, doctor. Regreso a mi unidad.

Se dio la vuelta y se alejó a zancadas. Barriss y Jos le observaron marcharse.

—Si no supiera que no es posible —dijo Jos—, diría que estaba triste.

—¿Y cómo sabes que no es posible? ¿Acaso no sentirías tristeza por haber perdido un hermano?

Ella esperaba que Jos respondiera con alguna broma, cosa que solía hacer en semejantes circunstancias. Pero no fue así. En lugar de eso, frunció el ceño.

—Es un clon, Barriss. Eliminan de ellos ese tipo de sentimientos.

—¿Quién te ha dicho eso? Es verdad que están estandarizados, entrenados y endurecidos, pero no son autómatas inconscientes. Están hechos de la misma carne y mente que nosotros, Jos. Sangran cuando se cortan, viven y mueren, y lamentan la pérdida de un hermano. CT-914 sufre un dolor emocional. Lo camufla bastante bien, pero esas cosas no pueden ocultarse ante la Fuerza.

Jos la miró como si acabara de darle una bofetada.

—Pero… pero…

—Los clones son criados para el combate, Jos. Están diseñados para eso, y lo aceptan sin cuestionarlo. Si no fuera por la guerra, no existirían. Una vida dura como soldado es mejor que ninguna vida. Hasta tú has podido apreciarlo sin la Fuerza —añadió con voz suave—. Por estoico que intentara ser, ha salido a la luz. Nueve-uno-cuatro sufre. Le duele haber perdido a un camarada. A su hermano.

Jos se quedó sin palabras. Los sentimientos comenzaron a aflorar del interior del médico, y ella lo sintió como lo había sentido en CT-914.

—Nunca se te había ocurrido, ¿a que no?

—Pues, yo… claro, yo —se quedó callado. No. Jamás se le había ocurrido, no así. Y ella se dio cuenta.

Qué ciegos estaban aquellos que no sabían lo que era la Fuerza. Qué triste para ellos.

—Los cirujanos son famosos por su falta de modales en la mesa de operaciones —dijo ella—. Tienden a ver y a tratar las heridas sin preocuparse por su paciente, ni siquiera cuando se trata de gente «real». Casi todo el mundo considera a los clones como si sólo fueran peones… ¿Por qué ibas a ser tú distinto?

Jos negó con la cabeza, la confusión seguía bullendo en su interior. Barriss se sintió mal por él. Uno de los inconvenientes de utilizar la Fuerza era que a veces te enterabas de cosas que no te esperabas, cosas que no podías entender bien, mucho menos arreglarlas. Una y otra vez, Barriss descubría que el poder conllevaba conocimiento y que ése era un don con doble filo.

—Lo siento, Jos. No pretendía…

—No, no, no pasa nada. Te veo luego.

Él le dedicó una sonrisa a todas luces falsa y se alejó. Parecía como si acabaran de echarle sobre los hombros el peso de un planeta entero.

* * *

Jos atravesó el recinto. Un viento húmedo que anunciaba un cielo repentinamente nuboso enfriaban de alguna manera el bochorno de la tarde, mientras, sorpresa, se acercaba otra tormenta. Había conseguido adivinar ese tipo de cosas tras llevar tantos meses allí. Sabía que tenía dos, quizá tres minutos antes de que el cielo descargara sobre él.

—Jos —dijo Tolk—, ¿estás bien?

Ella se había acercado a caminar junto a él. Él ni siquiera se había dado cuenta, de tan preocupado que iba con aquel nuevo y molesto pensamiento.

—¿Yo? Sí, bien.

—No, no es cierto. Recuerda quién soy. ¿Qué te pasa?

Él negó con la cabeza.

—Me acaban de quitar una venda de los ojos. Algo que yo daba por hecho, algo en lo que jamás había pensado antes. Me siento… totalmente imbécil.

—Qué raro.

Él la miró, vio su sonrisa y apreció que intentara animarle. Él mismo consiguió sonreír un poco.

—Seguro que conseguiste la nota de «Tirador experto» en las pruebas básicas de armamento —dijo a la enfermera.

—Lo cierto es que saqué un «Maestro» con el rifle de pulso, pero bajé a «Tirador experto» con el láser de mano.

—Las notas dan igual. Yo saqué «Tirador básico» en las dos, lo que significa que no podría acertar a un destructor ni estando dentro…

—¿Quieres hablar de ello?

Él se detuvo. Estaba a punto de empezar a llover. Ella puso la mano sobre el hombro de Jos, y, sí, la verdad es que se moría de ganas de hablar de ello. Más tarde, cuando estuvieran abrazándose, besándose y más felices de lo que habían estado nunca desde que los reclutaron. Entonces hablaría de ello. Entonces sería imposible hacerle callar.

Pero ahora…

—No, la verdad es que no —dijo él. El roce de la mano de Tolk en su hombro le proporcionaba un consuelo casi hipnótico.

Entonces se desencadenó la tormenta. Gotas grandes, pocas al principio, cayendo espaciadamente… Y luego el diluvio. Se quedaron de pie bajo la lluvia, sin moverse.

# 20

Jos tenía la esperanza de que Klo Merit pudiera arrojar alguna luz sobre su reciente e incómodo descubrimiento respecto a los clones, pero, hasta ese momento, el mentalista se había limitado a remover el fango de lo más hondo de sus pensamientos, en lugar de darle algo de claridad.

En aquel momento, la claridad le parecía un sueño imposible.

—¿A qué te refieres exactamente cuando hablas de «experiencia»?

Merit dijo:

—A que puede saberse cuánto sabe una persona con escucharla. ¿Ves este anillo?

Alzó la mano para que Jos pudiera verlo. La joya era de oro oscuro, y tenía una pequeñísima piedra insertada. La piedra relucía con la luz del despacho de Merit, arrojando destellos de colores rojos, azules, verdes y amarillos en una especie de serie fija, cada vez que Merit movía la mano. Era bastante impresionante.

Jos asintió.

—Muy bonito. ¿Es una piedra de fuego?

Merit sonrió.

—Sí. Y tu pregunta denota que sabes algo sobre ellas, pero no mucho. La reconoces como una piedra de fuego, pero eso es sólo un pequeño dato sobre el tema.

Jos se encogió de hombros.

—Soy cirujano. Si quieres saber algo sobre piedras del riñón, soy tu hombre.

—Alguien que no supiera nada sobre gemas habría dicho: «qué bonito, ¿qué piedra es ésa?». Alguien con un conocimiento más profundo diría lo que has dicho tú. Una persona algo más ducha en el tema habría dicho: «¿Es una piedra galiana o rathalayana?». Porque sabría que hay diferencias entre ambas y que probablemente ésta era de alguno de esos tipos.

»Pero un verdadero experto habría mirado el anillo y habría dicho: «Vaya, una piedra de fuego galiana negra, es bonita. ¿Es cristal o núcleo de veta?», porque habría adivinado todas esas especificaciones con sólo mirarla. Que es una piedra de fuego, que procede de Gall y que es negra. Pero tal como está montada no puede verse la parte de atrás, así que no se puede adivinar la matriz. Es de veta, por cierto, lo que denota el tipo de roca en que suele encontrarse la piedra de fuego, y el término negra se refiere a los colores de fondo sobre los que se refleja la luz.

Jos negó con la cabeza.

—Vale, ahora ya sé de gemas.

Merit sonrió de oreja a oreja.

—No, qué va. No puedes diferenciar una verdadera de una falsa, y no sabes de ella nada que no sea lo que yo te he dicho. ¿Qué valor crees que tiene?

—Sé que no podría permitírmela, ni aunque la hubieras encontrado en el pantano de Jasserak.

—Vale más que un diamante azuliblanco del mismo tamaño. ¿Conoces la maldición?

—¿La maldición?

—Sí. Se supone que las piedras de fuego traen mala suerte. Pero eso sólo fue un bulo propagado por los comerciantes de diamantes que perdían beneficios por culpa de los tratantes de piedras de fuego. Pero la verdad es que el desafortunado es aquel que no posee una.

Jos sonrió.

—Vale, ya lo entiendo. Al menos en parte.

—Pues entiende el resto. No eras un experto en clones porque nunca intentaste serlo. Aparte de saber cómo cortarlos y volverlos a pegar, lo cual basta para cubrir tus necesidades, ¿por qué ibas a molestarte en saberlo? Antes de la guerra no había clones suficientes para fijarse en ellos. Ojos que no ven, corazón que no siente. Tú te relacionas con su fisiología y no con su psicología.

—Eso es cierto.

—Pero los clones no son los únicos seres en los que probablemente no has reparado. ¿Qué hay de los androides?

—¿Los androides? ¿Qué pasa con ellos?

—¿Te parece que son gente?

—Sólo en el mismo sentido que una tetraonda. Son máquinas.

—Pero piensan. Interactúan. Funcionan.

Jos se quedó de piedra.

—Vale, pero…

—Sígueme un momento —continuó Klo—. Sólo por continuar con la argumentación, ¿has conocido alguna vez a un androide que expresara preocupación o miedo, o que tuviera, por ejemplo, sentido del humor? ¿Qué pareciera ser… consciente de sí mismo?

Jos se quedó callado. Sí. Así era. I-Cinco le vino a la mente de inmediato.

—Pero no sienten dolor. No se pueden reproducir…

—¿Acaso no hay seres con trastornos neuropáticos que no sienten dolor? ¿Y quien dirige la cadena de montaje de una fábrica de androides, para construir más androides?

Jos se rió.

—Puedes encender y apagar un androide, desmontarlo, volver a montarlo, y no parpadeará ni un fotosensor. Pero eso también me lo puedes hacer a mí, aunque sólo después de un turno de catorce horas.

—No estoy diciendo que sean exactamente como tú y como yo. Pero si te paras a pensarlo un momento, una máquina consciente de sí misma, que tiene contenido emocional y un empleo, no es un tonto montando las piezas de un deslizador último modelo.

—No me estás ayudando mucho. Intento asimilar el concepto de que los clones son personas, y ahora me hablas de androides.

—La vida no es fácil, Jos. Una vez se agrupan células para formar tejidos, y tejidos para formar sistemas, el nivel de complejidad aumenta por decenas. No te puedo dar respuestas sencillas… tienes que obtenerlas por ti mismo.

—Sea lo que sea lo que te paga la República, es demasiado.

Merit se encogió de hombros, en un gesto fluido y suave.

—Así funciona la galaxia. No la he hecho yo: cuando me encargue de todo, la arreglaré. Hasta entonces, esto es lo que hay.

Jos suspiró. Cuando lo que se buscan son respuestas, el tener más preguntas no te ayuda precisamente.

Merit miró su crono y se levantó.

—Nuestra sesión ha terminado. Y creo que es hora de la partida semanal de sabacc, ¿no?

* * *

—Subo —dijo Den. Tiró un chip de diez créditos a la mesa. El campo de suspensión impidió que rebotara demasiado o cayera al suelo.

—Lo veo —dijo Jos—, y lo doblo.

Tiró dos chips más al creciente montón.

Den contempló con sus enormes ojos las cartas que tenía, y a los demás jugadores sentados en la mesa de la cantina que apostaban por turnos. Había cinco más aparte de él y del capitán Vondar: el capitán Yant, Barriss Offee, el mentalista Klo Merit, Tolk le Trene e I-Cinco. Den no podía obtener ninguna información de ellos sobre sus respectivas cartas. Los cuatro orgánicos tenían una estudiada expresión neutra, y el androide, pese a ser capaz de sutiles gestos, no encontraba dificultad en controlarlos.

Se decía que el sabacc era tanto un juego de habilidad como de suerte, y Den lo creía a pies juntillas, sobre todo con aquellos jugadores. No hacía falta una baraja trucada: de siete jugadores, tres eran extremadamente expertos en interpretar las emociones de los otros. Estaba totalmente seguro de que la padawan no emplearía la Fuerza para obtener ventaja, pero no tenía esa seguridad con respecto a Tolk y Merit. El sanador podía percibir los sentimientos que denotaban un estado de ánimo, lo cual le daría ventaja, pero a Tolk le costaría más. Aunque aquel grupo no tenía exactamente el mismo nivel de maestría que una panda de timadores del Casino de la Corona de Coruscant, todos, Den incluido, dominaban bastante bien el arte de la «máscara del sabacc»: el rostro completamente inexpresivo que no traslucía nada, ni siquiera con un parpadeo. Ni siquiera una lorrdiana podía interpretar el lenguaje corporal cuando el cuerpo en cuestión se mostraba extremadamente incomunicativo.

—¿Nadie? Bien —dijo Yant—. Quiero dos.

Barriss, que era mano, le dio sus cartas.

Desde los altavoces de hipersonido del campamento les llegó un anuncio de voz de un subordinado de Filba, y las ondas de sonido enfocadas dieron la impresión de que hablaba con cada individuo por separado.

—Atención —dijo la voz tartamudeando, leyendo sin duda algo con lo que no estaba familiarizado—. A las… eh… cero seiscientas horas tendrá lugar la inspección programada por el almirante Bleyd. Esforcémonos por darle una gran bienvenida.

—Ah, sí —dijo Jos—. La visita de las alturas. Creo que empezaré a saludar desde ya mismo para evitar las prisas.

Comenzó una nueva ronda de apuestas en la que I-Cinco fue el primero. Den había observado con interés la forma de jugar del androide. El módulo cognitivo de I-Cinco era sin duda capaz de calcular todas o casi todas las incontables combinaciones posibles en la baraja de setenta y seis cartas, pero ni siquiera el procesador sináptico más avanzado podría anticipar el orden aleatorio en el que se sucederían en una mano determinada. Aun así, el androide era un jugador excelente, tranquilo y sereno.

—Quiero tres —dijo.

Jos alzó una ceja.

—Quizá sólo sea el calor —dijo—, pero juraría que la piel de duracero esa que tienes está empezando a sudar.

—Quizá sólo sea una fuga de un nodo —respondió I-Cinco, imperturbable—. Sin embargo, me gustaría apuntar que mi sensor olfativo está percibiendo un claro tufillo de feromonas del miedo con su etiqueta genética, capitán Vondar.

—¿Cómo es que eres tan bueno con las cartas, I-Cinco? —preguntó Den al androide.

—Me enseñó mi socio —respondió el androide—. Solía salir de una partida con más créditos de los que había entrado. Tuvo en las manos más idiotas en escalera que los que hay en un manicomio.

—¿Tú te consideras un ser orgánico, como un humano? —preguntó Jos de repente.

—Sólo cuando estoy muy deprimido —respondió el androide.

Jos puso una mueca. Antes de que respondiera, I-Cinco prosiguió:

—Pero sabiendo lo que sé de los seres orgánicos, y de los humanos en particular, supongo que su pregunta es sincera, capitán Vondar. Sólo puedo responder que, debido a que poseo un módulo cognitivo superior al de la mayoría de los androides de mi categoría, así como la carencia de inhibidor de creatividad, siento más que la mayoría de mis colegas. ¿Puede decirse entonces que soy un ser «vivo»? Supongo que depende del punto de vista. Pero la mayoría de los filósofos opinan que para poder formular esa pregunta hay que haber encontrado ya la respuesta.

Den percibió que el capitán y el sanador intercambiaban una rápida mirada, y vio que este último sonreía ligeramente. Definitivamente ahí ocurría algo.

—En los doce años que llevo vagando por la galaxia como si fuera el legendario cometa Roon —continuó I-Cinco—, me he topado con muchos personajes interesantes. Algunos de ellos eran androides. Sigo teniendo lagunas en mi memoria que parecen relacionadas con algún tipo de trauma que tuvo lugar al poco de abandonar Coruscant. Mis sistemas de auto reparación están procesando esas lagunas, reuniendo los datos que faltan a partir de hologramáticos internos, pero mis circuitos de lógica interna no

permitirán que los enlaces sinápticos procedan adelante con una certeza inferior al setenta y cinco por ciento.

Den miró a Jos. Era su mano, pero el cirujano parecía profundamente inmerso en sus pensamientos, sin saber que era su turno.

—Jos —dijo Barriss con suavidad, al cabo de un momento.

Jos alzó la mirada.

—Me planto —dijo.

Todos mostraron sus cartas. Den se rió al poner sobre la mesa un veintitrés completo.

—Tengo sabacc —dijo sonriendo, mientras cogía los dos cuencos—. Miradlos y llorad, señoras y c…

Jos mostró sus cartas. Den y los otros jugadores se quedaron mirando aquello sin poder creérselo. Tenía un idiota en escalera: la carta de la cara más el dos de espadas y el tres de bastos.

—Bien jugado —dijo Tolk.

—Gracias —dijo Jos mientras recogía los créditos.

Pero Den se fijó en la expresión del cirujano; tenía la clara sensación de que, en ese momento, al capitán Vondar no podía importarle menos el haber ganado.

# 21

La noche era, por supuesto, calurosa. Los picotones, los chinches ígneos y los demás desafortunados insectos pasaban volando y se arrojaban contra las trampas, añadiendo pequeños resplandores azules a las luces del campamento y al escaso brillo de las estrellas que conseguía filtrarse por entre las numerosas nubes. Las dos lunas de Drongar no eran lo bastante grandes como para iluminar, por lo que el pantano estaría completamente a oscuras de no ser por la iluminación del Uquemer. Y lo mismo ocurriría en toda la mitad oscura del planeta. En una noche lluviosa, la única luz procedía de la putrefacción del pantano, de los relámpagos y del brillo intermitente de los chinches ígneos.

Era un lugar desagradable en todos los sentidos. Bueno, en todos no. La verdad era que los individuos pertenecientes al bando enemigo eran seres bastantes decentes.

El espía sabía que tenía cierta tendencia a identificarse con la gente de que se rodeaba en su trabajo. Había momentos en los que olvidaba su objetivo original y empezaba a considerar amigos de verdad a aquellos que debía vigilar o dañar. Aquello se llamaba «volverse nativo». Le había pasado a muchos agentes y espias, tanto en tiempos de guerra como de paz. Era muy fácil. Los enemigos no eran autómatas sin rostro, ni monstruos inmorales que se levantaban cada mañana con el deseo incontrolable de arrasar y hacer el mal. No, casi todos eran gente corriente. Con sus esperanzas, miedos y familias, y creían estar haciendo lo correcto por las razones correctas.

Era difícil demonizar a esas personas.

Cierto, podían presentarse como tales a un puñado de jóvenes soldados. Se les podía entrenar para que visualizaran al enemigo como demonios maníacos que no querían sino asesinar a niños inocentes, quemar la casa de tu madre y violar la tumba del padre de manada. Los soldados modernos no solían ver nunca el rostro del enemigo. Disparar un misil contra alguien que se halla a diez mil metros de distancia es algo limpio y no vinculante, pero hasta un encuentro breve a poca distancia en el campo suele bastar para arruinar meses de entrenamiento: la primera vez que uno de los reclutas ve a alguien muy parecido a él o ella, sentado en el campo de batalla, agarrándose las entrañas con las manos y pidiendo a gritos un poco de agua…, pues es impactante. El nuevo recluta podría darse cuenta de repente de que el joven soldado moribundo tenía esperanzas y miedos que no diferían mucho de los propios, y que posiblemente lo único que quería era licenciarse y volver a casa. Y darse cuenta de todo eso era como si le arrojaran un cubo de nitrógeno líquido: te congelaba por dentro.

Pensar así no es bueno para un soldado. Le puede hacer dudar en la siguiente ocasión, quizá hasta causarle la muerte. Lo mejor era ignorarlo.

Pero siendo un agente infiltrado no puedes hacerlo. No puedes alimentar la ilusión de que tus enemigos son malvados. No cuando se come con ellos, se bebe con ellos y se trabaja con ellos. A veces hasta desarrollas profundos vínculos con ellos. En un sitio

como aquél, unos viven encima de otros. Se aprende a conocer a la persona que se sienta contigo en el comedor casi tanto como a tu propio reflejo.

El personal de aquel Uquemer era buena gente, casi todos ellos. El espía lo sabía; era el tipo de juicio en que consistía su profesión. Si no hubiera estallado aquella guerra, cualquiera de ellos tenía potencial para haber sido su amigo. No había demonios entre ellos.

Eso lo hacía todavía más difícil. Cuando no se hiere a un monstruo al precipitar un acontecimiento determinado, se hace daño a gente que te considera su amigo… y eso duele. Te levantas cada mañana, sintiendo que tu vida con ellos es una completa mentira. Todo lo que dices o haces debe permanecer oculto tras un velo de misterio, mantenerlo en secreto para asegurarte tu propia supervivencia. Después de todo, los espías no son bien tratados en tiempos de guerra. No es frecuente que se intercambie a un espía capturado: normalmente se organizaba un rápido tribunal de guerra y se le elimina como quien apaga una linterna, silenciosa y rápidamente, mientras se extrae la información que queda en su cerebro cercano a la muerte. Una muerte en algún planeta lejano, sin nadie que llorara en su tumba anónima, detestado por los que creían conocerlo.

Y hasta cuando se consigue, cuando se completa la misión y se regresa sano y salvo a casa, no hay gloria, ni medallas, ni desfiles a tu regreso. Si tienes mucha suerte, consigues vivir una vida tranquila al margen de todo, sin que los de tu bando eliminen gran parte de tus recuerdos.

El espionaje no es una profesión para alguien de coraje titubeante. Hay que estar hecho del más sólido acerocemento para soportar el estrés de ser un agente encubierto, independientemente del bando en que estés, o de lo fuertes y válidas que fueran tus razones para estar allí.

¿Válidas? Sí, claro, las razones de un espía siempre lo son. Las razones eran viejas y lejanas, pero eso no las debilitaba. Aun así, era imposible sonreír a estas personas y no hacerlo sinceramente, porque eran buena gente. Ninguno de ellos había participado en la atrocidad que había hecho necesario todo aquello. De hecho, era probable que todos ellos se sintieran horrorizados por aquello. Pero en todas las guerras hay gente decente en ambos bandos. No eran ellos los que provocaban cosas así. Y los que debían pagar por sus crímenes eran los indecentes. Hay que ser consciente de antemano de que muy a menudo pagan justos por pecadores, y que uno debe esforzarse por que sufran lo menos posible, pero el sufrimiento es inevitable. La gente muere en las guerras tal y como había muerto la familia del espía, y poco se podía hacer al respecto, salvo procurar que pasara de la forma más limpia y rápida posible.

Algunos de ellos eran atractivos, brillantes, talentosos… Todas las virtudes que el espía busca en amigos y amantes. Pero, aun así, morirían. Esa determinación tenía que ser firme. La guerra era un asunto frío. Las lágrimas sólo podrían llegar más tarde…

Era hora de irse a la cama. El día de mañana traería lo que fuera, y el descanso, cuando lo permitían las circunstancias, era siempre necesario.

* * *

Al menos una vez al mes, el almirante Bleyd hacía un recorrido por los Uquemer. Era una inspección superficial para ondear la bandera y hacer como si le importasen los soldados y médicos que se afanaban en aquella bola de barro tropical a la que había llegado a detestar tan profundamente. Bleyd no tenía intención de alterar su rutina, ni siquiera cuando apareció el siguiente agente de Sol Negro. La gira de inspección estaba programada y, sin razones de fuerza mayor para posponerla, él procedería con normalidad. Como siempre.

Era una pérdida de tiempo para todos. Ellos sabían que él se presentaría, y tenían tiempo de sobra para prepararse para la visita. No vería nada raro a menos que fuera por accidente y pasara justo ante sus narices.

Ni siquiera podía tomarse un tiempo para ir de caza, aunque tampoco había en aquel maldito planeta algo digno de su talento cinegético.

Bleyd siempre utilizaba su aligerador personal para descender a la superficie, una pequeña nave que fue bautizada con ese apodo porque se crearon para «aligerar» naves que se movían por mares planetarios llevando su carga a la orilla. Su transporte, una nave de asalto Conqueror surroiana modificada, no era una nave típica de almirante de flota. Era pequeña, de menos de treinta metros de largo y una capacidad de carga limitada: no aligeraría ninguna nave de forma considerable. Pero tenía ocho motores iónicos surronianos, cuatro A2 y cuatro A2,50, y era, con diferencia, lo más rápido que había surcado la atmósfera de aquel planeta. Las armas enemigas, programadas para disparar contra transportes y cazas ordinarios, disparaban contra el aire que la nave dejaba atrás cada vez que Bleyd pisaba el acelerador. La exposición a las esporas también era menor que en otros transportes. En un buen vuelo, sin tormentas locales que sirvieran de freno, podía salir de la cubierta de despegue y aterrizar en las estaciones terrestres en la mitad de tiempo que cualquier otro transporte. El hipermotor era un H1,5 de la corporación ingeniera corelliana clase uno, suficiente para llevar a su pasajero de vuelta a la civilización. Bleyd había oído hablar de la nave, a raíz de habérsela arrebatado a un pirata o alguien así durante un enfrentamiento militar que tuvo lugar justo antes de ser asignado allí, y consiguió convertirla en su transporte personal tras algo de ingenio en el regateo.

Además de sus otras virtudes, la nave tenía una preciosa forma aerodinámica, una especie de figura alargada en forma de ocho. Después de todo, no había razón para que el transporte de un almirante no tuviera un aspecto tan bueno como su capacidad de vuelo.

Aquella excursión sería pan comido. Mientras cruzaba a toda prisa la atmósfera rumbo a la superficie, iba pensando en su otro problema: los créditos y cómo amasar una ingente fortuna lo más rápidamente posible sin ser detectado.

—Por favor, identifíquese —fue la petición del control de tierra de la República.

Bleyd sonrió. Tenían que preguntárselo, pero evidentemente sabían quién era. El perfil de sensores de su aligerador era único: no había nada ni remotamente parecido en veinte pársecs a la redonda.

—Aquí el almirante Bleyd —respondió con voz firme—. En gira de inspección del MedStar Diecinueve —introdujo el código de identificación actual, que se cambiaba diariamente por orden suya.

Hubo una breve pausa mientras el oficial al mando fingía comprobar que su comandante no era un espía separatista que venía a bombardear una pobre unidad Uquemer perdida en un pantano.

—Todo bien, señor. Proceda hasta el cuadrante de aterrizaje designado, y bienvenido, almirante.

Bleyd apagó el comunicador sin responder.

No era por el dinero en sí, aunque hasta cierto punto eso no dejaba de tener su atractivo. No, era por recuperar el honor, el prestigio, y por compensar los errores; eso representaba una cuenta bancaria llena de créditos. Ya había conseguido hacerse con una buena suma. Con la gestión adecuada, bastaría para mantenerle alimentado, vestido y razonablemente cómodo el resto de su vida. Pero su meta no se limitaba a retirarse cómodamente; no, la meta era mucho más importante que eso. La meta era el honor.

Claro que en ello también había cierto componente de venganza. Había seres a los que tendría que enfrentarse, viejos rencores que deberían aplacarse y una dinastía que comenzar. Tendría que encontrar una compañera, casarse, producir herederos y asegurarse de que sus hijos e hijas tuvieran la riqueza suficiente para tener una posición asegurada en la galaxia. Aquella guerra terminaría tarde o temprano. La República sobreviviría (eso no lo dudaba, era inconcebible que no fuera así) y la vida seguiría como antes. Una galaxia pacífica, con amplias oportunidades para que los potentados y los pudientes prosperaran todavía más; eran cosas a esperar. Ningún ser normal estaría a favor de la guerra, a menos que sirviera a sus propósitos. Había fortunas que amasar en tiempos de conflicto, poder que acumular, y, cuando aquella guerra tocara a su fin, Bleyd y sus descendientes estarían entre los ricos y poderosos. De eso no le cabía ninguna duda.

No sería fácil, pero él tenía la inteligencia y los recursos necesarios.

Podía seguir desviando y almacenando pequeñas cantidades de bota. Sus tratos con Sol Negro tendrían que cesar, ya que ni se planteaba un robo a gran escala, pero podía ocultar una gran cantidad del valioso adaptogénico en una nave del tamaño del MedStar, en bloques de carbonita disfrazados de otra cosa, y transportarla él mismo a la civilización. El material jamás constaría en ningún documento, nadie sabría que había existido alguna vez, y cada vez se haría más valioso. Mil kilos de bota farmacéutica guardados en un almacén acabarían por valer millones sin que él moviera un dedo.

Pero había otras cosas que un almirante inteligente podía hacer para aumentar su fortuna. Un sistema médico necesario para un Uquemer podía solicitarse por duplicado, y uno de ellos podía acabar en cualquier otra parte, quizás un planeta que sufriera una necesidad desesperada de un aparato semejante, donde podría canjearse por algo de igual valor pero más portátil. Metal precioso o raras gemas, quizás. Y un par de androides médicos con la dirección del destinatario mal escrita podrían desviarse a algún planeta fronterizo con carencias médicas, y también podrían reportarle buenos créditos. Hasta la

copia de un programa informático como el que gestionaba los sistemas operativos del MedStar era una valiosa pertenencia, si se vendía al cliente adecuado. ¿Cuántos planetas con una sola nave estelar estarían dispuestos a conseguir a precio razonable uno para sus hospitales, y sin hacer preguntas?

El casco de la nave empezó a calentarse al entrar en la atmósfera. Los sensores lo percibieron y ajustaron los sistemas de control medioambiental. Sólo estaba a unos minutos de distancia de los cuarteles médicos generales, lo que tradicionalmente se llamaba Uquemer-1. No parecía estar librándose combate alguno en aquel cuadrante, por lo que supuso que no habría problemas. Siempre había algún piloto de la Confederación que realizaba una incursión suicida, haciendo frente a las esporas, para atacar a una nave de la República fuera de su alcance operativo. Pero a él nunca le había pasado, y el aligerador estaba equipado con cañones iónicos, así como con cañones láser maniobrables desde la cabina. A veces, hasta deseaba que algún caza separatista intentara atacarlo para poder demostrar que no era un almirante de segunda, pero jamás había tenido esa oportunidad. Una lástima.

—Aquí Control de Aterrizaje. Asumiremos el control de su nave en treinta segundos, señor.

Bleyd asintió.

—Recibido, Control de Aterrizaje.

Él hubiera preferido aterrizar manualmente, pero ése no era el procedimiento estándar, y Tarnese Bleyd no arriesgaría su futuro por cuestiones ególatras de menor importancia. Que aterrizaran ellos la nave. Él tenía piezas más importantes que rematar…

# 22

A Bleyd le gustaba variar sus inspecciones. A veces se quedaba en un sector planetario. Otras, viajaba por toda una región entera. En un mismo viaje podía visitar varios Uquemers por orden numérico, o ir sólo a los que tenían números pares o impares. Había docenas de bases médicas de emergencia repartidas por todo el planeta de Drongar, casi una por cada frente de combate. No había manera de verlas todas en un solo viaje, a menos que quisiera pasar todo un mes en tierra, yendo de acá para allá. Las Unidades Quirúrgicas Móviles de la República eran técnicamente capaces de recoger y moverse rápidamente, tanto para evitar el peligro como para seguir el avance o la retirada del frente. Pero, una vez establecidas, las unidades tendían a quedarse estancadas durante semanas o meses, algunas incluso permanecían en el mismo punto en el que habían sido destinadas en principio. No había mucha variación entre ellas, ya que todas tenían el mismo objetivo: la reparación y mantenimiento del ejército de soldados clon o de cualquier otro herido que pudiera llegar.

No es que el método de inspección que emplease supusiera alguna diferencia. Fuera cual fuera éste, siempre sabían por adelantado que iba a llegar. Algunos líderes preferían aparecer de improviso, pero él no consideraba la sorpresa parte del proceso. Él no quería encontrarse con nada desagradable. Mientras nadie metiera la pata, le daban igual las operaciones del día a día.

El deslizador lo transportó desde el espaciopuerto provisional de la zona a la actual ubicación del Uquemer-7, y en el viaje, Bleyd observó débiles motas de polvo de esporas rojas brillando en la cubierta de transpariacero del vehículo. Aunque las esporas fueran mucho menos peligrosas a nivel del suelo, no era muy buena idea desplazarse con un deslizador descapotable.

Tenía la unidad justo enfrente. Habían recorrido los aproximadamente doscientos kilómetros de humedales y pantanos que la separaban de la pista de aterrizaje. Su piloto era un joven myneyrsh de cuatro brazos, lo cual era sorprendente, pues casi todos sentían aversión por la tecnología, y Bleyd suponía que eso también era aplicable a naves terrestres como aquélla. El conductor llevaba un láser en el asiento contiguo, pero Bleyd estaba bastante seguro de que, en caso de ataque, el soldado echaría mano primero del gran cuchillo de dientes de garral que llevaba en una funda atada a su pierna translúcida. Había un dicho mynerysh que rezaba: «Un cuchillo nunca se queda sin munición». Bleyd comprendía muy bien aquello.

—Uquemer-7, almirante, señor —dijo el piloto.

Bleyd asintió. Ya había estado allí antes, aunque hacía unos meses de ello. Aquel sitio era exactamente igual que el resto. Lo único que le diferenciaba era la ubicación y las pintadas.

Bueno, y el hecho de que allí viviera su socio, Filba el Hutt…

Se acercaron al perímetro. El guardia se aproximó a ellos y fueron admitidos a través del campo de energía. El escudo energético militar no dejaba pasar ciertas cosas, sobre

todo misiles de rápido movimiento y espectros de alta potencia como los rayos gamma y X, pero permitía el paso de ondas radiofónicas y luz visible. Por desgracia, el calor, la lluvia, las esporas y los insectos eran lo suficientemente lentos como para poder colarse por el campo osmótico.

Bleyd fue recibido por el coronel D'Arc Vaetes, comandante de la base, con el que intercambió los típicos cumplidos y comentarios carentes de significado. Mientras Bleyd cumplía con las formalidades se dio cuenta de que apenas dedicaba la mitad de su atención a la gira. Sabía que Vaetes era un buen líder, y le habría sorprendido mucho ver algo fuera de lugar.

Al pasar por el comedor y la cantina, de camino hacia la sala de operaciones principal, Bleyd vio a un hombre apoyado en un poparbol, a veinte metros de distancia, sonriendo.

Bleyd sintió que le recorría un escalofrío, porque de aquel humano sonriente emanaba una clara sensación de peligro. No era nada manifiesto, nada que pudiera verse como una falta de respeto, pero la sensación era inequívoca. Se trataba de un guerrero y no de un soldado. De un asesino sonriente que sabía quién era y se regocijaba en ello.

Bleyd se detuvo.

—¿Quién es?

Vaetes miró y dijo:

—Phow Ji, el instructor de combate bunduki. Sus entrenamientos me mantienen en mejor forma de la que me gustaría.

—Ah —eso lo explicaba todo.

Bleyd sabía quién era Ji. Como todo buen cazador, siempre marcaba a los depredadores de su territorio. Ji ya tenía una reputación antes de llegar allí. Su expediente tenía una señal. Y desde su llegada había hecho cosas que contribuyeron a labrarse esa reputación. Corría el rumor de que existía un holo de Ji enfrentándose a tres mercenarios, en el cual sólo él salía airoso del combate. Bleyd estaba muy interesado en ver aquello.

—Vamos a acercarnos a saludar —dijo a Vaetes.

Cuando se acercaron a él, el almirante disfrutó viendo cómo las ventanas de la nariz del luchador aleteaban levemente, y su postura relajada se tensaba algo más. Sonrió. Podría tratarse de respeto por su gradación, pero Bleyd no lo creía. Según sus archivos, Phow Ji apenas le tenía respeto a la autoridad. No, Bleyd supuso que Ji había reconocido en él lo mismo que él había visto nada más mirar al bunduki: un contrincante potencialmente peligroso.

Ji se puso firme, aunque algo lentamente.

—Descanse, teniente Ji.

—A sus órdenes, almirante —el luchador se relajó, flexionó las rodillas un poco y sacudió los hombros de forma casi imperceptible.

*Se prepara para moverse*, pensó Bleyd. *¡Es excelente!* Aquel hombre podía enfrentarse a veinte matones de Sol Negro como el que Bleyd había destrozado en órbita sin sudar una gota.

—¿Me conoce? —preguntó Ji.

—Por supuesto. He oído decir que es usted un… experto luchador.

Su tono y el silencio que hizo bastaron para dar a su comentario una ambigüedad que podía o no ser sarcástica. Tan equívoco que podría no haber sido nada… o bien un calculado insulto. Imposible definirlo.

Los dos se observaron por un segundo, con miradas frías y calculadoras.

—Lo suficientemente experto como para vencer a cualquiera en este planeta, señor.

Bleyd dominó su sonrisa, aunque sintió el impulso de mostrar los dientes. El bunduki era insolente. El comentario era un obvio desafío.

Hubo un tiempo, cuando era mucho más joven, en el que ante semejante respuesta Bleyd se hubiera quitado el uniforme y se habrían puesto a pelear allí mismo. Y eso era lo que quería hacer en ese momento, y sabía que Ji lo sabía y que también estaba dispuesto a hacerlo.

Tres cosas impedían a Bleyd atacar físicamente al bunduki que le invitaba a hacerlo. En primer lugar, era un almirante de la flota, y no podía dar semejante espectáculo en público. El enfrentamiento, en caso de que ocurriera, debería tener lugar a puerta cerrada y sin testigos.

En segundo lugar, los planes de Bleyd de vengar el honor de su familia seguían en marcha, y una rencilla física con otro oficial, independientemente de las razones que la motivaran, atraería la atención de las altas esferas. Y no quería arriesgarse a eso.

Tercero (y esa razón era difícil de admitir, pero no podía negarla) no estaba seguro de poder vencer a Phow Ji en un enfrentamiento justo. No cabía duda de que él era más rápido y más fuerte, pero el humano era un campeón de combate, y su habilidad se había depurado en docenas de encuentros, algunos de los cuales habían sido a muerte. El tamaño, la velocidad y la fuerza importaban, claro; pero un contrincante sin habilidades podía igualar ese nivel. Cuando dos dientes de sable adultos luchan, tanto el ganador como el perdedor acaban ensangrentados, y a veces resulta difícil adivinar cuál es cuál. Bleyd era un depredador, y como tal estaba dispuesto a arriesgar su vida, pero los asesinos inteligentes sólo hacen eso cuando la recompensa vale la pena. Y ganarse el derecho a fanfarronear por haber ganado a un campeón de lucha no estaba en esa categoría, al menos no aquel día, no en aquel lugar.

Pero ¿qué pasaría si soltara a Ji en la selva tropical y lo convirtiera en una cacería?, se preguntó por un momento. Eso daría ventaja a Bleyd, pero, aun así, igual no se alzaba con la victoria. Un riesgo así daría emoción al asunto, desde luego, pero, por desgracia, era algo que no podía ocurrir, de momento.

—Me encantaría verle en acción algún día —dijo Bleyd.

Ji asintió sin dejar de mirarle. Bleyd se dio cuenta de que entendía que el almirante no estaba echándose atrás, sino posponiendo una posible confrontación.

—A mí también me gustaría, almirante, Señor.

Ambos se quedaron ahí de pie un momento, sin parpadear. Finalmente, Bleyd se giró hacia Vaetes.

—Iba a enseñarme la sala de operaciones, comandante. Y supongo que los comandantes de campo querrán mostrarme las tropas, que sin duda deben de estar recalentándose con este tiempo.

Vaetes, que mantuvo una distancia respetuosa y una expresión ausente durante lo que sin duda debió de parecerle un extraño interludio, asintió.

—Por aquí, almirante.

Bleyd sintió la mirada de Ji en la espalda mientras se alejaba. Una pena, pero un cazador sin paciencia siempre suele quedarse con hambre. Ya llegaría el momento. Pero Bleyd ya se sentía mejor con respecto a la visita. No había nada mejor para la circulación sanguínea que la amenaza de un animal peligroso.

Su entusiasmo se frenó un tanto al recordar que tenía otros asuntos que atender en aquel Uquemer concreto, por desagradables que fueran. No hay reposo para quien está al mando…

* * *

Había llegado la hora.

Den sabía que no tendría una oportunidad mejor para tender una trampa a Filba que teniendo al almirante del Uquemer de visita en el planeta. ¿Qué podía ser más perfecto? ¿O más satisfactorio que ver cómo salían a la luz los numerosos crímenes del detestable hutt, entre los que se contaba el desfalco, el robo y otras incontables apropiaciones ilegales que Den había descubierto diligentemente en las últimas semanas, tanto a través de la HoloRed como a través de inteligentes entrevistas con el personal, todo ello ante las mismas narices del almirante Bleyd?

No había sido fácil. El rastro de datos había sido tan enrevesado como el rastro de babas del propio hutt tras una borrachera imponente en la cantina. El testimonio más incriminador procedía de uno de los miembros del personal médico, que tenía un tío en suministros. Su tío poseía datos codificados que implicaban a Filba en la redirección de quinientos hectolitros de anticeptina-D al almacén de un carguero del mercado negro dos meses atrás. No era una prueba muy contundente en sí misma, ya que Filba había sido lo bastante listo como para no utilizar el mismo recurso dos veces, pero eso, sumado a otras infracciones descubiertas por Den, bastarían para acabar con él.

Den se arrellanó en su formacatre y sonrió. La venganza sería muy dulce.

En los altavoces de hipersonido se escuchaban los marciales acordes de la primera estrofa del *Himno de la República*, la música que tradicionalmente se ponía cuando acudía de visita un oficial de rango o un alto dignatario. Por supuesto, Den no pertenecía al ejército, por lo que técnicamente no estaba obligado a aparecer junto a los demás. Pero no pasaba nada por ser un poco amable.

Sólo había hablado una vez con el oficial sakiyano, y por poco tiempo, antes de llegar a Drongar. Pero por lo que había oído en la base, el almirante Bleyd gozaba de mucha admiración. Tenía cualidades de mando y era imposible cuestionar su valor personal, su

orgullo y su honor. Den no conocía mucho la cultura sakiyana, pero sabía que la sociedad estaba estructurada en torno a complejas unidades familiares y políticas, y el honor, la dignidad y el respeto tenían un papel muy importante en ellas, tanto que había multitud de permutaciones sutiles, pero distintas, cada una con su propio nombre y sus reglas.

Salió de su tienda, pestañeando y, como siempre, algo atónito ante el asfixiante y húmedo calor reinante, y vio oficiales, soldados y personal médico formando para inspección. La cohorte de clones esperaba por separado, con las relucientes armaduras blancas y negras, todos exactamente de la misma altura y complexión, en posición de firmes y en hileras que, si no eran perfectas, no lo eran por milímetros.

No sabía qué razón podía haber para inspeccionar clones. Visto uno, vistos todos.

El almirante Bleyd se puso frente a ellos. Era un personaje imponente, desde luego. Alto y fuerte, y con el uniforme absolutamente inmaculado. De alguna manera, Den supo que no empleaba un generador de campo antiestático. Las arrugas sabían que más les valía no acercarse ni a un milímetro del uniforme del almirante.

Su cabeza calva y reluciente brillaba al sol, con un resplandor bronce oscuro como el caparazón de un insecto. Den no pudo apreciar ni una gota de sudor en el almirante. Igual los sakiyanos no sudaban. O quizá fuera Bleyd quien no sudaba.

El periodista se detuvo no muy lejos de la formación de oficiales. Podía ver a Filba. *Tampoco es fácil dejar de verlo, parecía el moco de una babosa espacial.* La piel amarillenta del hutt tenía todavía más imperfecciones de lo normal y aquel día parecía especialmente viscosa. *Aún no sabes lo que es sufrir*, prometió Den en silencio al molusco gigante. *Al menos este planeta tiene atmósfera, aunque sea un poco repugnante. No es como las cárceles de los asteroides, donde lo único que se ve es piedra por todas partes…*

El mejor momento para soltar su bomba informativa sería durante el pase de revista, donde Filba no pudiera oírlo. Den intentaría visualizar la mirada de horror del hutt cuando los de seguridad fueran a por él.

Para su sorpresa, se descubrió notablemente desinteresado por la situación, ahora que estaba a punto de dar fruto su elaborado plan de venganza en el que tanto había trabajado en las últimas semanas. De pronto, chivarse del hutt le parecía más una obligación que una sabrosa compensación. No sintió el regocijo que creyó que sentiría.

No era sólo venganza por la forma en que le había tratado el hutt últimamente. También era porque estuvo a punto de hacer que asesinaran a Den en Jabiim. No, hacía tiempo que Filba se merecía aquello. Pero ahora, y esto le llenó de algo muy parecido al horror, Den se dio cuenta de que se resistía a hacerlo.

*Te estás ablandando*, se dijo Den. *Pierdes facultades. Debe de ser cosa del calor. Tienes que salir de este planeta.*

Entonces se fijó en que el almirante hacía una breve pausa ante el hutt, al pasar delante de él. Establecieron contacto visual, una mirada muy rápida, algo que pasaría desapercibido a cualquiera a menos que fuera un periodista de investigación con los sentidos aguzados tras años en la profesión.

Pero Den lo vio.

Muy interesante.

Pese a ser consciente de que igual veía en esa mirada más de lo que había, las implicaciones seguían siendo… perturbadoras. Se apostaría las gafas reductoras a que el hutt y el sakiyano se traían algo entre manos, y que eso era algo, cuando menos, poco ortodoxo. ¿De qué iban a hablar un almirante de flota y un sargento de abastecimiento?

Igual veía demasiado en una mirada casi subliminal. Quizá lo que provocó la expresión de Bleyd había sido asco por los hutt, pero Den Dhur era un experto en su trabajo, y había aprendido a confiar en sus instintos de reportero. El Hacedor sabía cuánto le había costado tenerlos. Y cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía. Cuanto más investigaba en las fechorías de Filba, más obvio le resultaba que el hutt no podía llevar solo semejante operación de contrabando. Tenía que obtener ayuda desde arriba. Den no sabía lo arriba que se encontraba aquella ayuda.

En ese momento decidió hacer un cambio rápido en sus planes.

*Parece que al final no podré presentar al almirante tus iniquidades, saco de mocos. Desde luego, no mientras no conozca mejor el nivel de implicación de Bleyd.* La podredumbre llegaba más arriba de lo que él había supuesto. Cometería un error si se plantaba como si nada ante el almirante y se ponía a echar pestes sobre los delitos de Filba ante el mismo cómplice de esos delitos, alguien que, para colmo, podía ordenar su muerte con un simple gesto.

*No me digas que te sorprende*, le susurró su mente, burlona.

El almirante dispersó a las tropas y al personal. El coronel Vaetes, acompañado por los capitanes Vondar y Yant, se unió a Bleyd para ir hasta la sala de operaciones.

Más tarde o más temprano, Bleyd encontraría el momento para hablar a solas con Filba. Y Den estaba decidido a que no estuvieran tan a solas como ellos creían…

# 23

De vuelta en su cubículo, Den sacó una cajita de debajo de la cama, puso el pulgar en el cierre de reconocimiento y lo abrió. Había llegado el momento de sacar el armamento pesado, o, mejor dicho, el armamento ligero. De hecho era el más ligero, y ni siquiera era armamento, aunque sí «disparaba».

Den se acercó a los ojos el pequeño dispositivo para admirarlo. Era una pequeña cámara espía disfrazada de un insecto volador conocido como polilla lunar. Apenas era más grande que la uña de su pulgar, pero su diseño biomimético le permitía volar sin ser detectado, dejando que su operador viera y oyera todo lo que percibieran sus sensores dentro de un alcance de diez mil metros. Ya lo había utilizado antes. Llevaba un embrollador de tecnología punta que anularía cualquier campo aislante, pantallas sensoras y demás obstrucciones electromagnéticas que Bleyd o Filba pudieran llevar encima. Y pasaría desapercibido, dada la cantidad de insectos apestosos que revoloteaban por la base. Le había costado el sueldo de tres meses, pero había recuperado íntegramente su coste la primera vez que lo utilizó, con la noticia de los contrabandistas del Espacio Salvaje.

—Vamos allá —murmuró mientras activaba el dispositivo.

La polilla lunar voló por la entrada abierta y se desvaneció mientras Den se colocaba los auriculares virtuales que le permitirían controlarlo.

Disfrutó por un momento de la sensación de volar, subiendo por encima de la base y obteniendo una vista panorámica del pantano, para luego descender en picado y zumbar en la oreja de un clon que pasaba por allí. Luego volvió a ascender y se dirigió a los dominios de Filba.

La puerta estaba cerrada, pero había cientos de pequeñas aberturas en los puntos de unión del plastiacero fusionado y la estructura de duraleación. Hizo colarse al bichocámara por una de ellas. Enseguida se encontró dentro: Bleyd ya estaba allí, mirando frente a frente al hutt, y a juzgar por la expresión de sus caras, no parecía que fueran a sacarse las fotos de los hijos para enseñárselas. Den dirigió la polilla lunar hacia una estantería cercana.

¿Cómo era aquel refrán kubaz que decía: «Ojalá fuera un escarabajo zumbador, posado en la pared…»?

Era obvio que Filba se había preparado para aquella confrontación apurando casi un barril de lo que parecía cerveza alderaaniana. Los pliegues de su piel tenían la apariencia gomosa que se les ponía a los hutt al emborracharse.

Bleyd, por otro lado, no estaba nada intoxicado, a menos que la ira se considerara intoxicante. Hablaba en voz baja y grave, y parecía dispuesto a hacer pedacitos a Filba, o eso le pareció a Den.

Den subió el volumen de los aumentadores de sonido.

—… ahora mismo está todo demasiado candente —dijo Bleyd entre los colmillos—. No quiero que Sol Negro vuelva a aparecer de repente. Habrá que ser discretos mientras no se solucione este tema del emisario ausente.

—Qué fácil es decirlo —gruñó el hutt—. Tu margen de beneficios es muchísimo mayor que el mío. —Dio otro trago a su cerveza; era obvio que estaba a punto de llenarse, pese a tener el estómago dilatado—. Yo corro todos los riesgos y tú te llevas toda la…

—¡Ninguno de nosotros tendrá beneficios si Sol Negro entra en escena, rezumante imbécil! Lo entenderías si aún te quedase algo de cerebro enterrado en alguna parte de esa masa viscosa.

—Insultos —dijo Filba, meneando la jarra de cerveza—. Eso es lo único que me llevo. Me merezco más por mi participación en esto. Me merezco…

Bleyd cruzó la habitación en un abrir y cerrar de ojos y cogió al hutt por el cuello. Se había movido tan rápido que lo único que registró la polilla lunar fue un borrón.

—Te mereces —siseó el sakiyano— que te reordenen las entrañas, chupapantanos de…

Se detuvo de repente. Los ojos de Filba estaban incluso más bulbosos y dilatados que de costumbre. Su enorme bocaza se abrió y se cerró, bien buscando aire o bien intentando hablar, pero sin conseguir ninguna de las dos cosas. Sus pequeños bracitos se agitaban en el aire presos del pánico. La jarra se le cayó de las manos y se hizo añicos contra el suelo.

Filba se tropezó hacia delante, arrastrando cada vez más peso, hasta que le fue imposible recobrar el equilibrio. Se tambaleó, una torre imperfecta de babas y michelines, y cayó al suelo con estruendo. Bleyd tuvo que apartarse de un salto para evitar que le aplastaran mientras la considerable masa del hutt se agitaba con tal fuerza que hizo temblar el edificio. Estuvo a punto de derribar a la polilla lunar de su estantería.

*¡Por los ojos del Creador! ¡Se ha desmayado! O algo peor…*

Den no podía creer lo que veían sus ojos, o mejor dicho, los fotorreceptores de la cámara. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Había conseguido el almirante asustar a Filba hasta el punto de provocarle un fallo cardíaco, o el equivalente hutt a eso, ya que le costaba creer que Filba tuviera corazón?

Bleyd se inclinó sobre la masa inmóvil. Tocó la espalda del hutt, quizá para ver de alguna forma si tenía pulso. Luego se volvió hacia la jarra de cerveza rota, alzó un pedazo y lo olisqueó.

Una expresión peculiar se dibujó en su cara: algo a medio camino entre la comprensión, la ira y el asombro. Se quedó inmóvil un momento y luego volvió a romper el pedazo contra la pared.

Se oyeron las campanas de aviso de apertura de la puerta. Un sonido ahogado, unos gritos de preocupación. La caída de Filba debía de haber sido percibida por todo el mundo alrededor. A Den no le sorprendería que los separatistas también lo hubieran notado.

Bleyd se giró hacia la puerta. Se alisó el uniforme, se aseguró de que no tenía ni una medalla mal colgada y la abrió.

Den pensó que era hora de irse. La polilla lunar era inmune a casi todos los dispositivos de detección, pero los técnicos no tardarían en entrar en la estancia con aparatos que oirían a un electrón mudando la piel. Hizo que la polilla volara hacia la entrada, ya repleta de caras confusas y atónitas…

Una mano apareció, salida de ninguna parte, moviéndose tan rápido que fue como si saliera de la nada. Den se quedó sin aire al ver que su enfoque cambiaba violentamente. Y entonces, de repente, la polilla lunar se encontró justo ante el rostro de Bleyd. El almirante miraba directamente a los ojos de Den.

Un segundo después, la mano se cerró en un puño. Hubo un destello cuando las electropiezas se quebraron… y después nada.

*Uh, oh…*

# 24

Barriss Offee acababa de terminar su meditación cuando oyó la conmoción y sintió una onda simultánea en la Fuerza. Descendió hasta el suelo, estiró las piernas y se puso en pie.

Afuera, la gente corría de un lado a otro. Tampoco es que eso fuera raro en la base, pero las reverberaciones que había percibido no eran las que emanaban los heridos que llegaban del frente. Siguió a esas nuevas sensaciones y a la inquieta multitud, y vio a un montón de gente charlando animadamente ante el despacho de Filba, en el gran centro de administración y pedidos. Zan Yant estaba entre ellos. Ella se puso junto a él.

—Doctor Yant.

Él sonrió.

—Curandera Offee. Es como si todos hubiéramos percibido la muerte de Filba de alguna manera.

—¿El hutt ha muerto? ¿Cómo ha sido?

—Es difícil decirlo. Parece que fue muy repentino. Yo pude hablar con uno de los técnicos con el que suelo jugar a las cartas y me dijo que pudo tratarse de un envenenamiento.

Un técnico salió del gran cubículo con una camilla antigravitatoria sobre la que reposaba una gran bolsa de cadáveres, sellada y llena a rebosar. La hélice y el condensador de la camilla chirriaban quejosas por el peso, mientras el técnico la guiaba hacia fuera.

—Si no me equivoco, ése es el difunto y muy obeso Filba. Me pregunto quién estará hoy de guardia en autopsias. Sea quien sea, le espera mucho trabajo.

Jos Vondar llegó en ese momento, y los tres observaron la camilla que iba en dirección a la SO.

—Qué mala suerte —dijo Jos. No parecía muy contento.

—¿Filba era amigo tuyo? —preguntó Barriss.

Él la miró, evidentemente sorprendido ante la pregunta.

—Filba era un gordo asqueroso, entrometido, agarrado y desgraciado que haría a su propia madre firmar una solicitud para un vaso de agua aunque se estuviera muriendo de sed.

—Tienes que aprender a ser más abierto con tus sentimientos —dijo Zan.

—¿Entonces por qué te lamentas? —preguntó Barriss.

—Porque es mi turno en autopsias —se lamentó Jos—. Qué suerte, me va a tocar abrirle. La guerra habrá terminado cuando termine de cortarle. Voy a romper todos los vibroescalpelos que nos quedan. Guardaré uno para mi yugular —dijo a Zan en un susurro aparte.

—Dicen que fue envenenado —dijo Zan.

—Eso no ayudará, y lo sabes. Sigo teniendo que trocearlo y pesar cada órgano, aunque haya sido un simple fallo cardiaco. Necesitaré un androide grúa para que me ayude.

—Bueno, míralo por el lado bueno —dijo Zan—. Quizá podamos reciclarlo y convertirlo en lubricante. Bastará para que todos los androides quirúrgicos de la base funcionen como la seda durante unos, eh, doscientos años más.

—Me alegra ver que seguís manteniendo el sentido del humor ante la muerte de un ser al que conocíais —dijo Barriss, sonando algo más estirada de lo que pretendía. Tras tantas semanas en el Uquemer-7, se había familiarizado con el humor negro. Pero, de vez en cuando, seguía pillándole por sorpresa.

Jos la miró y se encogió de hombros.

—Ríete, llora, emborráchate, enfádate: ésas son las opciones que tenemos aquí. Respeto tu punto de vista, pero yo aún tengo que horadar una montaña —se dirigió hacia la SO, detrás de la camilla.

Cuando se hubo ido, Zan dijo:

—Siempre acaba afectándote, y cada uno desarrolla sus propias defensas. Yo tengo mi música. Jos se sirve del sarcasmo. Cualquier cosa vale mientras te permita dormir en estas noches calurosas.

Barriss no dijo nada. Ella sabía que el médico tenía razón, pero, aun así…

Zan suspiró.

—¿Sabes lo que me fastidia?

—¿Qué?

—Que me acaban de contar un chiste nuevo sobre hutt y ya no puedo utilizarlo para hacer enfadar a Filba.

Ella le miró sorprendida, y él sonrió. Tras un momento, ella le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza.

* * *

El día era tranquilo, fallecimiento de Filba al margen. Hubo una pausa en la lucha, y no llegó ninguna aeroambulancia con heridos, algo bien recibido.

Bastaba con la actividad en torno a la muerte de Filba. Los rumores se sucedían uno tras otro. Cuando Barriss hizo su ronda por el pabellón, vio que hasta los pacientes estaban al corriente. Escuchó a los ugnaughts cotilleando: «pues sí, el hutt se envenenó. Fue suicidio, seguro. Era espía… Fue Filba quien hizo explotar el transporte de bota, en serio, lo juro. Estaban a punto de dar con él, lo vio venir y…».

«¿No había ido el almirante Bleyd en persona a ver al hutt justo antes de que éste falleciera? Seguro que fue para interrogarlo por sus actividades. También estaba robando bota, ¿no lo sabías? ¿Y el periodista ése bajito, Dhur? Siempre estaba pegado al hutt como las babosas al fondo de un pantano, metiendo las narices en todas partes,

construyendo un caso, y Filba estaba a punto de ser arrestado, y se tomó el veneno para que no organizaran un consejo de guerra y le ejecutaran…», y etcétera.

Barriss no contribuyó a los rumores. Se limitó a escuchar y a seguir con sus actividades. Si el rumor sobre el suicidio era cierto, eso significaría que pronto se iría de Drongar, al haber concluido su misión de averiguar quién robaba la bota, en el supuesto de que realmente hubiera sido el hutt. Y a juzgar por lo que se decía, así era. Porque, después de todo, ¿cuántos ladrones podían operar simultáneamente en un lugar tan pequeño como ése? Filba era un civil de abastecimiento, disponía del acceso necesario. Y aunque Barriss detestaba las generalizaciones especiófobas, la verdad era que los hutt en general no eran conocidos por su honestidad y su virtud. Filba encajaba en el perfil del culpable.

Quizás encajaba demasiado bien. No podía estar segura porque la Fuerza no era clarividente. Algo seguía bullendo en los pliegues invisibles de la Fuerza, y ella carecía de la capacidad necesaria para determinar con precisión lo que decían exactamente las sutiles vibraciones. Sólo sabía que el problema seguía sin estar resuelto.

Tenía sentimientos encontrados respecto a la situación. Aquella guerra era una situación que, desde luego, requería una respuesta emocional muy intensa, y ella había estado en planetas muchísimo más agradables, eso seguro. Pero todo era parte de su examen, de su camino para convertirse en una verdadera Jedi. Y si le daban otro destino, ¿qué pasaría? ¿Qué le depararía el futuro? No tenía miedo; eso era algo que no estaba incluido en su formación, pero era una cuestión… inquietante.

Lo que tuviera que ser, sería. No dependía de ella.

El día se difuminó en la noche, y finalmente Barriss terminó con sus deberes médicos. Decidió saltarse la cena y volver directamente a su cubículo. Igual otra sesión de meditación tranquila y honda respiración arrojaría alguna luz sobre lo que provocaba esas pequeñas, pero continuas, perturbaciones en la Fuerza…

El campamento estaba tranquilo cuando se hizo de noche. Había poca gente por ahí. El cambio de turno había tenido lugar hacía tiempo, y casi todo el mundo estaba cenando, descansando o haciendo lo que fuera que hicieran en su tiempo libre. Pero casi ninguno estaba a favor de aspirar el caliente y fétido aire de la noche.

Mientras Barriss se acercaba a la calle en la que se encontraba su cubículo, sintió una presencia en las sombras. No vio a nadie, pero el tirón de la Fuerza era claro e inequívoco: casi el equivalente físico de una mano en el hombro.

Ella se detuvo. Su mano se acercó al sable láser.

—Eso no te hará falta —dijo una voz—. No pienso hacerte daño real. Sólo quiero enseñarte una pequeña lección de humildad. A los Jedi se os da bien eso, ¿no?

Phow Ji.

Seguía sin poder verlo, pero sabía dónde estaba. Justo ahí, en las sombras de un silencioso generador eléctrico, unos metros a su derecha. Era una presencia maligna, una obstrucción latente en el continuo fluir de la Fuerza.

Hablaba en voz baja y tranquila.

—¿Qué te hace pensar que eres la persona adecuada para dar lecciones de humildad?

Phow Ji apareció de entre las sombras.

—Los que pueden, pueden. Los que no, no.

—Muy sucinto. ¿Qué quieres?

—Como ya he dicho, es necesaria una lección. La última vez que hablamos me hiciste tropezar. Desde atrás. Te debo el favor. Creo que te mereces un baño de barro. Nada grave, ni huesos rotos, ni nada. Esto es un ejercicio de reciprocidad y nada más. Si tu Fuerza puede detenerme, entonces, por favor —alzó los brazos en un gesto de ánimo—, úsala.

¡Pero qué egocéntrico era! Estaba convencido hasta lo más hondo de su ser de que era invencible. Y de que era tan bueno que podría humillarla sin tener que hacerle daño; eso sí que era un reto para un luchador.

Ella pensó por un momento en entrar en su mente para introducirle la sugerencia subliminal de que no quería hacer aquello, de que lo que realmente quería era irse a su dormitorio y darse una ducha fría, pero pudo percibir la rigurosa disciplina de los pensamientos de Ji. Eran un tejido cerrado, tan impenetrable como la seda de girogusano. Y tampoco tenía una mente tan débil como para dejarse influir fácilmente por la habilidad de un padawan.

Ji se colocó en posición, con las piernas flexionadas y separadas. Alzó las manos y la incitó con un gesto desafiante.

—Vamos, Jedi, ¿bailamos un rato?

*No debería estar haciendo esto. Debería negarme e irme. Que piense que tengo miedo… ¿Qué más da?*

Pero ella debía respetar a los Jedi, aunque él no la respetara a ella. Y a ella le sentaba muy mal escuchar el nombre de su Orden recubierto por una capa de desprecio.

Se quedó donde estaba.

Cambió el peso de su cuerpo ligeramente, sin mover los pies, lo justo para poder saltar rápidamente con cualquier pierna, ya fuera hacia delante o hacia atrás.

Hacía bochorno. La humedad estaba en todas partes, flotando en el aire. Su sudor no tenía adónde evaporarse. Se arremolinaba y le bajaba por la cara y por el cuello, empapando la sudadera, amenazando con entrarle en los ojos.

Ji sonrió.

—Buen movimiento. No quieres pararte a un lado o a otro cuando te enfrentas a un contrincante con talento.

Él giró hacia la derecha, y Barriss se alejó de él, manteniendo una distancia prudencial.

La tentación de convocar la Fuerza, de utilizarla para aplastar a Ji, era casi abrumadora. No tenía duda de que podía hacerlo. Un gesto y Ji saldría disparado hacia el árbol más próximo como un murciéloco con rabia. Ningún luchador, por mucha fuerza física que tuviera, podía medirse con la Fuerza y salir vencedor. Quizá no pudiera controlar la mente del bunduki, pero podía controlar su cuerpo. De eso estaba segura.

Y sabía que podría ganar esa batalla en caso de acceder a ella. Pero no ganaría la guerra. Ji le había dicho que no tenía intención de hacerle daño. Quería hacerla caer al barro para avergonzarla, sólo eso. Ella no percibió ningún propósito más oscuro que ése. Nada quedaría dañado realmente, salvo su dignidad, que, por supuesto, era su objetivo. Lo que movía a Ji era el control, y ahora mismo lo único que quería, que necesitaba, era controlarla.

Emplear la Fuerza contra un oponente cuando no había un peligro real estaba mal. Se lo habían enseñado toda la vida. La Fuerza no era algo que pudiera desperdiciarse como calderilla en una tienda de dulces, simplemente porque pudiera desperdiciarse. No era una simple arma.

¿Entonces qué le quedaba? Sus propias habilidades como luchadora, que no eran pocas. Los Jedi recibían formación en todo tipo de disciplinas, tanto mentales como físicas, y los Maestros sabían que había momentos en los que el uso de la Fuerza no era adecuado. Incluso sin activar el sable láser, era alguien con quien más valía no meterse.

Por supuesto, su talento en la autodefensa no había sido perfilado para lidiar con un campeón de las artes marciales. ¿Qué posibilidades tenía de encontrarse en semejante situación? ¿Sobre todo cuando no pretendía provocarle heridas graves o matarla?

En otra ocasión, aquello le habría hecho sonreír. Las posibilidades daban igual cuando la realidad estaba a dos pasos de distancia, frente a ti, dispuesta a atacar.

Siempre estaba la opción de utilizar el sable láser. Pero, claro, Ji lo consideraría una violación de las reglas de combate. Eso le daba igual, lo que le preocupaba era que el sable láser lo incitase a atacar con más saña. Un Caballero Jedi o un Maestro tendría la habilidad necesaria para detenerlo sin causarle daño, pero como padawan, ella no confiaba en ser capaz de hacerlo. Quizás acabase matándolo, y no quería tener ese peso sobre su conciencia.

Ya había decidido que el primer movimiento sería del bunduki. Si Phow Ji esperaba a que ella le atacara, más le valía esperar sentado…

Él dio un salto, recorriendo las dos zancadas que les separaban con extraordinaria rapidez. Barriss apenas tuvo tiempo para esquivar, girar hacia la izquierda y bloquear, para que el puñetazo pasara por encima de su hombro en lugar de impactar en su plexo solar.

Barriss retrocedió sin bajar la guardia.

—Excelente —dijo él—. Tienes muy buenos reflejos, pero tendrías que haber contraatacado. La defensa pura es una estrategia de perdedores.

Barriss sabía que, al adoptar aquella pose de maestro y estudiante, pretendía mostrar su superioridad… Como si tuviera que demostrarla.

Ji comenzó a rodearla hacia el otro lado, moviendo las manos de arriba abajo y hacia los lados, de forma casi hipnótica, intentando atraer su atención.

Pero las manos de Ji no importaban. Lo que debía vigilar eran sus pies. Para acercarse lo suficiente a ella como para emprender un ataque, tenía que dar un paso, moverse. En lo

que a ella respectaba, podía hacer lo que le diera la gana con las manos. Pero en cuanto moviera los pies, ella tendría que…

Él se abalanzó de nuevo hacia ella y, esta vez, en lugar de quitarse de su camino, Barriss acudió a su encuentro. Pero ella se agachó todo lo que pudo, por debajo de su centro de gravedad, y le asestó un buen puñetazo en la tripa mientras él desarrollaba su ataque por arriba. Ella le golpeó, pero fue como hacerlo con una pared. Nada cedió. Sus abdominales eran como el plastiacero reforzado.

Ella se apartó de su alcance lo más rápido que pudo, pero no lo suficiente. Se llevó un golpe en el lado izquierdo del cuello al retirarse, un golpe tan fuerte que la visión se le nubló en rojo por un momento.

Ella se alejó dos pasos y él se giró para mirarla.

—¡Muy bien, padawan! No has calibrado bien el objetivo, pero ha sido un ataque limpio. Aun así, necesitarás más de uno. Piensa en combinaciones: arriba, abajo, ataques múltiples.

A Barriss le dolía el cuello, pero no mucho, y el daño era mínimo. La Fuerza se arremolinaba en su interior, y apenas podía contenerse para no utilizar su poder. El Lado Oscuro siempre estaba ahí; se lo había dicho su Maestra. Siempre esperando una oportunidad para desatarse. Si te rendías una vez a él, la próxima vez sería doblemente poderosa. Y si volvías a rendirte a él, estarías perdido para siempre.

Pero tenía tantas ganas de darle una lección…, quería golpear aquella sonrisa reluciente de su cara y sustituirla por una expresión de asombro, de sorpresa, de…

miedo…

Estaba pensando demasiado, y se dio cuenta demasiado tarde. Ji saltó una y otra vez, y, con una rápida sucesión de técnicas a mano abierta, abofeteó a Barriss en cabeza, torso y caderas. El último golpe fue acompañado por un pie enganchado alrededor del tobillo. Barriss cayó al suelo con fuerza, y la humedad ayudó a que el golpe no fuera tan violento.

Lo que hubiera pasado después, mientras ella volvía a adoptar la postura defensiva, fue interrumpido por el zumbido demasiado familiar de las aeroambulancias acercándose. La gente salió apresuradamente de sus barracones, en dirección a sus puestos.

Los pocos que vieron a Ji y a Barriss apenas les prestaron atención.

—Creo que hemos terminado —dijo Ji—. Yo estoy satisfecho.

Barriss no dijo nada. No se lo permitió. Su rabia la envolvía como el barro. Estaba temblando bajo su peso. Podía sentir el Lado Oscuro revolviéndose en su interior, susurrándole lo bien que se sentiría y lo fácil que sería dejar que la rabia lo alimentara y lo enviara a por su enemigo, coger el sable láser, saltar tras él y cortarle en dos con un solo barrido de la hoja de energía…

Phow Ji no tenía ni idea de lo cerca que estaba de morir en ese preciso momento. La rabia de la padawan era tal que un mínimo movimiento de meñique hubiera bastado. Y jamás sabrá lo que ocurrió…, e incluso podría decirse que, de algún modo, se había hecho justicia. ¿Acaso no era él un asesino, después de todo?

Sí, lo era. Pero Barriss Offee no. Era una de las cosas más difíciles que había hecho en la vida, pero la hizo. Se resistió al Lado Oscuro. Perdió la batalla, pero ganó la guerra.

Por esta vez…

# 25

El almirante Bleyd iba de un lado a otro. El escalofrío que sintió en la espalda parecía tener la temperatura del espacio interestelar. Lamentó en el acto haber aplastado la cámara espía camuflada como insecto. Si tan sólo la hubiera guardado, quizás habría podido rastrear la memoria del sistema de orientación y averiguar de dónde procedía. Pero tal y como estaban las cosas, lo único que sabía con seguridad era que alguien espiaba a Filba o a él. Dada la naturaleza del dispositivo, el operador podría tratarse de cualquiera en un radio de diez kilómetros alrededor del campamento. ¿Tendría Sol Negro un agente destinado allí? Igual era uno de los suyos…

Bleyd soltó un gruñido grave. Alguien había envenenado a Filba, la autopsia lo confirmaba, y Bleyd no creía que hubiera tantas coincidencias. Al hutt le asesinan y en ese momento hay una cámara espía presenciándolo. Había tantas probabilidades de que eso ocurriera por casualidad como de que un planetoide a la deriva chocara con Drongar en los próximos cinco minutos. No, ambas cosas estaban relacionadas con toda seguridad.

Filba tenía enemigos, por supuesto, y era posible que alguno hubiera elegido precisamente ese momento para saldar una vieja deuda, y que luego hubiese empleado la cámara espía para asegurarse de que todo salía bien. Pero quien lo hubiera hecho, por los motivos que fueran, tenía ahora información que relacionaba al hutt muerto con Bleyd en un asunto ilegal. Lo mirara por donde lo mirara, la situación era negativa. Tenía que averiguar quién era, hacerse con las grabaciones que pudiera haber y eliminarlas junto con su dueño.

Consideró la posibilidad de que fuera alguien del bando contrario, pero la rechazó de inmediato. No le parecía probable que un espía separatista se hubiera infiltrado en el campamento para envenenar a Filba, teniendo luego que volver corriendo entre los pantanos, los acechantes y la hierba sierra para ver, mediante la cámara espía, cómo acababa todo. ¿Y qué espía podría estar interesado por lo que ocurriera en un Uquemer? Allí no ocurría nada estratégico, aparte de los envíos ocasionales de bota. Era cierto que uno de los transportes había explotado, y, si bien no había motivos para suponer que Filba tenía algo que ver con eso, el rumor que flotaba por la unidad afirmaba que sí. Filba era tan retorcido como el que más, algo que, obviamente, era sabido por todos. Eso podía servirle, ya que se había reservado al hutt por si acaso algo salía mal en su operación de contrabando. Podía haber culpado a la gorda babosa de cualquier cosa, y luego Filba habría sufrido un «accidente» antes del consejo de guerra. Y ahora…

Ahora que ya no estaba, quizá sería aún más fácil convertirle en el cabeza de drall de cualquier irregularidad que saliera a la luz.

Bleyd dejó de andar de un lado para otro y sonrió. Sí. Igual podía convertir eso en una ventaja. Hasta una tormenta salvaje servía para regar el jardín.

Pero si el operador de la cámara espía estaba en el campamento, como Bleyd sospechaba, eso era harina de otro costal. Él, ella o ello intentaría emplear esa información contra Bleyd, cosa que, obviamente, no podía permitirse.

Ya estaba. El cazador sabía que había una presa. Bleyd enseñó los dientes. Que comenzara el rastreo…

* * *

Den Dhur acudió al lugar al que solía ir a pensar en sus problemas: la cantina. Pero apenas probó la bebida allí, sentado en la penumbra y sintiendo cómo el aire húmedo y pesado, removido a duras penas por los ventiladores, se deslizaba por él como el aceite caliente. No era momento para nublar sus percepciones o su intelecto. Por muy mermado que ya pudiera estarlo.

Filba era historia, como la noticia que pensaba dar. Nadie querría oír la denuncia de los crímenes de un hutt muerto en un planeta de tercera. Las masas querían pan y circo. Un criminal infame descubierto, capturado y castigado: eso sí que valía la pena, eso era lo que vendía periodiscos. Pero la muerte de Filba por un fallo cardíaco, aunque fuera envenenado a manos de un viejo enemigo, antes de ser llevado a la justicia, no era precisamente lo que querían los lectores.

Tal y como había sospechado, Bleyd había estado involucrado en el asunto que Filba se traía entre manos. Eso sí que era una buena noticia, pero no podía darla mientras no se encontrara al menos a cincuenta pársecs de distancia, porque la enemistad de un almirante enfadado, traicionero y feroz no resulta nada buena para la salud. Y aún quedaba pendiente la cuestión de que el almirante sabía que alguien había visto y oído todo lo ocurrido antes de que Filba fuera devuelto a la fuerza a la baba primigenia de la que procedía. No era el almirante quien le había envenenado, de eso estaba seguro, a juzgar por la reacción del almirante. Tampoco es que importara mucho, ya que el contrabando en tiempos de guerra solía considerarse traición y se castigaba con la pena de muerte. Si publicaba la noticia mientras permaneciera en el mismo sector que Bleyd, con suerte, y siempre que Den gozara de los favores de algún pez gordo, cosa que no tenía, su carrera se habría ido a paseo. Sin suerte, sería ejecutado lentamente y se esparcirían sus restos.

Lo primero que hizo al ver que Bleyd aplastaba la bichocámara fue depositar la unidad receptora en un contenedor que la convertiría en desperdicios y la canalizaría hasta el pantano con el resto de las aguas residuales. Maldijo tener que hacer aquello, porque la unidad no le había salido barata, pero su vida valía mucho más. Y sin la cámara no era más que un lastre.

La grabación de la cámara, un disco del tamaño de la uña de su dedo meñique, estaba pegada a la parte de atrás de una viga del aseo sur, un palmo por encima de los tanques catalíticos. No era lugar donde alguien pudiera encontrárselo por casualidad, y, en caso de que ocurriera, nadie podría relacionarlo con él. Necesitaba la grabación para poder

probar la historia, pero no necesitaba a Bleyd encontrándola y haciendo que le pegaran un tiro. Estaría a salvo mientras mantuviera la boca cerrada. Bleyd no podía saber quién les había visto, y no se sentiría inclinado a iniciar una investigación que pudiera revelar su propia complicidad en las actividades clandestinas de Filba.

Lo único malo era que eso implicaba que Den tendría que quedarse más tiempo en el «paradisíaco» Drongar. Cualquier gesto apresurado para marcharse atropelladamente atraería miradas sospechosas. Si Bleyd buscaba al operador de la cámara, y se apostaba el cuello a que sí, cualquier miembro del Uquemer que intentase irse de pronto acabaría sometido a un escáner cerebral, y era más que probable que un periodista tuviera que sufrir una prueba todavía más dura. Den no tenía ganas de ser interrogado por un oficial de alto rango que sabía que su vida correría peligro si sus crímenes salían a la luz.

Era una pena. La noticia era una bomba, mucho mejor que si sólo Filba hubiera estado implicado. Al populacho le encantaba ver caer a los poderosos, y un almirante de flota ladrón era el tipo de noticia que podía procurarte un premio Nova si se daba con cuidado. Pobres tropas, muriendo en el campo de batalla porque los medicamentos o el equipo no llegan a tiempo por culpa de un malvado almirante que se llena los bolsillos. Ah, sí, a las masas enardecidas les encantaría algo así. Pedirían a gritos la cabeza del almirante Bleyd.

Pero si se movía demasiado rápido podía acabar convertido en abono, y si había algo que no necesitaba aquel planeta era abono. Por no mencionar lo poco que él lo necesitaba.

No, tendría que olvidarse de ello. Encontrar otra noticia que justificara su estancia allí. Quizás algo relacionado con Phow Ji, el luchador que había asesinado a los mercenarios. No sería buena idea hacerle enfadar, pero al menos conseguiría algo de protección de las altas instancias, ya que Ji sólo era teniente. Sí. Eso le serviría de excusa para poder seguir allí el tiempo suficiente para conseguir salir de aquel planeta-pantano. Ya desenmascararía al almirante Bleyd una vez estuviera en el otro extremo del Núcleo.

*¡Descubierto almirante contrabandista! ¡Su socio muere misteriosamente!*

Den sonrió. Cómo le gustaba un buen titular.

Dio un buen trago a su bebida. Problema planteado, problema solucionado. Otra victoria para el gran periodista Den Dhur, en directo desde el frente Jasserak de las Guerras Clon…

# 26

Había momentos, durante sus meditaciones, en los que Barriss se desconcentraba y su mente se alejaba del presente para sumirse en los recuerdos. Los primeros años nunca supo si aquello era bueno o no. Luego aprendió a aceptar simplemente que era así. Cierto, no le ayudaba en su propósito de despejarse la mente, pero a veces el pasado arroja algo de luz sobre el presente. Por eso a veces se dejaba llevar.

Como esa noche. Porque ella seguía sintiéndose perseguida por las fuertes sensaciones que había tenido en la lucha contra Phow Ji la noche antes, y cuando el recuerdo acudió de pronto a ella, dejó que la llevara a donde fuera…

* * *

Fue una mañana soleada pero fría en Coruscant. No se esperaban lluvias en aquel sector hasta el día siguiente, y había bastante gente en la pasarela que llevaba al parque, aunque no estaba abarrotada. La Maestra Unduli y ella llegaron al cinturón verde. Los demás seres que iban camino de la gran extensión natural representaban una increíble variedad de especies: niktos, phindianos, zeltrones, wookiees, twi'lekos… Todo un muestrario fascinante de la infinita diversidad de la galaxia, todos en dirección al parque Oa. Había mucho ferrocemento y metal en aquel planeta, mucho, y los parques se habían ubicado aquí y allá para aquellos que deseaban mantener contacto con la naturaleza. El parque Oa contenía más de treinta entornos distintos que simulaban otros tantos planetas, cada uno con su propia mezcla atmosférica, espectro solar y campo de gravedad, separados entre sí por fronteras energéticas.

El Lado Oscuro le parecía a Barriss muy lejano en aquella brillante mañana, en medio de la gente alegre y sonriente que acudía a disfrutar de la variada flora, los paisajes y los ríos. Pero cuando ese pensamiento le pasó por la cabeza, estando su Maestra y ella a la sombra de un pino negro de cuatrocientos años de edad, de tres metros de ancho y doscientos de alto, la Jedi Unduli sonrió.

—El Lado Oscuro siempre está cerca, padawan. A tan sólo un latido, un parpadeo, codo con codo con el reverso luminoso de la Fuerza, con una separación ínfima. Al acecho de los incautos, vistiendo miles de disfraces.

Barriss había oído eso antes, muchas veces, y creía en lo que le decía su Maestra, pero nunca había sentido o comprendido exactamente lo que significaba. Nunca había sentido la tentación del Lado Oscuro, no que ella supiera. Y así lo dijo mientras caminaban hacia un tranquilo lugar donde el césped había sido manipulado genéticamente para ser corto y suave, como una alfombra viviente.

—Aquí haremos el Saludo —dijo su Maestra.

Barriss asintió. Se hizo a un lado para dejar espacio a la Jedi.

—Para responder a tu pregunta, deja que te diga esto: cada movimiento consciente que haces, desde el más pequeño hasta el más grande, requiere una elección. Siempre habrá una rama en el camino y deberás decidir qué desvío coger. ¿Recuerdas el examen en el que tuviste que percibir un remoto con los ojos vendados?

—Por supuesto —aquélla era una de las habilidades más básicas de los Jedi. Un remoto era un pequeño androide levitatorio del tamaño de una argendarina que podía programarse para sobrevolar y disparar descargas eléctricas ínfimas a los estudiantes. Llevando un casco protector con el visor bajado, la única forma de conocer la posición del dispositivo era mediante la Fuerza. Durante el aprendizaje para utilizar el sable láser, los alumnos bloqueaban los mecanismos del remoto como ejercicio estándar. Dado que no podían utilizarse ni ojos ni oídos para localizar el dispositivo, la única forma de evitar una descarga era dejándose guiar por la Fuerza.

Su Maestra prosiguió:

—¿Y no hubo momentos en los que tu uso de la Fuerza fue menos que perfecto y las descargas escaparon a tu sable láser?

—Muchos, demasiados —dijo Barriss en tono quejumbroso. Negó con la cabeza—. Hubo ocasiones en los que me sentí como un alfiletero.

—¿Y en alguno de esos momentos no te dieron ganas de destruir el remoto? ¿De utilizar la Fuerza para aplastarlo como una bolita de papel?

Mientras hablaba, la Maestra Unduli comenzó a realizar el Saludo a la Fuerza, una combinación de ejercicio y postura meditativa que se iniciaba trazando un arco, tras lo cual había que agacharse y extender las piernas hacia atrás.

Barriss imitó la postura de su Maestra.

—Confieso que hubo momentos en los que sentí muy poco aprecio por el dispositivo de entrenamiento, sí.

—¿Y tenías suficiente manejo de la Fuerza como para haberlo destruido, en caso de decidir hacerlo? —la Maestra Unduli se levantó y repitió la sucesión de posturas, terminando esta vez con la otra pierna. Barriss la imitó de nuevo.

—Sí, sin problemas.

—¿Y por qué no lo hiciste? Si la meta era protegerte de las descargas, ¿no habría estado justificado?

Barriss frunció el ceño.

—Pero ésa no era la meta del ejercicio. La meta era aprender a manejar mi sable láser con la Fuerza para poder evitar que el dispositivo me diera. Las descargas eran dolorosas, pero el daño no era demasiado grave. En una pelea real, si no puedo bloquear una descarga completa de láser acercándose a mí, quizá tampoco pueda impedir que un tirador a cincuenta o cien metros de distancia apriete el gatillo.

—Exacto. Pero ¿sabías que un estudiante de cada ocho acaba por utilizar la Fuerza para destruir un remoto? ¿Y que suelen justificarlo diciendo que es más eficaz detener la fuente de las descargas que rechazarlas sin parar? Postura Láser, por favor.

Su Maestra se tumbó en el mullido césped, se impulsó y elevó el cuerpo hacia el cielo, apoyándose sólo en la nuca y los hombros, con una mano a cada lado, posada en el suelo.

Barriss también adoptó la Postura Láser.

—Puedo entender perfectamente por qué se sintieron así. Y la verdad es que tiene cierta lógica, sobre todo teniendo en cuenta la premisa del combate frente a frente, que dice que la defensa pura es inferior a una combinación de defensa y ataque.

—Sí, es cierto. Postura del Arco.

Con las manos y los pies en el suelo, la Maestra Unduli se impulsó hacia arriba, formando un puente con su cuerpo.

—Ahora es cuando viene el «pero» —dijo Barriss, mientras cumplía con la petición.

—Y veo que la tuya podría separarse más del suelo.

Barriss sonrió y se impulsó para acentuar más el arco. Su Maestra prosiguió.

—Muchos de los ejercicios que los Jedi en periodo de formación deben aprender, y un Jedi siempre está en periodo de formación, sea padawan, Caballero o Maestro, están relacionados con la definición del verdadero propósito del ejercicio. Sin duda recuerdas lo del ejercicio levitatorio y la pastelería.

—Difícil de olvidar.

—Destruir el remoto no es de por sí una opción incorrecta. Si has desarrollado el suficiente talento como para bloquear las descargas y tomas la decisión a través de la lógica y con la mente despejada, entonces puedes justificar la utilización del uso de la Fuerza para detener el ataque desde su origen. Algunos de los mejores estudiantes tomaron esa opción. Pero si lo haces por ira, por dolor o por miedo, o por cualquier otro sentimiento que has permitido que te controle, entonces habrás entrado en el Lado Oscuro. Si te atienes a que el fin justifica los medios sin detallarlo lógicamente, habrás sucumbido a la insidiosa energía. Si sólo vas a retener una frase de esta charla, Barriss, que sea ésta: «el poder quiere ser utilizado. Hay que mantenerlo bajo constante vigilancia o te seducirá y corromperá». Un día estás aplastando un muñeco de entrenamiento y al siguiente te encuentras paralizando los pulmones de un contrincante para asfixiarlo hasta la muerte. Y lo haces porque puedes. Y eso se convierte en un fin en sí mismo. Como Jedi, siempre estarás al filo. Un solo paso en falso y caerás en el Lado Oscuro. Le ha ocurrido a muchos, y siempre es una tragedia. Como pasa con las drogas adictivas, es demasiado fácil decir: «Sólo por esta vez». No es así como funciona. Lo único que hay entre el Lado Oscuro y tú es tu voluntad y disciplina. Si cedes a la ira o al miedo, a la envidia o al odio, el Lado Oscuro te reclamará como suya. Y, si eso ocurre, te convertirás en enemiga de todo lo que defienden los Jedi, además de enemiga de todos los Jedi que sigan el camino correcto. Postura Rocosa, por favor.

Barriss se movió para adoptar la postura. Dijo:

—¿Alguna vez te has rendido al Lado Oscuro, Maestra?

Hubo un silencio de varios segundos.

—Sí. En un momento de debilidad y dolor, así lo hice. Me permitió sobrevivir a una situación a la que quizás habría sucumbido, pero aquella muestra sirvió para darme cuenta de que nunca volvería a ocurrir. Jamás lo volvería a hacer. Quizá llegue el día en que experimentes esto, Barriss. Espero que no, pero si eso ocurre, deberás reconocerlo y resistirte a ello.

—¿Me sentiré mal?

La Maestra Unduli se detuvo en sus estiramientos. Observó a Barriss con lo que parecía ser una gran tristeza en sus ojos.

—Qué va. Te sentirás mejor de lo que te has sentido nunca, mejor de lo que creías que podrías llegar a sentirte nunca. Te sentirás poderosa, plena, satisfecha. Y lo peor de todo es que sentirás que tienes toda la razón. Y ahí es donde está el verdadero peligro.

* * *

Las palabras de la Maestra Unduli en aquella mañana soleada y fresca acudieron a la mente de Barriss con renovada claridad en un planeta situado a muchos pársecs de distancia de Coruscant, en el pabellón médico de un Uquemer, y, quizá, con una comprensión diferente. Se había sentido tentada a destruir a Phow Ji. Él no había sido una amenaza real, salvo para su orgullo, y ella casi podía justificarlo diciéndose que aquel ataque había sido una amenaza para el honor de la Orden Jedi. Ese argumento era mentira, por supuesto. La Orden Jedi no se veía amenazada por el ataque de Ji, que iba dirigido personalmente a ella. Pero Barriss había estado muy cerca de utilizar aquello como argumento para acabar con una vida.

Acabó por darse cuenta de una verdad aplastante: tenía una deuda de gratitud con Phow Ji. Irónicamente, la presencia del bunduki en su vida era instructiva, era una oportunidad para aprender a resistir la tentación del Lado Oscuro. Si todas las cosas tenían un objetivo, y si, como rezaban los dogmas principales del Código Jedi, la galaxia se desarrollaba como debía, entonces Phow Ji tenía un destino que cumplir, al igual que lo tenía ella.

Barriss respiró hondo y soltó despacio el aire. La Maestra Unduli tenía razón, caminaba sobre una finísima línea que había que vigilar en todo momento. No era un sendero fácil, pero era el que le habían enseñado desde su nacimiento. El fracaso era inaceptable, inconcebible.

Convertirse en Jedi era la meta de su vida.

Sin los Jedi, no era nada.

* * *

Jos esperó a que la lluvia vespertina amainara para salir a tirar la basura que habían acumulado entre su compañero Zan y él. Por desgracia, no había suficientes androides de mantenimiento designados para esa tarea, por lo que más le valía sacar él mismo las

bolsas o acabar sepultado bajo los desperdicios. Zan y él tenían una apuesta colateral en su partida de sabacc relacionada con esta tarea, y aunque Jos había salido ganador, había perdido ante Zan lo de la basura, y le tocaba sacar las bolsas toda la semana. A veces daba la impresión de que lo único que Zan y él hacían era sentarse a generar basura. La plastibolsa que llevaba debía de pesar unos cinco kilos y apenas cerraba.

Sorteó los charcos y el barro y llegó al contenedor sin empaparse, sin que le cayera un rayo o sin ser atacado por androides de combate separatistas asesinos. El sensor del contenedor abrió la escotilla de entrada, y él echó la bolsa dentro del reciclador. Escuchó los zumbidos y crujidos de la energía oscilante mientras los reactores troceaban y reducían a ceniza la basuras. Había algo extrañamente satisfactorio en el proceso, aunque hacerlo con regularidad no le resultaba atractivo.

Otro excitante momento en la vida de Jos Vondar, uno de los mejores cirujanos de la República…

Se giró y estuvo a punto de chocar con un soldado que llegaba al contenedor con varias bolsas de desechos. El soldado murmuró una disculpa respetuosa, Jos asintió y comenzó a marcharse, pero se detuvo de repente. Le pareció que conocía a aquel soldado. Si miraba más allá de la plantilla Jango Fett distinguía algo en sus ojos, en la cara… Podía equivocarse, pero estaba bastante seguro de que era CT-914, el que había planteado la pregunta que últimamente amenazaba con superar a Jos.

—Hola, CT-914 —dijo Jos.

—Hola, capitán Vondar.

—Te ha tocado el turno de sacar la basura, ¿no?

—Eso salta a la vista, señor —comenzó a meter las bolsas en las enormes fauces del contenedor.

*Primero un androide*, pensó Jos, *y ahora un clon, haciendo bromitas. Aquí todo el mundo es un cómico.*

Se quedó allí un momento, sin saber qué decir, lo cual para él era bastante extraño.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo finalmente.

CT-914 continuó metiendo bolsas en el contenedor, que gruñó y zumbó mientras se las comía.

—¿Cómo te sentiste por la muerte de CT-915?

CT-914 tiró la última bolsa por la escotilla. Miró a Jos.

—La pérdida de un soldado entrenado es… lamentable —tanto su discurso como su actitud eran rígidos.

Jos sabía que CT-914 no quería ir más allá, pero él lo forzó de todas formas. Tenía que saberlo.

—No, no te hablo de su valor para la República. Te estoy preguntando cómo te sentiste tú. Tú, personalmente.

CT-914 se quedó ahí durante un buen rato, sin hablar.

—Si fuera civil —dijo al fin—, nacido por parto y no de probeta, le diría que no es de su incumbencia, señor; pero como debo obedecer a mis superiores, entonces la respuesta

a su pregunta es que, personalmente, la muerte de CT-915 me dolió. Todos estamos hechos de la misma carne y el mismo patrón, todos somos iguales en las habilidades básicas, pero él era mi camarada en armas. Le conocía de toda la vida. Luchamos juntos, comimos juntos y compartimos nuestra vida fuera del ejército como hermanos. Le echo de menos. Creo que le echaré de menos hasta que me muera. ¿Responde eso a su pregunta? Tengo más basura que recoger.

Jos tragó saliva, se le había secado la boca de repente.

—Sí, eso me vale. Gracias.

—Sólo cumplo con mi deber, doctor. No tiene que darme las gracias.

CT-914 se giró y se alejó, y Jos le observó, incapaz de moverse. Volvió a oír en su mente la pequeña voz que empezaba a odiar. *Ya deberías haber aprendido a no hacer preguntas cuya respuesta no deseas oír.*

Poniéndose serios. Si todos eran como CT-914, los soldados clon eran mucho más complejos mentalmente de lo que Jos había supuesto. Tenían sentimientos, vidas interiores, quizás hasta sueños y aspiraciones que iban más allá del arte de la guerra. Y eso le daba una perspectiva totalmente nueva a una cuestión en la que Jos no quería ni pensar.

*Maldición.*

# 27

Aunque el gesto era inusual, el almirante Bleyd decidió que había suficientes razones para retrasar unos días su partida del Uquemer-7. Argumentó que el tema del hutt asesinado necesitaba una investigación más a fondo, además del deseo de asegurarse de que sus hombres estaban protegidos. A cualquiera al que le funcionarán más de un par de neuronas le habría parecido una débil excusa, pero eso daba igual. Él era el almirante, y nadie podía cuestionar sus decisiones.

Evidentemente, la verdadera razón que tenía para quedarse era encontrar al que había tenido la osadía de espiarle. Quien fuese, descubriría muy pronto lo peligroso que puede ser espiar a un depredador.

Le construyeron un módulo de mando que era poco más que una burbuja con el mobiliario y los dispositivos de comunicación básicos, pero era suficiente. Un catre era más de lo que necesitaba alguien que había cazado en planetas donde no había otro sitio para dormir que el frío y duro suelo.

A la mañana siguiente a la muerte de Filba, Bleyd se dispuso a recibir un transporte que traía al jefe de su unidad de seguridad militar, que iba a encargarse de buscar al asesino de Filba. Llegaba tarde, y Bleyd esperó por su bien que tuviera una buena razón. Mientras avanzaba por el campamento, con el barro de las tormentas casi constantes apelmazándose en sus botas, se fijó en uno de los Silenciosos que se dirigía hacia él. Llevaba la capucha puesta incluso con aquel calor y humedad asfixiantes, y el rostro oculto en sombras. Había varios miembros de esa Orden en distintos Uquemer del planeta, ofreciéndose para lo que pudieran hacer falta. El Silencioso iba a pasar cerca de él, aunque sus caminos no se iban a cruzar exactamente.

Bleyd percibió que de él emanaba un olor peculiar. No era desagradable; de hecho, tenía un aroma intenso, casi a canelaflor, que podía percibirse incluso sobre la pestilencia del pantano. A bote pronto no recordaba ninguna especie que tuviera ese olor concreto. El Silencioso pasó de largo, y él lo memorizó para estudiarlo más tarde. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

El jefe de seguridad era el coronel Kohn Doil, un humano vunakuniano con un patrón de cicatrices rituales en la frente, las mejillas y el cráneo rasurado. Los dibujos geométricos y las configuraciones de las protuberantes cicatrices, que indicaban el estatus de su casta, eran increíblemente intrincados. Bleyd sabía que Doil no había utilizado un inhibidor durante la ceremonia de escarificación. Era una de las razones por las que había contratado a aquel hombre. Un comandante de unidad con un elevado umbral de sufrimiento no era una mala combinación.

Doil bajó del transporte, saludó y se disculpó por el retraso en su llegada.

—El vórtice de una tormenta arrasó el campamento base justo antes de mi partida. El viento destrozó el transporte de la rampa, junto con buena parte de los almacenes prefabricados y los barracones de las tropas.

—No tiene que disculparse por el clima en este maldito planeta, coronel. Pero no perdamos más tiempo. Sé que conoce los hechos y que ya tiene el informe de la autopsia que muestra el veneno utilizado, pero, dado que yo estaba presente cuando murió el hutt, pensé que podría informarle personalmente.

—Se lo agradezco, almirante —dijo Doil mientras cruzaban el campamento—. Si me permite la pregunta, ¿cómo pudo ser eso? ¿Por qué razón se hallaba usted allí?

—Escuché ciertos rumores sobre Filba que me parecieron inquietantes. Sospeché que podía ser responsable de una operación de contrabando, y hasta de la reciente destrucción de un transporte de bota. En resumen, albergaba el temor de que fuera un delincuente o un espía separatista.

—Ah. ¿Entonces cree que fue un suicidio? ¿Por miedo a ser atrapado y caer en desgracia?

Bleyd no quería parecer demasiado ansioso por exponer esa hipótesis ante el coronel. Doil era un agente de seguridad experto, y era preferible que él mismo llegara a esa conclusión.

—Es posible, claro, pero también puede serlo que el hutt tuviera un socio que, al ver que dudábamos de su compañero, decidiera eliminarlo. Los hutt no son precisamente conocidos por su valentía bajo presión.

—Señor. Los hutt no son famosos por su valor bajo ninguna circunstancia. Pero sería inusual que hubiera un espía en una unidad médica en medio de ninguna parte, y mucho menos dos.

Bleyd se encogió de hombros.

—Como usted diga. No obstante, hay que considerar todas las posibilidades.

—Sí, señor.

—Supongo que querrá familiarizarse con esto antes de comenzar la investigación. Yo me quedaré unos días por aquí para ayudar en todo lo que pueda. Llámeme si necesita cualquier cosa, por favor.

—Señor —Doil saludó y se alejó para reunirse con Vaetes y ocupar su dormitorio.

Mientras Bleyd se dirigía a su barracón, consideró de nuevo la situación. Sabía que Filba no se había envenenado. El hutt pensó que Bleyd podría protegerle, que, de hecho, iba a protegerle, y era demasiado cobarde como para sacarse sus propias castañas del fuego. No, alguien había asesinado a la babosa y, bajo la Ley de las Soluciones Simples, era probable que lo hubiera hecho el mismo que les había espiado. Pero ¿por qué? Bleyd negó con la cabeza. Ésa era otra cuestión. Lo mejor era determinar primero el quién y después preocuparse del porqué.

Al abrir la puerta de su burbuja, un olor floral e intenso se apoderó de él. Bleyd desenfundó el láser sin pensarlo un momento.

—Muévete y te dejaré pegado al suelo —dijo.

—No me moveré, almirante. Aunque no estoy en el suelo.

La voz tenía un tono musical y divertido. Bleyd pasó la mano por el control de luz de la sala y el interior de la estancia se iluminó, revelando la figura de un Silencioso.

Obviamente se trataba de un disfraz, ya que con sólo hablar había quebrantado el voto más sagrado de la hermandad. El personaje con túnica estaba sentado sobre el catre de Bleyd, apoyado en la pared.

Bleyd no bajó el láser.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—¿Le importa? —el personaje alzó las manos lentamente, hacia la capucha.

Bleyd asintió.

—Despacio y con mucho cuidado.

La figura se quitó la capucha para revelar su rostro.

Se trataba de una apariencia que Bleyd nunca había visto antes, y eso que llevaba mucho tiempo viajando por la galaxia. La cara recordaba vagamente a un pájaro, con ojos afilados de color violeta y una nariz y una boca que podían haber sido un piquito. La piel era de color azul claro, que podía tratarse tanto de un pelo extremadamente fino como de plumas. Bleyd no podía estar seguro a aquella distancia. La cabeza era suave, las orejas planas y muy pegadas al cráneo, y tenía un penacho de un azul algo más oscuro en la base del cuello. Bastante impresionante, pensó el almirante. Desde luego, había visto bípedos mucho menos atractivos que aquél.

El ser sonrió. Bleyd supuso que era macho y vio unos cuantos dientes afilados en la boca-pico de finos labios. El pico parecía estar formado por un material cartilaginoso más que de queratina, lo cual limitaba su gama de expresiones.

También había un ligero atisbo de peligro en aquellos ojos. Se trataba de una criatura letal, fueran cuales fueran sus orígenes o intenciones.

—Soy Kaird, de los nediji.

¿Nediji? Nediji… ¿de qué le sonaba ese nombre? Ah, sí, ya lo recordaba. Una especie de ave de un planeta lejano llamado Nedij, en el brazo oriental. Bleyd frunció el ceño. Había otra particularidad sobre ellos… ¿qué era?

—Pensaba que los nediji no salían nunca de su propio sistema. Creo recordar que hacerlo era tabú para ellos.

—Si uno tiene un nido normal, sí, así es —respondió el nediji. Su voz melodiosa era tan grata para los oídos como su aroma para el olfato, pero su mirada fría y calculadora era en lo único que podía fijarse Bleyd. Como pasaba con la mayoría de las especies, la verdad siempre podía leerse en los ojos—. Pero algunos de nosotros, por una razón u otra, no podemos pertenecer a la Bandada —prosiguió Kaird—. A nadie le importa dónde nos lleve el viento. —No se lamentaba. A Bleyd le pareció más bien que sonreía.

—Bueno, pues aquí sí importa que alguien entre en nuestros barracones. Explícate. Rápido —le apremió ligeramente con el láser.

Escuchó un pequeño clic detrás de él, como si alguien estuviera intentando abrir la puerta. Bleyd se concentró en aquel ruido por una milésima de segundo…

El nediji se desvaneció.

No, eso no era del todo cierto. El ser se había movido, pero tan rápido que Bleyd no podía creer lo que había visto. En un abrir y cerrar de ojos pasó de estar sentado en el catre a estar junto a Bleyd, pero lejos de la mira del láser.

Bleyd empezó a girar hacia él, pero se detuvo. Si aquel ser podía moverse tan rápido en un campo de gravedad única, él jamás podría enfrentarse a él en igualdad de condiciones.

Bajó el láser.

—Muy sabio, almirante.

Bleyd advirtió un destello en algo que tenía el nediji en la mano, pero, fuera lo que fuera, desapareció.

—Vale —dijo Bleyd—. Ya has dejado claro que eres más rápido que un demonio del barro. Pero si yo no me hubiera distraído con ese ruido…

Kaird regresó al catre caminando lentamente y con movimientos que recordaban infinitamente a un pájaro. Cuando llegó, se giró, enseñó los dientes de nuevo y dijo:

—¿Te refieres a este ruido?

Se escuchó de nuevo aquel clic. Bleyd no se dejó distraer aquella vez.

Kaird alzó un pequeño dispositivo del tamaño de su pulgar. Se trataba del objeto que había relucido momentos antes. Tenía espolones amarillentos en la yema de los dedos, según pudo ver Bleyd.

—Es sólo un clicador, operado por control remoto.

—Muy bien. Has venido preparado. ¿Qué quieres?

—Que sigamos beneficiándonos mutuamente, almirante. Al parecer, nuestro último agente era un piloto temerario. Yo vuelo mucho mejor. Lo llevo en los genes, ya sabe…

Bleyd sintió un pequeño, pero patente, temblor de miedo. ¡Sol Negro!

No les esperaba tan pronto.

—Vaya —dijo él.

—Así es —dijo Kaird.

Desde luego, Kaird iba a ser una sorpresa en más de una dimensión. Al parecer, Sol Negro no quería cambiar el arreglo inicial con respecto a la bota. A Bleyd le costó un momento darse cuenta de que Mathal, el agente al que había despachado al Más Allá, había decidido realizar aquel movimiento por su cuenta. El propósito de Kaird era investigar la muerte de Mathal, cosa que había hecho sin problemas disfrazado de Silencioso, además de asegurarse de que el flujo de bota permanecía constante. La oferta y la demanda mantenían el valor muy alto, y mover una pequeña cantidad de material con un elevado margen de ganancias era preferible a mover mucha cantidad por menos beneficio, que era lo que Bleyd había pensado desde el principio. Así que la verdadera intención de Mathal había sido conseguir toda la bota que pudiera y huir antes de que sus superiores en la organización criminal descubrieran el tinglado. Qué interesante.

Si Sol Negro supiera lo que su difunto agente se traía entre manos, es probable que se hubieran ocupado de eliminarlo directamente, pensó Bleyd. Les había hecho un favor. Pero no pensaba revelar la forma en que había eliminado a Mathal. Eso sería suicida.

A pesar de su determinación por evitar semejantes imprudencias, Bleyd empezó a relamerse ante la idea de probarse a sí mismo contra el nuevo agente. El nediji era mucho más rápido que él, e inteligente. Sin duda estaba entrenado en muchas artes de combate. Las aves depredadoras tenían una forma distinta de ver a las presas que los que se habían criado en el suelo. Aquél era un enemigo digno del valor de Bleyd.

Pero… no. Si moría con el honor de su familia todavía mancillado, no habría cumplido con su objetivo en la vida. Por no mencionar la pérdida del palacio en Coruscant. Por tentadora que fuese la confrontación, tenía que resistirse. No podía considerarlo ni un minuto más.

Aun así, sería una pelea gloriosa…

—Me voy a quedar unos días en el campamento —dijo Kaird—. Voy a seguir fingiendo ser un Silencioso, observaré a los médicos y a los pacientes para no levantar sospechas por irme tan pronto. El asunto éste del hutt…, ¿fue cosa suya?

Bleyd pensó la respuesta un momento. Lo que menos le hacía falta era un agente de Sol Negro metiendo las narices en sus asuntos. Si el nediji creía que había sido Bleyd quien había envenenado a Filba, no se hablaría más.

—Sí. Se estaba volviendo codicioso. Pensé que lo mejor era eliminarle antes de que diera problemas.

—Muy sabio. Nos gusta tener gente prudente como socios —el ser-pájaro se encaminó hacia la puerta—. Seguiremos en contacto, almirante. Hasta entonces, siga el plan original acordado entre mis superiores y usted.

—Entendido.

Cuando Kaird se fue, Bleyd se sintió aliviado. No tener a Sol Negro pisándole los talones era una preocupación menos con la que lidiar.

Lo único que necesitaba para que todo volviera a estar como antes era encontrar al espía de una vez.

# 28

El espía no se sorprendió al ver un Silencioso parado en las sombras cercanas al pabellón médico. No se había asignado ninguno al Uquemer en los últimos meses, pero donde había médicos y sufrimiento, la presencia de los Silenciosos siempre era una posibilidad. Sólo vivían para servir a su meta de ayudar a los enfermos o heridos con sólo su presencia. A simple vista, era una creencia sin base científica alguna, pero era bien sabido que cuando un Silencioso se establecía junto a un centro médico, las tasas de mortandad decrecían en la mayor parte de los casos, y las estancias hospitalarias se acortaban. Algunos afirmaban que se trataba simplemente del efecto placebo, pero había casos donde los pacientes enfermos no sabían que el Silencioso estaba por allí, y aun así, tendían a mejorar más rápido. Sin duda se trataba de un fenómeno extraño. Quizá tenía algo que ver con la Fuerza. Quizá fuera algo totalmente distinto. Pero se había documentado demasiadas veces como para pasarlo por alto.

Aunque la visión de un Silencioso no era ninguna sorpresa, le sobresaltó el susurro de la figura encapuchada:

—Tenemos que hablar, *Lente*.

Fue lo bastante sorprendente como para provocar una reacción visible.

El espía estaba demasiado bien entrenado como para delatarse, pero en todo caso, tampoco había nadie cerca. El nombre en clave *Lente* le daba toda la información que necesitaba para saber quién era el ser disfrazado de Silencioso, aunque su identidad siguiera oculta. El disfraz era inesperado e inteligente.

El espía tenía dos nombres clave en aquel planeta: uno para los separatistas, sus jefes, y otro para la organización criminal Sol Negro. Para esta última, el espía era *Lente*.

Cualquiera que dijera ese nombre en voz alta sólo podía saberlo por Sol Negro, y ellos no daban ese tipo de información a cualquiera, salvo a uno de los suyos.

—En mi dormitorio dentro de diez minutos —dijo *Lente* sin mover los labios.

Cuando el agente de Sol Negro llegó al cubículo, diez minutos justos después, *Lente* ya estaba preparado para tratar con él. Tampoco le sorprendía que le hubieran mandado un agente. *Lente* tenía información que su visitante quería.

La capucha se retiró. *Lente* vio que el rostro pertenecía a un nediji, y eso le hizo sonreír. Otra decisión acertada por parte de Sol Negro. Pocos conocían aquella recóndita especie aérea, y muchos menos eran conscientes de lo que eran capaces. Eran rápidos, despiadados e inteligentes, y sólo había un puñado de ellos fuera de su propio sistema, por lo que sus habilidades eran poco conocidas. No para *Lente*, claro. De alguna manera, ambas especies estaban hermanadas, si bien no por sangre o por genética.

—Soy Kaird.

*Lente* asintió. Había que reconocer que el nediji no parecía preocupado porque su presencia allí supusiera un problema. Suponía que el espía no le habría invitado a su dormitorio privado si así fuera. Pero *Lente* lo dijo sólo para asegurarse de que estaban en la misma onda:

—Es poco probable que nadie te pregunte nada, pero si así lo hicieran, estoy aquí para escribir un monográfico sobre el efecto de los Silenciosos en los pacientes de una zona en guerra.

El nediji asintió, con los ojos brillantes y firmes.

—Tengo entendido que se ha producido recientemente una muerte aquí.

*Lente* asintió.

—El hutt nos es más útil muerto que vivo.

Como agente de Sol Negro en aquel planeta, *Lente* había obtenido información referente a su operación allí. Eso incluía saber de Filba, de sus tratos con el almirante y de la reciente pérdida del mensajero que habían enviado allí para saber cómo iba la bota.

Kaird ladeó la cabeza.

—¿Fue cosa tuya?

*Lente* asintió.

—Pues claro. ¿De quién si no? Ya sabes, que tengo… otras obligaciones que no interfieren con mis responsabilidades con Sol Negro. Filba se estaba volviendo codicioso y estaba perdiendo el control. Su muerte era sólo cuestión de tiempo, y al acelerarla, procuré un poco más de protección para mi puesto aquí.

—Interesante —dijo Kaird.

—¿Te parece mal?

—En absoluto. Estás aquí porque tu organización ha confiado en tus habilidades. Mientras las cosas marchen bien, cómo lo hagas no es problema nuestro. Es sólo que he tenido oportunidad de hablar con nuestro socio de aquí hace un rato, y el almirante afirma que fue él el que dejó inerte al hutt.

*Lente* frunció el ceño.

—¿Y por qué ha dicho eso?

—Excelente pregunta. Espero poder responderla antes de dejar este planeta.

*Lente* asintió de nuevo.

—¿Y qué hay de mi misión?

—No ha cambiado. ¿Cómo va el mapeo?

—Lento pero seguro. Tengo ubicados los principales campos de bota de este cuadrante, muchos del cuadrante vecino y varios parches silvestres al otro lado del planeta que hasta el momento no han sido registrados oficialmente. Ni lo serán, a no ser que sea por accidente. He manipulado los registros para que el escáner muestre esos lugares como vacíos.

—Excelente. Cuando los separatistas de la República consigan triunfar, estaremos preparados para negociar con ellos sobre la bota. Y si las fuentes son desconocidas, tanto mejor. Cuanta más información tengamos, más fuertes seremos.

*Lente* sonrió.

—A ti te da igual quien gane, ¿verdad?

El nediji sonrió también, con un gesto maligno, sin labios.

—Eso te molesta porque tú has elegido bando.

*Lente* no dijo nada.

Kaird prosiguió:

—Siempre habrá vicios a los que satisfacer. Las guerras vienen y van, pero el negocio permanece. Los sistemas políticos cambian, la gente no.

Hace diez mil años, la gente ya bebía, inhalaba o consumía intoxicantes, jugaba y vivía del contrabando. Y dentro de diez mil años lo seguirán haciendo, mande quien mande. Aunque Sol Negro se hunda, aparecerá alguien para satisfacer esos deseos.

—Y hacerse con un gran beneficio.

—Por supuesto. ¿Conoces la obra del filósofo Burdock?

*Lente* no la conocía y así lo dijo.

—Burdock decía: «Afrontémoslo, si el crimen no compensara, habría muy pocos criminales».

—Casi todos acaban en la cárcel —dijo *Lente*—. Porque muchos de ellos no tienen muchas luces.

—Cierto. Lo cual hace que los inteligentes se enriquezcan todavía más. Sol Negro no soporta a los estúpidos —Kaird sonrió de nuevo—. ¿Tienes la nueva información codificada?

—Sí. Está en un chip implantado —*Lente* cogió un dispositivo del tamaño de una uña de un cajón y lo alzó. El chip que se veía dentro del dispositivo de plastoide transparente era del tamaño de una pestaña pequeña y afilada en la punta—. Ponte el extremo plano en la piel y enróscalo para insertártelo subcutáneamente. Y acuérdate del lugar exacto, porque no es detectable ni siquiera mediante un escáner doppraymagno.

—Siempre es un placer hacer negocios con un profesional —dijo Kaird. Se puso en pie—. No volveremos a hablar mientras yo esté aquí. Quizá volvamos a encontrarnos en otro momento, en otro lugar, *Lente*. Hasta entonces, que te vaya bien.

*Lente* asintió.

—Vuela libre, recto, Hermano del Aire.

Eso sorprendió al nediji, como *Lente* sabía que pasaría. Alzó una ceja emplumada.

—Conoces la Bendición del Nido. Estoy impresionado.

*Lente* le saludó lentamente, al estilo militar, con una ligera inclinación.

—El conocimiento es poder.

—Desde luego.

Cuando se fue, *Lente* se sentó un momento, pensativo. El hecho de que Bleyd hubiera reclamado la autoría de la muerte de Filba, como le había contado el nediji, era interesante, pero era un tema del que ya se ocuparía el nediji; no era asunto de *Lente*. El destino del almirante no tenía importancia real. *Lente* tenía una presa mayor en el punto de mira. Después de todo, ¿a quién le importaba un almirante cuando se perseguía a la República entera?

# 29

Cuando Barriss entró en el centro médico para hacer sus rondas, se dio cuenta de que el androide de guardia era el mismo al que había ayudado durante el diagnóstico. El mismo androide de la partida de sabacc de unas noches atrás. I-Cinco. El androide con el que Jos había discutido los principios básicos que definían a los humanos.

Le contempló un momento. Estaba cambiando el fluido de bacta de un tanque. Se movía con la precisión económica de un androide, pero había algo sutilmente distinto en él. Algo que ella también había percibido en su rostro metálico: en ocasiones parecía ser capaz de gesticular. Sintiendo curiosidad, Barriss empleó la Fuerza para percibirle. Los tentáculos etéreos, invisibles e insustanciales, pero no por ello menos efectivos, envolvieron la forma del androide, buscando conocimiento y enviándolo de vuelta a ella. No había un análogo sensorial que describiera la forma en la que ella recibía y procesaba la información de la Fuerza. Los que no eran sensibles a ella no podían entenderla, igual que un ciego de nacimiento no puede entender lo que es ver. Pero para Barriss era un mensaje alto y claro.

Al principio no parecía haber nada inusual en I-Cinco. Podía percibir el casi imperceptible susurro de incontables quarks y bosuns cambiando de ubicación y polaridad, proporcionando conexiones potencialmente ilimitadas a la red sináptica. Podía sentir el zumbido de sus circuitos, el suave latido del fluido hidráulico y la contenida energía de los servomotores. El androide estaba bien hecho, pese a que tenía algunas piezas antiguas.

Pero parecía haber algo más…, algo demasiado sutil incluso para ser llamado aura. Un mero atisbo de que de alguna manera, de una manera inexplicable por métodos científicos, el todo de I-Cinco era mayor que sus partes.

—¿Puedo ayudarle en algo, padawan Offee?

Él formuló la pregunta sin darse la vuelta. La había percibido de alguna forma. Lo más probable era que hubiera sido mediante su sensor olfativo, que era mucho más sensible que el de la mayor parte de los seres orgánicos. La había olido.

—Sólo he venido a hacer mis rondas —dijo ella, dando un paso adelante—. Algunos pacientes a los que he podido ayudar.

I-Cinco se giró para enfrentarse a ella.

—Con la Fuerza.

—Sí.

—Conocí a una padawan, una humana aproximadamente de su edad, en Coruscant. Su nombre era Darsha Assant —él parecía algo abatido al contar aquello.

Barriss asintió.

—He oído hablar de ella. Obi-Wan Kenobi afirma que murió valientemente, peleando con un enemigo desconocido.

I-Cinco calló un momento.

—Valentía —dijo al fin—. Sí. Ella era muy valiente. Los humanos sois conocidos por vuestro valor en toda la galaxia. Incluso las especies más belicosas os respetan. ¿Lo sabías?

—Lo cierto es que no lo había pensado mucho. Hay muchísimas especies que son tan valientes o más que los humanos, supongo.

—Sí, pero hay una diferencia crucial entre los tuyos y un sakiyano, o, por ejemplo, un trandoshano o un nikto. Ellos son temerarios, pero no necesariamente valientes. Ser temerarios es algo que llevan en los genes. La vida tiene dos formas de garantizar la supervivencia de los mejores: produciendo guerreros lo suficientemente fieros como para conquistar todo lo que se cruce en su camino, o creando formas de vida con la intuición de la huida. Los seres capaces de ambas cosas escasean. Los humanos tenéis una opción: luchar o huir. Pero en muchas ocasiones optáis por luchar, y a menudo por razones peregrinas —I-Cinco alzó las dos manos con las palmas hacia arriba, encogiéndose de hombros como un humano—. Es fascinante, a veces abrumador y normalmente insoportable. Los humanos no dejan de sorprenderme.

Mientras hablaba, Barriss cogió el lumipanel de la estantería y empezó a repasar las hileras de camas, comparando las cifras de los monitores situados sobre las cabezas de los enfermos con las incluidas en el lumipanel mientras introducía el campo de información de cada paciente. El androide caminó a su lado.

—Jos y tú hablasteis de lo que significa ser humano durante la partida —dijo ella—. ¿Tú te consideras valiente, I-Cinco?

—Dudo que cualquiera que lo sea piense que lo es. No creo que la padawan Assant se creyera valiente.

Recorrieron el estrecho pasillo formado por dos filas de camas. Casi todas estaban ocupadas por soldados clon. La misma cara multiplicada una y otra vez. Lo único que variaba eran las heridas.

I-Cinco dijo:

—Me han dicho que las tropas también han sido modificadas genéticamente para sentir poco o nada de miedo en el campo de batalla. Uno no puede evitar preguntarse… ¿el hecho de no tener el «gen del miedo» los hace menos humanos?

Barriss no respondió. Estaba muy ocupada viendo cómo la última pieza del rompecabezas encajaba en su sitio. Sabía que Jos había estado luchando con un problema de tipo existencial durante los últimos días y, con la certeza que sólo tienen los conectados a la Fuerza, supo de repente que era ése. Jos, como casi todo el mundo, incluidos algunos Jedi, clasificaba a los seres que le rodeaban en cómodas casillas. Cómodas para él, al menos. Para él, los clones habían ido a parar a la misma categoría que los androides; sólo los diferenciaba el estar hechos de carne y hueso en lugar de duracero y circuitos electrónicos. Le resultaba conveniente verlo desde ese punto de vista distante. Le facilitaba aceptar una pérdida en la sala de operaciones, aunque seguía tomándoselo muy mal. No era el tipo de hombre que permanece impasible o indiferente

ante la vida, ni siquiera ante la de alguien a quien la mayoría considera un autómata orgánico.

Pero de pronto aparece I-Cinco, una máquina totalmente consciente, o extremadamente cerca de serlo, y la vida deja de ser sencilla. Si Jos no podía segregar mentalmente a un androide y convertirlo en algo inferior a un humano, tampoco podría incluir a los clones en esa categoría.

Ahora entendía por qué estaba tan abatido últimamente. Su forma de ver la vida se había venido abajo.

Una mano que sujetara un vibroescalpelo debía tener el pulso firme. Tenía que hablar con él. O al menos asegurarse de que visitara al mentalista.

Pero… ¿qué palabras podría ofrecer ella para acallar aquel torbellino? ¿Acaso estaba tan segura de conocer la vida en todas sus formas como para ofrecer una solución real al problema de Jos? Mentes más privilegiadas que la suya habían fracasado en su empeño de elaborar una filosofía de todo lo que convertía a la galaxia en un lugar perfectamente coherente. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿De qué va todo esto? Ella tenía la Fuerza, una constante en la que había encontrado apoyo desde que tenía uso de razón, y su conocimiento de la Fuerza había ido creciendo con el paso de los años. Como el zumbido de microondas de la galaxia, la Fuerza siempre estaba con ella. Ella tenía una seguridad. Pero ¿qué quedaba a quienes no podían sentir el consuelo de la Fuerza?

¿Qué podía decirle ella a un hombre cuyas preguntas tenían tan difícil respuesta? Y en el supuesto de que él pudiera percibir la Fuerza, ¿qué decía eso de la vida de un clon, de un androide o de cualquiera? La Fuerza no era el instrumento de nadie, sino lo más básico de la ética y la moral. Estaba el Reverso Luminoso y el Lado Oscuro, y ésas eran las opciones ofrecidas por la Fuerza. Las enseñanzas sobre la verdadera naturaleza de la vida como tal debían proceder de otro lado.

Pero, aun así…, ella era curandera. Y en ocasiones podía aliviar la furia de las tormentas mentales. Al menos, una mente en calma era una herramienta mejor para tratar temas así. Ella no podía responder a las preguntas de Jos, pero quizá sí ayudarle a encontrar un lugar tranquilo en el que poder hallarlas por si mismo. Estaba dispuesta, y encantada, a hacer al menos eso.

# 30

El espía tenía dos alias: *Lente* para Sol Negro y *Columna* para los separatistas. Esta última identidad se sentó y frunció el ceño ante el extraño garabato que aparecía en el holoproyector de su ordenador. Para los no iniciados, la pequeña marca podía ser poco más que una mota posada en el emisor de imágenes del proyector. Para los expertos, la muesca era algo muy diferente.

El jefe del espía en Drongar había enviado otro de sus en exceso frecuentes comunicados. Era exasperante. De las docenas de mensajes en clave que le enviaban, ninguno le proporcionaba nada sustancioso. Solían ser cosas triviales del tipo «mantener vigilancia sobre la bota», por lo general inútiles, y una pérdida de tiempo para un agente de campo en las circunstancias de *Columna*. Tardaba horas en descifrar las malditas cosas, que eran bucles espaciados en feraleechi. Utilizando un proceso aburrido, repetitivo y manual, se decodificaba parcialmente una cifra, empleando una palabra clave de las holonoticias matutinas. Eso le proporcionaba una serie numérica que se contrastaba con algún manual de la biblioteca, que solía ser tan aburrido que leerlo en voz alta podría parar en seco cualquier pelea de cantina, algo como *Procedimientos aridianos para el desarrollo de fertilizante agrícola en Lythos Nueve*, o cualquier chorrada semejante. Luego había que trasladarlo del Básico al symbiano, una lengua muerta desde hacía treinta mil años, pero por desgracia no enterrada, y cada sexta palabra se transponía. El resultado de semejante labor solía ser un mensaje del tipo: «¿Qué tal va todo?».

El jefe espía no tenía mucho que hacer, y para colmo debía estar paranoico.

Lo cual, en opinión de *Columna*, era una estupidez. Incluso en el supuesto de que alguien consiguiera interceptar uno de esos mensajes, cosa nada probable, e incluso en el caso de que fuera el mejor descifrador de la galaxia y descubriera la cifra, cosa aún más improbable, no le compensaría el esfuerzo acabar sabiendo la cantidad de cajas de cerveza phibia que habían llegado el mes pasado a la cantina militar de la Base Principal.

*Columna* suspiró. Era así como los separatistas querían hacer las cosas, y no se podía hacer nada. Tendría que hacerse así, pero no en ese momento. Lo haría más tarde.

Mucho más tarde…

* * *

Jos avanzó por la sección médica en dirección a un paciente de postoperatorio que había desarrollado recientemente una infección nosocómica. El paciente era un oficial humano, no un clon, y alguien en quien Zan y él habían trabajado durante horas para sustituir un corazón perforado de metralla. Habían tenido suerte: cinco minutos más y le habrían perdido. Tras un triunfo quirúrgico tan brillante, era sencillamente inaceptable perderlo por culpa de un microbio que había madurado en un vertedero. Aunque el Uquemer gozase de tecnología punta en lo referente a procedimientos y entornos estériles, las

infecciones nosocómicas, contagios contraídos durante una hospitalización, seguían ocurriendo de vez en cuando. Aquélla en concreto era especialmente obstinada, y no respondía a la amplia gama normal de antibióticos, y aún habían podido extraer la cepa para identificarla.

La prognosis era fatal. El oficial no sobreviviría a menos que pudieran identificar la causa.

Cuando Jos llegó a la cámara de aislamiento, vio que Zan ya estaba dentro de las paredes de aire y del campo esterilizado que impedía entrar o salir a los patógenos. Junto a la cama, justo fuera del campo, había una figura encapuchada, un Silencioso.

Jos jamás había creído mucho en la supuesta eficacia de la muda hermandad a la hora de ayudar en la recuperación de los pacientes, pero en aquel momento no pensaba rechazar ninguna clase de ayuda. Y ya fuera por algún efecto placebo, por curación espontánea o remisión o por algo completamente ajeno a la experiencia médica de Jos, la verdad era que la presencia de un Silencioso cerca de un paciente parecía acelerar la recuperación. Así que, al pasar, saludó con una inclinación de cabeza a la figura cuyo rostro iba oculto por la capucha. El Silencioso respondió del mismo modo.

Jos entró en el campo, que crujió levemente. Zan se sobresaltó, como si alguien le hubiera hecho cosquillas de repente. Miró a su alrededor, vio a Jos y se tranquilizó.

—Ah, eres tú.

—Yo también me alegro de verte —Jos se fijó en que Zan tenía una ampolla vacía.

—Lo siento. Estoy un poco atacado.

—Pues no entiendo por qué. Últimamente todo el mundo tiene la adrenalina a tope —Jos contempló la forma inconsciente que había en la cama—. ¿Qué tal lo lleva nuestro próximo modelo para el calendario de los horrores de la guerra?

El paciente, llamado N'do Maetrecis, mayor del ejército de tierra, parecía estar algo mejor que la última vez que le había visto Jos. Antes tenía la piel pálida y deshidratada, pero ahora tenía un tono normal y saludable. El gráfico del monitor colgaba a los pies de la cama, y Jos lo recogió y observó los datos reflejados. Presión sanguínea normal, pulso normal, recuento de glóbulos blancos en sangre…

Pero bueno. ¿Qué era aquello? El elevado recuento indicaba que la infección estaba remitiendo. Y todas las diferenciales —la cantidad y proporción de glóbulos blancos especializados, segs, polis, eos y demás— estaban dentro de los límites de la normalidad.

El paciente se dio la vuelta.

—Vaya, vaya —dijo Jos—. Parece que alguien ha pasado por las sanadoras manos de una Jedi. O los dedos al menos.

La piel que rodeaba los cuernos de Zan se moteó ligeramente, lo cual equivalía, en zabrakiano, a ponerse colorado. Se metió la ampolla vacía en el bolsillo del mono.

Jos frunció el ceño.

—Ahora te ha dado por coger cariño al instrumental. ¿Vas a hacer que la anodicen para reutilizarla?

—¿Perdona?

—¿Desde cuándo no acaban las ampollas vacías en la basura? —Jos señaló la papelera que había junto a la cama.

—Anda. Lo siento… Creo que mi cerebro ha pedido la baja —Zan cogió la ampolla y la tiró al cubo.

Mientras pasaba por delante de él, Jos observó cuidadosamente el inyector neumático. La despejada etiqueta de plastoide estaba eso…, despejada. Nada. Ningún tipo de identificación que denotara el tipo de medicamento que había contenido. Ni número de pedido. Nada.

Eso no se hacía así.

El paciente, que ya estaba consciente, murmuró que se sentía muchísimo mejor. Jos emitió corteses ruiditos de médico, comprobó de forma automática las constantes del hombre y miró a Zan con la ceja arqueada.

—Doctor Yant, ¿podría hablar con usted en privado?

Al salir del edificio, Jos dirigió a Yant a la sombra.

—Vale. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué pasa de qué? ¿De qué me hablas? —Zan no miraba a Jos a los ojos.

—Te estoy hablando de un paciente que ha salido de una infección letal secundaria tan rápido que los gráficos han derrapado en el monitor. Y te hablo de tratamientos con ampollas sin identificar.

Zan dudó un momento y suspiró resignado.

En esa breve pausa, Jos de repente se dio cuenta de lo que acababa de pasar.

—Dime que no es cierto —dijo.

—Lo es —respondió Zan.

—Zan, ¿te están creciendo los cuernos hacia dentro o qué? Ya sabes cuáles son los riesgos. Si te cogen te someterán a un consejo de guerra.

—Si ves a otro ser vivo ahogándose y tienes una cuerda tirada en el suelo junto a ti, ¿te vas a preocupar por si te acusan de ladrón?

—Si existe una elevada probabilidad de que me cuelguen por ello, sí. Y no es lo mismo.

—¿Ah, no? Estamos en el planeta con mayor suministro de la droga más milagrosa de la galaxia. A cinco minutos de aquí hay un campo enorme donde se cultiva. Hemos intentado todo lo posible con este tipo, Jos: regeneración macromolecular, implantes de nanocélulas, cauterización… Nada ha funcionado. El hombre se moría. Ya sabes lo que se dice en la literatura especializada sobre la bota: que es un adaptógeno que puede curarlo todo en casi todos los fenotipos humanos, menos un mal día. Hemos tenido pacientes que han muerto de infecciones que probablemente podríamos haber curado con una parte ínfima —Zan alzó las manos en gesto de inevitabilidad—. No podía sentarme a verle morir. No cuando existía una mínima posibilidad…

Jos abrió la boca, pero no dijo nada. ¿Qué podía decir? La bota era valiosa, tanto que robarla era considerado altamente punible por la República. La planta era, en última instancia, la razón por la cual ellos y los separatistas se hallaban en Drongar.

Irónicamente, los Uquemer de la zona tenían prohibido utilizarla por su elevado valor potencial fuera del planeta.

Antes de que Jos pudiera hablar de nuevo, Zan dijo:

—Nadie echará de menos unas pocas plantas. Hay pequeños cultivos por los humedales que nadie conoce. Coges un par de brotes, te los metes en el bolsillo, los procesas manualmente más tarde… ¿Quién va a enterarse?

—Zan…

—Venga, Jos, ya sabes que muchos de los xenos de por aquí se cuelan y la cosechan para su uso recreativo. Filba solía colocarse con un hookah de bota casi cada noche. Todo el mundo sabe lo que puede hacer por ellos, y todo el mundo mira hacia otro lado, mientras nadie se pase de ambicioso. Al menos yo lo utilizo para salvar vidas, que es lo que la República dice que está haciendo. ¿Acaso la vida de alguien que se encuentra a cien pársecs de aquí es más valiosa que la de los que están en la sala contigua? ¿Es que debo quedarme quieto viendo cómo se muere la gente sin hacer todo lo posible por salvarla?

—Tú no empezaste esta guerra, Zan. No eres responsable de todos los que salgan heridos en ella.

—Ah, muy bonito. Está hablando el tío que abrió un agujero en la pared de una patada porque perdió a un paciente por el Síndrome Drakñahr, algo que no podría cursar ni nadie del Hospital de Coruscant ni una habitación llena de Jedi y de Silenciosos.

Se quedó sin palabras. Jos miró a su amigo y no vio nada más que un médico que se tomaba su trabajo tan en serio como él mismo. Suspiró.

—Vale, pero tienes que tener más cuidado… Aquí hay miradas mucho más agudas que la mía que podrían ver una ampolla sin etiquetar.

—Entendido. Me aseguraré de identificarlas de ahora en adelante —dijo Zan—. Incluso podría teñir el suero para que parezcan polibióticos o spectacilina. Nadie se dará cuenta, Jos.

—Eso espero —dijo Jos—. Porque si alguien se entera, tu carrera quedaría más aplastada que un mynock en un agujero negro.

Zan sonrió y palmeó a su amigo en la espalda. Los dos regresaron juntos al pabellón médico.

# 31

Den Dhur no era de los que permanecen ociosos mucho tiempo. A pesar de su fachada de cínico y sarcástico, de hacer su trabajo sólo porque servía para pagar facturas, lo cierto es que lo que más le gustaba en el mundo era su profesión. Incluso con el almirante siguiéndole la pista, no podía limitarse a quedarse en su dormitorio; de hecho, no podía hacerlo precisamente porque el almirante le seguía la pista. Como le había dicho un viejo oficial de policía en cierta ocasión, la primera pregunta que debería responder durante una investigación sería: ¿qué difiere el ahora del antes? Cualquier cambio en el comportamiento de un sospechoso era motivo de sospecha. Si se produce un robo en el banco y de repente el guardia de seguridad que estuvo presente decide tomarse unas vacaciones repentinas o acude al trabajo en un deslizador nuevo y carísimo… Bueno, más le vale haber heredado de un tío rico o haber ganado una apuesta en las carreras de dauxcat. De otro modo, lo más seguro es que consiga compañía. Compañía de uniforme, con pistolas sónicas y bastones aturdidores.

Den Dhur, el periodista, no solía pasarse el día solo en su cuarto, y no iba a coger esa costumbre ahora. De modo que se expuso al calor sofocante de aquel día, siguiendo al instructor de combate del Uquemer. Con discreción. Con mucha discreción. No era buena idea llamar la atención de un ser que, si quería, podía matarte sin que se le alterara el pulso. Un ser que había demostrado su capacidad y su voluntad de exterminar vidas, y que había sido grabado haciéndolo. Un ser que glorificaba la caza y la muerte.

Un ser como Phow Ji.

Den se deslizó entre las sombras de un edificio, sintiendo el alivio de la frescura, y observó a su presa. Enfocó una pequeña cámara de grabación hacia la escena y la encendió. Nunca venía mal algo más de material de relleno. Era preferible tener demasiado y cortarlo a tener muy poco y tener que estirarlo. El dispositivo no era ni mucho menos tan sofisticado como la polilla lunar, pero serviría.

Phow Ji había reunido a un grupo de estudiantes de lucha, una docena más o menos, humanos en su mayor parte, y estaban calentando los músculos en una extensión de césped rosáceo situada tras la cantina. Los árboles de anchas hojas ofrecían una sombra parcial a los alumnos de artes marciales, pero los estiramientos provocaban que quienes podían sudar lo hicieran copiosamente, mientras que quienes tenían otras formas de refrescarse jadearan agitando las extremidades o dilatando corrientes y bulbos, lo que fuera para quitarse de encima el exceso de calor.

—¿Cuál es la regla número uno? —dijo Ji. Su voz era extrañamente suave, pero se oía con claridad en el aire húmedo de la mañana.

—¡Siempre alerta! —recitó la clase al unísono.

—Exacto. No se cuelga la mentalidad de luchador en el perchero cuando se entra en el cubículo. No se deja en la estantería al ducharse, no se olvida en la mesilla al dormir. Si no es parte de ti, es inútil y…

Sin previo aviso, Ji dio un rápido paso a la izquierda, describió un breve arco con el puño y golpeó a un humano alto y delgado entre las costillas.

El humano soltó un quejido y retrocedió tambaleante, alzando las manos en una retardada postura defensiva.

—¡Demasiado tarde! —rugió Ji, lo suficientemente alto como para que Den sintiera un escalofrío, oculto, como estaba, a treinta metros de distancia.

El humano cayó sobre una rodilla con la cara congestionada por el dolor. Cuando vio a Phow Ji observándole, se puso en pie de inmediato.

—Los duelos son divertidos —dijo Ji—. Los duelos ocurren cuando tu contrincante y tú sabéis lo que va a ocurrir, al menos en términos generales. Los duelos son claros, limpios y tienen reglas. Un enfrentamiento en el ring podría mataros, pero vosotros estáis preparados para eso. Sabéis quién es el enemigo, dónde está, y no os sorprende que se abalance hacia vosotros.

»En la vida real no existen esos lujos. Podrías estar sentado en el retrete cuando alguien viniera a por ti. Duchándote, durmiendo o asistiendo a una clase como ésta. Entonces, ¿cuál es la regla número uno?

—¡Siempre alerta! —gritaron al unísono.

Ji dio un paso hacia el grupo. El grupo retrocedió un paso como un solo hombre. Algunos alzaron las manos. Uno de ellos medio desenfundó un cuchillo.

Ji sonrió.

—Eso está mejor. Bien. ¡Primera postura!

Los estudiantes se colocaron en posición, un pie delante, una mano arriba, la otra abajo. Ji se paseó entre ellos, tocando un brazo o una pierna aquí y allá, corrigiendo las poses. Todos los miembros del grupo le observaban con tensión, según advirtió Den, incluso desde su escondite.

Den negó con la cabeza. El tal Phow Ji era mala gente, no cabía duda. Ya tenía suficiente para conformar una noticia, pero dejó que la cámara siguiera grabando. Ya sabía qué enfoque le daría: Phow Ji, un matón asesino que, en tiempos de paz, probablemente acabaría encerrado para proteger a la ciudadanía, pero que desahoga sus violentas tendencias en el campo de batalla, donde se le permite matar y se le trata como a un héroe y no como a un villano. ¿Cómo se sentiría el público ante eso? ¿Al saber que alguien mentalmente perturbado, y violento, un asesino, un monstruo, se movía con libertad y además luchaba a su lado?

Den sabía que podía retorcerlo para que se sintieran horrorizados. Unas pocas secuencias más demostrando la crueldad y la violencia del humano, y los seres civilizados reaccionarían con asco y repulsión.

Sonrió. Aquello era lo que él hacía, y era bueno en ello. Evidentemente, uno nunca podía estar seguro de la reacción del público, pero sabía reconocer una buena noticia cuando la veía, y sabría contarla como es debido.

# 32

Jos llegó a la conclusión de que Tolk le torturaba deliberadamente. Ella sabía cómo le afectaba su presencia, y lo sabía tanto por su naturaleza como por formación, tanto por su especie como por ser hembra, y hacía cualquier cosa menos darle una invitación por escrito para unirse a ella en hacer lo que él pudiera desear.

En el aseo de la sala de preoperatorio, Jos se lavaba las manos, método en el que empleaba los diez minutos de rigor, para enjabonar, quitar la roña de las cortas uñas y repetir el proceso, aunque no había necesidad de hacerlo desde mucho antes de que naciera. Gracias a los guantes y a los campos de esterilidad, había muy pocas probabilidades de que un agente patógeno pudiera llegar hasta un paciente, por mucho que él se lavase las manos durante nueve minutos en vez de diez, pero sus maestros habían sido amantes de las viejas costumbres. Por eso se lavaba, contemplaba el crono y le daba vueltas a la cabeza.

Las viejas costumbres. En su planeta era aceptable, aunque no mucho, que un joven soltero viajara por la galaxia y degustara los placeres de la compañía esker. Era algo de lo que no se hablaba en círculos sociales, pero que se hacía. Y el joven, tras visitar otros sistemas, regresaba a casa, buscaba a alguien de una buena familia enster con quien casarse y sentaba la cabeza.

Pero ni en los días más locos de su juventud, se había sentido Jos cómodo con la idea de una relación casual. Las había tenido, claro, pero esos encuentros insignificantes le habían pesado mucho después. En lo más hondo de su ser, sabía que sólo habría un gran amor en su vida, y que no podía serle infiel. Aunque no la hubiera conocido todavía.

Pero ahí estaba Tolk. Guapa. Atractiva. Lista. Cariñosa. Inteligente. Y, eso Jos lo sabía bien, muy perceptiva. Le atraía mucho. Quería conocerla, explorar sus profundidades emocionales, averiguar si lo que intuía en ella era real. Y, de provenir de otro sitio, habría roto plusmarcas de velocidad para correr a su lado y averiguar si realmente era ella. Su familia, su cultura, y una vida entera de consagración a su trabajo se lo impedía a los dos. No era una de los suyos. Era una ekster. No había sacramento, ni ceremonia, ni ritual alguno que pudiera cambiar aquello. Ella no podía convertirse en uno de ellos.

Jos era un hombre de veras dividido.

Tolk era perfectamente consciente de dónde procedía Jos. Podía retirarse discretamente para evitarse problemas, pero no lo había hecho.

*¿Y por qué será eso? ¿Eh, Jos, tontorrón? ¿Mmmm?*

Jos se frotó con fuerza el dorso de la mano. Se le estaba poniendo la piel de un color rosa oscuro. Limpia. Muy limpia.

Tolk no se había mostrado inaccesible por una razón muy sencilla: él la quería, y no de una forma meramente física. Y ella era perfectamente consciente de ello. Al parecer, no le disgustaba la idea. Y ahí estaba el verdadero problema…

—No te recomiendo que te despellejes del todo, Jos. El líquido seroso deja los guantes perdidos por dentro.

Habla de tentación, ¡que aquí aparecerá ella!

Él murmuró algo.

—¿Perdón? No te he oído.

Jos continuó lavándose las manos meticulosamente, como el personaje de aquel viejo holodrama que pensaba que, por mucho que frotara, jamás conseguiría limpiarse la sangre de su padre. ¿Cómo se llamaba…?

Respiró hondo. Más le valía aclararlo ya.

—Oye, Tolk. Yo…, esto, quiero decir…, eh… —Vaya, sí que era difícil. El término «sentimientos encontrados» no bastaba para describir lo que sentía. Era más parecido a sentimientos en pie de guerra.

Ella le sonrió dulcemente, fingiendo no tener ni idea de lo que le pasaba a Jos.

—¿Sí?

Jos se enderezó y puso las manos bajo el secador.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—¿Yo? Lo siento, ¿qué dificulto, doctor Vondar? —ni el más fino azúcar hilado de Yyeger se habría derretido en su lengua.

—Ya conoces mi cultura —dijo él, decidido a terminar con aquello.

—Sí. ¿Acaso eso te molesta o algo así…?

—Venga ya, Tolk. ¡Sabes perfectamente de lo que te hablo!

Ella le miró inocentemente, con ojos tan abiertos que un sullustano habría parecido bizco a su lado.

—Mi talento no es perfecto, Jos. No puedo leer la mente. Sólo sé lo que sería obvio para cualquiera que se acercara lo suficiente como para mirar. Quizá deberías decir lo que quieres decir para evitarnos más confusiones —ella sonrió de nuevo.

Él quería gritar y romper algo.

—Yo…, tú…, nosotros… Nosotros no podemos tener un futuro juntos.

Tolk parpadeó, inocente como un recién nacido.

—¿Futuro? ¿Pero quién ha hablado de eso?

—Tolk…

—Estamos en zona de guerra, ¿recuerdas? Nuestro campo de protección podría estropearse mañana, podríamos recibir un disparo de los separatistas, y entonces dejaríamos de existir, así como así. O las esporas podrían mutar y provocarnos la muerte. O podría caernos un rayo. En resumen, estamos en un lugar peligroso. Nuestras perspectivas son lúgubres. Cualquier futuro para nosotros es pura teoría.

Jos se la quedó mirando. Consiguió retener un mínimo de control sobre sus músculos para poder cerrar la boca.

Tolk dijo:

—¿Conoces el refrán bruviano «Kuuta velomin»?

Él negó con la cabeza.

—Aprovecha el momento. Es lo único que tenemos. El pasado ya no existe, el futuro podría no llegar nunca. Lo único que existe es el ahora. Yo no quiero matrimonio, Jos. Sé que es un camino que no puedes hacer conmigo. Pero podríamos compartir el cariño que podríamos darnos el uno al otro, aquí y ahora. Dos personas cuidándose. El futuro, si es que llega, ya se las apañará como pueda. Nosotros deberíamos hacer lo propio. ¿Qué mal hay en ello?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Yo… Ojalá pudiera. Pero no soy así. Necesito comprometerme con algo tan importante.

—¿Tan importante soy para ti, Jos?

Él la miró, y ella sonrió de nuevo, con tristeza.

—No tienes que decir nada. Me lo dice tu cara —hizo una pausa—. Vale. Entonces seremos amigos y compañeros de trabajo, porque parece que es lo único que se nos permite. Es una pena —estiró el brazo y le acarició la mano, y Jos sintió una descarga de emoción recorriéndole todo el cuerpo.

Ella retiró la mano. Ya no sonreía.

—Vaya, te he contaminado. Lo siento. Vas a tener que lavarte las manos de nuevo. Te veo en la SO.

Cuando se fue, él se dio cuenta de que estaba temblando.

Odiaba todo aquello. La guerra, las muertes, su cultura, y en aquel momento se alegró de que Tolk se hubiera marchado para que no viera la desesperación que seguro se reflejaba en su rostro.

Tenía que salir de allí.

No por mucho tiempo, y no muy lejos, pero no podía enfrentarse a la SO en aquel momento, y menos con Tolk dentro. Prefería enfrentarse a un batallón entero de droidekas armado con sólo un trochar a volver a ver aquella mirada en los ojos de ella, al menos por ese día. No podría concentrarse: quizás acabara sustituyendo un riñón por una vesícula biliar o algo igual de malo.

Llamó a Zan.

* * *

—Me lo debes —dijo el zabrak muy serio mientras Jos le observaba trabajar—. Además, mi turno terminó hace dos horas.

—Dormir no es tan genial como lo pintan.

—No sabría decirte…

—Sólo una hora o así —dijo Jos—. Tengo que aclarar la cabeza.

—¿Te vas a dar un paseo? ¿Has salido al exterior últimamente? El aire está tan condensado que podrías ir nadando a la cantina.

—Una hora —dijo Jos—. Volveré.

Él salió del edificio y atravesó el complejo, alejándose de los humedales hacia el relativamente seco campo de bota. Zan no había exagerado. A los diez minutos de caminata, tenía la ropa completamente empapada en sudor. Tendría que volver a descontaminarse.

Le daba igual.

Cruzó un pequeño bosquecillo de árboles de grandes hojas, apartando a los *picotones* y a los chinches ígneos que revoloteaban a su alrededor, y vio los campos de bota. Unas veinte filas paralelas de cultivos que se perdían en la niebla de la distancia. La bota era una planta corta; la mayor parte crecía bajo tierra, quedando expuesto sólo el cuerpo de los frutos. Las matas eran atendidas por el típico grupo de androides. No veía ningún trabajador orgánico por allí.

Él no intentó siquiera arrancar un pellizco de la planta, sabiendo que los cultivos estaban protegidos por un campo cepo. Aquel vegetal inocuo era un artículo de lujo, algo comprensible al servir sus células adaptogénicas para una gran variedad de propósitos. Podía servir tanto de potente antibiótico como de alucinógeno o nutriente, dependiendo de la especie. Si se conseguía cultivar fuera del planeta, los contrabandistas tendrían motivos para preocuparse, porque entonces sí que sería todo para todos.

Todo para todos. A Jos le pareció de pronto que se había pasado gran parte de su vida, quizá demasiada, intentando ser la misma cosa. Que él recordase, siempre había dado por sentado que sería médico. No era una decisión de la que se arrepintiera, ya que estaba orgulloso de su profesión, pero ésa era una manera más de las muchas en que se había esforzado por ser un buen hijo. Fue un estudiante modelo, siempre obediente, el hijo que todos querían. Y su familia estaba realmente orgullosa de él, eso era innegable. Nunca escatimaron los halagos hacia él. Y él no quería hacerles daño, ni verles sufrir. Y sabía que al casarse con una ekster los conduciría a una tumba prematura.

Pero… le pareció oír la voz de Klo Merit: *«¿Son ésas tus costumbres?»*.

*«¿Lo son de verdad?»*.

No hacía falta ser un Jedi para darse cuenta de que Tolk destacaría hasta en un planeta lleno de mujeres. Y no podía negar que su oferta de cariño en tiempos de guerra era tentadora…, muy tentadora.

Pero *no podía*.

*¿De qué tienes miedo?*

—Tengo miedo de enamorarme de ella —dijo en voz alta.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —dijo una dulce voz detrás de él.

Sorprendido, Jos se dio la vuelta, esperando por un instante que fuera Tolk, sin saber si estar encantado, enfadado, temeroso o algo para lo que no tenía ni nombre…

Pero no era Tolk. Era la padawan, Barriss Offee.

# 33

Barriss se sorprendió por encontrar a Jos tan lejos de la base. Pero al cabo de un momento se dio cuenta de que no había nada de lo que sorprenderse. Ella llevaba un tiempo queriendo hablar con él, ofrecerle algún tipo de consuelo al caos mental y emocional que sabía que atravesaba. No era sólo un deseo de amiga. Era su deber como Jedi.

Y ahora, allí estaba.

*Los caminos de la Fuerza, desde luego, son inescrutables*, pensó ella.

Él no parecía especialmente contento de verla, y podía darse cuenta de que tampoco le apetecía la compañía de nadie en ese momento. Convocó a la Fuerza y encontró el nudo enrevesado de su sufrimiento, claramente expuesto bajo la superficie de su mente. Luchaba con un problema muy distinto al de sus sentimientos sobre los clones, pero eso no importaba; necesitaba paz, algo que ella podía proporcionarle.

Fluyendo con la Fuerza, muy ligeramente, ella tocó el nudo, acarició las cuerdas de su problema, acallando su latir como cuando se pasa un dedo por las cuerdas de una quetarra para acallar un acorde.

Él se quedó sorprendido. Alzó la vista y la miró con expresión insegura.

Barriss sonrió.

—Estás pasándolo mal, Jos —murmuró ella—. Libras tu propia guerra interna en tantos frentes como la República tiene en Drongar. No puedo solucionar tus crisis, pero sí guiarte a un lugar más seguro, desde el que poder lidiar con ellas.

—¿Por qué? —preguntó él—. Quiero decir…, ¿qué tengo yo de especial?

Barriss sonrió.

—Podría decir que quiero garantizar tu habilidad en la SO, y lo cierto es que eso es parte de mi propósito, pero sobre todo se debe a que soy Jedi, además de curandera. Mi objetivo es ayudar y consolar.

Jos se quedó callado un momento.

—¿Qué querías decir con lo de que ya era demasiado tarde?

—Exactamente lo que dije. Es obvio que la quieres y que es recíproco. Eso se ve incluso sin la Fuerza. Si no me crees, pregunta a alguno de tus amigos.

Jos alzó los brazos, desesperado.

—¿Es que todo el mundo se ha dado cuenta menos yo?

—Uno suele cegarse cuando se encuentra en el ojo del huracán.

—Pero es una ekster —susurró él—. Mi familia no podría soportarlo.

—Es bastante probable.

—Estaría renunciando a todo: a mi familia, a mis amigos, a mi carrera… Y ¿por qué?

Barriss le miró.

—Por amor —dijo ella.

Jos se quedó callado unos instantes, con los ojos fijos en el suelo. Luego suspiró hondo y miró a Barriss.

—No puedo —dijo él.

Ella asintió. Podía percibir su angustia, y que era sincero. Quizá fuera la decisión correcta. No le correspondía juzgarlo, sólo ayudarlo.

—Las decisiones que se toman con el corazón no son fáciles —dijo ella. Miró al cielo, vio que el sol se deshacía en llamaradas rojizas y anaranjadas, y su luz se reflejaba en las esporas de la atmósfera superior—. Oscurecerá pronto. Más nos vale regresar a la base.

Jos se miró el crono de muñeca y asintió.

—Sí, le prometí a Zan que regresaría en…

Una luz más intensa que una docena de soles cegó a Barriss. Un instante después, una mano gigante la levantaba del suelo, y la arrojaba con fuerza al barro.

* * *

El ataque cogió a Jos tan por sorpresa como a la Jedi. Al principio no estaba seguro de lo que había ocurrido: sólo que había habido un destello y una explosión ensordecedora, y cuando recuperó los sentidos se descubrió tumbado sobre el cuerpo semi-inconsciente de Barriss, los dos enterrados en barro caliente. No muy lejos de allí, uno de los árboles de hoja ancha había quedado reducido a un tocón humeante y desgarrado, ya que la copa había quedado calcinada por la energía de un potente rayo láser que lo había convertido en una bomba orgánica. A Jos le latía la cara, le dolía, y se dio cuenta de que la tenía llena de pequeñas astillas. Era un milagro que no se hubiera quedado ciego.

Alzó la mirada. Veía borroso, y la explosión le había dejado casi sordo, pero aún podía ver lo suficiente como para darse cuenta de que al otro lado del campo de bota había un androide de combate con el cañón de mira telescópica del pecho todavía desplegado. Parecía a punto de volver a disparar.

Jos se puso en pie, o al menos lo intentó. Era como si Drongar rotase de pronto en varias direcciones a la vez, y volvió a caerse. Esta vez aterrizó junto a Barriss. La cara de Jos quedó enterrada en el barro, a sólo unos centímetros de la padawan.

Vio cómo ella abría los ojos.

Otro cañonazo cayó en el suelo a un metro de ellos, calcinando filas enteras de bota, cuyos fragmentos llovieron alrededor de ellos.

Barriss se puso en pie. Jos no tenía ni idea de cómo pudo hacerlo. Parecía levitar. Primero estaba tirada en el suelo, y de pronto estaba en pie. Pero, por impresionante que fuera, no fue nada al lado de lo que hizo a continuación.

Mientras Jos observaba aquello, asombrado, la padawan saltó al otro lado del campo de bota, recorriendo de una zancada una distancia de al menos diez metros. Mientras volaba por los aires en dirección al androide, Jos vio otro resplandor. Al principio pensó que el androide había disparado de nuevo, pero luego se dio cuenta de que el brillo procedía de la mano de Barriss.

Había desenfundado el sable láser.

Jos había visto imágenes y holos del uso de aquel arma Jedi, pero nunca había visto una en la vida real. La hoja energética de Barriss era como una llama azulada de un metro de longitud. El ruido que hacía era como un enjambre de *picotones* enfadados, y hasta por encima del intenso hedor que le llevaba la brisa pudo percibir el cáustico olor a ozono que emanaba de ella.

Observó boquiabierto cómo Barriss aterrizaba junto al androide de batalla. Antes de que pudiera volver a abrir fuego, asestó un único golpe con el arma energética que partió en dos el torso de su contrincante. Saltaron chispas, y el androide cayó al suelo.

Jos consiguió ponerse en pie y se quedó allí parado, mientras la padawan desactivaba el sable láser. Se lo volvió a colgar del cinturón, y regresó adonde estaba él, poniendo cuidado en rodear el campo para no causar más daño al cultivo.

—Eso… —dijo él en una de las pocas ocasiones de su vida en que se quedó sin palabras—. Eso ha sido… Eres increíble.

Ella puso gesto de disgusto.

—Soy una principiante descuidada —respondió ella—. Si hubiera estado más pendiente de la Fuerza, ese androide nunca se habría acercado tanto como para atacarnos.

—Más nos vale regresar. Debe de ser la única unidad que ha conseguido atravesar nuestras líneas, pero quizás haya más.

Echó a andar hacia la base, y Jos se apresuró para mantener su ritmo.

—No puedo creer que fallara —dijo él.

—Parecía dañado por la batalla. Igual tenía la mira electrónica estropeada. En cualquier caso, dudo de que volvamos a tener tanta suerte. Vámonos cuanto antes. Además, debes someterte a reconocimiento…, parece que te has afeitado con una mata de espino.

Jos estaba totalmente de acuerdo con eso. Ver a Tolk en la SO de repente no le pareció tan traumático. Aquél era un aspecto de la guerra al que no se había visto expuesto hasta el momento. Y no estaba ansioso por volver a experimentarlo.

Y, por supuesto, Zan no se sorprendió al verle regresar.

—Llegas diez minutos tarde —dijo él.

—Casi me mata un androide de combate —dijo Jos.

—Excusas. No te ha matado, ni siquiera te ha reventado una pierna ni nada.

Jos sólo le oyó a medias. Su mente estaba ocupada con el recuerdo de Barriss Offee luchando contra el androide. Había estado espectacular en su uso del sable láser. Hasta el momento, casi todas las mujeres ekster que había encontrado eran mucho más interesantes y divertidas que las mujeres enster que recordaba…

# 34

Jos tenía tantas cosas en la cabeza que apenas prestaba atención a las chipcartas. Los oros, copas, espadas y bastos apenas tenían significado para él. Alrededor de la mesa, los demás jugadores miraban sus cartas, pensando en sus cosas o haciendo los comentarios habituales.

—Hijo de bantha, ¿pero quién ha repartido este horror? —dijo Zan.

—Creo que he sido yo —dijo Den. Miró a Jos—. He intentado hacer trampas en tu favor, doc… ¿no te ha salido un sabacc puro?

—Muy gracioso —respondió Jos—. Si las cartas malas fueran una bomba, esto ya sería un campo de asteroides.

—Hablas como si quisieras subir las apuestas —dijo I-Cinco.

—¿Vas a apostar, te plantas o te limitarás a quejarte? —preguntó Tolk a Jos.

Su tono de voz era como un disruptor sónico que le dio de lleno en el pecho. Para su sorpresa, se dio cuenta de que haber estado a punto de morir mientras intentaba aclarar sus pensamientos ayer no le perturbaba tanto como la nueva frialdad que le mostraba Tolk.

*Pero eso es lo que le dijiste que querías, ¿no?*

Miró sus cartas. Teniendo la Reina de Aire y Oscuridad, el Maligno y la Muerte estaba tan por debajo del veintitrés negativo que no tenía forma de ganar, según las leyes matemáticas de aquella galaxia. Cuando llegó su turno, se plantó.

Las apuestas se las llevó la banca. Tras la siguiente carta, Zan también se retiró.

Den repartió una carta más al resto de los jugadores: Tolk, I-Cinco, Barriss y él mismo. La Jedi se retiró.

Zan se echó hacia atrás.

—Bueno, Den, ¿no ibas a escribir un artículo sobre Phow Ji?

El periodista dejó de repartir un instante y prosiguió.

—Sí.

—¿Y cuándo vamos a verlo?

—Pues, con suerte, nunca.

Jos pensó que aquello era extraño, ya que Den parecía tener muy buena opinión de sí mismo como escritor. Días antes les había contado a sus colegas de sabacc que pensaba destripar al bunduki con un artículo revelador. Obviamente, les había advertido Den, esa información no sería del dominio público, ya que el sullustano no tenía ninguna intención de convertirse en pasto para shaak a manos de Ji.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jos.

Den no respondió. Tolk dio por terminado el reparto y se descubrieron las cartas. Ella ganó con un veintitrés. Por supuesto.

—Afortunado en el juego, desafortunado en el amor —dijo Den.

Tolk miró a Jos y sonrió a Den.

—Entonces ¿por qué no vamos a ver ese artículo, Den?

—Sí, sí lo veréis, si buscáis con lupa. Ellos lo han… destrozado. Yo lo enfoqué para mostrar a Ji como una escoria galáctica, y que darle como alimento a un rancor hambriento era demasiado bueno para él.

—¿Y…? —dijo Barriss.

—Y ellos… le han dado la vuelta completamente para que no sonara tan… mal —Den barajó las cartas—. Nada mal, me temo. Parece ser que la opinión pública se ha cansado de malas noticias. Según mi editor, ya han tenido suficientes. Se ha perdido una batalla aquí, tal sistema sufre un bloqueo y demás. Según la República, puede que las fuerzas de Dooku acaben recibiendo una buena patada en su metálico trasero a largo plazo, pero el público no opina lo mismo. Quieren héroes.

—Phow Ji no es en absoluto un héroe —dijo Zan—. Es un matón asesino que mata gente por diversión.

—Algo que me costó mucho destacar, créeme. Pero eso da igual. Ji puede ser retocado infinitamente para que entre por el aro. Así lo han decretado voces más poderosas que la mía, y parece ser que así es como será.

Hubo un momento de silencio atónito cuando los otros jugadores asimilaron aquello.

—Eso no es darle la vuelta, eso es dar un salto mortal completo en el giro gravitatorio de un transporte de tropas de Clase Uno —dijo Jos.

—¿Vamos a hablar o vamos a jugar a las cartas? —dijo Den, pasándole la baraja—. Te toca, doc.

—Tal y como me va hoy, me saldrá mucho más barato hablar —dijo Jos—. Ya debo cincuenta créditos.

A Zan pareció entrarle de repente un ataque biliar.

—Pero…, ¡no pueden convertir a un bastardo sin corazón como Ji en alguien digno de admiración! ¡Ese hombre guarda trofeos de todos los seres que asesina!

—Enemigos de la República, todos y cada uno de ellos —dijo I-Cinco—. Así es como lo presentarán.

—Esto que nos cuentas es increíble, Den —dijo Barriss—. Debes de estar terriblemente decepcionado.

Den guardó silencio; parecía repasar sus pensamientos.

—Pues sí. Lo estoy —dijo al fin—. Pero no me sorprende mucho. No nací ayer, después de todo. Ya he visto cómo le han hecho lo mismo a otros. Incluso a mí me lo han hecho antes…, aunque nunca hasta este punto —soltó una risilla burlona—. Nuestro retorcido Phow Ji probablemente saque un suculento contrato audiovisual, si es que no descuartiza antes al agente que venga a ofrecérselo. «El héroe de Drongar», muy pronto en su 3D casero.

—Hijo de bantha —dijo Jos.

—Los héroes son efímeros —dijo Den en un tono que sonaba como si intentara convencerse a sí mismo de ello más que a los demás jugadores de la partida de sabacc—. Vienen, van y tienen más facilidad a la hora de morir que los demás en tiempo de guerra.

A la larga da igual que uno sea real y el otro sea producto de los medios. Realmente nada importa.

—Me voy a lanzar y atreverme a afirmar que no te gustan mucho los héroes —dijo I-Cinco.

Den se encogió de hombros.

—A veces sirven como información de relleno. Pero, aparte de eso, no valen para nada.

—¿Acaso no hay nada por lo que arriesgarías tu vida?

—¡Por el Creador, no! No creo en toda esa basura espiritual. No creo que me reencarne en algo superior en la cadena alimenticia, ni que al morir vaya a ver el Espectro del final de la galaxia, ni que me haga incorpóreo y uno con la Fuerza. Para mí lo que ves es lo que hay, y cuando se baja el telón, se acabó. Entonces ¿por qué tentar al Sueño Eterno antes de lo estrictamente necesario? Sin riesgo, no hay pérdida. Los héroes, a excepción de los que acaban siéndolo por accidente, o son tontos o venden algo.

Jos miró al androide.

—¿Y tú, I-Cinco? Dada tu construcción, podrías vivir unos quinientos o mil años más. ¿Arriesgarías tu cuello de duracero y todos esos siglos que te quedan de existencia si hubiera una remota posibilidad de perder?

—Dependería de la causa —dijo I-Cinco—. Ya he mencionado antes que sigo teniendo lagunas en la memoria que lucho por reparar, pero según los últimos fragmentos recuperados, tuve un par de momentos «heroicos» en el pasado. —Se abanicó con las cartas—. Y debo decir que las circunstancias me producen mucha curiosidad.

Den negó con la cabeza y miró a Barriss.

—Tú, por ejemplo… Tú eres Jedi, ésa es tu vida. Los médicos, bueno, he visto alguno que otro que cargaría contra un cañón de partículas a la primera de cambio, así que para mí están tan locos como los clones —miró a Jos, Zan y Tolk—. Sin ánimo de ofender —añadió.

—No te preocupes —dijo Zan.

Den miró a I-Cinco.

—Pero jamás había pensado que me cruzaría con un androide dándoselas de valiente. Tú, mi metálico amigo, necesitas una reparación muy seria.

—Y tú —replicó I-Cinco mientras tiraba un crédito al bote— necesitas un inhibidor en tu chip de cinismo.

Jos, Zan y Tolk sonrieron. Zan cogió la baraja.

—Quizá mi suerte cambie —dijo.

—Más te vale que no cambie justo cuando tú eres mano —dijo Jos.

Zan barajó y colocó la carta comodín de costumbre al final, para señalar dónde se había detenido. Puso la baraja en la mesa para que Barriss cortara.

—Yo creo que soy lo que podría llamarse un agnóstico devoto. No sé si existe algo más grande que nosotros, pero creo que deberíamos intentar vivir nuestras vidas como si fuera así.

—Una filosofía que mucha gente debería adoptar —dijo Barriss.

Den puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

Entonces, a Jos le volvió a la mente por un instante el recuerdo del profundo dolor de CT-914 por su camarada. Alzó la vista de las cartas y vio a Barriss mirándole con una expresión comprensiva en el rostro.

Jos miró a I-Cinco. El androide estudiaba sus cartas, pero pareció darse cuenta, porque también le miró. Jos ya sabía interpretar los sutiles cambios de intensidad en la luz de los fotorreceptores de I-Cinco, pero aquella vez, la expresión del androide le resultó enigmática.

El momento se alargó.

—Jos —dijo Zan—. Te toca.

—¿Qué apuestas? —preguntó I-Cinco.

*Eso… ¿qué apuesto?*

Jos soltó las cartas y se puso en pie.

—Me retiro —dijo—. Os veo luego.

Zan parpadeó.

—¿Adónde vas?

—A ofrecer mi comprensión a alguien que la necesita —dijo Jos al marcharse.

# 35

Jos atravesó el recinto, poniéndose una máscara osmótica sobre la nariz y la boca. La concentración de esporas en el aire era inusualmente densa. Pero estaba tan inmerso en sus pensamientos que apenas se fijó en las esporas o en el asfixiante calor del mediodía.

Estaba pensando en el viaje espacial.

Él había estudiado Medicina, y no Física Teórica. Sonrió levemente al recordar al irascible S'hrah, uno de sus profesores, que no tenía ninguna tolerancia por ninguna disciplina que no fuera la Medicina —«¡Eres médico, no físico!», solía decirle a Jos cuando éste divagaba—, pero que estaba al tanto de las nociones básicas y de la historia de esa ciencia como cualquiera que tuviera algo más que un trapo sucio por cerebro. El viaje interestelar era posible gracias al hiperespacio, una dimensión alternativa no muy diferente al espacio real donde podían alcanzarse fácilmente las velocidades supralumínicas. En la antigüedad, aquello era algo impensable, ya que el legendario científico drall Tiran había demostrado hacía treinta y cinco mil años que el tiempo y el espacio eran inseparables, y que la velocidad de la luz era una frontera absoluta que no podía cruzarse.

Pero la Teoría de la Referencia Universal de Tiran no decía que no se pudiera viajar más deprisa, sólo que no se podía viajar a la misma velocidad que la luz. Si se pudiera sobrepasar de alguna manera la «barrera de la velocidad de la luz», uno podría pasar teóricamente del espacio real al hiperespacio.

La colonización empezó utilizando naves generacionales, lo cual imposibilitaba conectar los planetas separados para crear una civilización galáctica viable. Finalmente, tras siglos de experimentos y fracasos, los mejores científicos de la República encontraron la forma de crear y contener campos de presión negativos lo bastante potentes como para alimentar una unidad portátil de hipermotor. Y así se instauró por fin el viaje supralumínico rentable y ubicuo.

Este logro, por supuesto, dio pie a la Gran Guerra del Hiperespacio y a otras situaciones desagradables, pero los pensamientos de Jos no se centraban aquel día en eso. Los problemas para alcanzar la velocidad MRQL constituían una buena metáfora para desentrañar otros conceptos. Si de alguna forma conseguías traspasar la barrera inicial de la percepción, acababas encontrándote en una galaxia no muy diferente a la que habías dejado atrás. En su caso, era una galaxia donde las inteligencias artificiales y las personalidades clonadas debían juzgarse con el mismo rasero que los seres orgánicos, y, una vez asimilado ese concepto, no resultaba tan difícil de entender.

Pero requería un pequeño reajuste… y una disculpa.

* * *

Los barracones del Tercio CT eran los mayores de las tres guarniciones de la Séptima Base Terrestre, que estaba en el extremo de los desiertos Rotfurze, una región destrozada ecológicamente a dos kilómetros del Uquemer. Jos solicitó un deslizador y llegó en menos de diez minutos. Estaba a bastante distancia del frente como para no preocuparse mucho, aunque podía oír de vez en cuando el retumbar de los rayos de partículas y el ruido sordo de los morteros de fragmentación C-22. Al parecer, los separatistas ya no estaban tan preocupados por dañar la cosecha de bota.

En la SBT le dirigieron a un pequeño cubículo de 4,5 metros cuadrados que apenas daba para la combinación de cama y armario que constituía la casa temporal de CT-914… Bueno, no era temporal. Era su casa. Sin contar la probeta en la que el clon había sido decantado en Ciudad Tipoca, en el planeta acuático de Kamino, CT-914 no tenía otro sitio al que llamar hogar.

La cama estaba hecha con precisión militar, las sábanas tan lisas como la superficie de una estrella de neutrones. El armario estaba abierto de par en par, y al inspeccionarlo vio que estaba vacío.

Lo que sí resultaba sorprendente era que el cartel de encima del cabecero de la cama, donde supuestamente debía poner el nombre del soldado CT-914, estaba vacío.

Jos vio a un oficial dresselliano por allí y le llamó. El dresselliano, como la mayor parte de los de su especie, saludó de forma un tanto resentida ante un superior. Jos le preguntó dónde estaba Nueve-uno-cuatro.

—En las cubas de reciclaje, probablemente —fue la sorprendente respuesta—. Junto con casi todo su batallón. Una guerrilla separatista les tendió una emboscada hace dos días.

El dresselliano esperó un momento, y después, viendo que el capitán humano no tenía aspecto de seguir haciendo preguntas, saludó de nuevo y siguió con lo suyo.

Jos salió de la guarnición lentamente, asombrado. En la última hora, aproximadamente, había llegado a pensar en CT-914 como el ejemplo de su nueva perspectiva sobre la humanidad básica de los clones, y descubrir de pronto su muerte era un trauma tan impactante como la muerte de un viejo amigo o de un ser querido. Se había sentido impelido a buscar al clon para pedirle disculpas, esperando que una expiación simplificase de alguna manera los retos que debía afrontar una mente que ahora albergaba respeto por algo que era más que un ser meramente orgánico. Pero, en lugar de eso, se dio cuenta de que CT-914 se había unido en la muerte a su hermano de probeta, CT-915. Y Jos sabía que pasaría mucho tiempo antes de que sus muertes, y las de otros muchos en aquella guerra, le parecieran algo más que carentes de sentido y despreciables, si es que alguna vez llegaba ese momento.

Intentó acallar sus pensamientos por un momento, tomarse unos instantes de respetuoso silencio por el guerrero caído. Pero parecía que, por mucho que intentara tranquilizar su mente, no podía dejar de pensar en Tolk.

* * *

A bordo de la fragata MedStar, el almirante Tarnese Bleyd estudiaba las grabaciones que tenía ante él, resultados de sus últimas rondas de interrogatorios a los miembros sospechosos del personal del Uquemer-7. Las arrojó al suelo con un gruñido. Nada…, sólo las típicas tonterías insustanciales. Nada que le proporcionara una mínima pista sobre quién podría haber estado espiándole durante la muerte de Filba.

Bleyd gruñó de nuevo; era un ruido subsónico, profundo, en su garganta. Mientras quien estaba al otro lado de la cámara espía siguiera en el anonimato, Bleyd continuaría en peligro. La grabación podía estar ya circulando por la HoloRed, o siendo visualizada en salones privados o en algún comité de investigación de Coruscant. La situación era intolerable.

¡Piensa, maldito! Utiliza ese cerebro de cazador, esos instintos depredadores. ¿Quién podría ser más proclive a tener una cámara de vigilancia, y quién podría tener razones para espiarlo, para grabarlo realizando algún tipo de actividad ilegal?

¿Quizá Phow Ji, el experto en artes marciales bunduki? Bleyd lo pensó y negó con la cabeza. Aquella actividad encubierta era demasiado sutil para un matón como aquél. Quizá debería volver a pensar en Sol Negro…

Sus ojos se entrecerraron al darse cuenta de algo de repente. ¿Estaría enfocando el tema desde el ángulo equivocado? Estaba dando por hecho que él era el objetivo del espionaje. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si era Filba el vigilado?

Bleyd activó la imagen del monitor de su escritorio, que construyó rápidamente un nuevo algoritmo de búsqueda. En un momento, obtuvo los datos que necesitaba.

En varias ocasiones distintas se habían producido quejas públicas por parte del periodista sullustano, Den Dhur, con respecto a Filba. Aunque Dhur no era el único del Uquemer que se sentía molesto con el hutt, el que fuera un periodista implicaba que probablemente tenía acceso a equipos de vigilancia.

Sí. Sí, tenía sentido. Dhur debía de estar grabando las acciones de Filba cuando el hutt murió. Y una desafortunada coincidencia hizo que también registrara el encuentro incriminatorio entre Filba y Bleyd.

Desafortunada, desde luego, sobre todo para el periodista…

Bleyd salió de detrás de su escritorio, luciendo una macabra sonrisa. Ordenaría el arresto de Dhur, que lo trajeran de inmediato ante su presencia. Con un poco de suerte, todavía podría enderezar aquel desastre antes de que…

La puerta de su despacho se abrió.

Bleyd parpadeó, sorprendido. La figura encapuchada de un Silencioso hizo su entrada, y Bleyd supo al momento quién se hallaba bajo la túnica.

Kaird, el nediji. El agente de Sol Negro.

Bleyd dio un paso en dirección a su escritorio. Casi automáticamente, su mano se deslizó hacia la parte de atrás de su uniforme, desenfundando el cuchillo que llevaba allí. Se adaptaba sin problemas a los pliegues de su puño. Era una hoja ryyk, mucho más pequeña que las armas tradicionales, utilizada por los guerreros wookiees de Kashyyyk,

pero no por ello era menos letal. Le había sido muy útil en ocasiones para marcar la diferencia entre la victoria y la derrota, la vida y la muerte, y aquélla no sería distinta.

El ser-pájaro se quitó la capucha, revelando su rostro sardónico y sus ojos violetas y llameantes. Ladeó la cabeza a modo de saludo.

—Almirante —dijo él. Cuando bajó las manos, la derecha mostró un arma reluciente.

Bleyd no respondió al saludo. Avanzó en círculo hacia la izquierda, con el cuchillo bajo, a la altura de la cadera, agarrando el mango con la hoja hacia fuera.

A tres metros, Kaird mantuvo el círculo, yendo hacia la izquierda también, y el cuchillo corto que tenía en la mano apuntando hacia su contrincante.

Bleyd parecía tranquilo por fuera, pero su cabeza era un torbellino. Su despacho era bastante grande, pero seguía encontrándose dentro de una nave, donde cada centímetro cúbico de espacio estaba muy solicitado. Con suerte, las limitaciones espaciales servirían para ralentizar al nediji. No podía esquivar si no tenía sitio, y si podía acorralarlo contra una esquina, Bleyd, que era más grande y más fuerte, le tendría a su merced. Sin duda saldría herido, eso no podía evitarlo, pero las heridas sanaban, las heridas podían curarse.

—Déjame adivinar —dijo el agente de Sol Negro—. Mathal no estrelló accidentalmente su nave contra la órbita incorrecta.

—Mathal era codicioso. Quería llenar un carguero de bota, provocar una matanza y aquí paz y después gloria. Si lo hubiera conseguido, me habría convertido en un fugitivo de la justicia de por vida. A él eso le daba igual. Tuvo su merecido.

—Tendrías que haberte puesto en contacto con nosotros. Sol Negro se habría ocupado de él. Nosotros tenemos una visión global de nuestro negocio, y no nos gustan los listillos.

Bleyd se encogió de hombros.

—Por lo que yo sabía, él era Sol Negro. No podía dejar que arruinara lo que yo había conseguido.

Kaird cambió de postura, girándose para dar el perfil derecho a Bleyd. El almirante se dio cuenta de que el penacho de plumas de color azul oscuro que su contrincante tenía en el cuello se le había oscurecido todavía más, y se le había erizado. Sin duda era una indicación visual de depredador. El nediji estaba totalmente inmerso en el combate. Giró el cuchillo, pasándoselo entre los dedos. Un movimiento de exhibición para demostrar que no estaba tenso por el miedo.

—No es demasiado tarde —dijo él—. Como has dicho, Mathal obtuvo su merecido. Podemos pasarlo por alto. No hay por qué arruinar un negocio del que se beneficia todo el mundo.

Bleyd negó con la cabeza. Sólo para demostrar que no estaba nervioso, jugueteó con el cuchillo, empuñándolo del revés y del derecho.

—Demasiados beneficios van a parar a las arcas de Sol Negro. Yo podría almacenar la bota lejos de aquí, moverla yo mismo, y ganar muchísimo más… con sólo eliminar a los intermediarios.

El nediji se rió.

—Empezando por mí, ¿no?

—No es nada personal.

Kaird rió de nuevo.

—Disculpa, pero para mí, mi muerte es algo muy personal —y tras eso, se abalanzó imposiblemente rápido. Su cuchillo describió un movimiento veloz.

Bleyd lo vio venir, pero, aun así, apenas tuvo tiempo de bloquearlo con su arma. Se produjo el choque de duraceros, y Kaird dio un salto hacia atrás, sonriendo, antes de que Bleyd pudiera contraatacar.

—Era sólo para ver si estaba despierto, almirante.

—Lo suficiente como para despedazarte, nediji.

—¿Y qué si lo consigue? Hay muchos más de donde yo vengo. ¿Cree que Sol Negro se limitará a encogerse de hombros y olvidará mandar a otro agente? Quizá la próxima vez sea un grupo de matones, de los que disparan primero y preguntan después. Gente muy desagradable.

—Los grupos suelen necesitar naves —dijo Bleyd—. Y las naves enemigas suelen ser derribadas en tiempos de guerra. Cuando el siguiente agente o agentes lleguen aquí, yo ya estaré lejos, muy lejos, lo bastante como para que sea económicamente imposible que la República me persiga.

—¿Crees que el hecho de que las autoridades vayan a por ti es un problema? No te imaginas cómo palidece ese problema al lado de tenernos a nosotros pisándote los talones —Kaird se pasó el cuchillo de una mano a otra—. Y Sol Negro jamás se rinde.

—Ya me preocuparé más tarde de eso. Ahora mismo tengo que encargarme de ti.

—No creo. Eres más grande y más fuerte, sí, pero yo soy muchísimo más rápido. Tú eres un experto con estas armas —blandió el cuchillo—, pero yo sigo teniendo ventaja.

Fue entonces el turno de Bleyd para reírse.

—¿De verdad crees eso? Yo soy un cazador y un guerrero, hombre-pájaro, y he matado a media docena de contrincantes con esta misma arma. Tú eres rápido, sí, pero tus huesos están huecos, y tus plumas no te protegerán del frío duracero. Por rápido que seas, no podrás llegar a mí antes de que te destripe.

—Te olvidas de algo —replicó Kaird—. Soy un asesino.

Bleyd alzó una ceja.

—¿Y qué?

—Que para mí, el fin es más importante que los medios.

Bleyd frunció el ceño. ¿Qué…?

Kaird echó la mano hacia atrás, apuntó hacia delante y ¡lanzó el cuchillo!

Fue demasiado rápido para poder esquivarlo. Bleyd se agachó instintivamente ante el arma, con reflejos aguzados tras cientos de años de selección natural, y consiguió rechazarlo, o casi. Sufrió un corte en la mano, pero eso fue todo. Un rasguño.

Sonrió cuando el cuchillo del nediji cayó al suelo, resonó y rebotó a sus pies. Se agachó rápidamente y lo recogió, poniéndose en pie con un arma en cada mano.

—Ahora estás desarmado —dijo él—. No tienes ninguna posibilidad enfrentándote a manos desnudas contra dos cuchillas. ¡Estúpido!

Blandió ambos cuchillos en actitud burlona.

El agente de Sol Negro retrocedió un par de pasos, hasta que tuvo la espalda pegada al mirador de transpariacero. Se enderezó ligeramente en su postura de acecho. ¿Qué pretendía? Se preguntó Bleyd. ¿Tendría algún otro cuchillo escondido? ¿Un pequeño láser quizá?

El sakiyano se detuvo, pensando en su próximo movimiento. Luego, para su sorpresa, el nediji negó lentamente con la cabeza.

—Podrías haberme matado justo ahora —dijo—. Si hubieras sido lo suficientemente rápido, podrías haberme arrinconado antes de que yo hubiera maniobrado para rodearte. Pero dudaste. Y ahora has perdido.

—¿Perdido? No ha cambiado nada. Sigo teniéndote arrinconado —Bleyd sonrió con una sonrisa feroz y reluciente—. Sinceramente, me esperaba algo más parecido a una pelea, nediji. Esperaba algo más de un asesino de Sol Negro. Ahora, acabemos con esto.

—No creo —dijo Kaird. Su postura era bastante relajada. Podría haber estado manteniendo una animada charla en cualquier esquina de Coruscant. Aunque no quería, Bleyd sintió cierta sensación de intranquilidad—. Algo ha cambiado —continuó el ser-pájaro—. Ha pasado el tiempo. Y de repente estás… cansado, ¿a que sí, almirante? Apenas puedes sujetar las armas. Como si hubieras consumido todas tus fuerzas.

Bleyd sonrió.

—¿Acaso eres un Jedi, intentando esos trucos infantiles conmigo? Confía en mí, soy inmune a esos disparates.

—Pero no eres inmune a la toxina del dendritón.

Bleyd parpadeó. Entonces, de repente, la sensación de intranquilidad se convirtió en un impacto total.

¡El cuchillo del nediji! ¡El corte que tenía en la mano!

Bleyd se preparó para cargar, pero de pronto no le obedecían las piernas. Intentó saltar, pero en lugar de eso se tropezó. Intentó dar otro paso, pero se le dobló la pierna izquierda, totalmente paralizada. Cayó sobre la rodilla. Siguió agarrando los cuchillos, pero ya estaba demasiado débil. Y de pronto sintió una oleada de furia en su interior que le quemaba los músculos, abrasando cada nervio…

Kaird se aproximó hacia él y cogió uno de los cuchillos de la mano ardiente de Bleyd. La otra arma cayó al suelo cuando la mano inconsciente del sakiyano la soltó.

—La toxina del dendritón es terrible —dijo Kaird—. Dolorosa, lenta…

Te quema literalmente desde dentro. Pero has sido un adversario valiente, almirante, y yo admiro la valentía. Por eso, aunque mis superiores desean que sufras, voy a ahorrarte los efectos de la toxina.

Se hizo a un lado, cogió la cabeza de Bleyd con una mano y la echó hacia atrás.

Bleyd sintió el roce del cuchillo contra su garganta, pero no era doloroso, sólo frío. Una pausa momentánea casi agradable en la terrible agonía.

Su conciencia se desvanecía, y los colores de su despacho empezaron a virar al gris. Se dio cuenta con impotencia de que ya no podría limpiar el honor de su familia. Eso le dolió todavía más que el veneno que le corría por las venas.

Consiguió mover los ojos para poder mirar al nediji antes de morir. Kaird inclinó la cabeza lentamente, en un saludo final que no albergaba burla alguna.

—No es nada personal —dijo.

Y la oscuridad se llevó a Tarnese Bleyd para siempre.

# 36

Las aeroambulancias llegaron al amanecer.

Barriss Offee estaba dormida, sumida en un sueño de la Fuerza. Últimamente no había tenido muchas de esas conexiones inconscientes con el campo de energía vital galáctica. La primera vez que sintió a la Fuerza despertando en su interior, los sueños fueron frecuentes y poderosos, y no los recordó en absoluto al despertarse, pero siempre se quedaba con una sensación de fortaleza y control crecientes.

Como siempre, sufrió una confusión momentánea al despertarse, pero enseguida reconoció el sonido de las aeroambulancias acercándose. Se puso rápidamente el mono y se dirigió a la SO.

Pudo divisar, entre las nubes de esporas, las aeroambulancias flotando en el cielo oriental, justo sobre la esfera hinchada que era Drongar Prime. Otros miembros del personal del Uquemer corrían ya desde sus cubículos y cuarteles, algunos todavía vistiéndose. Vio a Zan Yant y a Jos Vondar dirigiéndose a la zona de aterrizaje.

Entonces, de repente, se detuvo.

Algo, alguien, la llamaba.

Había sido un grito de ayuda, no verbal, pero no por ello menos fuerte.

Escuchó la llamada resonando en su mente, como si el emisor estuviera justo detrás de ella. Un grito de rabia y desesperación.

Un lamento mortal.

Sabía de dónde procedía, de orillas del mar Kondrus, y aunque no sabía quién estaba muriendo, sí supo por qué. Por un momento inconfundible y, afortunadamente, breve, pudo ver, tan claramente como con sus propios ojos, el rostro del asesino cerniéndose sobre su víctima.

Era Phow Ji.

Sin dudarlo un momento, Barriss se giró y corrió en dirección contraria a las aeroambulancias, al Uquemer, y hacia las tierras bajas que llegaban hasta el mar.

* * *

Hasta que no estuvo en lo más profundo del fétido lodazal ni se le ocurrió preguntarse qué razón la impulsaba a abandonar sus obligaciones, a dar la espalda a docenas de soldados de la República heridos en la batalla e ir a buscar a una baja desconocida. Sólo podía existir una razón, y odiaba tener que admitirlo porque chocaba frontalmente con todo lo que le había enseñado la Maestra Unduli sobre que había que luchar por el bien común, por no mencionar el Código Jedi. Había dejado que sus sentimientos la dominaran, se había dejado llevar por la ira y, sí, por el deseo de castigar.

Pero, aun sabiéndolo, incluso temiendo la posibilidad de estar corriendo hacia el Lado Oscuro, no se detuvo.

Salió de entre la vegetación del pantano, apartando una rama colgante de gruviñas, y vio a Ji, el único que quedaba en pie en aquella carnicería. Siete hombres, todos ellos vestidos de uniforme separatista, yacían muertos a sus pies. Tenía en el antebrazo derecho una herida poco profunda provocada por una vibrocuchilla, y una herida en el pómulo izquierdo causada por haberle pasado rozando un rayo láser. Aparte de eso, estaba ileso.

Él la esperaba con esa sonrisa sardónica que ella había llegado a despreciar.

—Un t'landa til borracho hace menos ruido que tú —dijo—. Aun así, siempre es un placer verte, padawan Offee. ¿A qué debo el honor de tu visita? ¿Has venido para felicitarme por esta mi más reciente victoria para la República? —hizo un gesto burlón, señalando a los cadáveres que tenía a los pies.

La ira de Barriss estaba a punto de superarla. Sintió el deseo incontenible de asesinarlo. En ese momento, Barriss Offee supo exactamente a lo que se refería la Maestra Unduli cuando le habló de la capacidad de seducción del Lado Oscuro. Lo único que deseaba era convertirle en un montón de cenizas, y lo peor de todo era que sabía que podía hacerlo. El Lado Oscuro estaba vivo y gritaba en su interior. Ni siquiera le costaría esfuerzo. Sólo tenía que liberarlo.

Phow Ji debió de percibir todo aquello en su expresión, ya que sus ojos se abrieron en un gesto de sorpresa.

—¿De verdad crees ser contrincante para mí? Soy maestro de teräs käsi, de Hapan, de echani, de tae-jitsu y de una docena más de estilos letales. Soy…

—Eres un asesino —interrumpió ella con voz tranquila, pero en un tono que enfrió las fanfarronerías de Ji—. Y voy a encargarme de que no mates más.

Ji sonrió y se encogió ligeramente de hombros, recuperando el aplomo. Movió los pies para asegurar su posición.

—Ven entonces…, Jedi.

Cuando todo hubo terminado, Barriss pasaría muchas noches en vela pensando en lo que podría haber hecho. ¿Se habría rendido, aceptado el desafío, y habría empleado la Fuerza para destruirle? ¿O se habría elevado por encima de sus bajos impulsos y utilizado su don para inmovilizarle nada más? En resumen, ¿habría sucumbido al Lado Oscuro o no?

Jamás lo sabría.

Phow Ji se tambaleó de pronto, con ojos abiertos como platos. Barriss se dio cuenta de que algo le había golpeado por detrás. El bunduki se giró y ella vio la cola de un hipodardo emergiendo de entre sus omoplatos. Otro soldado separatista, disparando desde la protección del cercano pantano. Por mucha fuerza que tuviera, a pesar de su talento y de su velocidad, Ji no había podido esquivar algo que no veía venir.

Barriss se abrió a su alrededor, en una onda que la tenía a ella misma como epicentro, dándose cuenta al hacerlo de que, de no haber estado ciega de rabia contra Ji, podría haber percibido el ataque a tiempo de prevenir al luchador. Pero ya era demasiado tarde.

Él había caído de rodillas, y se dio de bruces contra la arena húmeda del suelo. Se quedó quieto, a excepción de unos leves espasmos en los dedos.

Pero no detectó mayor peligro, era obvio que el tirador no se había quedado a ver los resultados de su emboscada. Eso quería decir que, de momento, estaba segura, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Se mantuvo alerta mientras se agachaba junto a Ji y lo examinaba.

Tenía las manos y los dedos fríos, y los espasmos no cesaban. Probablemente sería parestesia, pensó ella. Le retiró un párpado y vio que la pupila estaba contraída. La respiración era rápida y entrecortada; era evidente que le habían suministrado una potente neurotoxina de algún tipo; paraleptina, quizás, o titroxinato. Los separatistas eran conocidos por utilizar ese tipo de bioquímica y cosas peores. Si no hacía algo rápidamente, el bunduki moriría.

No había tiempo de solicitar evacuación, aunque hubiera una aeroambulancia disponible, lo cual era difícil. Pero había otra forma de salvarlo.

Con la Fuerza.

Sin pararse a reflexionar en lo irónico de la situación, Barriss se arrodilló junto a Ji. Le sacó el dardo, le dio la vuelta y le puso las manos en el pecho. Se le pasó por la cabeza dejar que la parálisis de su sistema nervioso central hiciera el trabajo que ella misma pretendía realizar minutos antes, pero esa tentación pasó. Era una curandera Jedi. Y ante ella había una vida que necesitaba curar.

No había necesidad de más complicaciones.

Barriss Offee cerró los ojos y abrió corazón y mente al poder de la Fuerza.

* * *

El androide se acercó a Den Dhur cuando este último se dirigía hacia su dormitorio. Era una unidad cosechadora estándar, pequeña y carcomida por el clima, pero todavía se movía.

—¿Es usted Den Dhur, señor? —dijo el androide.

—¿Quién quiere saberlo?

Si era posible que un androide pareciera confuso, éste era un ejemplo de ello.

—Traigo un envío para usted, señor.

—¿De parte de quién?

—Del teniente Phow Ji.

Oh, oh. Den contempló el paquete y luego al androide.

—No va a explotar, ¿verdad?

—Es poco probable, señor. El objeto en cuestión es una grabación de holoproyector. No contiene explosivos.

Den asintió.

—Vale —el androide sacó un cajón de su pecho y cogió el dispositivo que, para alivio de Den, era un cubo holocrón estándar y no una bomba.

Al cogerlo, Den dijo:

—¿Ji te dio esto?

—No, señor, no me lo dio; pero me pidió que fuera testigo de sus actividades y que las grabara. Éste es el resultado, que tengo que entregarle.

Den seguía intentando asimilar el concepto de un regalo procedente de Phow Ji.

—¿Dijo mi nombre específicamente?

—No dijo su nombre, señor. Sus palabras exactas fueron: «Dale esto a la rata ésa de ojos saltones que se cree el enviado galáctico de los medios de comunicación» —el androide añadió—: Requirió cierta extrapolación por mi parte.

—Ahora sí te creo. Vale. Dale las gracias de mi parte.

—Me temo que eso va a ser imposible, señor. Phow Ji ya no se encuentra entre los vivos.

Ni una manada de morrosables podría haber impedido que Den acudiera a toda prisa a su cubículo para visualizar la grabación. Oscureció la sala, insertó el cubo y activó la unidad de proyección. La imagen tridimensional flotó frente a él.

La escena representaba un pequeño claro en la jungla. Ante los ojos de Den, un androide de combate separatista entraba en el claro, realizaba un escáner de 360 grados y reanudaba la marcha.

Phow Ji entró en el plano al fondo, de espaldas a la cámara. Llevaba un par de láseres enfundados en unas pistoleras bajas. El androide no pareció verlo ni oírlo, pero eso cambió cuando Ji gritó:

—¡Oye, tú, mecánico! ¡Por aquí!

Cuando el androide se giró hacia él, Ji desenfundó tan rápido que la imagen no pudo plasmar más que un borrón, y disparó. Los rayos paralelos dieron en el dispositivo sensor visual del androide, cegándolo de inmediato.

Ji corrió hacia la derecha, dando cinco o seis pasos, y se tiró al suelo. El androide disparó con sus cañones láser al punto donde Ji había estado momentos antes.

Ji se puso de rodillas y volvió a disparar al androide, y los rayos, al menos debían de ser seis o siete proyectiles, fueron a parar al resquicio que tenía justo debajo del cuadro de mandos. Den sabía que ése era el punto débil del blindado, pero era una zona tan pequeña que no solía plantear problemas en combate.

Pero aquella vez sí. El androide empezó a echar un humo azul, a escorarse, deteniéndose, gravemente dañado.

Ji saltó y corrió, de nuevo hacia la derecha.

Un trío de mercenarios salissianos salió de entre los árboles llevando rifles láser. El aire se llenó de llamaradas de plasma incandescente.

Ji esquivó, izquierda, derecha y hacia abajo, mientras los rayos enemigos le pasaban rozando. También disparó al correr, una vez, dos, tres, y los tres mercenarios recibieron disparos críticos. Cayeron.

Un súper androide de batalla armado apareció entre los árboles, seguido de dos mercenarios más, pero Ji estuvo encima de ellos antes de que pudieran darse cuenta. Se

abalanzó sobre uno de los mercenarios, disparó al otro y disparó tres veces más al androide, que explotó entre fuego y humo, tal y como había hecho antes el otro. Den contempló boquiabierto la escena. Aquello sí que era disparar, una precisión extrema para un arma de mano, sobre todo viniendo de un hombre que corría sobre un terreno irregular y utilizando ambas manos.

Ji enfundó los láseres y se montó sobre el mercenario que quedaba, que seguía vivo e intentando levantarse. Agarró la cabeza del hombre desde atrás y tiró con fuerza hacia un lado. Den pudo oír claramente el crujido del cuello.

Creía que su capacidad de sorpresa había llegado ya al límite, pero entonces se quedó de piedra al ver que dos mercenarios más salían de la jungla, y que Ji sacaba ambos láseres para desarmarlos a base de disparos.

Den jamás había visto algo así, ni siquiera en los holodramas de entretenimiento.

La pequeña imagen en 3D de Ji enfundó las armas de nuevo y corrió para enfrentarse a los sorprendidos salissianos en un combate cuerpo a cuerpo. El primer hombre cayó por un puñetazo en la sien. El segundo se llevó un codazo en la garganta. Entonces, Ji volvió a sacar sus armas, tan rápido que era como si le aparecieran mágicamente en las manos, y disparó hacia la selva, a objetivos que no aparecían en pantalla. Vació el cargador, disparando de un lado a otro a medida que iban apareciendo nuevos enemigos. Cuando no tuvo más munición tiró las inútiles armas al suelo y desapareció en la selva.

Pasó un momento. Entonces, un mercenario entró volando al claro y se precipitó contra una roca de cabeza. De nuevo pudo escucharse el chasquido de las vértebras.

Otro mercenario entró en el plano tambaleándose y cayó al suelo, agarrándose una herida negra y humeante en el pecho.

Ji regresó al claro de espaldas, con un rifle láser en las manos. Disparaba con el automático, regando a sus enemigos ocultos.

Del bosque emergieron más salissianos, disparando rifles y láseres de todo tipo. Un proyectil de lanzacartuchos acertó a Ji en la parte superior de la pierna derecha, abriéndole la ropa y las carnes. La sangre empezó a manar, empapando sus pantalones. Se giró hacia el hombre que le había disparado y le acertó en plena cara.

Otra descarga fue a parar al costado derecho de Ji, vaporizándole la ropa y provocándole espasmos por todo el cuerpo. No fue crítico porque el intenso calor del rayo cauterizó la herida al instante, pero era bastante grave. Ji se giró tranquilo y disparó a su atacante en el pecho.

Entonces, las cosas sí que se pusieron interesantes.

Una gran sombra eclipsó la imagen. Ji alzó la vista y el ángulo de la cámara también se inclinó, para encuadrar una gran nave flotando a unos cincuenta metros de altura. Una docena de soldados separatistas, utilizando retromochilas, aterrizaron en el claro, disparando al mismo tiempo.

Ji disparó a ocho de ellos, saltando, esquivando y rodando mientras los disparos de plasma caían por todas partes a su alrededor. Fue una demostración acrobática al más

puro estilo Jedi, pero finalmente los separatistas dieron en el blanco. Phow Ji cayó en una nube de chispeantes proyectiles de láser.

Quedó tumbado en el suelo, herido de muerte. Los soldados que quedaban se acercaron a él cautelosamente.

Al acercarse al moribundo, él sacó una granada térmica del bolsillo y la alzó. Sonrió al soltar la anilla.

Ellos intentaron correr, pero no había escapatoria. La granada hizo arder el claro en una nube de llamaradas y luz que, incluso con los inhibidores automáticos de la cámara, cegó las imágenes 3D. Cuando el resplandor pasó, lo único que quedaba de Phow Ji y sus enemigos era un cráter humeante en el húmedo suelo.

Den se dio cuenta de que estaba sudando, incluso en el ambiente relativamente fresco de su cubículo. Con mano temblorosa, apagó la unidad.

Entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Se dio la vuelta, sobresaltado, y se tranquilizó al ver la figura encapuchada a sus espaldas.

—¿Lo… lo has visto todo? —preguntó.

—Sí —respondió la padawan—. Phow Ji se aseguró de que yo también recibiera una copia de la grabación.

—¿Qué…? ¿Por qué…? —Den no pudo terminar la pregunta. Había estado en muchos planetas y había visto mucha violencia, pero jamás había visto nada así.

Barriss Offee guardó silencio tanto rato que Den pensó que no le había oído. Entonces la Jedi suspiró.

—Yo le salvé la vida. Esta mañana temprano. Le habían clavado un dardo venenoso, y yo lo curé con el poder de la Fuerza.

Den asintió lentamente.

—Supongo que no te dio las gracias.

—Estaba furioso. Pensé que iba a atacarme ahí mismo. No sé por qué no lo hizo. En lugar de eso se dio la vuelta y se marchó. Yo regresé a la base para hacer lo que estuviera en mi mano por los heridos. Cuando conseguimos estabilizar al último paciente, un androide me dio una copia de esta grabación.

Den sacó el cubo de la ranura y lo miró. Valdría una pequeña fortuna, dada la reputación de héroe que Ji había adquirido recientemente. ¿Era ésa la intención del bunduki? ¿Había querido que Den se beneficiara de aquello, teniendo en cuenta que había sido el periodista quien le había proporcionado aquella reputación, aunque hubiera sido involuntariamente? ¿Quería Phow Ji agradecérselo a su retorcida manera?

—Eso tampoco explica por qué lo hizo. ¿Un hombre que inicia un tiroteo a propósito con un batallón entero? Es de locos.

—Era m'nuush —dijo ella.

—¿Disculpa?

—Así lo llaman los wookiees de Kashyyyk. Para los trandoshanos es davjäan inyameet: «la sangre que hierve». Los humanos lo llaman «entrar en barrena». Es un

estado de furia suicida, un punto en el que tu vida ya no te importa, y la única cuestión relevante es: «¿A cuántos me puedo llevar por delante?».

—He oído hablar de ello. Entonces, ¿crees que Ji cometió una especie de suicidio ritual?

—Supongo que es una forma de verlo. Con una considerable dosis de genocidio implícita.

Den suspiró. Puso el holocrón en su funda y lo archivó en una estantería de la pared.

—¿Qué vas a hacer con ello? —preguntó Barriss.

—No estoy seguro. Podría sacarle un buen montón de créditos, de eso no hay duda, pero también ayudaría a convertir a Ji en un héroe de guerra.

—Y a ti no te gustan los héroes.

—Nunca he dicho eso —respondió Den—. Si se les adoctrina adecuadamente, son geniales para desviar el fuego de aquellos que somos lo suficientemente listos como para saber que somos unos cobardes y unos cínicos.

Barriss sonrió mientras se dirigía hacia la puerta.

—No te preocupes, no compartiré esta información con nadie, Den, pero para tu información te diré que no tienes aura de cínico, ni de cobarde. De hecho, tienes un claro resplandor de héroe.

Y diciendo aquello, salió de la pequeña habitación. Den la vio marcharse.

—No, por favor —murmuró él—. Todo menos eso.

# 37

La SO estaba especialmente ruidosa incluso prescindiendo de las casi diarias tormentas eléctricas y las explosiones de mortero que parecían ligeramente más cercanas de lo normal. Jos estaba metido en una desagradable disección de entrañas. El soldado de la mesa parecía haber comido en exceso pocas horas antes de ser alcanzado en el estómago por un proyectil que le había perforado el intestino delgado. En ese momento se oyó en el sistema de megafonía una voz nerviosa que hablaba demasiado deprisa:

—Atención, a todo el personal. La Unidad Siete de Cirugía Médica de la República será reubicada a partir de las dieciocho horas. ¡Esto no es un simulacro, repito, no es un simulacro!

—Pon un torniquete ahí, por favor —dijo Jos.

Tolk se apresuró a unir la escisión, tan rápido que estuvo a punto de dejar caer el parche.

—Cálmate, Tolk. ¿Llegas tarde a una cita?

—¿No has oído el anuncio?

—Sí. ¿Y?

—Mira el crono. Son las diecisiete cuarenta y cinco. En quince minutos te quedarás solo en mitad de un pantano vacío bajo la lluvia, con un montón de máquinas de guerra apuntando a tu distraído culo si no coses a este hombre.

—¿Tú crees?

Antes de que pudiera responder se escuchó una explosión que estremeció la SO. La mesa de operaciones vibró con tal fuerza que el paciente se deslizó hacia un lado.

—¿Pero qué ha sido eso? —dijo Jos.

Vaetes se asomó por la puerta y dijo:

—Nuestro escudo acaba de recibir el impacto directo de un arma de partículas. El generador principal no funciona. Estamos funcionando con las reservas. No sabemos de dónde han salido, pero tenemos a diez mil metros a todo un batallón de más de ochocientos androides de combate, acercándose por el Desfiladero de Jackhack a buen paso. El suelo está demasiado mojado para que los soldados establezcan una línea de defensa. Eso también servirá para retrasar a los androides, pero es mejor que vayamos cerrando a todos los pacientes y levantemos el campamento, gente. Esta unidad móvil va a hacer honor a su calificativo.

Otra explosión estremeció el edificio como si quisiera puntuar sus palabras, causando un temblor tan fuerte que los orinales se cayeron de las estanterías, provocando un ensordecedor estruendo metálico.

—¿No se supone que deberían estar en la cámara frigorífica? —preguntó Jos—. Parece que nos esforzamos por hacer que nuestros pacientes se sientan incómodos.

A su espalda, Jos oyó a Zan maldiciendo algo en pugali en voz tan baja que no pudo distinguirlo, pero que sonaba realmente cruel.

—Si mi quetarra sufre algún daño, iré personalmente a por Dooku, le quitaré los órganos reproductores y se los daré de comer a los caracoles del pantano.

—Pega a éste y abre un paquete estabilizador —dijo Jos a Tolk—. En cuanto termines coge tus cosas. ¿Dónde está nuestra plataforma?

—En el cuadrante sudeste, junto al generador del escudo de emergencia.

—Vale —alzó la voz—. Bueno, gente, ya habéis oído al coronel. Es hora de cerrar el chiringuito y largarnos de aquí.

Jos salió del campo esterilizador, se quitó los guantes y fue a ver a su personal y a sus pacientes. Existía un procedimiento para mover la unidad, ya que en el ejército había un procedimiento para todo, pero llevaban allí una eternidad, y Jos se había acostumbrado tanto al lugar que casi había olvidado lo que había que hacer.

Otra vibración resonó en el escudo energético. Si esos impactos eran un indicativo, cada vez parecía mejor idea hacer las maletas y trasladarse a un sitio más seguro… Si es que existía algo semejante en el planeta.

Recorrió el pasillo a toda prisa. Habían practicado el simulacro varias veces, durante los escasos momentos en que no tenían pacientes entrantes, y todo el mundo en la unidad debía de saber ya lo que debía hacer en caso de que ocurriese de verdad. Jos miró la cara de los enfermeros y de otros miembros del personal al cruzarse con ellos, y le tranquilizó ver que casi ninguno parecía preocupado. Estaban cumpliendo con sus obligaciones, más o menos.

Salió del edificio. Había dejado de llover, pero seguía soplando un fuerte viento que intentaba remover un poco la humedad del ambiente. Se dio cuenta de que los androides de demolición y los ASPs eran rápidos a la hora de derruir edificios y cubículos prefabricados, mientras que los CLL-8s los metían junto al resto del material en los transportes de carga que habían estado ociosos desde que Jos había sido destinado allí. Los pacientes también eran embarcados por FX-7s diseñados especialmente para esa función con camillas repulsoras. Las aeroambulancias y los transportes de carga modificados les alejarían del peligro. Los pacientes eran la primera prioridad, por supuesto, pero no serviría de nada dejar que el personal de apoyo fuera asesinado o capturado.

Todo fue rápido, apresurado y tan extraño que no parecía real. Primero estaban operando a los pacientes, reparando soldados como era normal, y de repente se encontraban escapando a toda prisa de una guerra que se acercaba a ellos como un tren de levitación magnética descarrilado.

Jos se fue rápidamente a su cubículo y empezó a recoger lo esencial. Se suponía que había que tener una bolsa preparada en todo momento, pero tras tantos meses en el mismo sitio, Jos había comenzado a usar las mudas limpias y los suministros de su bolsa de viaje, y, por tanto, el equipo estaba casi vacío.

Los androides cargarían todo lo que quedara en el cubículo, y mucho más eficazmente que él. Pero aunque todo saliera perfectamente, no había forma humana bajo

aquel despiadado sol de que el Uquemer saliera de allí a las dieciocho horas. No, a menos que los androides hicieran magia.

Zan había llegado antes que él y metía calcetines en la funda de la quetarra, rodeando el instrumento.

—No puedes llevarte eso en el transporte —le señaló Jos—. Tendrá que ir en el carguero.

—Lo sé. ¿Por qué te crees que lo relleno de calcetines?

—¿Es tu seguro de robo? Cualquiera que lo abra y huela eso, abandonará para siempre sus instintos de ladrón. Además, creía que la funda estaba reforzada con plastiduro —Jos cerró su bolsa de viaje.

—Tendría que estar hecha de neutronio para fiarme de esos androides. Algunos de los ASPs que se emplean solían trabajar en naves de carga. Podrían destruir «accidentalmente» un bloque de carbonita dentro de una caja fuerte de duracero.

—Atención, a todo el personal —fue el anuncio de megafonía—. Los transportes estarán…

Una bomba estalló en la oreja de Jos, o al menos es lo que le pareció. Un profundo estruendo se elevó de repente hasta lo ultrasónico, y la lámpara superior de la estancia cayó sobre la cama, destrozando las duras patas de plastoide del catre, que se desplomó en el suelo.

—¿Qué…?

—El generador del escudo de emergencia se ha sobrecargado. No funciona —dijo Zan—. El siguiente impacto directo freirá a todo el que no esté bajo protección.

—¿Cómo lo sabes?

—Me pasé un verano trabajando para mi tío, que instalaba escudos EM y cúpulas para la Compañía Minera Vuh'Jinêau. Sé cómo suena una sobrecarga en el escudo. Más nos vale estar en otra parte cuanto antes —cogió la funda de la quetarra y su bolsa—. Vamos, Jos. Los escudos amortiguadores serán útiles contra los rayos, e incluso podrán rechazar un disparo láser, pero un impacto directo los vaporizará. Y a nosotros con ellos.

Dedicó una última mirada preocupada a la funda, y se acercó a la puerta. Jos iba detrás de él.

—¿Pero es que los separatistas no se dan cuenta de que esas explosiones están destrozando el cultivo de bota?

—Quizá quieras esperar aquí y discutirlo con ellos. Yo prefiero mandarles una carta quejándome.

Zan atravesó la puerta para unirse al éxodo, con Jos pisándole los talones.

* * *

Den Dhur ya había pasado en su vida por un par de evacuaciones apresuradas, y ésta no le preocupaba en exceso. No hasta que el escudo desapareció. Entonces sí se puso un poco nervioso. Vale, era periodista, y en teoría los del otro bando no le dispararían si

leían su tarjeta identificativa, pero había más de una zona de guerra con uno o dos reporteros caídos en ella, demostrando que el sistema no era perfecto. Las tropas separatistas que se acercaban no debían de tener a los centros médicos como objetivo, o al menos era de suponer, pero sin duda se producirían daños colaterales con ese bombardeo para despejar el camino, y un cadáver a la intemperie durante días olía igual de mal, fuera civil o militar.

Den acudió a toda prisa a su puesto de evacuación, procurando mantenerse a cubierto en todo momento. Ya había grandes nubes de humo grasiento alzándose del pantano, entre los incendios. Era difícil creer que un pantano pudiera arder, pero más te valía creerlo si querías salvar la vida. En una ocasión llegó a ver un continente entero en llamas en…, ¿cómo se llamaba aquel planeta? De repente se había quedado en blanco. Pero no era momento de preocuparse por peligros pasados, no cuando la peste de la vegetación en llamas y las cenizas cayendo como nieve negra y caliente le decía que había todo un ejército de androides aproximándose de forma imparable. Era hora de marcharse, ya se pondría a rememorar más tarde… Si había un más tarde.

Los androides de transporte, los ASPs, y los cargueros estaban por todas partes, realizando sus respectivas tareas, rompiendo refugios, cargando cajas y trabajando de forma rápida y eficaz. Con los desensambladores trabajaban varios androides demoledores de menor tamaño, amontonando escombros o empleando lanzaplasmas para derretir amasijos de metal, cables de plastiacero y demás restos que no merecía la pena cargar, pero que eran demasiado valiosos para dejárselos al enemigo. La típica política retorcida practicada por ambos bandos.

*No iba demasiado mal*, pensó Den. Aquel sitio probablemente estaría vacío en veinte o treinta minutos, y ya camino a un lugar más seguro. Cuando llegara el ejército de androides, lo único que encontrarían sería un parche seco en mitad del pantano; no quedaría nada en la tenue luz del atardecer. Eso con algo de suerte.

Pero el gran problema estribaba en ceder los campos de bota. Pese a que crecía sin problemas por todo Drongar, la política oficial era impedir como fuera que los separatistas accedieran a la planta. Mientras Den continuaba su camino, contemplando cómo se desmantelaba la base a su alrededor, los recolectores mecánicos y orgánicos se ocupaban de recoger toda la planta que podían, es decir, lo poco que quedaba tras el ataque de la artillería pesada. Había un transporte esperando a llevar recolectores y carga a un lugar seguro, mientras varios androides modificados esperaban para regar de herbicida la bota que quedase atrás. Si no era suya, tampoco sería del enemigo. Era una pena destruir algo tan valioso, pero así era la guerra y etcétera, etcétera.

A quinientos metros, se produjo un cegador destello actínico seguido por una ruidosa explosión y la sensación de que el viento soplaba en esa dirección. Entonces le llegó una ola de calor, distinguible incluso en aquel lugar infernal.

Den puso una mueca de disgusto. Si aquella bomba térmica hubiera virado un grado o dos al ser lanzada, él y el resto del personal de la República destinado allí ya serían historia calcinada. Había llegado la hora de irse.

Vio parte del personal de cirugía corriendo por el campamento, en dirección a sus puntos de recogida. Jos, Zan, Tolk y un par de técnicos avanzaban a toda prisa en la creciente oscuridad, hacia un transbordador de evacuación quirúrgico que flotaba a unos metros del suelo. I-Cinco estaba con ellos.

Lo que quedaba del campamento se llenó de humo. La temperatura ascendió aún más por los incendios, creando bolsas climáticas. Ocasionales descargas de partículas o rayos láser atravesaban el aire, todavía distantes pero demasiado visibles, con ese espeluznante color verde, igual que los proyectiles rojos de aire ionizado que Den creía oír crepitando en el pantano ardiente.

Ruido, calor, explosiones, la peste a miedo en el aire. Todo era diferente en cada sitio en el que había estado, pero siempre era lo mismo.

*¡Corre! ¡Rápido! ¡Huye!* Estaba en el aire.

Los transportes de personal se elevaron con las turbinas repulsoras retumbando y burbujeando, y los androides obreros empezaron a agrupar a la gente a su alrededor. Bien, bien… Den se acercó rápidamente.

Algo explotó en un extremo del campamento. Sonó como una hélice generadora derrumbándose, a juzgar por los silbidos metálicos. Den avanzó encorvado. No quería cruzarse en el camino de aquellos trozos de metal. En ocasiones, una hélice hiperrevolucionada podía arrojar siseante metralla a una distancia de kilómetros antes de que se hundiera en lo primero que encontrara, fuera barro, carne y hueso.

Había mil formas de morir en una zona de guerra, pero los resultados eran siempre los mismos…

# 38

El punto de evacuación para Jos, Tolk y otros muchos estaba justo delante, y Jos vio que ya había una nave esperándoles. No reconoció el tipo, pero era lo bastante grande, rápida y vacía como para que le valiera. Se sintió aliviado. ¡Iban a salvarse!

A través del humo y de la creciente penumbra pudo distinguir a Zan, Tolk, I-Cinco y a uno o dos técnicos médicos corriendo junto a él.

—¿Estáis todos bien? —exclamó—. ¿Alguien necesita ayuda?

—Sí…, todos vosotros —respondió el androide. I-Cinco avanzaba a rápidas zancadas sobre el inestable suelo con más seguridad que el resto—. Por ejemplo —dijo, mirando a Jos y señalando hacia delante—. Estamos a punto de adentrarnos en unos matorrales de ortigosa.

Jos se dio cuenta enseguida. El androide tenía razón, era una mata de la venenosa planta, uno de los peores ejemplos de la flora indígena de Drongar.

Cubría el suelo situado justo ante él. La advertencia de I-Cinco le había ahorrado días de insoportable dolor, puede que hasta un trauma anafiláctico y la muerte.

Antes de que pudiera cambiar de rumbo, el índice derecho del androide, que señalaba hacia la ortigosa, disparó un fino rayo de color rojo claro. I-Cinco movió el dedo de un lado a otro, sin variar el ritmo, abriendo un camino de un metro de ancho a través de la peligrosa planta.

—Gracias —dijo Jos mientras avanzaba rápidamente por la senda que el androide había despejado para él—. No sabía que llevabas un láser incluido.

—Yo tampoco hasta hace treinta minutos —replicó I-Cinco—. Se ha abierto otro enlace en mi red. Parece ser que también tengo unas cualidades únicas de vocalización armónica.

—No me digas —Zan jadeaba intentando mantener el ritmo. El zabrak nunca había estado muy en forma, y eso le estaba pasando factura—. Tendremos que marcarnos unos dúos… siempre que salgamos enteros de este traslado.

—No te preocupes —dijo Jos—. Mañana a esta hora estarás cantándonos a todos con esa cosa en la que has estado trabajando. Ya sabes, eso que suena como alguien estrangulando a un monolagarto kowakiano.

—Si te refieres a mi último poema tonal —respondió Zan algo rígido—. Lo único que puedo decirte es…

Lo que iba a decir quedó ahogado por el rayo de partículas que cayó quizás a unos cien metros de ellos y les regó con barro de la ciénaga cercana. Los orgánicos profirieron exclamaciones de asco. I-Cinco siguió caminando mientras el efluvio se deslizaba por su cobertura metálica.

—Buen truco —dijo Tolk al intentar limpiarse la cara con la manga, cosa que sólo consiguió desplazar el denso barro de un lado a otro. Jos resistió una necesidad urgente de ayudarla…, pero la verdad era que él tampoco estaba mucho más limpio que ella.

—¿A que sí? A mí me encanta —dijo I-Cinco con orgullo—. Mis sensores tegumentarios analizan la composición química del barro y su cociente de viscosidad, y lo repelen electrostáticamente. Otro truquito del que acabo de descubrir que soy capaz.

—Me acordaré de pedir uno igual en mi próxima actualización —dijo Tolk.

—Por supuesto, puede conseguirse casi el mismo efecto con vibraciones ultrasónicas. Permíteme.

—¡Auch! —Zan se llevó las manos a las orejas mientras se tambaleaba ligeramente—. Pero con cuidado, que duele.

Tras unos instantes de asombro, Jos se dio cuenta de que Zan, cuyos oídos podían percibir notas que él jamás escucharía, estaba reaccionando a un ultrasonido producido por I-Cinco. Un momento después se dio cuenta de por qué. El resultado era parecido a una ducha sónica. Una considerable cantidad del barro pareció evaporarse como por arte de magia de su piel y ropa. No estaban limpios, pero al menos ya no parecían cachorros del fango fondorianos.

—I-Cinco, retiro todas las cosas desagradables que he dicho sobre ti —le dijo Jos—. Salvo lo de las veces que me has ganado al sabacc.

Llegaron a la rampa de la nave de evacuación y entraron apresuradamente en el vehículo. Ya había algunas personas a bordo, incluidos Klo Merit y Barriss Offee. Jos lanzó un suspiro de alivio. *Estoy a salvo.*

—¿Has recuperado ya las lagunas de la memoria? —preguntó Zan a I-Cinco mientras la nave se elevaba sobre sus rayos retropropulsores y comenzaba su singladura.

—No del todo, pero el proceso parece ser heurístico: cuantos más nodos de conexión implementan mis programas de ciberinformática, más rápido va el proceso.

—Vale —dijo Tolk—. Estoy deseando conocer tus momentos heroicos.

—Ya somos dos —dijo el androide.

Jos miró por el ventanal, pero no había nada que ver salvo el resplandor ocasional de lo que podía ser un rayo o disparo de los separatistas. Aparte de eso, la noche de Drongar era tan negra como el corazón de un asesino.

—¿Cómo te sienta ser un héroe? —preguntó a I-Cinco, y una vez formuló la cuestión se dio cuenta de que no se había sentido raro al preguntar a un androide por sus sentimientos. *Bienvenido al hiperespacio estocástico, donde las apuestas son demenciales…*

I-Cinco parecía estar generando una respuesta.

—Es curioso —dijo finalmente—. Además de emocionante. Como expliqué a la padawan Offee, el comportamiento humano me fascina, ya que en gran parte se basa en vuestra capacidad para elegir la opción que menos daño haga. No todas las especies tienen esa opción.

»Es obvio que mis parámetros emocionales e intelectuales estuvieron determinados por fabricantes humanos. Mi temor es haber sido programado, o reprogramado, para sacrificarme, de hacer falta, por el bien general. Si llega el momento en que se requiera

un acto heroico, me gustaría poder tomar esa decisión por mí mismo, y no porque lo predetermine algún algoritmo. Y me gustaría creer que escogería el bien general.

*Un androide utilitarista*, pensó Jos. *Para no creérselo.*

La luz de una explosión verde enfermizo se filtró por el ventanal desde arriba. No se desvaneció, y al cabo de un momento Jos se dio cuenta de que los separatistas habían lanzado focos flotantes. Momentos después, una explosión inquietantemente cercana hacía estremecerse la estructura de la nave.

—Espero que no nos pongamos a su alcance —dijo Zan. Miró por la entrada de carga, que seguía abierta, y se quedó helado. El terror más profundo se plasmó en su rostro en la luz enfermiza.

—¡No! —gritó, y saltó hacia la rampa abierta.

# 39

Den vio que su transporte llegaba al punto de recogida. Al menos las naves grandes y rectangulares tenían algún tipo de blindaje: una vez estabas dentro, tenías algo más de protección que estando al aire libre. Se dirigió al transporte. A la pálida luz de los focos flotantes vio a su barman favorito, Baloob, el ortolano, subiendo por la rampa de acceso a la nave. Sonrió. Bien. Un ser que sabe mezclar tan bien las bebidas se merece sobrevivir…

Otra explosión ensordecedora estremeció la zona, derribando a Den, cosa que también tuvo su parte positiva. Antes de que pudiera levantarse, varios trozos de metal, uno de ellos del tamaño de un deslizador, pasaron por encima de él como meteoros, silbando en el aire. Den se llevó las manos a los oídos.

Un carguero pasó por el otro lado, con los retropropulsores humeando. Dos trozos pequeños de hélice impactaron con tanta fuerza que se incrustaron en el casco. Los impactos hicieron inclinarse la nave un momento, y el que metió la carga debió de olvidarse de conectar algún nodo de campo de presión, porque varias piezas de equipaje cayeron y rebotaron en el suelo húmedo.

*Alguien se ha quedado sin muda limpia para esta noche*, pensó Den. *Una pena…*

—¡No! —oyó gritar a alguien.

Den miró al vehículo de evacuación quirúrgica que tenía a cincuenta metros. Vio a I-Cinco sujetando a Zan, que parecía intentar saltar de la nave. Den siguió la mirada nerviosa de Zan y vio la razón: una de las piezas de equipaje caídas era una funda de instrumento. La que contenía la quetarra de Zan.

Ya se había embarcado casi todo el personal de la base y se estaban alejando del caótico escenario. Den estaba a unos diez metros de su nave.

—¡Paren! —gritó Zan de nuevo, consiguiendo soltarse. Si no hubiera sido porque I-Cinco le sujetaba, el zabrak habría saltado del transporte en un intento inútil de salvar su quetarra. Inútil porque en cuanto llegase al instrumento todos los transportes ya estarían demasiado lejos y a demasiada velocidad para alcanzarlos. El zabrak no era precisamente un atleta. ¿Y qué piloto arriesgaría una nave llena de pacientes y médicos por rescatar a uno solo, por impresionante que fuera su música?

Ante la mirada de Den, I-Cinco y Jos Vondar alzaron en volandas a Zan para volver a meterlo en el transbordador, que avanzaba cada vez más rápido en la penumbra del anochecer.

Den se acercó al trote a su propia nave. Miró la funda de quetarra. Sólo estaba a unos doce metros… si cambiaba de rumbo, quizá podría recogerla y llegar a tiempo a la nave.

Se produjo otra explosión, esta vez mucho más cercana. Escuchó el inconfundible zumbido de la metralla que pasaba volando a centímetros de su cabeza. No era tan grande como los fragmentos de hélice, pero lo suficiente como para abrirle un agujero por el que se le escaparía rápidamente la vida.

*¡Tu transporte está por allí, Den, date prisa!*

Pero aquel grito de angustia resonó en su cabeza, el lamento de alguien que acababa de perder una parte importante de sí mismo.

Sin pensarlo mucho más, Den se giró y corrió hacia la funda del instrumento.

Su voz interior adoptó la velocidad de la luz de inmediato: *¿Pero es que te has vuelto loco? ¡Sube ya a la nave!*

—Sólo un minuto —dijo en voz alta—. Tengo que coger una cosa…

Su voz interior no se aplacó. *¡Tonto! ¡Capullo! ¡Idiota! ¿Vas a arriesgar tu vida por un…, un…, un instrumento musical? ¡Es de locos!*

—Ya le has oído tocar —dijo Den—. Un tío así necesita su música para sobrevivir.

Su voz interior le llamó cosas que harían enrojecer a un pirata del Mar de Limo.

Pero ya había llegado adonde estaba la quetarra. Cogió la funda sin pararse, pero se sintió como si le hubieran desencajando el brazo —¿Cómo podía una música tan ligera y bella proceder de un instrumento tan pesado?— y se dirigió de vuelta a la nave.

Pudo ver varios seres reunidos ante la puerta abierta del carguero, entre ellos Zuzz, el ugnaught que había rajado de lo lindo sobre Filba. Parecía que había sido hacía meses; le costaba creer que sólo había pasado una semana. Todos le hacían frenéticos gestos para que se diera prisa. Y él lo intentaba, pero la maldita funda parecía aumentar de masa exponencialmente a cada minuto. Y tenía una forma demasiado peculiar para llevarla por el asa. Se la pasó por encima de la cabeza, agarrando el cuello de la funda con ambas manos, dejando que el cuerpo le cubriera la espalda como si fuera un extraño caparazón.

Algo grande y pesado golpeó de pronto la funda desde atrás, derribando a Den con fuerza. El sonido de la explosión le llegó medio segundo después, cuando se levantó y siguió moviéndose, por lo que no podía haber caído tan cerca, se dijo.

Sólo lo justo para casi matarle.

Den apretó los dientes, cogió la funda con ambas manos y corrió con todas sus fuerzas.

Unas manos ansiosas lo agarraron y tiraron de él para subirlo a bordo. El transporte se elevó y avanzó, dejando en el suelo la mayor parte de las vísceras de Den, o al menos así se sintió él. Miró por encima del hombro y vio que el suelo en el que momentos antes estuvieron los edificios estaba ahora calcinado y lleno de barro. Otro impacto de mortero se produjo ante su mirada, y la explosión casi le quemó los tímpanos y le frió los nervios ópticos. Se dio cuenta de que se le habían caído las gafas reductoras, probablemente cuando le golpeó la onda expansiva. Igual que los inhibidores auditivos.

Había demasiada luz, demasiado ruido. Pero al menos estaba vivo para contarlo.

Miró la funda y vio que la parte de arriba estaba quemada y llena de metralla. No lo suficiente como para atravesarla y afectar al instrumento, pero si eso hubiera sido su espalda, no habría sobrevivido.

—¿Lo ves? —dijo lentamente—. Me ha salvado la vida.

*Si no hubieras ido a por la maldita cosa ésa, habrías estado dentro de la nave cuando cayó el proyectil, idiota. ¡No vuelvas a intentar hacerte el héroe!*

Den miró la funda sorprendido. ¿Un héroe? Eso era lo último que quería ser. No cogió el instrumento porque fuera un gesto noble, sino por…, bueno, porque…

*¿Por qué…?*

—Porque perder la música de Zan sí que habría sido una tragedia de guerra —mumuró.

Lo dijo en voz baja y dudaba que nadie le hubiera oído con el rugido de los motores. Pero su fiel Voz Interior sí que le había oído, porque las acusaciones del interior de su cabeza cesaron.

Den negó con la cabeza. Sí, era idiota, pero se sentía bien. Zan le debía al menos una copa. Más bien varias. Y eso sí que suponía un artículo que le daría de comer durante bastante tiempo. *¿Te he contado la vez en que me salvó una quetarra…?*

* * *

—¿Has visto eso? —preguntó Tolk, incrédula.

—Sí —dijo Jos, negando con la cabeza—. No me lo creo, pero lo he visto. Y lo ha hecho el mismo tío que juró que jamás arriesgaría su vida por nada ni por nadie. Debe de haber perdido un tornillo.

—Formas de vida basadas en el carbono —dijo I-Cinco—. Justo cuando crees comprenderlas…

Los tres miraron a Zan.

—Cuando termine esta guerra —dijo—, si Den quiere, tendrá un puesto en cualquiera de las empresas de mi familia. Será un puesto tan elevado que necesitará un tanque de aire para respirar. Durante todo el tiempo que quiera. Estaré en deuda con él eternamente.

—Zan —dijo Leemoth—. Es sólo una quetarra.

—No, no lo es. Es mucho más que eso. Compuse mi primera conserlista con ella. Aprendí con ella la primera de las Sonatas de Berltagh. Es tan parte de mí como mi brazo. Jamás olvidaré lo que ha hecho Den Dhur, no mientras viva.

Jos sonrió. Jamás se lo diría a Zan, claro, pero el periodista era casi tan insensible a la música del quetarrista como él, aunque él hubiera tenido que aguantar bastantes más de esos maullidos histéricos que Zan llamaba música de la diáspora zabrak…

Y entonces algo golpeó el carguero con mucha más fuerza que un meteorito de grado extinción. Jos sintió que la nave caía y golpeaba el suelo.

Alargó instintivamente el brazo para proteger a Tolk, pero el mundo se desvaneció en una niebla roja antes de poder llegar a ella.

# 40

Jos salió de la inconsciencia como a nado. Veía borroso y le dolía la cabeza, y aunque «dolor» no era la palabra adecuada, dudaba de que hubiera algo en algún idioma capaz de describir aquello. Era consciente de que la nave estaba ligeramente escorada a estribor, y que Tolk estaba a su lado, arrodillada en el suelo. Le estaba limpiando la cara con una toalla húmeda.

—Hola —dijo ella.

—Hola a ti también.

—¿Cómo estás?

—Como si me hubiera pillado una hélice. ¿Qué ha pasado?

—Nos impactó algo. Te diste en la cabeza. Hemos sufrido algunos daños. Vamos más despacio, pero podemos movernos. Estamos a unos diez klicks del nuevo campamento, parece ser que fuera de su alcance. Llevas inconsciente casi una hora.

Jos intentó incorporarse, pero le sobrecogió una oleada de náuseas y vértigo en el estómago.

—Tienes una contusión —dijo Tolk—. Quédate quieto.

—Sí, vale. ¿Está todo el mundo bien?

Tolk puso una expresión neutra. Negó con la cabeza. Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó la mirada parpadeando.

—¿Quién…?

Pero ya lo sabía.

A pesar del vértigo y de las náuseas que le tiraban del cerebro y de las tripas, a pesar del intenso dolor del cráneo, Jos rodó y se incorporó sobre manos y pies.

—Jos, no puedes ayudarle. Ha muerto.

Jos oyó las palabras, pero no las asimiló. Gateó hasta Zan, que estaba a un par de cuerpos de distancia, tumbado de espaldas, y a Jos le dio la impresión de que se acercaba y se alejaba intermitentemente. Hasta que consiguió tocar la cara de su amigo no supo que había llegado a su lado. Zan parecía dormido. No tenía ni un rasguño.

—Zan —gruñó Jos—. No me hagas esto, Zan. No me hagas esto. Esto no está bien, ¿me oyes?

Estiró una mano para volver a tocar la cara de Zan, y el esfuerzo hizo que todo le diera vueltas. Se derrumbó, tocando al zabrak con las yemas de los dedos. Aún estaba caliente, notó una desapasionada parte de su mente. Seguía caliente.

Pero Zan ya no estaba vivo.

—¡Zan! ¡No tiene gracia! Siempre te pasas con estas cosas. ¡Levántate ya!

Jos vomitó violentamente, vaciando un estómago que apenas contenía bilis y agua. Consiguió girarse para no salpicar a su amigo.

Se sintió algo más despejado.

—Tolk —consiguió decir.

Ella se agachó frente a él.

—Lo hemos intentado todo, Jos. Recibió un impacto de metralla en la cabeza. Todas sus funciones se detuvieron de repente. Él… —ella tragó saliva y los ojos se le llenaron de lágrimas—… simplemente se apagó. Fue instantáneo. Lo último que pensó debió de ser que su quetarra se había salvado. Y se fue… —tragó saliva de nuevo—. Se fue sonriendo.

—Déjame ayudarte, Jos —dijo una voz tranquila. Jos alzó la vista y vio a la Jedi a su lado. Detrás de ella, agachados en el vehículo inclinado, contemplando todo seriamente, estaban I-Cinco, Klo Merit y unos cuantos más. Barriss le extendió una mano—. No puedo traerle de vuelta, pero puedo ayudarte a luchar contra…

—No —dijo él entre dientes—. No quiero sentirme mejor. Mi amigo ha muerto. Nada puede cambiar eso. Nada arreglará ni mejorará eso ni lo hará más fácil —él la miró—. ¿Lo entiendes? No quiero anestesia. Se lo debo.

Tolk lloró sin inhibiciones, y le tocó el hombro a Jos, pero eso tampoco podía ayudarlo. ¡Maldita guerra! ¡Malditos sean el Gobierno y las corporaciones y el ejército!

Aquello no podía seguir así. Había que hacer algo. Tenía que asegurarse de que se hiciera algo.

*Zan. Ay, Zan… ¿Cómo has podido abandonarme?*

* * *

*Columna* miró por el ventanal de su transporte, observando cómo el pantano verde pasaba debajo. Los filtros del aire estaban a plena capacidad, y aun así la peste a polen y agua estancada se colaba en la fétida atmósfera. Zan Yant estaba muerto, y Jos Vondar herido. Una auténtica pena. Yant era un músico con talento, además de un tío genial.

Una pena, una verdadera lástima.

Por supuesto, el mensaje que el espía no había llegado a traducir antes era un aviso de ataque inminente. *Columna* suspiró. ¿Habría sido distinto de conocer el ataque de antemano? Quizá. Quizá no. Hubiera estado bien poder prepararse mentalmente, aunque no se hubiera podido hacer nada físicamente.

Había una respuesta para eso. *Columna*, *Lente*, el espía, daba igual el nombre, todos vivían en un mundo sutil y cambiante, un mundo donde el negro era demasiadas veces blanco, un mundo donde la lealtad podía cambiar casi a diario, donde las amistades eran un lujo y una responsabilidad. Riesgos demasiado grandes para ser considerados, y mucho menos asumidos.

*Columna* frunció el ceño. Seguía siendo lo bastante objetivo como para darse cuenta de que siempre podía haber errores de procedimiento. ¿Era ésa una de esas ocasiones? ¿Estaba la paranoia haciéndose un hueco en aquel cerebro magníficamente objetivo? Si así era, debía resistirse a ella, luchar contra ella y acabar venciéndola.

Quizá fuese hora de acelerar el plan. Después de todo, ni a Dooku ni a Sol Negro les convenía que sus manipulaciones salieran a la luz.

*Columna* asintió. Caminaba por una finísima cuerda floja que cruzaba un abismo más grande que el mismo tiempo. Pero el fracaso, ahora menos que nunca, no era una opción.

* * *

Barriss no recordaba haberse sentido nunca más impotente, más inútil. Había salvado a Ji, y se había sentido orgullosa de hacerlo, pero lo único que había conseguido fue que se volviera loco y entrase en combate para que se lo llevara la muerte. Sí, había sido decisión suya, pero, aun así, la pregunta le asediaba: ¿podría haberle salvado? ¿Se habría esforzado más de ser alguien que le cayese bien en vez de alguien a quien detestaba? Se suponía que un Jedi no debía involucrarse en nada de forma personal. Un Jedi tenía que ser capaz de controlar sus sentimientos y hacer lo correcto por las razones correctas.

¿Podría llegar a actuar así alguna vez?

No había sido capaz de rechazar el ataque que había matado a Zan, ni siquiera lo percibió de antemano. Y cuando el pedazo de metralla se alojó en la base del cráneo del zabrak, tampoco pudo salvarlo, pese a utilizar todo el poder que se suponía que tenía.

Ni siquiera pudo aliviar el dolor de Jos por la muerte de su amigo. Y en caso de que él se lo hubiera permitido, ¿tendría ella esa capacidad? Unas horas antes no lo había dudado, pero ahora…

De repente dudaba de todo. La inmensidad de la guerra le parecía más allá de las capacidades de los pocos Jedi que quedaban. Incluso aquella pequeña parte era más de lo que ella podía controlar.

Jos había conseguido sentarse, apoyado contra la pared del transporte que avanzaba a trompicones. Tolk, que le amaba, se arrodilló a su lado y le curó las heridas físicas, que no eran nada comparadas con el daño psíquico. Los médicos trataban esas cosas, habían estudiado para ello, pero no eran inmunes a los sentimientos personales. Zan Yant había sido buena persona, un cirujano entregado, un músico maravilloso, y ahora todo eso se había interrumpido. *¿Por qué?*, se preguntó Barriss a sí misma. Porque dos facciones opuestas querían más poder y el control sobre los ciudadanos de la galaxia. ¿Había una actividad más terrible que la guerra? ¿El asesinato organizado de masas por razones que nunca parecían justificadas ni cuerdas?

Ella contempló a los médicos de la nave. A veces había que pagar un precio excesivo, y ella había jurado sacrificarse en caso de ser necesario. Pero también era curandera, alguien que podía emplear la Fuerza para curar a los enfermos o heridos. Pero en aquel momento se sintió como un grano de arena luchando contra una enorme marea lunar. Era todo tan… absurdo. Tan abrumador. Y ella no podía hacer nada por impedirlo. Nada.

¿Cómo podría llegar a ser una Jedi sintiéndose así?

I-Cinco dijo:

—Entiendo hasta cierto punto las motivaciones de los seres biológicos, pero no puedo comprender cómo pueden desembarazarse de las consecuencias de algunos de sus actos.

—Bienvenido al misterio —dijo Barriss.

—Me parece que no seré yo el que lo resuelva. Ese último impacto parece haber afectado negativamente a mis circuitos de recuperación. Mi proceso heurístico de memoria ha dejado de funcionar.

Barriss utilizó la Fuerza, pero la mente del androide, como las de quienes eran como él, era impenetrable. A él tampoco podía ayudarle.

Llegar a ser una Jedi le parecía en ese momento algo tan lejano como Coruscant y los felices días de su niñez.

* * *

Den tomó muchos apuntes, registró con la grabadora, capturó imágenes. Cuando finalmente llegaron a su destino, los androides comenzaron a montar el Uquemer, pese a ser noche cerrada. Los sonidos e imágenes de construcción se desarrollaron en la oscuridad caliente y húmeda, al áspero resplandor de la luz artificial que atraía a enjambres de insectos no pensantes.

El trauma por la muerte de Zan le aplastó como una ola oceánica, con un impacto fuerte, repentino y abrumador. Den se retiró a trabajar; era la misma táctica que utilizaban soldados, médicos y periodistas en toda la galaxia. Seguir moviéndose, no pensar en cosas que es mejor dejar para otro momento.

La gente y los androides hacían su trabajo, y él hacía el suyo. Iba de un lado a otro, fijándose en las reacciones, asimilando todo y registrándolo.

Se encontró con I-Cinco, que dirigía a otros androides en la colocación de pacientes en un pabellón recién terminado.

—Una pena lo de Zan —dijo Den.

—Una gran pérdida —dijo el androide—. Si te sirve de consuelo, su último momento fue feliz. Te vio salvar su instrumento. Su expresión de gratitud parecía auténtica y sincera.

Den se encogió de hombros.

—No me consuela mucho, amigo androide.

—Quizá, pero ¿no es eso mejor que ningún consuelo? Mi circuito emocional no es tan profundo como el tuyo, pero la tristeza que siento se mitiga al saber que el fallecimiento de Zan Yant fue tan rápido como carente de dolor. Además, a falta de un término mejor, estaba en estado de gracia. Tú acababas de salvar su posesión más preciada. Creo que si les dieran la opción, los seres con sentimientos optarían por morir en ese estado en lugar de hacerlo con miedo o sufrimiento.

Den no pudo evitar suspirar.

—Sí, supongo. Tampoco se puede elegir la forma de morir. Alguien como Zan no debería tener que decidirlo.

Pasó un par de androides que llevaba una pieza de construcción que Den reconoció como parte de la cantina. Bien. Cuanto antes la montaran, mejor.

—Ojalá nadie tuviera que tomar esa decisión —respondió I-Cinco—. Pero ésta es la galaxia en la que vivimos, y hasta que los poderes fácticos se den cuenta de que la guerra es ineficaz y costosa en términos de vida y propiedad, siempre deberemos tomar esas decisiones.

Den negó con la cabeza.

—Sigo sin acostumbrarme a un androide filósofo. Eres muy especial, I-Cinco.

—Vete acostumbrando a ello. No creo ser el último androide de este tipo. Si me lo permites, si los androides estuvieran al mando, la guerra no sería una actividad aprobada.

Den asintió.

—Eso sería genial.

—Pero tú no tendrías trabajo como corresponsal de guerra.

—Ya encontraría otro. Créeme, merecería la pena.

I-Cinco regresó a la coordinación de pacientes, y Den se alejó. Cruzó el recinto, encontrándose con varios soldados que obviamente eran recién llegados… Aunque todos eran iguales, había una especie de inocencia en los nuevos que les distinguía de tropas más experimentadas. Charlaban animadamente; sin duda todo aquello les parecía increíblemente emocionante. ¿Había sido él así de inocente? De ser así, fue hace mucho tiempo y muchos planetas.

Echaría de menos a Zan Yant, su música, su chispa y su forma de jugar a las cartas. Pero I-Cinco tenía razón. Así era como funcionaban las cosas. Y no tenían pinta de cambiar.

Mientras tanto, él tenía trabajo que hacer.

—Disculpe, ¿podría decirme cómo se sintió como técnico durante el reciente ataque sufrido por el Uquemer…?

# Epílogo

El Uquemer-7 se ubicó a ochenta kilómetros al sudeste del viejo asentamiento. Por fuera todo parecía más o menos igual. Los árboles estaban en sitios distintos, las pequeñas colinas tenían sombras distintas y las setas tenían otras formas, y hasta había otro campo de bota cercano. Seguían estando en un Uquemer, en un planeta maldito, sólo que Zan ya no estaba, y la guerra seguía presente, agazapada para abalanzarse como un monstruo desde alguna cueva oscura y sombría.

Jos se sentó en su nuevo catre, en el mismo cubículo que había compartido con Zan, mirando al infinito a través de la sólida pared.

Todo era igual, pero todo había cambiado.

Los androides podían ser mucho más de lo que él había pensado, y los clones no eran tan simples como a él le había convenido creer. El mundo estaba patas arriba, pero de alguna forma las cosas seguían cayendo sobre sus cabezas desde el cielo.

Seguía sin poder asimilar la muerte de Zan. No podía creérselo. Sabía perfectamente que su amigo había muerto, había ido a ese lugar del que no vuelve nadie. Pero, emocionalmente, Jos seguía esperando que la puerta se abriera en cualquier momento y Zan entrara por ella, arrastrando la funda de la quetarra, quejándose de la lluvia o riéndose de alguna tontería de la SO, antes de sacar el instrumento e interpretar alguna fuga clásica.

Pero eso jamás volvería a ocurrir.

Casi todos los días moría alguien en la SO, algunos en sus manos, mientras intentaba salvarlos frenéticamente, pero aquello… Aquello no era lo mismo.

Zan era su amigo.

—¿Jos?

Alzó la vista.

Tolk estaba en la entrada. Llevaba el uniforme blanco. Su corazón se aceleró al verla…, y luego se detuvo y se rompió. Su tradición, las centenarias costumbres de su clan le impedían estar con ella. Su familia, su historia y sus ataduras sociales especificaban que Tolk y él jamás podrían estar juntos. Y él lo había creído hasta aquel momento, había pensado que todo aquello era cierto, lo había aceptado como había aceptado como anatema pensar en desafiar el canon.

Pero Zan había muerto. Y aquel hecho trágico y simple había hecho que Jos se diera cuenta más que nunca de lo cierto que era el viejo dicho que había oído durante toda su vida, que incluso se había dicho a sí mismo alguna vez, pero sin entenderlo de verdad:

*La vida es demasiado corta.*

Demasiado corta para gastarla en cosas que no fueran importantes. Demasiado corta para desperdiciarla en algo que no beneficiara de una forma u otra a uno mismo o a sus seres queridos. Y demasiado corta para dejar que normas y tradiciones absurdas le dijeran lo que podía hacer, dónde podía vivir…

Y a quién podía amar.

Allí estaba Tolk, frente a él. Jos la miró y sintió que se le agolpaban las lágrimas. Se levantó y abrió los brazos.

—Tolk… —comenzó a decir.

Pero no necesito más. Ella corrió hasta él. Se abrazaron, se besaron, con ternura que se tornaba pasión, mientras descubrían el bálsamo más antiguo para los horrores de la guerra. La verdad conocida desde siempre pero siempre ocultada: que el pasado estaba congelado, el futuro sin formar y que la eternidad se hallaba en cada latido del corazón.

En la guerra, así como en la paz, era la única forma en la que se podía vivir.

El momento fue breve. El zumbido de las aeroambulancias lo rompió. Jos miró a Tolk un instante.

—Es hora de ir a trabajar —dijo ella suavemente.

Él asintió.

—Sí.

Salieron juntos hacia la SO.

FIN